3 1761 09545329 6

UNIV. OF
TORONTO
LIBRARY

EL MONJE

DEL

MONASTERIO DE YUSTE

LJ
H5656mo

EL MONJE

DEL

MONASTERIO DE YUSTE

(ULTIMOS MOMENTOS DEL EMPERADOR CARLOS V)

LEYENDA RELIGIOSA TRADICIONAL DEL SIGLO XVI

POR

DON LEANDRO HERRERO

SEGUNDA EDICION

309829
21.1.35

MADRID
LIBRERÍA CATÓLICA DE SAN JOSÉ
Calle del Arenal, núm. 20.

1883

Es propiedad del autor.

MADRID

IMPRENTA DE LOS SRES. LEZCANO Y COMP.ª
Santísima Trinidad, núm. 5
1883

DOS PALABRAS DEL AUTOR

PARA LA

SEGUNDA EDICION DE ESTE LIBRO.

La Librería Católica de San José, *que tantas y tan excelentes obras de utilidad y recreo ha publicado, siempre incansable en tan hermoso afan de oponer al veneno activo de las malas lecturas la triaca de las buenas, ha impulsado al autor de esta obrilla, cuya primera edicion se agotó en poco tiempo, á imprimir la segunda, haciéndola más económica, sin perjuicio de sus condiciones tipográficas y con ventajas para su propagacion. Ningun merecimiento sólido tenía este libro, escrito á vuela pluma en* 1871 *cuando resonaba más el fragor del combate que se libraba por la revolucion contra las ideas católicas y monárquicas, para aspirar al honor de figurar en el preciado catálogo de la* Librería Católica de San José, *una de las empresas católicas de España más fértiles para el bien; vero á empeño tan puro no debía resistir el*

autor, y entregó el libro, purgado de algunas incorrecciones que hacen más soportables sus defectos, para que se realizara aquel pensamiento. Así, se presenta de nuevo el libro al juicio público, desnudo de pretensiones que no pueden compadecerse bien con tan baladí trabajo, debiéndose solo su resurreccion al animoso aliento del Gerente, nunca fatigado, de la Librería Católica de San José,

---

PRÓLOGO.

Cuarenta leguas al Occidente de Madrid, en la falda meridional de la sierra del Salvador, y á un tiro de bala de cañon de la villa de Cuacos, encuentra el viajero todavía el célebre monasterio donde exhaló el último suspiro de su vida mortal en las edades pasadas uno de los varones más insignes de la Cristiandad.

Yo he visto ese monasterio...

Yo he pasado algunas horas de mi juventud bajo sus bóvedas cenicientas, procurando deletrear en sus ruinas los secretos de un grande arrepentimiento, y el poema heróico de la piedad de un corazon que en la edad senil se arroja en brazos de Cristo, renunciando á las pompas de un mundo en donde todos los laureles se marchitan.

Con lágrimas en los ojos he contemplado

muchas veces aquellos muros que se derrumban bajo la mano del tiempo, como la encina bajo el hacha del leñador, y todos los recuerdos de la historia han surcado los áridos caminos de mi imaginacion.

Aquellas verdes y frondosas arboledas que ciñen el edificio y permiten contemplarle como á través de una flotante y encantadora cortina, prestaron rocíos de frescura y ambientes balsámicos á su frente calenturienta.

En el borde del estanque, donde solía divertir algunos ratos de ócio, todavía eleva al cielo su gallarda copa el nogal que *él* mismo plantó por su mano, guiado por un inocente capricho.

Aún existe la rampa de leve declive que mandó construir para llegar hasta el vestíbulo de su palacio montado en una *mansa jaquilla*; y en ese humilde vestíbulo, desde donde se descubren las altas crestas del *Mirabete* y las prolongadas llanuras de los campos Arañuelos, surcados por ríos que semejan cintas de plata, todavía se encuentran la piedra que le servía para montar y un viejo sillon de cuero con gruesos clavos de hierro donde se sentaba, debajo del escudo de Austria, pintarrajeado de azul y de amarillo, á tomar el sol en las tardes del invierno, y á

oir en las de primavera el canto del ruiseñor de Sierra-Jaranda.

En su cuarto, iluminado por el sombrío resplandor que comunica una reja de gruesos barrotes semejantes á los de una prision, todavía subsiste el sillon mezquino que le servía para el reposo y para las meditaciones; y, barrenando el grueso muro de la Iglesia, todavía muestra la abertura que le permitía oir misa desde el lecho cuando le postraba la enfermedad.

Debajo del altar mayor, en una bóveda oscura llena de ruinas y de malezas, todavía se vé, pendiente de la techumbre por cuatro cuerdas, el féretro de roble que se construyó para su enterramiento, el cual dispuso se hiciera en aquella forma, para que el sacerdote al celebrar la Misa descansara los pies sobre sus pechos.

Estos son los únicos recuerdos del grande hombre que la especulacion, la incuria y la ingratitud de los tiempos han respetado.

Cuando se sale del monasterio y se toma la direccion de la villa de Cuacos, descubre el viajero el escudo de la casa de Austria, esculpido en piedra de granito, sobre la muralla de la huerta.

Aquel escudo, ¡qué emociones tan diver-

sas engendra en los caractéres que produce el siglo!

Los unos pasan de largo consagrándole una sonrisa desdeñosa. Los otros le contemplan con la estupidez de la ignorancia.

—Esto pasó ya, dicen los primeros.

—No sé lo que es esto, dicen los segundos.

Todos son indiferentes á las glorias de la pátria.

Los monarcas de España se han desprendido del monasterio de Yuste como de una antigualla baladí. Yuste no es posesion real. Yuste ha pertenecido á un especulador, que plantó allí, con la gravedad de un verdadero hombre de negocios, una fábrica de sedas.

Sin embargo, el recuerdo del grande hombre no se ha perdido completamente en la comarca.

Vive en el corazon del pueblo; vive en el pecho del hombre sencillo; enfeuda, por tradicion, en la memoria del hombre de buena voluntad.

Haceos conducir á la cruz del Humilladero, desde donde se descubren las agujas del monasterio; preguntad al campesino de Sierra-Jaranda por *él*, y le vereis sonreir tristemente.

—Allí—dirá extendiendo su mano derecha. —Allí vivió *él*. ¡Allí murió el hombre de Dios.

Estos lastimeros quejidos son el único tributo de cariño que consagra el mundo á la última morada de Cárlos de Augsburgo, I de España y V emperador de Alemania.

LIBRO PRIMERO.

EL ALMA DESTERRADA.

I.

EL CAPITAN PEDRO BARRIENTOS.

En las primeras horas de la noche del día 24 de Marzo de 1557, el vigía de la torre del Norte del castillo señoríal de los condes de Oropesa, situado en Jarandilla de la Vera, distinguía perfectamente al resplandor de la luna un grupo como de unos cien hombres á caballo, que trepaban con bastante pesadez por los vericuetos y escarpaduras del camino de Aldea-Nueva.

La claridad del astro de la noche, que aparecía colgado como una lámpara de plata en la techumbre azul de los cielos, y el fulgor de las estrellas que los tachonaban de diamantes, reflejábanse con caprichoso primor en sus bruñidas armaduras, y el viento sutil y penetrante de Sierra-Jaranda hacía ondular fantásticamente las banderolas que adornaban con gallardía los hierros de sus lanzas.

Delante de aquella tropa de ginetes, que cabalgaban en silencio como una legion muda de gigantes cubiertos de hierro, haciendo crujir sus arneses y los de los bridones con el movimiento de la marcha, se destacaba un hombre de formas hercúleas y marcial continente, caballero en un negro y poderoso corcel de raza andaluza, que saltaba por encima de los riscos de la montaña con la agilidad de la pantera, mostrándose al parecer orgulloso de obedecer á la diestra mano que le hacía tascar el freno.

Vestía el caballero un traje distinto del de los hombres de armas que le seguían á la respetuosa distancia de cincuenta pasos, detalle que hasta cierto punto pregonaba su mayor valía ó calidad; y miéntras sus acompañantes aparecían cubiertos de hierro desde los piés hasta la cabeza, ostentaba él un lu-

joso coleto de ante, sobre el cual lucía una magnífica banda de seda, llevando calzados los piés con altas botas de montar de tafilete, armadas de largas espuelas.

Descubríase pendiente de su costado por un talabarte de cuero tachonado de oro, un argo montante de batalla de hoja toledana; sus gruesas manos, armadas de guanteletes de hierro, empuñaban las riendas con maestría consumada; y su cabeza aparecía cubierta por un ancho sombrero chambergo á la flamenca, pendiente del cual se balanceaba una pluma negra, que le azotaba las espaldas.

Aquel caballero era Pedro Barrientos, capitan de los tercios de S. M. el rey Felipe II, hombre que merecía la confianza de Santoyo, y valiente veterano que se había distinguido en las guerras de Francia y en las de Flandes.

Era Pedro Barrientos hombre de cincuenta años á la sazon; pero curtido y sazonado, como él decia jovialmente, en los campamentos, criado á la intemperie y endurecido por las fatigas de la guerra, solo representaba unos cuarenta; y sus huesos de hierro tenían tal temple, que hubiera podido matar á un buey de un puñetazo.

Leal como un perro, fiel como un castellano á la antigua, y forzudo como un Hércules, solo tenía un defecto, el de carecer de los dónes del rey de Salomon.

Eso sí, en punto á inteligencia el buen Pedro Barrientos, capitan de los tercios de Su Majestad, no aventajó nunca, según expresion propia, á los reclutas más bisoños; pero hacíase respetar por su honradez á toda prueba, por su aspecto terrible y su talla de gigante; por su fealdad imponente, realzada por un pelo de erizo y por una piel vellosa como la de un jabalí; y sobre todo, porque bebía como un soldado y juraba como un condenado.

Elegido por Santoyo para conducir un pliego de importancia de Felipe II á su padre, que residía en Yuste hacía ya algunos meses, se puso en camino desde Madrid, escoltado por cien lanzas, y en diez días hizo el trayecto que separa á la capital de España del solitario monasterio.

Hasta que Pedro Barrientos llegó á las márgenes del Tietar no se le hizo pesado el camino, en razon á que las llanuras de Castilla y Extremadura no le ofrecieron ningún mal paso; pero despues de atravesar el caudaloso río que absorbe todos los afluentes de

la Vera de Plasencia, el capitan de los tercios del rey, perdido en atajos, trochas y barrancos fragosos, empezó á darse á todos los diablos con la mejor buena fe, renegando de aquella tierra y de los *bestias* que la habitaban; jurando y echando ternos, ni más ni ménos que como cuando se hallaba en frente del enemigo.

Llegó por fin á Jarandilla, despues de grandes trabajos; y habiéndose presentado á D. Fernando Alvarez de Toledo, conde de Oropesa, dispuso éste que uno de sus escuderos le sirviera de guía hasta el convento de Yuste, distante no más de dos leguas cortas de la morada señorial de aquel bizarro y famoso magnate de Castilla.

Salió Pedro Barrientos de Jarandilla al caer de la tarde en que empieza nuestro relato, y delante de él marchaba á pié el escudero del conde de Oropesa, el cual era un buen muchacho del país, que había servido en Flandes en las banderas de su señor, saliendo herido de una bala de arcabuz en una pierna, lo cual le hacía cojear un poco.

A medida que Barrientos y su escolta se internaban en la sierra, el paisaje se revelaba ante su vista con su imponente majestad primitiva, y aquellas empinadas montañas, cuyas

verdes cimas se pierden en las nubes; aquellos riscos gigantescos, que observados desde lejos semejan vastas galerías de columnatas y obeliscos, flanqueados por una exuberante vegetacion oriental, no producían la más mínima impresion en el pecho de acero del Capitan, el cual menudeaba los *ternos* y *por vidas* cada vez que tropezaba su caballo ó tenía que saltar alguna quebradura producida por las convulsiones volcánicas del terreno.

Pasaron el pueblo de Cuacos ya entrada la noche, y Barrientos, que iba molido del camino, se dirigió al pobre guía y le dijo con ronca voz:

—Oye, tú, cojitranco de los demonios, ¿no llegaremos nunca á ese endiablado Monasterio?

—Falta un cuarto de legua, señor, contestó el guía.

—¡Voto al infierno! murmuró Pedro Barrientos amostazado. Me parece á mí que las leguas de este país son más retorcidas que tus piernas de bellaco.

No bien acabó el Capitan de proferir esta feroz agudeza, cuando oyó detrás de sí el rápido galope de un caballo que se acercaba.

Volvió la vista, y á cosa de veinte pasos distinguió un ginete que se dirigia hácia él,

montado en una yegüecilla de color de perla, que saltaba por los riscos, hostigada por el acicate de su dueño, con la velocidad de una gacela.

El camino estaba encajonado en un barranco, de tal forma, que el ginete no podía cruzar sin que Barrientos le franquease el paso, so pena de estrellarse contra las rocas.

Así que el desconocido se acercó al Capitan, pudo éste contemplarle á su sabor al resplandor de la luna.

Era un adolescente: casi un niño.

Tendría quince años de edad, y el bozo casi no le apuntaba en las mejillas, blancas y sonrojadas como la tez del albérchigo.

Un birrete de terciopelo negro, adornado con una pluma de cisne, aprisionada en garzota de esmeralda, ceñía sus cabellos rubios y sedosos, que flotaban sobre su cuello de nieve en rizos tan suaves como la lana cardada.

Llevaba un rico jubon de damasco verde con bordados de plata, y unos gregüescos de terciopelo cubrían sus piernas, calzadas con un botin morisco de exquisito gusto.

De su cintura pendía un pequeño estoque de empuñadura cincelada, que parecía el juguete de un niño, y en el lado opuesto llevaba

una escarcela de seda bordada con mucho primor.

Así que el adolescente se acercó á Barrientos, le dijo con cierto imperio:

—Dejadme el paso franco, hidalgo.

—¡Hola! ¡hola! replicó el capitan de mal talante. ¿Viene con fueros el chiquillo? ¿No le han enseñado á pedir una merced con más cortesía?

—Yo no pido mercedes á nadie, gritó el mancebo. Cuando hallo obstáculos, los allano. Dejadme pasar, ó salto por encima de vos y de vuestro caballo.

—¿Sí? exclamó Barrientos, haciendo un gesto feroz. Pues vamos á verlo, angelito mío.

El adolescente clavó sin contestar las espuelas á su yegua, se afianzó en los estribos, aseguró las riendas y gritó con voz aguda:

—Adelante, Zaida... adelante.

El animal se encabritó apoyándose sobre el cuarto trasero, y saltando con la ligereza de una cabra por uno de los costados de Barrientos, puso al ginete en cuatro brincos fuera de su alcance.

El Capitan lanzó un rujido de cólera.

Corrido, avergonzado por la intrepidez del adolescente, se sintió herido en su amor pro-

pio, é inclinándose hasta la altura de la cabeza del guía, le asió fuertemente por el pescuezo, y gritó con voz de trueno:

—¿Quién es ese mocoso?

—Lo ignoro, señor.

Barrientos separó al guía á un lado, por medio de una violenta sacudida, y clavando las espuelas á su caballo, añadió:

—¡Oh! ya me las pagará...

Y diciendo esto, se lanzó tras el desconocido, emprendiendo ambos una carrera frenética.

II.

LEON Y CORDERO.

Para justificar la tenacidad del capitan de los tercios del Rey en perseguir á un jóven, que, en suma, no le había inferido el menor agravio, basta tener en cuenta la índole de aquellos tiempos y los exagerados fueros de la milicia.

El carácter especial de aquella época era esencialmente puntilloso.

Entre hombres de cierta posicion, una palabra mal sonante, un gesto de desden, la

más insignificante señal de menosprecio, eran motivos suficientes para andar á cintarazos.

Respecto á los exagerados privilegios de la milicia, ya nos dejó el insigne Calderon una muestra de su alcance en *El Alcalde de Zalamea*.

Felipe II, rey sábio y prudente, había empezado ya á poner freno á los excesos y demasías de la soldadesca; pero el mal era antiguo y el remedio solo podía obrar lentamente.

La más insignificante ofensa á un oficial de los tercios del Rey, ocasionaba en aquellos tiempos un melodrama sangriento, y pueblos enteros fueron entregados al pillaje solo por un mezquino resentimiento de un soldado engreido por la fortuna.

Pedro Barrientos seguía al jóven desconocido á corta distancia, auxiliado por el soberbio poder de su bridon, pero no conseguía darle caza.

Esto hacía jurar y rechinar los dientes de cuando en cuando al capitan de los tercios del Rey.

Y así llegaron hasta la cruz del Humilladero, situada á muy corta distancia del Monasterio de Yuste.

El adolescente paró su yegua en este sitio, y revolviéndola contra su perseguidor, le dijo con cierta cólera propiamente infantil:

—Sois un indiscreto. ¿Por qué me seguís?

—¡Oh! replicó Barrientos con tono zumbon, ¿con que soy un indiscreto?

—Creo que sí, aunque tambien me pareceis otra cosa.

—¿De veras? ¿Y qué te parezco además, chiquillo?

—Un fanfarron.

Pedro Barrientos levantó el brazo armado de guantelete; y el jóven, con la rapidez del pensamiento, desnudó su estoque.

—Bravo, gritó el Capitan, lanzando una ruidosa carcajada. ¿Con que te he parecido un fanfarron? Y díme, apreciable mancebo, ¿para qué has desnudado ese alfiler que tienes en las manos?

El jóven se afirmó sobre los estribos irguiéndose sobre la silla, y contestó á Barrientos:

—Para castigar vuestra osadía. Pero, añadió con cierto desden, veo que no venís solo: veo que os guardan las espaldas, y esto me indica que no estais acostumbrado á luchar cuerpo á cuerpo como bueno.

En aquel instante se oía á cincuenta pasos

el galope de los caballos de la escolta del Capitan.

Pedro Barrientos se volvió hacia sus ginetes, y gritó con voz de trueno:

—Alto: que no se mueva un solo hombre. Al primero que falte á la órden le mando arcabucear.

Despues, dirigiéndose al joven, añadió:

—Ya estamos solos.

—Empuñad el acero, exclamó el adolescente.

El Capitan se echó á reir con la mayor sangre fría.

—No hay necesidad, dijo.

Y clavando las espuelas á su corcel, se dirigió al mancebo con su terrible brazo derecho, armado de manopla, levantado en actitud amenazante.

El jóven paró el golpe hurtando la cabeza con un rápido movimiento, y la mano del gigante cayó, pesada como una maza de hierro, sobre la perilla de su silla jerezana.

Barrientos lanzó un sordo gemido.

Entónces el jóven blandió su estoque, haciendo un rápido molinete á la altura de los ojos del Capitan, y éste sintió en el pecho una ligera picadura semejante á la que produce un mosquito.

El grueso coleto de ante que llevaba Barrientos le había servido de coraza, impidiendo que la punta del acero le atravesara de parte á parte.

—¡Rayos! gritó el Capitan al sentirse ligeramente herido, me ha clavado el alfiler este muñeco.

Y ya se disponía á descargar por segunda vez su pesada mano sobre la cabeza del jóven, cuando éste, que por lo visto no tenía intencion de llevar más adelante la refriega, volvió grupas, espoleó á su yegua, y se alejó como un torbellino.

—Yo te alcanzaré, dijo Barrientos ébrio de furor.

Y descolgando un pistolete del arzon de la silla, hizo fuego contra el fugitivo.

La bala pasó silbando sobre su cabeza, y el gentil mancebo lanzó una sonora carcajada de triunfo. En seguida se le perdió de vista á Barrientos tras de un recodo del camino.

El Capitan hizo una señal á su gente para que le siguiera, y volvió á lanzarse contra su competidor á todo escape.

Todo fué inútil. Nadie volvió á ver al jóven. Parecía que se le habían tragado las tinieblas de la noche.

—¡Oh! dijo Barrientos, gruñendo como un

perro dogo. Confieso, á mi pesar, que el chico es una criatura bizarra; pero que el diablo me lleve si no le busco y me paga el bromazo.

En aquel momento se oyó el melancólico tañido de una campana que doblaba á muerto.

Barrientos y sus soldados se santiguaron devotamente.

Habían llegado á las puertas del Monasterio de Yuste.

El Capitan se apeó auxiliado por dos escuderos, y levantando el pesado llamador de hierro, le dejó caer tres veces con estrépito sobre la puerta.

Dos minutos despues se abrió ésta, dejando paso al enviado de Felipe II.

III.

EL FUNERAL EN VIDA.

Guiado Barrientos por un lego subió pausadamente la rampa que conduce al palacio, y ambos á dos llegaron al vestíbulo.

Serían las nueve de la noche.

Barrientos sentía un ligero escozor en el

pecho, producido por su herida; pero como apénas le molestaba, consideró que ésta debía ser insignificante.

Al subir la rampa percibió, aunque débilmente, á lo lejos, el sonido del órgano: despues volvió á oir el tañido de la campana que tocaba el doble de difuntos; y últimamente llegó á sus oidos una triste y lastimera salmodía, que parecía arrancar del fondo de la iglesia.

A pesar de su intrepidez de soldado, Barrientos se sintió sobrecogido por un misterioso temor.

El lego, con la vista inclinada en su presencia, parecía entregado á alguna grave meditacion, esperando que el Capitan le dirigiera la palabra.

Barrientos consiguió dominar al fin su emocion, y entónces clavó una penetrante mirada en su acompañante.

Era el lego un hombrecillo de corta estatura, de semblante pálido y de cuerpo un tanto demacrado.

En sus ojillos grises resplandecían la bondad y la mansedumbre, la piedad y la modestia.

La costumbre de obedecer parecía haber impuesto á su cabeza la penosa obligacion de

estar siempre encorvada, y sus ojos, constantemente fijos en la tierra, se inclinaban á ella con dulzura, como se inclina el niño sobre el regazo de su madre.

—¡Oh! dijo Barrientos, rompiendo al fin el silencio y examinando rápidamente el vestíbulo; me parece, hermano, que es sobrado mezquina la cueva que se ha fabricado el leon.

—Todo es mezquino en el mundo, replicó el lego gravemente. Los muros de mármol y los de arena movediza se derrumban de igual manera.

—¿Es este el palacio que habita S. M.? Preguntó Barrientos.

—Este es, hermano, y aquí teneis la silla, añadió el lego señalando un tosco sillon de baqueta, en donde S. M. reposa cuando viene á este sitio, juzgándose más dichoso en ella que sobre el trono de San Fernando.

—Por Santiago, exclamó Barrientos, y perdonad, hermano, que como soldado jure alguna vez. Por Santiago, repito, que me parece mentira todo lo que veo. ¿Es posible que aquella poderosa Majestad que todos hemos conocido, se haya conformado á encerrar su grandeza en este palomar?

—Dios, que hirió á Saulo con la luz de la

gracia, replicó el lego, ha llamado á las puertas del corazon de S. M. y le ha inspirado tan grande resolucion. Los hombres no debemos pedir á Dios la llave de sus secretos.

—Está bien, hermano, dijo Barrientos. Pero yo traigo una mision del Rey para el Emperador. ¿Podreis conducirme á su presencia?

—En este momento nó; pero le vereis dentro de una hora.

Barrientos no pudo contener un gesto de disgusto.

En aquel momento volvieron á escucharse los clamores fúnebres de las campanas, los acordes del órgano y la triste salmodía de la Iglesia.

—¿Qué significan esos cantos? preguntó el Capitan.

—Significan, dijo el lego, que el Emperador celebra en vida sus funerales.

Barrientos abrió un palmo de boca.

El lego se sonrió comprendiendo su asombro, y le dijo:

—Por eso no podeis hablar al Emperador en este instante. Sin embargo, si quereis verle y presenciar la ceremonia, puedo introduciros en el coro.

El lego le guió por una estrecha escalera, y dos minutos despues abrió una puertecilla

que comunicaba el palacio con el coro de la iglesia y con el convento.

El espectáculo que se ofreció á la atónita vista del capitan de los tercios del Rey era imponente.

La iglesia, iluminada por centenares de cirios, destacaba sus robustos muros guarnecidos de paños negros.

Todo estaba cubierto de luto riguroso, y de los cornisamentos del gótico crucero pendían flámulas y crespones oscuros con inscripciones tomadas de los cantos bíblicos.

Los altares resplandecían como ascuas de oro al vivo y ardiente reflejo de una multitud de luminarias, y en el del presbiterio se descubría el cuadro de Ticiano, intitulado *El Juicio final*, joya del arte con que el Emperador enriqueció la santa casa.

En el centro de la iglesia levantábase un túmulo de paño negro, recamado de oro y coronado por una cruz de plata.

Sobre el catafalco se descubría un féretro de plomo cerrado, el mismo que sirvió para guardar los restos del emperador Maximiliano, y que hacía algunos años formaba parte del equipaje de Cárlos V, el cual le hacía colocar siempre debajo de su lecho (1).

(1) Histórico. Vera y Zúñiga.

Pedro Barrientos vió desde la balaustrada del coro al Emperador arrodillado ante el túmulo sobre un almohadon, teniendo apoyada la frente en un modesto reclinatorio.

Detrás aparecían tambien arrodillados algunos caballeros españoles y flamencos, distinguiéndose entre los primeros D. Luis Quijada, su mayordomo; D. Luis de Avila, comendador de Alcántara, y Fray Juan de Regla, confesor del Emperador.

Los monjes, colocados en dos hileras, se extendían desde el coro hasta el altar mayor estando presididos por el Prior de la casa, Fray Martin de Angulo.

La ceremonia tocaba á su fin.

El orígen de la que tenía lugar en aquellos momentos en la iglesia del Monasterio fué el siguiente:

Hacía algunos días que el Emperador se mostraba taciturno. Preguntado por su barbero qué pensamientos le distraían, respondió:

—Tengo ahorrados dos mil escudos, y tanteo cómo hacer con ellos mi funeral. Para obrar bien, hay gran diferencia en llevar la luz detrás ó delante (1).

(1) Vera y Zúñiga.

El pensamiento del Emperador se realizó al fin.

El ilustre cenobita asistió á sus propias exequias, con el fervor que le distinguía en todos los actos de la Iglesia, y los que presenciaban aquella tristísima ceremonia le oían repetir en castellano alguno de los Salmos que la Comunidad cantaba en latin.

Barrientos se sentía dominado por una emocion profunda.

Viendo la humildad, la mansedumbre y la piedad ardientes de aquel hombre cuya grandeza se había extendido por el universo, surgió del fondo de su corazon un terror mudo que parecía detener el curso de su sangre en las venas, y por la primera vez de su vida pensó, quizá, en la nada de su sér y en el problema de la inmortalidad.

Aquel túmulo que descollaba en mitad de las naves del templo, aquellas luces, aquellos cánticos dulces y lastimeros, ora de una terrífica entonacion, ora de una suavidad consoladora, y sobre todo aquel hombre que yacía postrado sobre la tierra, despues de haberla hecho crujir bajo el peso de su armadura, impresionaron al soldado de tal forma, que cayó tambien de rodillas y oró.

De repente cesaron los clamores de las

campanas, los acordes del órgano y los cantos del coro. Apagáronse los cirios, y se disiparon la nubes del incienso.

Había concluido la ceremonia.

El Emperador se retiró á la celda de su palacio, y los monjes se dirigieron pausadamente á su convento.

Entonces Barrientos, que continuaba prosternado todavía, sintió que una mano se posaba sobre sus hombros.

Volvióse; era la mano del lego.

—Venid, exclamó éste. El Emperador os recibirá en seguida.

Barrientos se enderezó y se restregó los ojos.

—Creí que estaba soñando, dijo. Pero este era un sueño que me hacía bien.

El lego se sonrió con expresion casi seráfica.

Algunos minutos despues, el Capitan atravesaba el dintel de la cámara del Emperador.

IV.

MISTERIOS.

Era ésta, y es, una sala estrecha, reducida, escasa de luz y adornada únicamente, se-

gun consta en todas las crónicas, *con unos paños negros.*

En ella tenía el régio huésped su cama en extremo modesta, un viejo sillon de roble con asiento de cuero y una mesa de nogal, sobre la cual estaban sus libros de devociones, entre ellos el que se guarda como un tesoro en la biblioteca del Escorial.

En el centro de la mesa había tambien una pequeña caja de caoba, adornada con preciosos mosáicos, donde el Emperador guardaba con el mayor cuidado el crucifijo y la vela que tuvieron en sus manos en la hora de la muerte su abuelo Maximiliano y la emperatriz Isabel su esposa

El traje de Cárlos V era de rigoroso luto y vestía una ropilla negra de paño fino, tan traido y usado, que más que vestido de hombre tan poderoso, parecía el del panadero de la casa, hombre decidor que le divertía á ratos, ó el de su barbero, de quien era muy aficionado por su donaire.

Ni una insignia, ni una sola señal que denunciar pudieran su jerarquía pasada y su alto rango descubríanse sobre su cuerpo; y solo aquella mirada de águila, solo aquella frente elevada siempre al cielo con la majestad de la autoridad, solo aquel sereno y arro-

gante continente, peculiar de los príncipes que se han mecido en régia cuna, y que por lo general nadie puede imitar, ni ellos suelen nunca perder, hacían adivinar al que los examinaba la soberana importancia de aquel hombre.

A la sazon había cumplido el Emperador cincuenta y siete años, y aunque esta edad no era excesiva, la actividad de su vida guerrera, los achaques consiguientes á las fatigas del cuerpo y á las del espíritu, y las austeridades de su vocacion monástica, habían anticipado la vejez prematuramente en aquella naturaleza gallarda y varonil.

Sus ojos de un azul puro, tal como Ticiano y su gran copista Pantoja los han bosquejado, despedían miradas de bondad; su labio inferior caido, herencia de la casa de Austria, no iniciaba ya el desden y la fiereza de sus antiguas sonrisas; su nariz aguileña, señal de ánimo valeroso y esforzado como se observó en el linaje de los Ciros, embellecía todavía su semblante. En su frente ancha y varonil se descubría la sombra de alguna traidora arruga, y este signo infausto, precursor de toda caducidad, parecía cubrir á todo su semblante de un tinte vagaroso de melancolía, detrás del cual se amparaban los más profundos secretos del alma.

Era Cárlos V de elevada estatura, de miembros robustos y bien desarrollados, por más que su cuello tenía la belleza y suavidad de formas del de una mujer.

Fácilmente calculará el lector cuánta sería la emocion del buen Pedro Barrientos al hallarse en frente de aquel, cuya reciente humildad no podía desvanecer en un momento la grandeza que le habían dado los tiempos, y la enorme privanza con que la fortuna le había favorecido.

El Capitan dobló una rodilla en presencia del ilustre penitente; pero éste le levantó en sus brazos con la mayor bondad, y le dijo:

—Solo á Dios y al Rey se doblan las rodillas; y yo no soy ni lo uno ni lo otro. Tratad, pues, amigo, con llaneza á este pobre viejo.

—Señor, balbuceó Barrientos, para mí es hoy V. M. lo que fué siempre. Soy soldado: estuve en Pavía, y el que estuvo allí, no podrá olvidar nunca á V. M.

El Emperador se sonrió, y dijo conmovido:

—¿Fuísteis soldado en Pavía? ¡Ah, hijo mío! Estrechadme la mano. ¿Verdad que aquellos tiempos fueron hermosos?

—¡Oh! dijo Barrientos con entusiasmo. Entonces se batía el hierro y se pisaba en todas partes tierra española.

—Ahora tambien: mas ¿para qué se necesita tanta tierra? contestó el Emperador tristemente. Solo seis piés bastan para sepultar al hombre más grande del universo.

Se quedó pensativo y añadió:

—Me han dicho que traíais una mision del Rey para mí. ¿Cómo está mi hijo? ¿Sois portador de buenas nuevas?

—Este pliego, señor, contestará mejor que yo á las preguntas de V. M.

Y al concluir esto, Barrientos sacó de su justillo la carta de Felipe II y se la entregó al Emperador.

Este la tomó, y como viera que el pliego estaba manchado de sangre, acercóse con paternal solicitud al soldado, y le dijo:

—¿Estais herido?

Barrientos se llevó las manos al pecho y observó despues que tenía el coleto empapado en sangre.

—¡Bah! exclamó. Esto no es nada: una leve picadura. No haga caso de ello V. M.

—Sí haré, replicó el Emperador con dulzura. El que vierte su sangre en mi servicio merece mi gratitud. Contadme, Capitan, por qué os han herido.

Barrientos se puso pálido de vergüenza.

—Señor, dijo, la historia de esta herida es

una afrenta en mi hoja de servicios. He sido herido por la mano de un niño, casi á las puertas de este Monasterio.

—¿A las puertas del convento?

—Sí, señor.

—¿Y decís que ha sido un niño?

—Ni más, ni ménos. Verdad es que yo no saqué siquiera la espada; pero el mancebo se defendió de mi guantelete de una manera bizarra, y con un estoquillo como un alfiler que tenia en las manos, me pinchó gallardamente.

—¿Y cuándo ha sucedido eso?

—Hace una hora.

—¿En qué sitio?

—Junto á la cruz del camino de Cuacos.

—¿El jóven que os acometió montaba una yegua de color de perla?

—Blanca como la nieve y ligera como una cabra.

A su vez palideció el Emperador de una manera visible.

—Decidme las señas de ese jóven, añadió con voz trémula.

—Era blanco, rubio, de noble continente, desenvuelto y galan. Llevaba un jubon de damasco y una pluma de cisne en la gorra.

—¿Y se batió con vos? preguntó el Emperador con grande ansiedad.

—Se batió y me hirió.

—¿Y vos no le hicísteis daño?

—Cuando me pinchó con su acero, picó espuelas á su yegua, y yo entonces le disparé un pistolete á cuarenta pasos.

—¿Y le habeis herido?

—Lo ignoro, porque desapareció entre las sombras de la noche como un fantasma á quien se hubiera tragado la tierra.

El Emperador corrió hácia la puerta, levantó el tapíz que la cubría y gritó con voz terrible:

—¡D. Luis... D. Luis!

Volvióse despues hácia el Capitan, que le contemplaba atónito, y enderezándose sobre sus piés con vigorosa energía, le dijo:

—¡Desgraciado! Habeis obrado mal. Salid de mi presencia.

Pedro Barrientos abrió los ojos como si se contemplara víctima de una pesadilla atroz; pero viendo la actitud imponente del Emperador, que le señalaba la puerta con la mano, dobló la cabeza, hizo una reverencia profunda, y salió.

Una hora permaneció el Capitan en el vestíbulo, esperando las órdenes del Emperador, que estuvo encerrado con su mayordomo D. Luis Quijada durante aquel tiempo.

—¿Cuál habrá sido mi falta? se preguntaba en silencio devanándose los sesos.

Pero no podía adivinarla.

Al fin se presentó Luis Quijada en el vestíbulo, y saludando al Capitan, le dijo:

—Vuestros hombres de armas están ya aposentados, y vos teneis ya dispuesto alojamiento en la procuracion. Id á descansar.

—Una palabra, replicó Barrientos. ¿Puedo saber si he incurrido en el desagrado de S. M.?

—Nada podeis saber, contestó Quijada secamente.

Y viendo que el pobre Barrientos bajaba la cabeza con resignacion casi heróica, añadió con más dulzura:

—Mañana á las diez, despues de la Misa, venid á este mismo sitio y vereis al Emperador.

Concluido esto, le volvió las espaldas.

Pedro Barrientos se dirigió á su alojamiento de mal talante, refunfuñando entre dientes:

—Ya empezaron los misterios. Mejor que á vueltas con ellos, quisiera yo andar á estocadas con el diablo.

V.

LA RECONCILIACION.

Devorado el Capitan por una inquietud mortal, y no pudiendo explicarse lo que le había pasado, comenzó á dar vueltas en su aposento como un leon en su jaula, sintiendo atormentada su cabeza por los pensamientos más absurdos.

Dos escuderos le habían despojado de sus arreos de viaje, y cuando le quitaron el coleto, reconoció su herida, que era como la picadura de una lanceta, y no necesitaba cuidados de ninguna especie.

Sirviéronle una cena abundante, pero el Capitan no probó bocado.

Antes de las once de la noche despidió á sus servidores, y sentado en un ancho sillon de roble, apoyados los codos sobre una mesa tosca de nogal, entregóse de nuevo á las cavilaciones más extrañas.

Esforzábase Barrientos por inquirir la causa que había motivado el cambio brusco del Emperador, y dábase al diablo en cada uno de sus ternos y juramentos porque no podía adivinarla.

Al cabo de una hora de crueles meditaciones sacudió el Capitan un tremendo puñetazo en la tabla de la mesa, y dijo:

—No entiendo lo que me pasa. Creo que estoy loco.

Y en efecto, su cabeza ardía con el fuego de la calentura, y sentía en su cuerpo ese malestar penoso que acompaña á todas las sobreexcitaciones de los nervios.

Entónces abrió una ventana que había en su habitacion, y se colocó en el alféizar para ver si la frescura de la noche mitigaba sus sufrimientos.

Eran las doce y reinaban en el edificio la calma y el silencio de los sepulcros.

La luna, suspendida de la bóveda celeste como una lámpara de plata, destacaba sobre el azul de los cielos las agujas del Monasterio, bañándole de luz, con su tibia claridad.

Era una noche de esas de luna y estrellas en que velan los mozos y duermen los viejos.

Dormían los monjes, susurraban las fuentes en los patios, y acariciaban las auras con sus besos á las flores, que temblaban de ventura.

Barrientos se llevó las manos á las sienes como para sofocar la tempestad que rujía en su cráneo, y sintió benéfico consuelo al respi-

rar las brisas embalsamadas de aquella noche primaveral.

Sin embargo, el recuerdo de lo que le había pasado con el Emperador golpeaba su frente como un mazo de hierro, y no pudiendo desechar por completo los pensamientos que le embargaban, caía de tiempo en tiempo en sus tormentosas abstracciones.

—¡Oh! exclamó por fin dando rienda suelta á la ira; ¡verme así corrido y avergonzado por un mozalvete, por un chiquillo que me jugó tan mala pasada! ¡Haberme tratado el Emperador por él como si fuera un harapo! Líbrele Dios de mi furor, porque si le encontrara en mi camino le aplastaría como á una sabandija.

Dos golpecitos dados en la puerta de su habitacion interrumpieron el monólogo del Capitan.

Despues oyó clara y distintamente una voz infantil, que le dijo con tono suplicante:

—Abrid, señor Capitan, abrid.

—¿Quién sois y qué quereis? preguntó Barrientos bruscamente.

—Soy un conocido vuestro, dijo la voz, y vengo á implorar vuestro favor.

El Capitan abrió la puerta y retrocedió asombrado.

De pié en su dintel, inmóvil, con el birrete en la mano, estaba el gentil mancebo con quien había tenido la refriega en la Cruz del Humilladero y á quien echaba la culpa de haber caido en la desgracia del Emperador.

Era él, no había duda. Llevaba su mismo jubon, sus lindos gregüescos de terciopelo, sus botines moriscos, su precioso estoque y su gorra con pluma de cisne.

—Entrad, le dijo Barrientos con voz ronca.

El jóven lo hizo con la desenvoltura más gallarda del mundo.

—Gracias al diablo que os tengo en mi poder, exclamó Barrientos, sacando su larga espada y colocándola encima de la mesa.

El mancebo se sonrió con la mayor ingenuidad.

—¿Me guardais rencor? dijo.

—Sí, contestó Barrientos arrojando por los ojos centellas de cólera. Os guardo rencor por el lance de esta noche, y he jurado por el bendito Apóstol Santiago que me habeis de pagar aquella estocada.

—Sosegaos, replicó el jóven con dulzura. Si estais agraviado, os daré satisfaccion.

—¿Sí?

—Soy hidalgo, y vos, como soldado, debeis serlo tambien. Si viérais, añadió el jóven

con acento cada vez más insinuante, ¡si viérais cuánto amo yo á los soldados!

—¿Vos?

—¡Oh! exclamó el mancebo con expresion indefinible. ¡Ser soldado! El sueño de toda mi vida. ¡La guerra, la victoria, los laureles marciales! ¡Qué bello debe ser todo esto!

Barrientos se sentía conmovido á su pesar.

La ingenuidad del mancebo, aquella mezcla de candidez y desenvoltura, aquel entusiasmo impregnado de sencillez y atrevimiento no pudieron menos de cautivar el alma ruda del Capitan.

—Oid, exclamó el jóven despues de una pequeña pausa. Yo estoy versado en la lectura de los libros de caballería. ¡Qué cosa tan buena debe ser un torneo! ¿Habeis vos asistido á algun torneo, Capitan?

Barrientos le miró con inquietud, creyendo que estaba loco.

—Yo no he asistido á ningun torneo, replicó secamente, ni me ha hecho maldita la falta. Donde yo he lidiado ha sido en la guerra, que es donde trabajan los puños y se embota el hierro.

—Pues bien, dijo el jóven. Tambien estoy yo versado en los negocios de la guerra. Hé leido las campañas del grande Aníbal, las de

Escipion, las de Julio César y las de Carlo-Magno. ¿Veis la gloria que alcanzaron estos famosos capitanes? Pues todas las noches sueño yo que se ha de eclipsar ante la mía.

Barrientos no pudo contener una sonora carcajada.

—No os riais, dijo el mancebo, casi encolerizado. Tambien se ríe de mí el Emperador cuando le digo esto, y muchos caballeros me atormentan de la misma suerte cuando refiero mis sueños. Y sin embargo, añadió golpeándose la frente, yo siento aquí una tempestad.

Barrientos estaba encantado de aquella sinceridad, y comenzaba á olvidar sus resentimientos.

—¿Veis esta mano? exclamó el jóven presentándole la diestra. Parece la de un niño. ¿No es verdad? Pues bien: ahora vereis si tiene bríos para manejar un acero.

Y concluido esto, se abalanzó rápidamente á la espada del Capitan, cuyo peso era tan enorme, que difícilmente hubiera podido levantarla hoy un hombre con dos manos.

El jóven se puso en guardia: blandió el acero como si hubiera sido una caña: describió círculos, hizo molinetes y tiró estocadas á diestro y siniestro, soltando al fin la espada

con aire de triunfo y llenando á Barrientos de admiracion.

—Rayo de Dios, dijo el Capitan sin poder contener su alegría, manejais el hierro como un soldado de Gonzalo de Córdova.

—Sí, replicó el jóven tristemente, pero esto no impide que el Emperador y el Sr. Luis Quijada se rian de mí. Tres veces les he pedido que me permitan llevar al cinto una espada toledana en vez de este estoque, que parece el juguete de un chiquillo, y las tres se han burlado de mí. ¿No es una crueldad? Por eso me aflige la vida en este Monasterio.

—¿Vivís en él? preguntó Barrientos.

—Hace cuatro meses. Pero estos monjes, esta vida austera, esta soledad, esta inaccion me desesperan. Mandar soldados como vos: llevar al pecho como vos una banda de capitan de los tercios: proyectar empresas guerreras y ganar trofeos militares, ese sería mi elemento. ¡Paciencia! Ya llegará el día en que realice mi sueño.

Barrientos se sentía cada vez más inclinado al jóven.

La sinceridad, la elevacion de sus pensamientos, y sobre todo la inocencia que resplandecía en su alma, vírgen como el oro, lograron vencer al fin el ceño adusto del sol-

dado, que olvidó por completo la refriega de la Cruz del Humilladero.

—¿Quién sois? le preguntó con más dulzura.

—No lo sé, replicó el mancebo tristemente.

—¿Cómo os llamais?

—Juan.

—¿Teneis padres?

El jóven palideció y dobló la frente, agobiada por una nube de melancolía.

—No tengo padres, dijo con voz trémula, soy huérfano.

—¡Pobre jóven! exclamó el Capitan sin poder dominar los buenos sentimientos de su corazon.

Despues le tendió la mano.

El huérfano la estrechó con efusion y le dijo:

—Gracias. Pareceis hombre de bien. ¿Me guardais todavía rencor?

—No, contestó Barrientos; sois huérfano, y cuando veo á un niño sin padres se ablanda mi corazon.

Y al concluir esto, rodó una gruesa lágrima por las mejillas del Capitan.

Despues añadió:

—Perdonad si me he enternecido. Avezado á la guerra, pocas veces sale el llanto de

mis ojos; pero soy hombre antes que soldado, y cuando despues de una batalla pienso que quedan tantos padres sin hijos y tantos hijos sin padres, no soy de piedra, y se me rompe el pecho.

El jóven volvió á estrechar las manos del Capitan.

—Habeis tocado la fibra más sensible de mi alma, le dijo. Yo soy una víctima de la guerra.

—¿Vos?

—Sí, repuso el huérfano con amargura.

—Contadme vuestra historia.

El jóven titubeó un instante; pero al fin, repuesto de la dolorosa emocion que parecía embargarle, se decidió á hablar.

—Mi historia es breve, dijo. El Emperador tomó por asalto una gran ciudad. En mitad de una calle encontró un niño en su cuna rodeado por la soldadesca. Aquel niño fuí yo.

—¿Y qué fué de vuestros padres?

—Debieron morir.

—¿No se puede averiguar su paradero?

—El Emperador hizo todos los esfuerzos posibles; pero en vano. Despues me tomó bajo su proteccion, me puso bajo la tutela del Sr. Luis Quijada, que me ha criado, y soy su pupilo.

—Bien obró el Emperador.

—¡Oh! exclamó el jóven con entusiasmo. Es el hombre más grande de la tierra. Daría por él toda la sangre de mis venas.

—¿Tanto le quereis?

—Soy agradecido. Me ha colmado de beneficios, y si me mandara morir por él, moriría sin vacilar.

—¿Y cómo es que habeis seguido al Emperador á este Monasterio?

—Porque esa ha sido su voluntad.

—¿Os trajo consigo el Emperador?

—No. Hallábame yo en el castillo de Villa-garcía, donde me he criado y educado al lado de la esposa del Sr. Luis Quijada, y madre mía adoptiva, cuando el Emperador, hace cuatro meses, envió á mi tutor á buscarme. Obedecí sus mandatos, y vinimos á Yuste.

En aquel instante las campanas del Monasterio empezaban á tocar á Maitines.

El jóven se levantó.

—Es tarde, exclamó, y vos necesitais descanso. Mañana nos veremos.

—Dijísteis, replicó Barrientos, que teníais que pedirme un favor. ¿Cuál es?

—¡Oh! es un favor que me interesa bastante. ¿Me le concedereis?

—Sepamos qué es.

—Cosa muy fácil para vos. Deseo que no reveleis al Emperador nuestro encuentro en la Cruz del Humilladero.

—¡Oiga! ¿Tenemos secretitos?

El jóven bajó los ojos.

—Lo siento, exclamó Barrientos, pero lo que me habeis pedido es ya imposible.

—¿Por qué?

—Porque inadvertidamente he revelado ya al Emperador lo que quereis ocultar.

—¡Ira de Dios! gritó el jóven hiriendo el suelo con el pié. ¿Con que se lo habeis revelado?

Y al pronunciar estas palabras parecía haberse trasformado.

Su rostro, antes tranquilo y sereno, se tiñó de un vivo carmin; sus ojos relumbraban como carbunclos; y sus lábios aparecían contraidos por una expresion de cólera.

Barrientos costestó con sencilla humildad:

—Se lo revelé todo por inadvertencia; pero si hubiera sabido que teníais interés en que se lo ocultara, no lo habría hecho.

Estas palabras parecieron calmar al jóven.

—Cómo ha de ser, dijo. Ya es inevitable que lo sepa; pero yo lo arreglaré de otra manera. Adios, Capitan.

—Esperad, dijo Barrientos deteniéndole

por la ropilla. ¿Así os despedís de un hombre cuya ira habeis desarmado como por arte de mágia?

—¿Qué quereis, pues? exclamó el jóven.

—Pardiez, que me deis un abrazo.

—Tomadle.

—Además, añadió Barrientos, quiero que desde hoy me tengais por amigo.

—¿Amigo? replicó el jóven desasiéndose de sus brazos. Ya veremos si valeis para serlo.

Y rápido como un corzo, abrió la puerta y desapareció, dejando al Capitan sumido en nuevas dudas.

—¡Bizarra criatura! exclamó Barrientos así que se vió solo. Por Santiago, que me ha hecho llorar como una mujer. Pero que me corten las orejas si entiendo una palabra de lo que aquí sucede. En fin, á dormir, que mañana será otro día.

Se tendió en el lecho y se durmió.

VI.

SOLACES DE UN DESTERRADO.

Y amaneció un día diáfano y sereno.

El cielo centelleaba con una luz pura; y la

tierra, alfombrada de verde por la mano milagrosa de la primavera, llenaba los espacios de ambrosías.

El sol alegraba los valles; y las flores, bañadas por su dorada luz, se erguían placenteras como si en aquel hermoso disco vieran litografiarse la dulce sonrisa del Salvador.

Las palomas y las perdices revoloteaban entre las frondas de los espesos castañares que rodean el Monasterio, y sobre los tiernos pimpollos del olivo se posaba el alegre jilguerillo, interrumpiendo con sus trinos el silencio imponente de aquellas soledades.

El Emperador Cárlos V, que á la sazon gozaba de una salud regular, se había levantado á la hora del alba, y despues de oir Misa y de rezar sus devociones, como tenía de costumbre, tomó un frugal desayuno y salió al vestíbulo.

Sentado allí muchas veces cerca de la balaustrada, pasaba algunas horas entretenido en contemplar el hermoso paisaje que se ofrece á la vista, respirando el aire puro de la montaña, y tomando el sol con esa dulce fruicion de los viejos, que parece reanimarlos.

Olvidábase frecuentemente en aquel sitio de las congojas de su vida, constantemente

atribulada por hondas y secretas melancolías, impenetrables á todos los cálculos humanos; y descansando allí de sus austeridades, entregábase á recreos honestos del ánimo, entre sus amigos y servidores.

Además, aquel sitio era una especie de atalaya desde donde observaba lo que pasaba dentro y fuera del Monasterio, en cuyas puertas se apiñaba diariamente una muchedumbre de personas de los pueblos comarcanos, que acudían, las unas á trabajar en sus pretensiones, y las otras con el aliciente de las limosnas.

No estaban conformes los monjes con aquel espionaje, y á sus solas murmuraban de él, que la murmuracion es planta que nace donde se reunen hombres; y como el Emperador era severo en el cumplimiento de la Regla y tenía poderes bastantes de los superiores de la Orden para corregir las faltas y castigar á los monjes, algunos de ellos vieron sorprendidas sus pobres flaquezas desde la *atalaya imperial,* sufriendo buenos sustos por virtud de providencias emanadas del régio huésped.

El día despues al en que Barrientos llegó al Monasterio, salió el Emperador al vestíbulo, ya entrada la mañana; y sentado en su

viejo sillon en el lugar que tenía de costumbre, gozando de los beneficios de una temperatura apacible y de los rayos de un sol que alegraba el alma, dió principio á una de sus sabrosas pláticas, en que tanto contento hallaban sus amigos y servidores.

Aquel día estaba de buen talante, y su conversacion, salpicada de chistes honestos, cautivaba á los oyentes.

Acompañábanle Fray Martin de Angulo, prior de la casa, Fray Juan de Regla, su confesor, y D. Luis de Avila, comendador de Alcántara.

Hallábase á la sazon uno de los frailes coristas sentado en el borde del estanque que baña la base del vestíbulo, entonando unos motetes y una misa que había regalado al Emperador un tal Guerrero, maestro de capilla de Sevilla, y oculto el monje detrás del tronco de un voluminoso nogal, no había visto al hombre de la atalaya, que le atisbaba con sus ojos y no perdía sílaba de su canto, acompañándole por lo bajo en consonancia y llevando el compás con los pies.

Por lo visto el monje debía desentonar grandemente, porque los amigos del Emperador oyeron decir á éste entre dientes varias veces:

—¡Oh! ¡bermejo! ¡cómo yerra!

Lo que les hizo reir mucho.

Preguntóle entonces el Prior qué tal le parecía la misa y los motetes de Guerrero, y contestó con donaire:

—Me parece que ese Guerrero debe ser ladron muy sutil, que de unos pasó algo y de otros ha hurtado mucho.

Mandó llamar despues al panadero, y díjole con llaneza:

—Ven acá, Pelayo. Como tienes cuidado de emborracharte siete veces á la semana ¿no le podrías tener en hacer un poco de buen pan que yo pudiera comer?

Recayó la conversacion despues sobre una conmovedora plática que había predicado la noche anterior Fray Juan de Regla sobre el mismo tema que eligió despues San Francisco de Borja, antiguo duque de Gandía, en Valladolid, en las honras fúnebres del Emperador, y dijo éste:

—Buen discurso hicísteis, padre, en mis funerales. Así quisiera yo oir sermones tres veces al día.

Fray Juan de Regla se inclinó con la modestia de un niño, y el Emperador añadió despues:

—¿Os acordais, padre, de los escrúpulos que mostrábais en Valladolid cuando apre–

miado por vuestro Prelado os negásteis á servirme de confesor?

—Sí me acuerdo, respondió el religioso bajando la vista: mas bien sabe V. M. que lo hice juzgándome pobre en suficiencia.

—¿Y recordais mi contestacion?

—«Fray Juan, me dijo V. M., no temais la conciencia de un emperador que há un año entero tratan de descargar cinco juristas y teólogos».

—Es verdad, dijo el Emperador conmovido, y Dios os pagará centuplicados los beneficios que me habeis hecho.

Hablóle despues D. Luis de Avila, señor de Mirabel, de que estaba pintando al fresco en una de las bóvedas de su casa el encuentro que tuvo el Emperador con el rey de Francia en Rentin. Preguntóle D. Cárlos la disposicion de la pintura, y diciendo D. Luis que los enemigos se representaban metidos en fuga, respondió:

—Procura, D. Luis, que el pintor modere la accion. Parezca honrosa retirada y no vergonzosa huida, porque verdaderamente no lo fué.

Tratóse luego de Cazalla y otros herejes, y el Emperador exclamó con vehemencia:

—Ninguna cosa del mundo bastaría á sa-

carme de este Monasterio más que esta de los herejes. Ya tengo escrito á Juan de Vega y otros inquisidores para que redoblen su celo por la religion. ¡Oh! si yo hubiera matado á Lutero, no habría herejes en el mundo.

—¿Pudo hacerlo V. M.? preguntó el Prior.

—Sí, porque le tuve en mi poder; pero no lo hice porque le había dado un salvo conducto. Mas hoy conozco que no debí hacerlo, porque la ofensa no fué á mí, sino á Dios.

Calló breves momentos, y despues repuso:

—Jamás quise entrar en razones con esos herejes, pues tienen tan bien estudiadas las suyas, que temí ser confundido en su presencia; y como sé tan poca gramática, no me hallé con fuerzas para oirlos. Cuando marché contra el *Lantdgrave de Hesse* y duque de Sajonia, me ofrecieron cuatro príncipes que si los atendía se unirían á mí con su ejército para contrarestar el del rey de Francia, que había ya pasado el Rhin, y que unidos sujetaríamos sus tierras á mi servicio. Deseché la proposicion y seguí solo la guerra.

—Y obró cuerdamente V. M., dijo el Prior.

—En otra ocasion, añadió el Monarca, me ví precisado á retirarme de Mauricio y de otros príncipes del Imperio con solo seis soldados de caballería. Me salieron al encuentro

dos príncipes de Alemania, y en nombre de Mauricio me suplicaron que los escuchase, que no los llamase ni tuviese por herejes, que me prometían unirse á mí contra los turcos, los cuales intentaban arremeter contra Hungría, y que no volverían á sus Estados hasta que tomáramos á Constantinopla. Yo respondí: «No quiero reinos tan caros, ni con esta condicion quiero á Alemania, ni á Francia, ni á Italia, sino á Jesucristo crucificado».

A este punto llegaban de su plática, cuando se presentó en el vestíbulo Luis Quijada.

—Señor, dijo al Emperador; el capitan Pedro Barrientos pide licencia para ver á V. M.

El Emperador se levantó prontamente como si hubiera sido movido por un resorte, y respondió:

—Condúcele en seguida á mi cuarto.

Despues besó las manos á su confesor y al Prior, y apoyándose en el brazo de D. Luis de Avila, se dirigió á su habitacion.

—¡Gran cosa es oirle! exclamó el Prior así que se quedó solo con Fray Juan de Regla. Embelesa su conversacion y cautiva su sencillez. ¿Tendremos hombre para mucho tiempo?

—Solo Dios lo sabe, replicó el confesor tristemente.

Y los dos monjes, solicitados por obligaciones diversas, se separaron.

VII.

LA CARTA.

Conducido de nuevo Barrientos á la presencia del Emperador, y solo con él en su mezquina celda, el temor de haber incurrido en su desagrado la noche anterior le obligaba á doblar la cabeza como si se hallara delante del juez más severo.

El Emperador, que con su mirada de águila parecía leer los pensamientos de todos, comprendió la causa del embarazo y timidez del soldado, y mostróse dispuesto á sacarle de tan violenta situacion.

—Sabed, Capitan, le dijo, que he cometido una gran falta.

—¡V. M. una falta! balbuceó Barrientos. ¡Parece imposible!

—Pues no lo es, contestó el Emperador, y os juro á fé de hombre de bien (1), que estoy arrepentido de ella.

(1) Este era siempre su juramento. Decía que juraba á fé de hombre de bien y no de emperador, porque hombres de bien había pocos y emperadores muchos.—Sandoval, Vera y Zúñiga.

Se detuvo un instante, y añadió:

—Anoche os traté con excesiva dureza. ¿Quereis, Capitan, perdonar á un viejo achacoso é impertinente sus debilidades?

Barrientos se arrojó á sus piés y le besó las manos.

—¡Ah! señor, le dijo con profunda emocion. No está bien que la majestad caiga de rodillas ante los vasallos. Vedme á vuestros piés. Disponga V. M. de mi vida.

El Emperador le levantó en sus brazos y le dijo:

—Gracias por vuestro perdon.

Despues le señaló un sillon, y ocupando el suyo, añadió con dulzura:

—Sentaos. Tenemos que hablar.

Barrientos titubeó un instante; pero el Emperador le animó con un gesto, y al fin se sentó.

—¡Si supiérais, Capitan, dijo el Monarca despues de una breve pausa; si supiérais todo el interés que me inspira el jóven con quien os batísteis anoche! No lo podeis saber hoy; pero Dios permitirá que lo sepais algun día.

—¡Interés! exclamó Barrientos. ¿Y á quién no se le ha de inspirar ese pobre huérfano?

—¡Ah! ¿Cómo habeis sabido que es huérfano?

—Porque él mismo me ha contado su historia.

El Emperador se puso pálido como la cera.

—¿Y qué os ha contado? dijo con voz trémula y desfallecida.

Barrientos le refirió brevemente la entrevista que había tenido con el huérfano la noche anterior en su aposento.

El Emperador respiró, como si le hubieran quitado de encima una losa de plomo; pero su conmocion era todavía visible.

—¡Oh! dijo Barrientos sin poder contener su entusiasmo, es un doncel bizarro y gallardo que me llenó de admiracion. Es una de esas almas que sueñan; pero sus sueños son los de los grandes hombres.

—Ya tengo noticias de ellos, repuso el Emperador con grande amargura. Y de los peligros á que conducen desearía yo librarle.

—¿En soñar con la gloria y con las grandes ideas puede haber peligro?

—Soñar es dormir, y dormir es echarse en brazos de la muerte.

—¡Cuántos despiertos quisieran valer lo que otros soñando!

—¡Cuántos soñando quisieran ser tan dichosos como el que está despierto!

—Soñar ¿no es vivir?

—Soñar ¿no es morir?

—Si los sueños son mentiras halagüeñas, ¿no daña á veces menos una mentira soñada que una verdad amarga?

—Siempre es dañosa la mentira.

—Siempre es cruel la verdad.

—¡Misera humanidad! exclamó el Emperador tristemente. ¡Siempre soñando su propio mal y siempre solicitando su engaño!

Hizo una breve pausa, y añadió:

—Capitan, necesito de vos.

—Ya sabe V. M. que puede disponer de mi vida.

—Voy á leeros la carta que me escribe el Rey mi hijo.

Me habeis parecido hombre de bien y os he cobrado aficion. Oid.

El Emperador tomó un pliego de la mesa y leyó en voz alta lo siguiente:

«Padre y señor: Los cuidados de estos reinos no disminuyen los que V. M. inspira al que le contempla desde lejos con el cariño de hijo y el respeto de súbdito. Los negocios públicos no prosperan á la sombra de la inconstante fortuna. Conjúranse en mi daño los herejes, que crecen como la cizaña en la mies del labrador, y el príncipe D. Cárlos, gloria

de mi casa en otros tiempos, llena mi pecho de pesar. V. M. pudo ya formar idea del carácter del príncipe en Valladolid, donde le reprendió y afeó su conducta, que en nada mejora. Háse divorciado de todos los vínculos que la naturaleza forma para regir y gobernar las acciones de los hijos sometidos á la patria potestad. Empero las cuitas mías no borran de mi pensamiento la imágen de V. M. Ese Monasterio es cárcel demasiado estrecha para alma tan grande y valerosa, y bien me holgaría saber abrirme paso hasta el corazon de V. M. y romper las ligaduras de su vocacion, devolviendo á la pátria una prevision más feliz que la mía, y al trono la más firme columna de su autoridad y esplendor. Mas si esto no puede ser, porque tuerce la inclinacion de V. M. y su apego á ese dicho Monasterio, deber mío, como súbdito y como hijo, es velar por tan preciosa vida y procurar que no naufrague en el mar de las privaciones, con menosprecio de su rango. El situado de *doce mil* escudos que se ha reservado V. M. es menguado en demasía, pues si V. M. necesita menos para sus escasas atenciones, en cambio no faltarán necesitados en torno de V. M. que imploren la régia munificencia. Ya D. Pedro Fernandez de Velasco, adelan-

tado de Castilla, tiene órdenes de enviar á V. M. diez mil escudos que he recabado para que provea su tesoro, y pido á V. M. que abra las manos en esto de los pobres y en regalar á esos monjes, dando así rienda suelta á su natural inclinacion y á sus nobles sentimientos de hacer el bien en el silencio y en el olvido. Lo que me apena es que V. M. no haya querido tener médico ni boticario independientemente de ese Monasterio, que no debe mostrarse tan alto desden de la vida; y así ruego á V. M. que se provea de ellos, eligiendo los mejores, para lo cual aumentaremos el situado, aunque no sea más que en el doble de lo que actualmente recibe V. M. Sabedor del aislamiento de ese dicho Monasterio y de que cerca de él vive un enemigo personal de V. M., que ni ha querido visitarle ni rendirle pleito homenaje, como era su obligacion, por añejos resentimientos que datan desde la rota de los Comuneros en Villalar, envío á V. M. cien lanzas para su seguridad á las órdenes del capitan Pedro Barrientos, soldado famoso y leal, de cuya adhesion, valor y buenos sentimientos me responden todos. Atienda V. M. por iguales partes al cuidado de su persona y á las cosas del cielo, que á ello convida tambien la ley divina y

todo forma capítulo en el negocio de la salvacion. De Madrid, día del santo Angel de la Guarda, años mil quinientos cincuenta y siete de J. S. nuestro Señor. Hijo afectísimo y súbdito de V. M.—D. Felipe II.»

Así que el Emperador terminó la lectura de la carta, fijó en Barrientos una mirada profunda, y le dijo:

—Ya veis, Capitan, que según me dice el Rey mi hijo, estoy amenazado de algún peligro.

—¿Será verdad? exclamó Barrientos con voz varonil. ¿Habría alguien capaz de atentar contra la sagrada vida de V. M.?

—Tal vez, repuso el Emperador tristemente. Y lo peor del caso es que mi enemigo tiene razon.

—¡Oh! eso nó, exclamó Barrientos poseido de indignacion. Cualquiera que se atreva á atentar contra la vida de V. M., que además de haber sido nuestro rey, se halla hoy desarmado, es un infame, un mal caballero, un felon; y merece que se le escupa en el rostro por villano y cobarde.

—No temais, replicó el Emperador: ese hombre no hará nada en mi daño; pero de todos modos yo necesito del corazon de un hombre que, si es preciso, sepa morir por mí.

—Aquí está ese corazon, dijo Barrientos golpeándose el pecho. Mis cien soldados y yo sabremos morir por V. M.

—Acepto vuestro ofrecimiento, Capitan, en lo que atañe á vuestra persona. En su virtud, me quedo con vos y despido á vuestros soldados.

—La voluntad del Rey era que los conservara V. M. á su lado.

—¿Y para qué? Hacen malas ligas monjes y guerreros, y tendría que vivir lleno de sobresaltos. Nó, señor Barrientos. El santuario no ha menester soldados para su custodia, porque le guarda Dios. Yo vivo á un paso del santuario. ¿Qué puedo temer estando tan cerca de Dios?

Se detuvo un momento, y añadió:

—Es preciso que vuestros soldados partan esta misma tarde.

—Partirán, señor.

—Vos quedareis á mi lado.

—Me quedaré.

—¿Dispuesto á morir por mí si es necesario?

—Dispuesto á morir.

—Gracias, exclamó el Emperador tendiéndole la mano. Oid ahora lo que exijo de vos.

Se levantó del sillon, se acercó á Barrien-

tos, le llevó cerca de la ventana, y le dijo en voz baja y con cierto misterio:

—No es mi vida lo que está en peligro. ¿Para qué puede nadie querer una vida que vale tan poco y que toca á su fin? Pero si no peligra mi vida, peligra otra que vale más que la mía. ¿Me prometeis, Barrientos, preservarla de un golpe homicida?

—Lo juro, señor.

—No jureis. Si sois hombre de bien me basta vuestra palabra. ¿Me prometeis servir de escudo al pecho que está amenazado, defenderle con vuestro brazo, y si es preciso poner el vuestro cuando le amenace la punta de un puñal ó el filo de una cuchilla?

—Lo prometo, señor.

—Mucho exijo de vos, Capitan; pero es con buen fin. Oid: la vida que está amenazada es la de Juan, la del mancebo con quien reñísteis anoche.

—¿La del huérfano?

—Sí: un presentimiento infausto me dice que le amenaza el golpe que estaba reservado para mí. Pues bien, vos podeis quitar ese golpe de su cabeza.

—¿Qué es preciso hacer, señor? dijo Barrientos con vehemencia.

—Estar siempre á su lado, seguirle á todas

partes, ser su sombra y contarme todo lo que veais.

—Lo haré, señor.

—Juan sale todas las tardes á caballo del Monasterio y vuelve entrada la noche. ¿Dónde va? Se ignora. Pero presiento que va á buscar el peligro. Cuando vos le encontrásteis del peligro venía. ¿Seguireis mis instrucciones al pié de la letra?

—No faltaré á ellas.

—Teneis corazon y valor. Es todo cuanto necesito. Por eso fio de vos esta empresa en que me va casi la vida.

—Vivid tranquilo, señor, que yo velaré por él.

—Eso es, velad *por él*, exclamó el Emperador con voz casi desfallecida; velad por él como un padre, ya que no le tiene... ¡Oh, Barrientos; sed para ese pobre huérfano una especie de Providencia!

Al concluir estas palabras, la voz del Emperador estaba tan conmovida, que apenas se hacía entender.

Se repuso prontamente, y añadió:

—Ya sabreis la clase de peligros que amenazan á Juan. ¡Es toda una historia! Mas á fin de que os respete y obedezca, venid conmigo, que voy á presentaros á él y á mandárselo.

Y terminado esto, el Emperador se apoyó familiarmente en el brazo del Capitan, y abandonaron la estancia.

VIII.

LA SOLDADESCA.

Mientras se celebraban estas confidencias en el cuarto del Emperador, tenía lugar en las puertas del Monasterio una escena digna de mencion.

El atractivo de las limosnas por una parte y por otra la curiosidad que despertaba el Emperador entre los habitantes de la comarca y aun entre los que no lo eran, atraían todos los días al convento una concurrencia numerosa, compuesta en parte de curiosos y en parte de necesitados.

Salían de los pueblos limítrofes á verle como se sale á ver el sol en los días del invierno.

Sus manos siempre abiertas para derramar el bálsamo del consuelo en las heridas del infortunio, distribuían el bien pródigamente, enjugaban las lágrimas y dejaban caer un rayo de luz sobre los tugurios de la pobreza.

Los desavenidos ponían en sus manos sus pleitos: el labrador honrado, falto de suerte, cultivaba por él su árido terruño: las huérfanas y las viudas encontraban amparo en su beneficencia: los niños merecían sus halagos: los ancianos su respeto: los desgraciados su veneracion; y accesible para todos, sencillo, benevolente, cifraba las glorias de su vejez desengañada y experimentada en recoger bendiciones y lágrimas de gratitud.

Separaban algunas veces sus servidores á las gentes de su tránsito, y con gentil llaneza solía decir:

—Dejadme respirar el aire de bondad de estas criaturas. Me hace mucho bien.

Tan solo una cosa llevaba á mal, y eso movido de su celo y buen deseo. Con motivo de las limosnas, parece ser que se acercaban á la portería del convento mujeres desenvueltas, cuyo lenguaje y modales traspasaban las reglas de la honestidad.

Esto le disgustaba tanto, que más adelante no pudo menos de hacerlo presente á los visitadores generales de la Orden, Fray Nicolás Segura y Fray Juan de Herrera, los cuales tomaron en consideracion tan grave advertencia, disponiendo enviar el trigo y de-

más limosnas á los pueblos para que los Alcaldes los repartiesen.

Agradó tanto al Emperador esta medida y la recibió con tal alegría, que al instante envió un edicto á las villas y lugares que recibían limosnas del convento, y en cuyo edicto se ordenaba que «ninguna mujer pasase de la cruz del Humilladero, bajo la pena de cien azotes».

En el momento en que el Emperador y Pedro Barrientos salían al vestíbulo á buscar al huérfano, se desarrollaba á las puertas del Monasterio una escena repugnante, ocasionada por la desenvoltura de aquellas mujeres, que, bajo el pretesto de la limosna, acudían casi todos los días.

Algunos soldados de los que habían venido con el Capitan y se habían alojado en el convento la noche anterior, salieron á la portería á divertir sus ocios, y descubriendo á aquellas mujeres, pronto dieron rienda suelta á pensamientos insolentes, trabando con ellas los galanteos más desvergonzados.

Varios monjes que presenciaron tan escandaloso atrevimiento, trataron de interponerse; pero los soldados, que estaban ya ciegos por el demonio de los malos deseos, metieron manos á sus dagas y amenazaron á

los frailes, que huyeron de la portería, dando cuenta al Prior de todo lo que pasaba.

No fué esto lo peor, sino que Juan, el pupilo del Emperador, llevado de sus instintos belicosos y de su amor á la soldadesca, estaba entre los culpables, de quienes no había habido fuerzas que le separasen en toda la mañana, poseido de la admiracion de un niño hácia las cosas de la guerra; y de tal manera hizo suya la causa de aquellos desalmados, que cuando intentaron arremeter contra los monjes, el inesperto jóven desnudó tambien su estoquillo, y se puso al frente de la chusma, ni más ni ménos que si se tratara de librar una batalla honrosa.

Acudió por fin el Prior, y como viera á Juan al frente de la soldadesca en trance de acometer al que intentase ofenderla, díjole el santo varon:

—Ven acá, hijo mío. ¿Tú tambien entre los culpables?

El huérfano no se movió.

Bizarra estaba la criatura con el acero en la mano, la cabeza erguida gallardamente y el semblante encendido, juzgándose tal vez ufano de capitanear á aquellos desalmados.

El Prior volvió á repetir su ruego con voz conmovida; pero el mancebo, fijo en su pues-

to como si sus piés hubieran echado raices, contestó con acento firme:

—Padre, no me moveré de aquí hasta que me prometa vuestra reverencia que no se ha de hacer daño á los soldados.

Las turbas aplaudieron al mancebo con entusiasmo.

—Sé obediente, hijo mío, volvió á decir el Prior. Ven á mi lado, y no escuches á esos hombres.

—Imposible, gritó el jóven con imperio. Yo los defiendo.

—¡Insensato! exclamó una voz conocida detrás del Prior.

Y en el mismo instante se presentó en medio de todos el Emperador.

Había presenciado desde el vestíbulo la escena de la portería, y seguido de Pedro Barrientos se lanzó veloz como una flecha hácia el lugar del tumulto, corriendo con la ligereza de un jóven de quince años.

—¡El Emperador! ¡El Emperador! exclamaron cien voces á coro.

Juan soltó el acero y bajó la cabeza: los campesinos se descubrieron, y los soldados, arrepentidos de su falta, temblaban como azogados.

El Emperador se aproximó al huérfano en

silencio, con actitud severa, y sacudiéndole el brazo con alguna violencia, exclamó:

—De rodillas, atrevida criatura.

Juan cayó de rodillas instantáneamente como si su cabeza hubiera sido herida por el rayo.

—Ahora mismo vas á pedir perdon á este santo varon, añadió el Emperador con voz terrible señalando al Prior.

Y el mancebo, como si fuera un autómata, se acercó de rodillas á Fray Martin Angulo, y le besó respetuosamente las manos.

—Pídele perdon en voz alta, exclamó el Emperador. Puesto que el agravio ha sido público, tambien debe serlo la satisfaccion.

De los ojos del huérfano se escapó en silencio una lágrima.

El Emperador la vió y se conmovió profundamente; pero nadie sorprendió su turbacion.

Severo, imponente, majestuoso, dominaba al concurso con su altiva y poderosa mirada, con su autoridad incontrastable y con aquel arrogante continente que parecía hecho de molde para dictar leyes al universo.

Aquella lágrima que había brotado de las pupilas de Juan ¿era arrancada por el orgullo, por la humillacion que estaba sufriendo en

presencia de las gentes, ó por el amor propio herido?

Nó: el Emperador, que sabía leer en el alma de Juan como en un libro abierto, comprendió que aquella lágrima era una ofrenda de la ardiente contricion del niño, arrepentido de haber causado pesar al hombre que más amaba.

Por eso le perdonó desde el fondo de su corazon; y una ternura misteriosa y recóndita brotó instantáneamente de su pecho, dulcificando su severidad.

Entre tanto, Juan levantó los ojos hácia el Prior, y con voz trémula y balbuciente le dijo:

—Padre, ¿me perdonais?

El monje le levantó en sus brazos, y le dió un ósculo en la frente. En seguida se le llevó de la mano hácia el palacio.

—¡Sois unos cobardes! gritó el Emperador á los soldados con voz de trueno, y juro á fé de hombre de bien, que si cuando yo mandaba ejércitos y blandía la cuchilla hubiera tenido soldados como vosotros, os hubiera hecho colgar de un árbol por menos delito del que habeis cometido.

Los soldados cayeron de rodillas y extendieron hácia él sus brazos, exclamando:

—Perdon, perdon.

El Emperador los contempló con severa é inflexible mirada.

—Sí, os perdono, dijo; pero sois indignos de servir en los tercios del Rey, y hoy mismo, antes de partir de este Monasterio, donde á la puesta del sol no me ha de quedar un solo soldado, sereis desarmados y se os dará la licencia.

—Señor, exclamó á la sazon Barrientos, que había permanecido mudo durante la escena. La osadía de estos miserables no puede quedar así. Déme V. M. licencia para aplicarles cincuenta palos.

—Lo dicho, dicho, contestó el Emperador. Están perdonados; y no me arguyas sobre ello, Pedro Barrientos, que no se ha de alterar en un ápice lo que he dispuesto.

—¡Infames! gritó el Capitan lleno de rabia, apostrofando á los soldados. Dad gracias á su Majestad, que os libra de mi furor, pues si no estuviera delante os habría ya mandado descuartizar.

El Emperador, seguido de Barrientos, se internó en el Monasterio, y el pueblo aplaudió su clemencia.

Los soldados, corridos y avergonzados,

estaban en situacion tan lastimosa, que movían á compasion.

La órden se cumplió aquella misma tarde al pié de la letra.

La escolta de Barrientos partió antes de la puesta del sol, y los causantes del alboroto fueron desarmados y enviados á sus casas de justicia en justicia.

Barrientos se quedó, pues, al servicio del Emperador.

IX.

EL CASTIGO.

Cuando el Capitan de los tercios y el Monarca volvieron al palacio, hallaron á Juan en el vestíbulo, rodeado del Prior y de algunos monjes y caballeros.

El pobre mancebo les estaba contando la aventura de los soldados, manifestando que si los había defendido, era por su aficion á las cosas de guerra, y porque, siendo él tambien soldado por vocacion, miraba como á hermanos y á compañeros de armas á todos los que vestían el uniforme de la milicia.

Comenzaba el Prior á explicarle la gravedad de la falta de los miserables que ha-

bían arremetido contra los monjes indefensos, cuando se presentó el Emperador.

Al verle Juan, dobló la cabeza y se le encendió el rostro con vivo carmin.

Entonces, espontáneamente, con ingenuidad infantil, se acercó al Monarca, se puso de rodillas y le pidió perdon.

El Emperador clavó en el jóven una mirada de ternura indefinida, y procurando dar á su acento mayor severidad de la que en realidad podía darle, le dijo:

—Siempre haciendo locuras, ¡siempre llenando de disgustos y de sinsabores á los que te aman! ¿Has de ser siempre niño, Juan?

—Nó, señor, respondió el jóven sollozando.

—¿Por qué no eres sumiso y obediente? ¿Por qué no pones más de tu parte para aprender y ejercitar la prudencia? ¿No conoces tú, que si el arbolillo se tuerce de jóven, no se endereza de viejo? ¿Has de volver á faltar al respeto á los mayores como ha sucedido hoy?

—Nó, señor.

—¿Has de ser bueno?

—Sí, señor.

—¿Has de ser dócil, circunspecto y juicioso?

—Sí, señor.

—Pues besa mis manos, y oye el castigo que te impongo por tu falta.

El jóven se las besó, y aguardó temblando sus órdenes.

—En adelante, dijo el Emperador, no llevarás espada al cinto hasta que yo lo mande.

—¡Oh! señor, exclamó el jóven tendiendo hácia él los brazos en actitud suplicante. Mande V. M. que me priven del aire, de la luz, del alimento; pero no me quite V. M. la espada, que es la prenda más querida de los caballeros.

El Emperador fijó en él una mirada de alegría casi delirante; pero se reprimió, y añadió con voz severa:

—¿Ves cómo eres desobediente? A la primera prueba que trato de hacer de tu docilidad, tu corazon flaquea y te rebelas. ¿Es así como se acredita el arrepentimiento? ¿Es así como cumples la palabra que empeñas? Pues esto es lo primero que deben aprender los caballeros.

—¡Ah! señor, murmuró el jóven con tristeza y abatimiento. Todo eso es verdad; pero tener que entregar la espada...

—Cuando la espada sirve para emplearla en locas aventuras; cuando se hace de ella uso para empeñarse en duelos peligrosos co-

mo el que empeñaste anoche con el Sr. Pedro Barrientos; cuando se hace de ella uso para capitanear una chusma de foragidos y arremeter contra indefensos monjes, vale más colgarla de una espetera que llevarla al cinto. De la espada solo debe hacerse uso en defensa de *Dios*, de la *pátria* y del *rey*; y nunca se ha de sacar de la vaina sin razon, ni se ha de volver á la vaina sin honor. Cuando sepas apreciar lo que vale la espada mejor que hoy, te será devuelta.

El jóven inclinó la frente con dolorosa resignacion, y haciendo un esfuerzo heróico, dijo:

—Hágase, señor, la voluntad de V. M. y no la mía.

Aquel rasgo de abnegacion volvió á conmover al Emperador. Sin embargo, se había propuesto ser inflexible, y añadió:

—No basta solo entregar la espada. En lo sucesivo no volverás á salir del Monasterio sino acompañado del Sr. Pedro Barrientos.

El jóven palideció; pero no replicó palabra.

—Ya ves, prosiguió el Emperador con más dulzura, ya ves que mi prevision es justa. Te privo de la espada; pero en cambio consagro á tu defensa otra mejor que la tuya.

—¡Mejor que la mía!

—¿No será la del Sr. Pedro Barrientos mejor? ¿Serías tan presuntuoso que juzgaras que tu brazo de niño tiene más firmeza, más seguridad para blandir el hierro, que el de un soldado tan avezado y curtido en toda suerte de lides, como el Sr. Pedro Barrientos?

El mancebo volvió á bajar la vista, y no respondió.

—Es un alma indomable, pensó el Emperador para sí con cierta orgullosa alegría. Y añadiendo en voz alta:

—¿Obedecerás mis órdenes, Juan?

—Con el alma y la vida.

—¿Tendré necesidad de recordarte el cumplimiento de tu palabra?

—Jamás, señor.

—Pues con estas condiciones te perdono.

El jóven se levantó del suelo y volvió á besarle las manos.

El Emperador se quedó pensativo breves momentos. Luégo, como si le mortificara una idea cruel, revistió su acento de mayor dulzura, y dijo al jóven:

—Quiero poner precio á tu conducta. Si eres bueno, si eres dócil, si eres obediente y juicioso, la recompensa que te reservo será proporcionada á tus virtudes. ¿Sabes cuál será?

—Nó, señor.

—Te devolveré la espada.

El jóven clavó en el monarca una mirada de gratitud, y exclamó:

—Está bien, señor; yo me haré digno de merecerla.

Acabado esto, el Emperador, que hacía ya tiempo no podía vencer su emocion, se retiró á su aposento, y cada uno de los que presenciaron la escena desfiló por distinto camino.

Quedaron solos el huérfano y Pedro Barrientos.

El Capitan se acercó al jóven, y le dijo:

—¿Por qué estás triste?

—¡Oh! exclamó el mancebo con amargura. Me han privado de la espada y de la libertad ¿y no quereis que lo esté?

—Pobre muchacho, balbuceó Barrientos compadeciéndose de él.

Y tendiéndole la mano, añadió:

—¡Valor! ¡Qué demonio! ¿No somos amigos?

—¿Amigos? exclamó el huérfano con desconfianza.

—¡Voto al infierno! dijo Barrientos sin poderse contener. Si yo no soy amigo tuyo, muchacho, dí que no valgo para serlo de nadie.

—¡Ya lo veremos! contestó el jóven con melancólica sonrisa.

Y se separaron.

X.

LA VIDA MONÁSTICA.

Trascurrieron algunos días despues de las escenas que acabamos de narrar.

En este espacio de tiempo ningun suceso anormal interrumpió la calma del Monasterio, mansion verdadera de paz, donde los ecos del mundo apénas inquietaban á los espíritus felices de sus moradores.

La salud del Emperador era excelente, y el benéfico influjo de la primavera, que comenzaba á revestirse en grande escala de sus risueños y pintorescos esplendores, parecía devolverle parte de su antiguo vigor.

Distribuía su tiempo entre sus devociones y algún recreo honesto, como la pesca y el cultivo de algunas florecillas en un jardincito que le reservaron los monjes para su uso en la huerta de *Boro*, y de tiempo en tiempo solía hacer breves excursiones á los pueblos comarcanos, para dejarles muestras de su liberalidad.

Había aumentado su servidumbre movido por los consejos de varios amigos que le visitaban, y hasta *se resignó* á usar en su mesa, siempre frugal y parca, *un servicio de plata vieja.*

Pasaba buena parte del día en los ejercicios espirituales, y rezaba cotidianamente el oficio divino; y cuando no podía por sus indisposiciones, lo hacía su confesor, Fray Juan de Regla, en su presencia.

Oía la Misa mayor todos los días con grande solemnidad y canto de órgano; pero cuando sus dolencias no le permitían salir al templo, la oía desde su cuarto, que comunicaba con el Presbiterio por una puerta que se abrió en el muro de la iglesia, para lo cual tenía en frente de aquella puerta colocada la cama.

Despues de comer, escuchaba sermones con placer, y, cuando no tenía sermon, hacía leer á su confesor ó al Prior epístolas de San Pablo y de San Agustin.

Era devoto del Santísimo Sacramento, y tenía Breve (atento á su devocion y á su flaqueza) para recibir el pan celestial de la comunion aunque se hubiese desayunado.

Su devocion al Santísimo Sacramento la llevó hasta el punto de encargar en su codi-

cilo una fundacion para este culto á sus expensas.

Era tan amigo de la música, que no le agradaba que se cantaran los oficios divinos sin órgano. Pero no permitía que cantasen otros que los frailes, por lo cual le envió la Orden catorce músicos de los mejores que pudo reunir.

En esto de no permitir cantar á otros que á los frailes fué demasiado severo, y segun cuentan las crónicas, se dió el caso de subir al coro y arrojar de él á un contralto de Plasencia, que subió á cantar en unas vísperas, y que por lo visto era hombre de algun mérito.

Asistía á las funciones religiosas de rodillas; y cuando sus achaques no se lo permitían, se sentaba en un sillon; pero esto sucedió raras veces.

Era severísimo con los frailes si observaba en ellos alguna señal de descompostura en el templo, y parecía tener cien ojos, como Argos, para descubrir sus faltas.

Cuando alguno se dormía inadvertidamente en el coro, se le oía murmurar:

—Miren qué bermejo: ya dió la cabezada.

Cuéntase que una tarde en las vísperas se descuidó en cruzar una pierna sobre otra, y como tenía encargado al Prior que no con-

sintiera que nadie tuviera en el templo una postura inconveniente, aunque fuera él mismo, Fray Martín de Angulo le observó, y no pudo menos de sonreir al sorprender su distraccion.

Entonces, y no atreviéndose á advertirle, mandó á un fraile que se sentase cerca del Emperador y cruzase como él las piernas, y hecho al pié de la letra, surtió el efecto que se quería, porque así que reparó en el fraile, conoció su falta y se puso de rodillas, pidiendo luego al Prior que fuera con él muy severo en todo.

Tal como su sencillez y llaneza en el trato de sus amigos, de sus servidores y de toda clase de gentes, era su humildad.

Cuando fueron á verle los dos visitadores de la Orden, Fray Nicolás Segura y Fray Juan de Herrera, ya mencionados antes, dijéronle que tenían que hacerle cuatro cargos.

Preguntó cuáles eran, y sacando los frailes un papel, se los leyeron.

Consistían los cargos en rogarle «que no permitiera á los frailes hacer frecuentes salidas del convento ni dormir demasiado; que no los regalase con dinero ni alhajas; que no diese favor á ninguno en cuanto perjudicase

á la disciplina; y por último, que se dejase servir por la comunidad.

Luégo que se marcharon, dijo:

—Confieso que me ha edificado aquel viejo y que nunca he temblado más que cuando le ví con un papelillo en la mano, y me dijo que iba á hacerme cuatro cargos.

Visitado por San Francisco de Borja, antiguo marqués de Lombay y duque de Gandía, que trocó tambien el yelmo por el hábito de Loyola, menospreciando sus riquezas y vastos estados, díjole el César: «que se lastimaba de no poder dormir vestido para no macerarse más».

A lo que replicó el santo:

—«Señor, las muchas noches que V. M. veló armado, causan que no pueda dormir vestido; pero gracias á Dios que tiene merecido más con haberlas pasado así en defensa de su fé que muchos religiosos las cuentan de cilicios».

Instábanle los frailes de contínuo á que se dejase servir de ellos, alegando que lo tendrían á grande honor; pero se resistía siempre diciendo:

—Yo no he venido aquí á ser servido, sino á servir á Dios; y si no fuera por mis achaques, me hubiera complacido más entrar de

donado y hacer como tal los oficios mecánicos.

Hay una cuestion llena de sombras que merece tocarse en este libro y sobre la cual puede su autor derramar poquísima luz. Filósofos é historiadores han hecho esfuerzos heróicos por profundizar en ella, y todas las pasiones del corazon humano se han asociado al poder investigador de la crítica para arrancar á una tumba su secreto.

Nos referimos á la abdicacion del Emperador y á su resolucion inquebrantable de renunciar al mundo y de pasar el resto de su vida en un monasterio.

¿Qué causas influyeron en aquel memorable designio que llenó de asombro á los siglos pasados y excita la admiracion de los presentes? ¿Cuál es el secreto de aquel grandioso descendimiento que servirá eternamente de ejemplo á todas las generaciones?

Solo Dios lo sabe.

El secreto, si algunas de las razones de la historia no bastan para explicarle, debió bajar con su dueño á la tumba, y ni el prior de Yuste, varon lleno de probidad, cuya relacion sobre la estancia del Emperador en el convento es de una veracidad intachable, ni Fray Juan de Regla, su confesor, ni el obispo

Sandoval su cronista, ni el erudito D. Juan Antonio de Vera y Zúñiga, ni el mismo Luis Quijada, íntimo amigo suyo en quien depositó siempre ilimitada confianza, pudieron apoderarse de él y entregarle al juicio de la posteridad.

Todo lo que se ha discurrido sobre esta cuestion, no ha podido salir nunca del período congetural.

Los poetas atribuyen á desengaños de amor la retirada del Emperador de los negocios mundanos: los místicos á una penitencia: los políticos á la razon de Estado: los escépticos al orgullo de raza, quebrantado por el mundo entero, que aseguran se le venía encima; y sus enemigos á los remordimientos.

¿Merecen crédito estas versiones?

De todas ellas, ninguna parece más verosímil que la que el mismo Emperador hizo en el acto de su renuncia ante la Dieta de Bruselas, donde, despues del discurso del canciller Filiberto, levantóse á duras penas apoyado en el hombro de Guillermo de Nassau, príncipe de Orange, y entre otras cosa dijo:

—«Hasta este día ni dejé de salir con honor ni excusé trabajo. A este efecto, pasé *nueve* veces á Alemania la alta: *seis* en España: en

Italia *siete: diez* he venido á estos Estados: en Francia he entrado *cuatro* veces: *dos* en Inglaterra, y *otras tantas* en Africa. *Ocho* veces he entregádome al mar Meditérraneo; y al Océano, con ésta, que será la última, cuatro...»

Esta maravillosa estadística de su actividad, ¿no es razon bastante para explicar su sed de reposo, su ansia de sosiego, á los cincuenta y seis años de edad y cuando su naturaleza, minada ya por la gota y los achaques crónicos que le llevaron al sepulcro, estaba rendida y profundamente deteriorada?

Que á la resolucion de abdicar y de retirarse del mundo se asociaran desengaños crueles, pudo muy bien suceder, porque los desengaños son la moneda falsa de la humanidad, que siempre corre en los mercados de la vida, y cuanto más alto el hombre, cuanto más poderoso, más accesible es á experimentarlos, por su mejor disposicion á sembrar beneficios; y es probado que el que los siembra, cosecha en abundancia desengaños.

Ya se quejó de la fortuna en una de sus últimas derrotas, diciendo *que era dama cortesana que acariciaba á los mozos y volvía las espaldas á los viejos;* mas la pérdida de algunas tierras insignificantes no debió ser

causa de renunciar á las cosas de la vida, porque cuando firmó el acta de su abdicacion puede decirse que tenía en sus manos el cetro del universo, y su cabeza, tres veces coronada, apenas podía sostener el peso de la gobernacion de sus Estados, que dividió en dos partes, y distribuyó entre su hermano y su hijo, considerando que eran sobrada carga para uno solo.

Es, pues, más verosímil fundar su retirada de los negocios en su cansancio corporal y moral, en sus dolencias crónicas, en la fatiga de su espíritu, valiente y superior, pero al fin deleznable, y en el noble impulso de sus generosos sentimientos.

En cuanto á la eleccion que hizo de un convento para asilo de su vejez prematura, ya dicen los cronistas que en vida de la emperatriz Isabel, su esposa, *hicieron los dos voto de retirarse á un convento, con la humildad y llaneza de dos particulares;* resolucion que el mismo Emperador aseguró en Yuste *no había tenido efecto por la temprana muerte de la Emperatriz.*

Y sin duda á consecuencia de aquel voto eligió el Emperador el retiro de Yuste, porque doce años antes de su abdicacion, envió una comision de personas entendidas á bus-

car en las regiones de clima más benéfico de España el punto donde se proponía descansar de las agitaciones de su vida; cuya comision se fijó despues de maduro exámen en el monasterio de la Orden de Jerónimos de Yuste, fundado en 1410, donde el César mandó construir, por el plano del palacio de Gante, en que nació, la modesta vivienda donde pasó el resto de sus días.

Respetemos, pues, el secreto de su grande y generosa resolucion, y bendigamos el nobilísimo ejemplo de abnegacion y humildad que ofreció á todas las generaciones.

XI.

EL CASTILLO DEL DIABLO.

Abatido y triste vivía el huérfano Juan en el Monasterio desde que el Emperador le había impuesto el castigo de no llevar espada, y el no menor sacrificio de estar bajo la vigilancia de Pedro Barrientos.

El pobre jóven, consumido por la fiebre ardiente de sus sueños de gloria, por sus instintos de independencia, y por su afan de ce-

lebridad, engendrados con la lectura de los libros de caballería, arrastraba en el convento una existencia lánguida y doliente, semejante á las de esas flores tropicales que se ahilan en las estufas por carencia de aquel sol vivificante del país donde germinaron y nacieron.

Era estrecho y reducido el espacio de aquel mísero convento para alma tan grande, ó para imaginacion tan soñadora como la del gallardo pajecillo.

Nadie volvió á oirle murmurar una palabra contra la penitencia que estaba cumpliendo con resignacion heróica; pero su frente pálida y marchita, sus mejillas despojadas del encarnado matiz que las embellecía, y la sonrisa triste y melancólica que se pintaba en sus lábios, señales eran por las cuales el ojo menos perspicaz hubiera conocido que dentro de aquel pecho se agitaban dolores comprimidos que anhelaban romper su oscura cárcel, y que en el fondo de aquel corazon bramaba sordamente una tempestad que le hacía estremecerse en la soledad y en el silencio.

Salía poco de su habitacion; paseaba algunos ratos en la huerta; contestaba á todas las preguntas que se le hacían con sobriedad

y dulzura; y conducíase con una timidez y un temor tan inocentes, que á todos los que le conocían inspiraba la más afectuosa compasion.

El Emperador, que no le perdía de vista á través de su simulada indiferencia y de su estudiada severidad, examinaba con secreta inquietud sus más ínfimos movimientos, y seguíale paso á paso con cierto recato por los cláustros silenciosos y por las frondosas arboledas de la huerta, procurando inquirir dónde tenía el jóven la herida y cuál era el bálsamo que convenía usar para cicatrizarla.

¡Esfuerzos inútiles! La pena de Juan estaba profunda, y el Emperador conoció que no era él bastante para hacerla salir de su fatal prision.

—¡Me oculta un secreto! pensaba el Emperador algunas veces oyéndole suspirar y sollozar. ¡Oh! Dios mío, ¿por qué no me es dado penetrarle?

Una tarde que le había seguido en sus excursiones solitarias por la huerta, se encontró con él de manos á boca, y sorprendió en los ojos del mancebo dos lágrimas abrasadoras.

—Juan, ¿que tienes? le dijo.

—Nada, contestó el jóven sonriendo de

una manera desgarradora. Al lado de V. M. me contemplo feliz.

Y le besó las manos.

Estas escenas se repetían con alguna frecuencia.

El Emperador conoció que no era prudente oprimir demasiado aquella naturaleza rica y varonil, que á la sazon se desarrollaba en la primavera de la vida al calor de las fantasmagorías de una imaginacion privilegiada y exuberante; y aunque con pesar, se dispuso á abrir un poco la mano y á aflojar los frenos que la sujetaban.

Cuando se aprisiona al águila y se la quitan las alas con que se remonta á las nubes para contemplar al sol frente á frente, la reina del espacio se despedaza de coraje y al fin sucumbe entre reflujos de desesperacion.

Aguila era Juan, sometido á las privaciones de sus gustos romancescos y de sus acariciadas ilusiones, y no teniendo alas para volar, veía desvanecerse con febriles impaciencias sus sueños queridos, y sentía en el fondo de su alma una mortificacion intensa, que le devoraba como devora el fuego la arista que se le arroja.

La medicina llegó á tiempo.

Porque Juan estaba ya enfermo; enfermo

del corazon, que es peligrosa dolencia para las grandes naturalezas.

El Emperador encomendó á Pedro Barrientos, que era la persona con quien el jóven más simpatizaba, á pesar de su odiosa mision de espionaje, que se abriese paso hasta su confianza con dulzura, que le procurase distracciones acomodadas á su carácter, que le sacase á pasear á caballo fuera del Monasterio, y que sin perderle de vista, le dejase correr por las inmediaciones, buscando en los goces de la vida rural lenitivo á sus tristezas.

Al principio encontró Barrientos algunas dificultades para reducir al jóven á salir del misterioso círculo de sus reservas. Se había hecho suspicaz y desconfiado; y el temor de que el Emperador llegara á conocer sus sufrimientos y mortificaciones, le hacía retraerse de todo amistoso comercio. Pero al fin, el Capitan con su llaneza de soldado y su ingenuidad de hombre de bien logró vencer lentamente la repugnancia del jóven á todo trato social, haciéndose poco á poco dueño de su corazon.

Invitado por Barrientos una tarde á salir á caballo por los alrededores, asintió Juan á la proposicion, y como el jóven esperase en

la portería que el Capitan hiciese la guía del paseo, díjole éste:

—¿A dónde vamos?

—A donde vos querais, contestó Juan humildemente.

—Nó, replicó el Capitan. Hemos de ir donde mejor os plazca.

El jóven le envió una mirada de gratitud, suave como una caricia.

—Seguidme, dijo.

Y lanzó su yegua al trote por el camino de Cuacos.

Los dos ginetes caminaron en silencio hasta la cruz del Humilladero; pero en aquel sitio se paró Juan, y dijo á Barrientos:

—¿Quereis, Capitan, que elija yo tambien el resto del paseo?

—Sin duda alguna, respondió Barrientos. Ya os he dicho que iré con gusto á donde vayais.

El jóven torció á la derecha sin pronunciar palabra, y ambos ginetes se aventuraron por una senda estrecha y tortuosa, que más parecía propia de perdices que destinada para el uso de los habitantes de la comarca.

—Voto á cribas, decía Barrientos cuando tropezaba su caballo en las sinuosidades y asperezas del camino; si esta senda no condu-

ce al infierno ó á sus arrabales, tampoco me parece que debe conducir al paraiso.

—Quizás os equivoqueis, contestaba Juan.

Y seguían avanzando.

Así caminaron más de media hora, atravesando bosques llenos de castaños, en cuyas ramas cantaban las aves sus amores; y así pasaron dos ó tres barrancos fragosos por cuya base se deslizaban arroyos cristalinos, en cuyo borde crecían plantas acuáticas de un color verde esmeralda.

Subieron despues un áspero y empinado repecho, y al llegar á una meseta poblada de espesas arboledas, Pedro Barrientos no pudo contener una exclamacion de sorpresa:

—¡Ah! ¡qué hermoso es ese valle! dijo.

El huérfano se sonrió.

—Capitan, exclamó con cierta jovialidad familiar de que no había hecho uso hacía algun tiempo; ¿no os parece que ese valle tiene más parecido con el paraiso que con el infierno?

—Voto á los cuernos de Lucifer, contestó Barrientos, que si no lo estuviera viendo no lo creería. Parece mentira que en este desierto de lobos y de jabalíes se encuentre ese palmo de tierra tan aprovechado.

Apeáronse de sus cabalgaduras, que ata-

ron á los troncos de dos castaños seculares, y se sentaron.

La admiracion del Capitan era justa y fundada.

El paisaje que tenía delante era un valle longitudinal de una legua de largo, cortado en dos mitades por un arroyo caudaloso que semejaba una serpiente de plata.

La vegetacion de aquel oásis se ostentaba en la plenitud y exuberancia que solo se admira en los paisajes orientales.

La flor morada del romero aparecía mezclada con la del lirio y la madreselva, y los verdes pimpollos del olivo inclinábanse amorosamente, balanceados por una brisa ténue y aromática sobre la roja flor del melocotonero y la blanca del almendro, que saturaban el ambiente de perfumes embriagadores.

En el fondo del valle y levantado sobre un promontorio granítico que parecía cortado á pico, destacábase un soberbio edificio coronado de almenas y de torres gallardas, que semejaban otros tantos gigantes de piedra á quienes se hubiera encomendado la defensa de aquella tierra bendita, que había recibido de la mano del Omnipotente privilegios tan sublimes; y su fábrica severa, maciza, poderosa, en que se descubrían los vestigios del

arte romano, del gótico y del bizantino, parecía haberse enclavado allí para desafiar eternamente el poder destructor de los siglos.

El sol con sus rayos de oro y su vivísima lumbre iluminaba de lleno á la sazon los robustos muros del castillo; y Pedro Barrientos examinaba con el interés y la curiosidad de un viejo soldado la bizarría de la traza y la solidez de la fábrica del vetusto edificio, cuyas almenas debieron ser testigos en edades no muy remotas de las hazañas épicas de los hijos de la cruz en sus luchas de siete siglos contra los agarenos.

Un foso profundo rodeaba la fortaleza, elevada sobre una especie de glasis pintoresco, que servía de jardin á los dueños de aquella morada; y un puente levadizo con su correspondiente rastrillo ponía en comunicacion con el mundo aquella pesada mole de piedra berroqueña, tenida en aquellos tiempos por inexpugnable.

—Vive Dios, exclamó Barrientos, lleno de admiracion, que ese nido de águilas encanta á la vista, y que levantando el rastrillo de aquel puente, solo los pájaros podrían penetrar en esa fortaleza. ¿Cómo se llama este castillo?

—En la comarca tiene un nombre que despierta los más tristes recuerdos, dijo Juan melancólicamente; se le llama el *Castillo del Diablo.*

—Por Santiago, dijo Barrientos santiguándose devotamente, que han sido y son grandes las aficiones de ese caballero, natural del infierno, á mezclarse en las cosas de nuestra pobre vida. En España no hay conseja sin su cacho de diablo, ni castillo ó fortaleza donde S. M. Pedro Botero no haya servido de alarife para dejar un resquicio por donde meterse y hacer de las suyas. ¿Por qué llaman á ese edificio el *Castillo del Diablo?*

—Porque, segun las tradiciones del país, fué el mismo diablo quien le construyó.

—¿No lo dije? exclamó Barrientos jovialmente. Ya tenemos á Belcebú metido á albañil, labrando con aquellas manos que se calientan en el fuego más vivo del infierno, esos estribos y arbotantes que desafían el mal humor de los tiempos. ¿Y sabeis vos para qué se le antojó al diablo fabricar esa cueva de piedra?

—Para hacer daño á la comarca, respondió Juan sencillamente, y sobre todo para devorar á las infelices mujeres.

—¿Figuran tambien mujeres en la conseja?

dijo Barrientos riendo á carcajadas. Entónces bien se comprende que cerca de ellas andaría el diablo, porque no pueden vivir el uno de las otras separado.

—¿Quereis saber lo que refiere la tradicion de ese castillo? exclamó Juan.

—Con mucho gusto, respondió el Capitan de los tercios del Rey, y si no os hubiérais anticipado á mis deseos, ya os habría pedido esa historia.

—Pues habeis de saber, dijo el huérfano, que en el sitio que ocupa ese castillo labraron los romanos una fortaleza, que fué destruida por los godos y restaurada de nuevo por ellos. Cuando los sarracenos vinieron á España, la tomaron por asalto y la convirtieron en ruinas, sometiendo estas tierras al dominio del rey moro de Cáceres. Había en la córte de este rey moro, feudatario de los califas de Córdoba, un caballero muy principal llamado Zaide, el cual se había enamorado en una de sus correrías de una jóven cristiana llamada Alicia, de la ciudad de Trujillo. Desesperado Zaide por los desdenes de la jóven cristiana y mortificado por una pasion que se acrecentaba á medida que hallaba más imposibles, parece ser que pidió consejo á una hechicera gitana, á una bruja que tenía

pactos secretos con el demonio, y ésta le sugirió el pensamiento de llamar en su auxilio á Belcebú y de pedirle que le ayudara en la empresa de robar á la cristiana y de someterla á su voluntad. El moro, instigado por su fatal pasion, llamó en efecto al diablo á la media noche; y el demonio acudió á la cita, y le ofreció realizar sus designios y hacerle dueño de Alicia, siempre que se comprometiera á ser su esclavo en vida, ya que á su muerte lo sería por toda la eternidad, en razon á que como moro no podía redimir su alma con la sangre y los méritos de Nuestro Señor Jesucristo. Prometió Zaide al demonio cuanto quiso; y entónces el último reconstruyó de la noche á la mañana ese castillo en la forma que le veis, con grande admiracion de los habitantes de la comarca, que conociendo que era obra del diablo, empezaron á huir de él y de los contornos para no comprometer la salvacion de sus almas. Levantado el castillo, Zaide y el diablo penetraron una noche por un portillo abierto en los muros de la ciudad de Trujillo al frente de una hueste numerosa de árabes, que acompañaban al primero, y de tal cual batallon de demonios negros y malditos, que acaudillaba el segundo; y robando á la jóven Alicia, la tra-

jeron de una carrera á ese castillo, donde la encerraron y guardaron cuidadosamente. El rey moro de Cáceres nombró á Zaide caid de esta comarca, y le dió fuerzas poderosas para que la defendiera y la ensanchara con nuevas conquistas, y Zaide se estableció al fin en ese castillo, enseñoreándose todo de este territorio. Empero el diablo y él no habían contado con la huéspeda, es decir, con la resistencia de la jóven Alicia á los deseos del moro, el cual la encerró en aquella torre que mira al saliente, decidido á triunfar de la honestidad de la doncella ó á darla fiera muerte antes que otro más afortunado le arrebatara su amor. Luchó la jóven con denuedo en su amargo cautiverio contra las tentativas de su bárbaro raptor, y por espacio de algunas lunas resistió sus feroces iras. Ayudábale el diablo en su infame obra cuanto podía; pero la jóven, que era devota de la Vírgen Santísima, frustraba los planes de Luzbel, invocándola á cada paso, como abogada y protectora de su candor, y todos los esfuerzos del rey de los infiernos se estrellaban contra la más pequeña de las plegarias de la inocente jóven. Estrechada cada vez más por Zaide, oprimida de contínuo, expuesta al naufragio de su honestidad, y cada vez más mortificada

por el moro, que, lleno de furor, empezaba ya á proceder á las vías de fuerza, la pobre doncella no pudo sostener más la lucha, y una tarde á la puesta del sol, en que perseguida por el feroz agareno subió á aquella torre y sintió cerca de su nevado cuello el filo de su cimitarra, entre morir ó perder la flor de su honestidad no vaciló en escoger el medio primero, y lanzando su cuerpo al espacio por entre aquellas almenas, murió estrellada contra las rocas del foso, y voló su alma á la mansion de la inocencia y de la gloria á recoger el premio de su pureza.

—Por vida del diablo, que se mezcla en todas estas cosas, dijo Barrientos, que la tela de la conseja está bien urdida y me parece gallarda. Sí, juro á Dios. Pero yo debo haberla oido contar diez ó doce veces, porque en muchos pueblos de España y de Alemania se refiere de la misma manera.

—¡Oh! ésta es verídica, señor Barrientos, ésta es verídica, exclamó Juan con cándida sencillez, y lo que va á asombraros más todavía es la conclusion.

—¿Pues no concluyó con la muerte de la heroina? pregunto Barrientos.

—Nó, contestó Juan. Falta que sepais la parte que tomó el diablo en el desenlace.

—Creía yo, dijo Barrientos, volviendo á jurar como tenía de costumbre; creía yo, vive el cielo, que el diablo no podía tomar parte peor que la que tomó, aconsejando al señor Zaide que cometiera tantas bellaquerías y bribonadas.

—Pues no paró en eso. Enfurecido el moro por la muerte de la infeliz Alicia, y dando siempre oidos á las pérfidas sugestiones del diablo, se puso al frente de los soldados árabes que tenía dentro de esa fortaleza y taló la comarca, llevándolo todo á sangre y fuego, y degollando sin piedad á todas las mujeres que caían en su poder. Despues de haber saciado su rabia y su furor, se encerró en ese castillo, devorado por los más terribles remordimientos, y siempre se le veía en aquella torre inclinado el cuerpo sobre las almenas, y con la vista fija en el espacio, como si quisiera estar mirando constantemente el sitio donde murió Alicia. Por fin sucumbió el árabe, víctima de su espantosa desesperacion y de los sortilegios del diablo, que se llevó su cuerpo y su alma á los infiernos una noche, á la misma hora en que celebraron su horrible pacto. Poco tiempo despues fue tomado ese castillo por un caballero leonés llamado Ruy Gomez de Varela, y en la actua-

tualidad siguen poseyéndole sus descendientes.

—La conclusion del cuento es bizarra, dijo Barrientos; pero tambien la he oido algunas veces. ¿No se dice de ese castillo alguna otra cosa que sea más extraordinaria?

—Sí, señor Barrientos, contestó Juan gravemente. Se dice tambien que los habitantes de la comarca suelen ver desde entónces algunas noches despues del canto del gallo un fantasma espantoso en aquella torre, que desde entónces se llama tambien la torre de Alicia, el cual fantasma no es otro que el mismo moro Zaide condenado por el diablo á esa suerte de expiacion, en el mismo lugar donde cometió su crímen, para hacer eternos sus remordimientos.

—Por Santiago, dijo Barrientos, que no creía yo que el señor Lucifer era tan justiciero. Sí, mal año para su casta. Solo que observo que su majestad infernal es egoista como un holandés, porque si ayudó al pobre Zaide á hacer el cohombro, lo equitativo sería que le ayudara tambien á llevarle sobre los hombros. Aparte de esto, desearía que me resolviérais una duda.

—Con mil amores, señor Barrientos.

—El fantasma de Zaide, ¿se presenta de

tarde en tarde en aquella torre, ó menudea sus visitas?

—Dicen que solo se le ve dos ó tres veces al año.

—Es natural, porque desde ese castillo al infierno debe haber jornadas bastante largas, y á menos que el diablo le traiga por los cabellos viajando en el aire, no será fácil que se repitan con frecuencia las excursiones.

—¿Os ha agradado la historia? preguntó Juan con infantil candor.

—Mucho, dijo Barrientos; solo que como esos sucesos debieron pasar en los tiempos del rey que rabió, puede muy bien suceder que no sean verdaderos.

—Sí lo son, insistió Juan con firmeza, y para convenceros mejor, señor Barrientos, de su exactitud, podeis preguntárselo á los monjes, y os referirán la historia lo mismo que yo la he referido.

—¡Cómo! ¿Los monjes dan testimonio de ella?

—Sí, señor Barrientos, y á ellos se debe que los habitantes de la comarca se hayan tranquilizado de todo punto sobre las apariciones de Zaide. Cuando fundaron el convento de Yuste, vino la Comunidad entera á este sitio donde nos hallamos ahora, y prac-

ticó todo género de conjuros y exorcismos para ahuyentar al diablo de ese castillo, y especialmente de la torre de Alicia, donde los habitantes de la comarca creyeron que tenía una de sus guaridas. Desde entónces las apariciones de Zaide tienen lugar más de tarde en tarde, y por fin hace ya algunos años que no se han vuelto á ver.

—Y los moradores de ese castillo, preguntó Barrientos, ¿se acomodan de buen grado á vivir en él sabiendo que de tiempo en tiempo tienen por huésped al diablo?

—Sí; pero nunca hacen uso de la torre de Alicia, que permanece cerrada desde tiempo inmemorial.

—¿Y nadie ha visto esa torre?

—Nadie, porque dicen que se ocultan en ella cosas maravillosas y extraordinarias.

—Os equivocáis, mancebo, dijo Barrientos sonriendo, porque esa torre es ya conocida de alguien.

—¿Qué decís? exclamó Juan.

—Mirad.

Y Pedro Barrientos extendió la mano y señaló con su índice al jóven la torre misteriosa.

En ella se destacaba á la sazon, al pálido reflejo del sol ponente, una forma blanca y

vaporosa que se parecía, como una gota de agua á otra gota, á la forma de una mujer.

—¡Cielos! exclamó Juan pálido de terror; ¿será ella?

—Sí, sí, dijo el Capitan con tono zumbon; es ella, es Alicia.

—¡Alicia!

—Ya lo creo, añadió Barrientos sin perder su buen humor; á la media noche viene Zaide convertido en fantasma. ¿Qué extraño es que le preceda Alicia á la puesta del sol disfrazada de espectro?

—¡Oh! ¡que imprudencia! murmuró Juan con voz ininteligible, y sin poder dominar su grande emocion. ¡Haber abierto la torre maldita! ¡Haber subido á ella! ¡Desgraciada!

En aquel momento se oyeron á lo lejos los sonidos de algunas trompas de caza y los ladridos de una trahilla numerosa de perros.

—¿Qué ruido es ese? preguntó Barrientos al jóven.

Pero éste, absorto en la contemplacion de la misteriosa aparicion del castillo, y como si en silencio la consagrara cierto culto, cierta adoracion profana, ni oyó la pregunta del Capitan ni le contestó.

Barrientos se puso en pié, porque el ruido

de las trompas y los ladridos de los perros se aproximaban al valle cada vez más, y entró en deseos de ver quién era el afortunado mortal que se hacía acompañar de aquel estrépito, verdaderamente digno de un magnate.

El espectáculo que se ofreció á la atónita vista de Barrientos merece exámen.

XII.

RUY GOMEZ DE VARELA.

A la entrada del valle se descubría una numerosa comitiva de monteros vestidos rústicamente, los cuales marchaban en fila con cierta gravedad extraordinaria.

Los unos iban montados, los otros á pié.

Los ginetes aparecían armados con corazas antiguas y cascos enormes, y llevaban lanzas y espadas, ni más ni ménos que si vinieran de la guerra.

Los caballos que montaban eran negros como la noche, y las armaduras de los ginetes, cubiertas de herrumbre y tratadas con marcado descuido, daban á aquellos hombres un aspecto imponente.

Los peones vestían trajes de paño burdo, y llevaban en la cabeza gorras de pieles de animales montaraces, ostentando en sus pechos y en sus espaldas una especie de blason encarnado que Barrientos, á pesar de su ojo perspicaz, no podía distinguir bien por la distancia.

Estos peones conducían en colleras hasta cincuenta perros de presa, grandes y feroces, que armaban con sus ladridos un ruido infernal.

Detrás de los conductores de los perros marchaban otros al cuidado de varias acémilas, que debían llevar las provisiones de boca y la caza de la jornada.

Delante de los ginetes y de los peones, y separados de ellos por una distancia de veinte pasos, caminaban con cierta gravedad y parsimonia otros dos hombres, caballeros en briosos corceles cubiertos de espuma, los cuales á la vista del castillo comenzaron á relinchar como si trataran de expresar de aquella manera su alegría.

Estos dos ginetes ofrecían á la vista asombrada de Barrientos, que los contemplaba de perfil, el más extraño y singular contraste.

Eran un viejo y un jóven, este último casi

un niño; próximamente de la misma edad de Juan.

El viejo era una especie de atleta fornido, cuya edad no bajaría de noventa años, y hubiérale tomado cualquiera por un patriarca de los tiempos bíblicos, á no ser por el marcial arreo de que iba revestido.

Aunque á larga distancia, pudo Barrientos distinguir bien que la barba de aquel anciano era blanca como el ampo de la nieve, siendo á la vez tan desmesuradas sus dimensiones, que le llegaba hasta la mitad del pecho.

Sus cabellos, plateados tambien como la barba, caían sobre sus espaldas en forma de espesa madeja, y llevaba sobre la cabeza un casco de acero ricamente cincelado y bruñido como la superficie de un espejo, ostentando en su cimera una pluma negra, que se bamboleaba graciosamente recibiendo las caricias de la brisa.

El peso de los años no le impedía, al parecer, sostener el de la armadura, que llevaba con la bizarría de un jóven vigoroso; y sus robustas piernas, cubiertas por las grevas, sus manos calzadas con guanteletes, regían y gobernaban el poderoso corcel, encaparazonado con mallas de hierro como se acostum-

braba para entrar en batalla, con el mayor abandono y seguridad de espíritu.

Pendían de su costado una larga espada con empuñadura de acero en forma de cruz y una daga morisca de temple damasquino, cuyo puño era una verdadera joya del arte oriental; y por último, llevaba sobre los hombros, en forma de túnica, una piel de tigre, que le prestaba mayor realce fantástico.

Pedro Barrientos contempló aquella extraña y formidable figura con cierto mudo terror que le impedía articular palabra, y creía para sus adentros de buena fé que aquel hombre no debía pertenecer al mundo, no solo por la antigüedad de sus atavíos guerreros, propios de otras edades, sino por su fisonomía verdaderamente espectral.

Imaginábase Barrientos, y hasta cierto punto con razon, que tenía delante á uno de los antiguos guerreros de la cruz, á uno de los que florecieron en las épocas de Alfonso el Batallador, del Cid y de Guzman el Bueno, y esforzábase por explicar la presencia de aquel fantasma en el valle, cosa que no concebía, como no se le hubiera arrancado de un sepulcro antiguo, dándole espíritu vital el Hacedor Supremo.

Pero la admiracion de Barrientos no se limitó á este solo punto.

Si el anciano excitaba su asombro, el jóven que le acompañaba no le causaba menos, por el contraste que formaba con él, pareciendo á su lado el tierno retoño del olivo, crecido junto á su tronco secular.

Era el jóven un mancebo de quince á diez y seis años, y llevaba estereotipadas en su rostro las señales de una virilidad precoz.

De elevada estatura, de gallardo continente, de color moreno y ojos rasgados, cubierta la barba de un vello finísimo, tan negro como el azabache, revelaba á simple vista uno de esos tipos en que la sangre española y la africana, cruzadas de una manera maravillosa, engendran espíritus superiores, que son la admiracion de todas las edades.

Todo lo que en el anciano había de severo, de majestuoso, de imponente y de terrífico, contrastaba con lo suave, lo gracioso, lo intrépido y lo encantador que se notaba en el jóven.

La naturaleza del viejo parecía trasponer hácia el ocaso de la vida: la del jóven se ostentaba en su plenitud, iluminada por vivos fulgores.

En la frente del uno parecía deletrearse

esta amarga sentencia: «He vivido». En la del otro resplandecía la esperanza en el apogeo de su belleza, como diciendo: «Voy á vivir».

El anciano tenía elevada constantemente al cielo la vista, como si dijera en silencio: «Allí me esperan». El jóven la tenía inclinada siempre á la tierra, como si pensara: «Aquí me aguardan».

Absorto Barrientos en la contemplacion muda de aquellas dos figuras antagónicas, fijó su vista con deleite en el jóven, buscando impresiones más halagüeñas que las que le produjeron la austeridad y la sombría rudeza del viejo.

Entónces observó, que así como en las edades, se diferenciaban en los vestidos.

El jóven llevaba un magnífico traje de caza de ante amarillo, bordado todo él primorosamente, según la costumbre de la época.

Un gracioso birrete de terciopelo carmesí con una toca de seda azul aprisionaba sus negros cabellos, dejando en descubierto algunos rizos juguetones; y pendientes de su cintura, descubríanse una espada toledana de riquísimo gusto, y un cuchillo de caza de extraordinario mérito.

Lo que á Barrientos le encantaba más, lo

que hasta cierto punto más le conmovía, eran la sumision, el respeto y las marcadas deferencias que el jóven parecía tributar al viejo, demostrando una solicitud llena de ternura y delicadeza para servirle y agradarle en todo.

La comitiva se alejaba rápidamente atravesando el valle en la direccion del castillo; y Barrientos, que habia permanecido silencioso algunos momentos, haciendo en su mente las observaciones que llevamos expuestas, se volvió hácia Juan y le dijo:

—Vive Dios, que si el caballero que se dirige á la fortaleza, escoltado por esa buena tropa de escuderos y de perros que promueven tan infernal algazara, no tuviera cierto aspecto español y cristiano, vive Dios, repito, que le hubiera tomado por ese endiablado Zaide, cuyas hazañas me habeis referido.

—¡Qué locura! replicó Juan con aire distraido; Zaide está sepultado en los infiernos y nunca se presenta á esta hora.

—Es verdad, dijo Barrientos con tono burlon; pero como tampoco se presenta la sombra de Alicia á estas horas, y como hace ya un buen espacio de tiempo que la estamos viendo inmóvil y casi clavada en aquella torre, nada de extraño tendría que al

diablo le hubiera dado la gana de sacar á Zaide del infierno y de traerle de día á la presencia de su víctima para gozarse en sus remordimientos.

—No os chanceeis con estas cosas, dijo el huérfano sonriendo con benevolencia; ni aquella figura que se ve en la torre es la de Alicia, ni el caballero que se dirige al castillo es Zaide.

—¿Pues quiénes son? preguntó Barrientos clavando en el jóven una mirada profunda y penetrante.

—Son las personas más principales de esta comarca, replicó Juan sin separar los ojos de la torre de Alicia. El caballero es el magnífico y poderoso Ruy Gomez de Varela, señor de Pasaron, y la mujer que veis en aquella torre es Magdalena, su nieta.

—¡Ruy Gomez de Varela! exclamó Barrientos despues de una breve meditacion. ¿No anduvo mezclado este caballero en las famosas guerras de las Comunidades?

—No fué él, respondió Juan tristemente. Fué un hijo suyo del mismo nombre y apellido, que murió en el cadalso.

—Sin embargo, insistió Barrientos despues de evocar sus recuerdos, yo he oido hablar de otro Ruy Gomez de Varela en Alemania,

que tambien fué ajusticiado en Bruselas por servir á la causa luterana.

—Ese Ruy Gomez de Alemania fué el único hijo que dejó el comunero.

—¿De manera, añadió Barrientos, que el anciano que en este momento se aproxima á la poterna del castillo, fué padre del comunero de Castilla y abuelo del heresiarca de Alemania?

—Precisamente, contestó Juan.

—Entónces, ¿quién es ese jóven que le acompaña?

—Su biznieto Conrado, hermano de Magdalena, que debe ser la jóven que está en la torre.

—¿Es decir que Conrado y Magdalena son hijos del heresiarca?

El huérfano hizo un gesto afirmativo.

—¿Sabeis, exclamó Barrientos con ingenuidad, que esa familia de ajusticiados tiene una historia más lúgubre que la conseja que me habeis referido?

Juan no contestó, pero bajó la cabeza sombriamente.

En aquel momento se ocultaba el sol detrás de las verdes colinas de la montaña, festoneadas primorosamente por los árboles que crecían en ellas, meciendo en las nubes sus flotantes coronas.

Los cazadores se perdieron de vista detrás de los muros del castillo solitario, y cuando Barrientos volvió á mirar á la torre, no vió más el blanco y vaporoso fantasma que ántes había visto.

Comenzóse á levantar del lado de la sierra un vientecillo sutíl que entumecía los miembros, y el Capitan, sacando al jóven de la especie de éxtasis ó letargo doloroso en que estaba sumido, le advirtió que era tarde, y que si no aprovechaban el tiempo para regresar al Monasterio, correrían el peligro de estrellarse contra los vericuetos del camino.

Juan lanzó una última y dolorosa mirada al castillo, la cual era equivalente casi á una despedida silenciosa, y aún pronunció en voz baja algunas palabras, que el Capitan no pudo entender.

Despues montaron á caballo y partieron.

XIII.

EL SECRETO DE JUAN.

Al siguiente día, despues de la misa, pidió Barrientos al Emperador permiso para verle, y admitido que fué á su presencia, dió-

le cuenta detallada de todo lo que había sucedido la tarde anterior.

El Emperador oyó la relacion del soldado con vivísimo interés, y cuando se hubo enterado de todo, le dijo:

—Proseguid vuestra obra, Capitan, y avisadme de cuanto suceda. Sobre todo os encargo una cosa.

—¿Cuál es, señor?

—Que si Juan muestra deseos de ir al castillo, se lo estorbeis á todo trance.

—Así lo haré, señor.

—Os lo pedirá, os lo rogará, tal vez se incomodará con vos si se lo impedís; pero es necesario impedírselo á toda costa.

—Se lo impediré.

—En todo caso, y si viérais que su empeño y su tenacidad eran tales que hubiera el temor de acrecentar sus dolencias con una negativa, le permitireis bajar al castillo, siempre que consienta en que le acompañeis vos. ¿Cumplireis mis instrucciones?

—No me separaré un ápice de ellas.

El Emperador le estrechó la mano en silencio, y se despidieron.

Aquella misma tarde se presentó el huérfano con las espuelas puestas en el aposento del Capitan, y le dijo:

—¿Seríais tan bondadoso que quisiérais acompañarme hasta el valle?

—Sin duda alguna, contestó Barrientos con bondad. Me encanta aquel sitio y le prefiero á todos.

Montaron á caballo y repitieron la excursion del día anterior.

Cuando descubrieron las almenas del vetusto edificio, reinaban en el valle solitario la calma religiosa del desierto y su silencio majestuoso.

La decoracion no había ganado ni perdido en realce.

El mismo sol que el día anterior centelleaba en el firmamento con una luz pura; las mismas aves regalaban los oidos con sus arpadas lenguas; el mismo arroyo prestaba frescura y vida á las flores de sus cármenes, y la misma brisa prodigaba sus besos y sus caricias balsámicas al enorme edificio, que extendía sus brazos de gigante sobre aquella grandiosa soledad en actitud de guardarla y defenderla.

El Capitan y el huérfano se sentaron en el mismo lugar del día anterior, despues de haber asegurado sus cabalgaduras, atando los frenos á las ramas de dos árboles.

Al principio guardaron silencio, entre-

gándose á la contemplacion del bellísimo panorama que tenían delante, y que recreaba dulcemente sus sentidos.

Juan no separaba los ojos del castillo, y Barrientos, que no quitaba del jóven los suyos, aprovechando todos los instantes para observarle furtivamente, sorprendió en sus miradas todo un poema de tristezas vírgenes y de amarguras heróicas.

Adivinaba el Capitan que en el alma del jóven se anidaba un secreto que la condenaba á todo linaje de misteriosas mortificaciones; pero como el Emperador le había dado órdenes tan estrechas, limitábase á sentir por el huérfano la más viva y oculta compasion.

A fin de distraerle de los pensamientos que embargaban su atencion y que parecían llenar su cabeza de dolores, le dijo al cabo de algun tiempo:

—¡Qué hermosa tarde! ¿No es verdad?

—En efecto, contestó Juan melancólicamente, es una tarde hermosa para los dichosos.

—¿No lo sois vos? preguntó Barrientos destilando sobre él una mirada profunda.

El jóven levantó sus hermosos ojos al cielo y sonrió dulcemente.

—Sí, lo soy, dijo con voz insegura, y si no lo fuera, la amenidad de este sitio me produciría grato consuelo.

—¿Sabeis, exclamó el Capitan jovialmente, que tambien he simpatizado yo con este hermoso valle, y que me holgaría mucho de vivir en aquel castillo, á pesar de la infame vecindad del diablo?

—¿Volveis á chancearos con el diablo, señor Barrientos? dijo el jóven.

—¡Líbreme Dios de las chanzas de ese tunante! respondió el Capitan con tono zumbon.

—Pues no andeis con bromas con él, porque las bromas del diablo siempre salen veras.

—Ya lo creo. Y si no dígalo la pobre Alicia, de cuya trágica historia me informásteis ayer. Y á propósito de Alicia, mirad hácia la torre. Ya teneis en ella el mismo fantasma de ayer.

En efecto, el Capitan no se engañaba. En el mismo sitio del día anterior volvió á descubrirse el blanco ropaje y el contorno fantástico de una mujer.

El huérfano clavó en la torre una mirada de alegría delirante, y sin poder reprimir la violenta emocion que agitaba su pecho, murmuró en voz baja é ininteligible:

—¡Ha vuelto á subir á la torre! ¡Niña infeliz! Alguna desgracia la va á pasar.

Barrientos, que no perdía el más ínfimo movimiento del huérfano, sintió que se acrecentaba su compasion al comprender sus sufrimientos.

En aquel instante separó el jóven los ojos del castillo y los posó en Barrientos, demostrando con su indecisa mirada que tenía alguna súplica que hacerle.

Barrientos comprendió aquella mirada y descifró su significacion.

Pero era un hombre leal: había hecho una promesa al Emperador, y no podía faltar á su palabra sin ser tenido por indigno y mal nacido.

En la imposibilidad de conceder al jóven el favor que parecía pedirle con aquella mirada suplicante, encomendó tambien á sus ojos la respuesta, y dió á entender al huérfano que tenía un grave deber que cumplir.

Juan entendió tambien aquella muda negativa, y bajó la cabeza lleno de resignacion.

Despues exhaló un leve sollozo, semejante al suspiro de una flor ó al murmullo de un arroyuelo.

Y así trascurrió media hora, pasada en

un silencio tan penoso para el uno como para el otro.

Al cabo de este tiempo, levantóse Juan resueltamente, y dijo el Capitan con cierta rudeza inusitada:

—Huyamos de aquí.

—Deteneos, replicó Barrientos sujetándole por la ropilla. La tarde es hermosa y convida á la dulce confianza. ¿Quereis oirme sin desagrado? Sentaos aquí.

Juan obedeció con la docilidad de un niño.

—Vamos á ver, continuó Barrientos con voz cada vez más insinuante, ¿no me teneis por amigo?

—¡Amigo! dijo el huérfano con amargura; es demasiado dulce ese nombre para que los desgraciados puedan con frecuencia invocarle.

—¡Niño! exclamó Barrientos con cierta severidad, no deis abrigo en el pecho en edad tan temprana al escepticismo y á la duda El mar produce perlas, y el áspero matorral flores. Cerca de la caverna del lobo anidan la paloma y la golondrina, modelos de ternura y mansedumbre. ¿Creeis que el corazon del hombre es un desierto donde no puede crecer la flor de la piedad? Pues de esa flor nace el fruto de la amistad santa, que es uno

de los dones más excelentes que el Criador regaló al hombre.

De los ojos de Juan brotó una lágrima abrasadora.

—Perdonad, dijo estrechando las manos de Barrientos con efusion; á veces no sé lo que me digo, y sin querer ofendo á los que me aman. Pero como no soy malo en el fondo, me arrepiento fácilmente. ¡Oh! Sr. Barrientos, si yo tuviera madre, si yo pudiera sentir sobre mi frente el dulce bálsamo de su ternura, quizás no anidarían en ella los malos pensamientos.

Barrientos se sentía profundamente enternecido.

Las reflexiones del huérfano le llegaban al alma, y no podía reprimir sus generosos impulsos.

—Sois un noble jóven, exclamó el Capitan oprimiéndole las manos; y en verdad os digo y os repito que si yo no puedo ser para vos un amigo verdadero, no lo podré ser en este mundo para nadie. Vamos á ver. ¿Quereis confiar al amigo vuestros pesares?

Juan le dirigió una mirada impregnada de recelo y desconfianza; pero como viera retratadas en el semblante del soldado la ver-

dad y la sinceridad, no vaciló ya en abrirle su corazon.

—Sabed, le dijo con cándida ingenuidad, que estoy sufriendo hace tiempo indecibles tormentos.

—¿Es posible?

—Ahora os los revelaré; pero debo advertiros que si no podeis aliviarme de su peso, tampoco es justo que contribuyais á aumentarle, para lo cual solo os pido una gracia, que podeis concederme honradamente.

—¿Cuál es esa gracia?

—Que no reveleis mis penas al Emperador.

—Dadla por concedida, contestó Barrientos con alguna turbacion.

—Con esa condicion voy á abriros mi pecho, dijo el huérfano; y si abusais de mi confianza y acrecentais mis daños, que Dios os castigue.

Barrientos se estremeció bajo el peso de aquella amenaza, como si hubieran puesto sobre su corazon una losa de plomo.

—Habeis de saber, exclamó Juan, que con uno de los habitantes de ese castillo me liga el vínculo de un noble juramento, que no puedo romper sin ser un miserable. A unos cien pasos de este sitio, en aquel barranco frago-

so que veis allá abajo, tuve yo una tarde, que vine á este lugar por pura curiosidad, la suerte de salvar la vida á Conrado, nieto del dueño de esa fortaleza.

—¿Del hombre de la barba blanca y de la larga cabellera?

—Precisamente. Llevado el jóven de su aficion á la caza, había acorralado con sus perros á un jabalí en este barranco, y hostigada la fiera por los ataques de la jauría y por Conrado, que había echado pié á tierra para acometerla cuchillo en mano, arremetió contra él y le derribó en tierra, empeñándose una lucha terrible en que Conrado llevaba la peor parte. Yo, que le ví en tan peligroso trance, volé en su auxilio inmediatamente, y con aquel estoquillo con que os herí á vos y de que me han privado con injusticia, pasé á la fiera de parte á parte y libré al jóven de una muerte segura.

—Y obrásteis hidalgamente, dijo Barrientos.

—Gracias, contestó Juan, no hice más que cumplir con mi deber. Levantóse Conrado pálido y ensangrentado, y, tendiéndome los brazos al cuello, suplicóme que le tuviera siempre por amigo; y en efecto, aquella misma tarde, en este mismo sitio juramos los

dos, poniendo á Dios por testigo, que seríamos amigos hasta la muerte, y que fuera maldito y execrado de todos el que quebrantara aquel juramento.

—Y ninguno de los dos le habrá quebrantado ¿no es verdad? preguntó Barrientos.

—Nó, contestó Juan con voz trémula; pero uno de los dos no cumple con las santas leyes de la amistad tan bien como el otro.

—¿Y quién es el que no las cumple?

—Yo.

—¿Vos?

—Escuchadme hasta el fin. Agradecido Conrado de que yo le hubiese salvado la vida, me llevó al castillo y me presentó á su abuelo y á su hermana Magdalena, refiriéndoles todo cuanto había pasado. El abuelo y la jóven, que son dos criaturas superiores y santas, me colmaron de bondades y me abrieron las puertas de su casa. Preguntóme despues el viejo quién era, y le conté mi historia como á vos. Al saber los huéspedes del castillo que residía en Yuste, que era paje del Emperador y pupilo del Sr. Luis Quijada, pusiéronse más pálidos que el alabastro, y entónces el viejo me dijo con una voz que me hizo estremecer: «Hijo, has salvado á mi nieto la vida y soy tu deudor. En otras edades

mejores que ésta, el agradecimiento era la primera virtud de los hombres, y el que faltaba á sus leyes era maldecido. Yo alcancé aquellas edades y he tenido la desgracia de alcanzar tambien ésta, pero vivo á usanza de las primeras. La gratitud te hace sagrado para mí; y este castillo, mis haciendas, mi vida te pertenecen. Pero si vienes á ver á los desterrados del valle, si gustas de nuestro trato, si quieres frecuentar la amistad de mi nieto, ha de ser con una condicion, y es que nunca has de venir acompañado con gentes del Monasterio ni nos has de hablar jamás de sus moradores. Y no me arguyas ni me preguntes más. Sin esa promesa, nos despedimos de tí para siempre».

—Extraña promesa. ¿Y se la hicísteis?

—Sí, porque á nadie infería agravio.

—No obstante, paréceme que debísteis consultar con alguna persona sábia y prudente antes de hacerla.

—¿Por qué?

—Porque en la exigencia del anciano hay un misterio, que quizás os hubiera convenido averiguar.

—No lo dudo; y á medida que frecuenté el trato de los moradores del castillo, me persuadí de que me ocultaban cuidadosamente

un misterio grave; pero yo no he sentido jamás inquietud por conocerle.

—¿Es decir que despues que hicísteis aquella promesa habeis venido al castillo con frecuencia?

—Todos los días.

—¿Tanto os aficionásteis al trato de sus huéspedes?

—¡Si los conociérais! ¡Son tan buenos! El anciano es un patriarca venerable, lleno de experiencia y de sabiduría. Conrado es valiente, intrépido, generoso y dócil de condicion. Magdalena es un ángel, en quien parece que Dios ha hecho recaer todos los favores de la fortuna. ¿Era posible tratarlos sin amarlos?

—Es verdad; pero me atrevo á asegurar, dijo Barrientos destilando sobre el jóven una mirada picaresca, que de los tres será Magdalena la preferida de vuestro corazon.

El huérfano bajó los ojos, y un vivo rubor coloreó su semblante.

—Quiero á Magdalena como á una hermana, dijo.

—¿Nada más? preguntó Barrientos.

—Nada más, balbuceó el jóven.

—¿Hace mucho que frecuentais el castillo? dijo Barrientos.

—Hace tres meses.

—¿Y en qué ocupais el tiempo cuando venís á él?

—En escuchar de los lábios del anciano la historia de sus hazañas guerreras y las máximas de la sabiduría y de la prudencia. En ejercitar la esgrima con el jóven Conrado en presencia de su abuelo. En oir la dulce palabra de Magdalena, que cae sobre los corazones como un torrente de armonía. Y en respirar las auras campestres en el jardin del castillo, donde no falta nunca un poco de sol, que alegra el alma del viejo patriarca.

—Ninguno de esos recreos me parece peligroso, dijo Barrientos. Pero esa tenacidad de los huéspedes para que no los hableis de los moradores del Monasterio me da en que pensar. ¿Sabeis si son heresiarcas?

—¡Ellos!.. ¡Ah! ¡nó, nó, exclamó el huérfano con férvido entusiasmo! ¡Si son los corazones más nobles y más generosos de la tierra! ¡No les infirais semejante agravio!

—Con todo, suelen los herejes disfrazar de tal manera sus inícuos sentimientos, que á veces se parecen al cocodrilo, que canta y llora para atraer á su víctima y devorarla.

—Nó, señor Barrientos, respondió el huérfano con ingenuidad; ni son herejes, ni son

como el cocodrilo. En la planta baja del castillo tienen una capillita consagrada á la Virgen del Amparo, y nunca faltan en su altar ramos tejidos con las flores más bellas de la comarca, ofrecidos por Conrado y Magdalena. Todas las noches reza el abuelo el santo Rosario en el castillo acompañado de sus nietos y de sus servidores, y tengo entendido que este es un magnífico y grandioso espectáculo.

—Lo que me acabais de referir me tranquiliza, dijo Barrientos, y siendo devotos de la Vírgen Santísima no pueden ser unos malvados. Ahora lo que deseo saber, añadió el Capitan, es por qué me dijísteis que faltábais á las santas leyes de la amistad jurada á Conrado.

—Porque desde el día en que llegásteis vos al Monasterio no he vuelto al castillo.

—¿Y quién os impide que vayais?

—¡Oh, señor Barrientos! exclamó Juan, oprimiéndole las manos; ¿seríais tan bueno, tan generoso que me permitiérais ir?

—No hallo inconveniente, con tal que yo os acompañe.

—¡Cómo! ¿Os atreveis á proponerme semejante cosa, despues de saber que no puedo presentarme en el castillo con ningun morador del monasterio de Yuste?

—Entónces no hallo medio de complaceros.

—¿Y por qué nó? exclamó el jóven con voz sorda.

—Porque soy un hombre de honor y he prometido no perderos un momento de vista.

—¡Oh! ¡lo presentía! ¡lo presentía! gritó el huérfano lleno de furor; todos me espían, todos me oprimen, todos se gozan en mi desesperacion. ¿Hay en el mundo un sér tan desgraciado como yo, que á nadie inspire lástima?

—¡Ingrato!

—Un día me quitan la espada; otro me privan del afecto de personas que me hacen grata la vida. ¿No es cien veces mejor la muerte que esta existencia envenenada por tantos sinsabores?

—¡Sosegaos! replicó Barrientos, procurando calmar la espantosa agitacion del jóven; vuestra situacion no es tan desesperada que no pueda dulcificarla la intervencion de un amigo.

—¡Vos mi amigo! exclamó Juan llegando al colmo de su borrascosa exaltacion. Decid más bien que sois el enemigo mayor que he tenido. Desde vuestra llegada al Monasterio se han acrecentado mis males. En pos de vuestras huellas han venido un tropel de des-

dichas, que se han cebado en mi pobre corazon. Antes de veros no conocía yo el ódio, y desde que habeis venido á Yuste creo que aborrezco á todo el mundo.

—Tened más calma, respondió Barrientos con dulzura. Bien sé que á vuestra edad no puede uno dominar los fieros impulsos del corazon; pero si me escuchais solo un momento, espero que habeis de mudar de opinion respecto á mí.

—¿Cómo podreis disculpar vuestra crueldad?

—Oid, dijo Barrientos con voz firme; yo soy soldado, y el soldado es siempre esclavo de su deber. Quien puede me ha exigido palabra de acompañaros á todas partes, y yo he empeñado mi palabra, que estimo en más que mi cabeza. Pero si hoy no puedo permitiros bajar al valle, mañana quizás podré. ¿Quereis que revele al Emperador lo que me habeis contado?

—Jamás.

—¿Y por qué nó? Sabiendo el Emperador que estais ligado á los huéspedes del castillo por los lazos de un afecto honesto, ¿podría negar su consentimiento á que frecuentárais su amistad?

—Os prohibo que digais una sola palabra

al Emperador. ¿Lo oís? Ni una sola palabra.

—Serenaos: pensad con más juicio.

—Capitan, soy inflexible. Si habeis empeñado al Emperador una palabra, otra me habeis dado á mí de guardar mi secreto. Veremos si sabeis estimar en más vuestra palabra, que vuestra cabeza.

—¡Rayo de Dios! murmuró Barrientos en voz baja. Es un alma indomable; pero soy su amigo, y obraré en su favor.

Y el jóven, que se había levantado ya, pensaba para sí:

—Tan falso es este como todos. No me fiaré de él.

Desató su yegua en silencio y montó en ella de un salto.

—¿Nos vamos ya? le preguntó Barrientos con dulzura.

—Sí, contestó Juan, fijando en el valle su mirada melancólica; este sitio me hace daño. En adelante no volveré más á él.

Barrientos sintió brotar de sus ojos una lágrima.

Montó en su caballo y siguió al jóven, que tomó el camino del Monasterio al trote largo, como si tuviera prisa por huir de aquellos lugares.

El resto de la tarde fué triste.

Durante el trayecto, ni el jóven ni el Capitan volvieron á desplegar sus labios.

XIV.

LA ENFERMEDAD.

Dios ha permitido que la naturaleza humana sea tan fuerte, en medio de sus flaquezas, que en sus frecuentes choques contra el dolor, suele, por regla general, salir siempre victoriosa.

Sin embargo, no hay piedra que no cave y destruya una gota de agua repetida; como no hay roca, por dura que sea, que á fuerza de golpes no produzca una gota de agua.

La juventud es poderosa fortaleza para resistir al ariete del dolor; pero si es cierto que ejércitos numerosos hacen caer murallas, no lo es ménos que ejércitos de dolores pueden dar al traste y desbaratar la salud y la dicha del pobre corazon humano.

Juan cayó enfermo.

Desde la tarde en que reveló al Capitan su secreto, no volvió á salir de su cuarto.

Aquella misma noche le acometió una

fiebre intensa, cuyos primeros síntomas alarmaron bastante al médico del convento.

Entónces, como ahora, la medicina se reconocía impotente para diagnosticar sobre las enfermedades de los nervios; y entónces, como ahora, se limitaba la ciencia á doblar su humana cerviz, á decir cuatro aforismos junto á la cabecera del enfermo, á adoptar un sistema espectante y á confiar y esperar en Dios.

Los caractéres alarmantes de la fiebre de Juan consistían en fuertes crispaduras de nervios, en agudos espasmos, que hacían pasar rápidamente al enfermo de un estado de frío glacial á un período de calor urente, y viceversa. Había momentos en que crujían sus dientes con un redoble convulsivo, y otros en que deliraba como un frenético.

A una fiebre se sucedía otra, sin período de acceso fijo: á veces ocurría el crecimiento antes de haberse verificado la completa declinacion; y á veces pasaba tranquilo un par de días, y luégo volvía á recaer con más gravedad.

Era indudable para la ciencia que Juan padecía una enfermedad aguda, violenta, susceptible de abrir paso á infinitas complicaciones; pero la ciencia no sabía clasificar ni definir tecnológicamente aquella enfermedad,

tan fecunda en síntomas raros y en accidentes misteriosos; y en aquellos tiempos, cuando la ciencia dudaba y el enfermo tenía fiebre, los doctores no hallaban más medio para combatir el mal que acudir á la lanceta, con la cual extraían la sangre *dañada*, como ellos decían.

Hasta ocho veces sangraron á Juan, siendo abundantísimas las evacuaciones; y esto, unido á la dieta, á los estragos naturales de la enfermedad, ocasionó al jóven una debilidad extremada, indicio seguro de que si se salvaba su vida no podría escapar de una larga y penosa convalecencia.

La enfermedad del huérfano traía revuelto y confuso al antes tranquilo y apacible convento.

Además de la estimacion y aprecio que habían consagrado los monjes al pobre mancebo, presentían ellos, no sin fundamento, que el interés vivo y profundo que inspiraba al Emperador reconocía causas poderosas, que para todos eran un misterio, pero cuyos efectos tocaban á cada paso.

Y así sucedía en verdad; porque durante la enfermedad del jóven, el Emperador se presentaba en un estado de desolacion difícil de ocultar; y su mismo retraimiento, su

forzada serenidad, su místico fervor, que en aquellos solemnes momentos parecía redoblarse, delataban sus pesares internos con más fuerza que si los llevara escritos en la abatida frente.

Salía poco de su cámara: rezaba contínuamente: pasaba largas horas arrodillado en el presbiterio de la iglesia, y no se comunicaba más que con su confesor, con Luis Quijada, su mayordomo, y con Pedro Barrientos.

Trasladaron al enfermo desde la procuracion, donde tenía su aposento, al palacio, y allí se le rodeó de todas las comodidades posibles, instalándole en la pieza contígua al cuarto que ocupaba el Emperador.

Desde entónces pudo éste verle á todas horas sin más testigos que sus íntimos confidentes; y en efecto, en los momentos de peligro no se separó un instante de su cabecera, pasando buena parte del día y de la noche junto al enfermo, y demostrando la solicitud más tierna para dulcificar su situacion.

Andaban los monjes como sin sombra por los cláustros de su convento desde que cayó el huérfano enfermo; y concíbese bien el aluvion de comentarios que arrojarían sobre un hecho que había tomado las propor-

ciones y el carácter de un gran acontecimiento.

Veían la desolacion del Emperador: observaban la reserva de sus confidentes: contemplaban la importancia que se daba á aquel jóven, y era natural que, acosados por el aguijon de la curiosidad, dieran alas á todo linaje de cálculos y de congeturas.

No se hablaba de otra cosa dentro del convento, que de la enfermedad del huérfano.

Todos le querían, todos le amaban entrañablemente, porque con sus bizarras prendas y gallarda apostura se había captado todas las simpatías; pero aparte de esto, aparte del tierno afecto que con su bondad, y su gentileza, y su inocencia, se había conquistado entre aquella comunidad de hombres, tan propensos por su carácter á la indulgencia y á la ternura, la participacion evidente que tomaba el Emperador en el desarrollo de aquel drama ponía á disposicion de la crítica abundante pasto para saciar su voracidad.

Desde la llegada del huérfano al convento se había agitado en la mente de la Comunidad una duda, que se formuló algunas veces de esta manera:

—¿Quién será ese jóven?

Pero desde que se presentó la terrible enfermedad que había llenado de consternacion al Monasterio, la duda se convirtió en sospecha, y la sospecha venía á ser como una respuesta ó contestacion de la duda.

Sin embargo, el respeto y el temor que inspiraba el Emperador eran tales, que impedían á los monjes consagrarse á esa especie de crítica *trascendental*, que empieza por ser un vientecillo sutil y acaba por degenerar en huracan feroz, que todo lo avasalla.

Se discurrió, pues, sobre la duda; pero la sospecha quedó vírgen, porque ningun fraile se atrevió á formularla.

Entre tanto la enfermedad del huérfano seguía haciendo progresos, y el Emperador, á través de sus grandes y severas reservas, continuaba penando en silencio, rindiéndose más cada día á la actividad del dolor.

—¡Dios mío! ¡Oh! ¡Dios mío! decía algunas veces á la cabecera del enfermo, levantando sus ojos al cielo; apartad de su cabeza, si es posible, el golpe que le amenaza, y descargadle sobre la mía. ¿Por qué le arranqué yo de su retiro, donde vivía dichoso? ¿Por qué he oprimido y aherrojado su alma pura, tan rica de virtud y de inocencia? ¿Por qué he destruido sus sueños de gloria y sus infanti-

les ilusiones? ¡Oh, Señor, tened misericordia de mí!

Algunas veces llamaba á Luis Quijada y le decía:

—Se muere, Luis, y yo soy su verdugo. ¡Desgraciado de mí, que he sido fatal á todos los que me han amado! ¡Oh! fuerza cruel de mi destino, que no me ha permitido jamás gozar largo tiempo de las dulzuras de un tierno afecto.

Luis Quijada procuraba consolarle; pero en vano. Poseido de mortales inquietudes y de incertidumbres borrascosas, fluctuaba su alma en un mar de congojas y de zozobras, donde el soplo del dolor levantaba crueles tempestades.

Un día en que la fiebre se presentó con caractéres tan graves que se llegó á temer sériamente por la vida del enfermo, Luis Quijada, que amaba locamente al huérfano, no pudo contener la pena ardiente que devoraba su pecho, y rompió á llorar en presencia de su amo.

—¡Qué! le dijo el Emperador, transido de dolor, ¿no hay esperanza de salvarle?

—Valor, señor, valor, exclamó el fiel servidor procurando hacerse fuerte. En trances más graves ha acreditado V. M. el temple

de su alma. Si el Señor llama al cielo á esa noble criatura, ¿podemos los hombres oponernos á que se cumpla su divina voluntad?

El Emperador cayó desplomado en su sillon, como si le hubiera herido el rayo, y se cubrió el rostro con las manos sollozando.

—¡Desventurado niño! decía con acento trémulo y balbuciente; ¡yo le he anticipado la tumba! ¿Por qué me había acostumbrado á recrearme en las gracias de su bella presencia? ¿Por qué me aficioné tanto á gozar de su dulce mirada, que era como un rayo de sol que alegraba mi vejez caduca? ¿Por qué le amaba más al verle dotado del génio, del valor temerario, de la intrepidez y de la arrogancia indomable de su estirpe? Pronto se cerrarán aquellos ojos en que yo me miraba como en el espejo de mi gloria: pronto dejarán de sonreir aquellos labios acostumbrados á bendecirme. ¡Oh! ¡Dios mío! ¡quién pudiera, como Job, tener valor para pronunciar con calma y serenidad aquella santa máxima de la divina sabiduría, que dice: «Milicia es la »vida del hombre sobre la tierra, y como días »de jornaleros sus días!»

Luis Quijada y Pedro Barrientos lloraban con él; y dividiendo sus penas entre

aquellos dos leales servidores, sentíase á veces más consolado.

Sin embargo, las horas de la vida del huérfano no estaban contadas, y la guadaña de la muerte no debía todavía segar la flor juvenil de su existencia.

La enfermedad hizo una crísis saludable; y auxiliada la ciencia por la naturaleza, consiguieron ambas detener el curso destructor de aquélla.

Degeneró la fiebre, y el enfermo entró en un período más benigno.

Entónces el médico respondió de su vida y planteó en debida forma el sistema de curacion.

XV.

RECUERDOS Y ESPERANZAS.

En el rigor de la fiebre y cuando la vida del huérfano había estado en mayor peligro, durante los accesos más violentos del delirio, le habían oido pronunciar estas palabras:

—¡Conrado! ¡Magdalena!

El médico se fijó en este accidente.

Aquellas palabras, únicas que se podían entender siempre clara y distintamente en

medio del torbellino de las que salían á borbotones de la boca del enfermo, solía pronunciarlas éste con tal pasion, que el médico no pudo menos de consagrar á aquel detalle sus meditaciones.

Pidió antecedentes, demandó explicaciones acerca de aquellas frases, y no perdonó medio para averiguar su significado.

Barrientos, que hasta entónces había guardado silencio sobre el secreto de Juan, comprendió que era llegado el momento de quebrantar la palabra empeñada al jóven y de referir sus aventuras del valle.

Lo exigía la ciencia en nombre de la humanidad: lo exigía la curacion del enfermo; y ante estas causas tan graves, Barrientos, que ni una sola vez en su vida había faltado al empeño de su palabra, prenda la más sagrada de los antiguos caballeros, se decidió á romper su promesa y á revelar todo cuanto el jóven le había referido en sus últimas excursiones.

Una noche en que el Emperador y Barrientos velaban el sueño del enfermo, que desde que había cesado la calentura dormía con tranquilidad inalterable, le oyeron balbucear algunas palabras, como si le acometiera una pesadilla, y entre aquellas palabras

percibieron con bastante claridad las que tanto habían dado en qué pensar al médico.

El Emperador se acercó á Barrientos y le dijo en voz baja:

—Está soñando. ¿Sabeis vos quiénes son Conrado y Magdalena?

—Sí, señor, respondió el Capitan en el mismo tono.

—¡Ah! ¿Con que lo sabeis? dijo el Emperador. ¿Y por qué no me lo habeis dicho?

—Porque no podía hacerlo sin faltar á una palabra solemnemente empeñada. Sin embargo, ya estoy decidido á faltar á ella, porque si no lo hiciera tal vez contribuiría á aumentar la dolencia de ese pobre jóven.

—¡Aumentar su dolencia! dijo el Emperador. No comprendo esto, Capitan.

—Señor, respondió Barrientos, bajando la voz todo lo posible, tengo precision de hablar con V. M. de cosas muy graves. No sé, pero creo que en manos de V. M. ha de estar el remedio para acelerar la convalecencia de ese niño y para restituirle con más eficacia la salud.

—¿Decís que en mis manos está el remedio?

—Así lo creo.

—Hablad más bajo, porque creo que el enfermo se va á despertar.

—¿Quiere V. M. ver la influencia que ejercen sobre este mancebo los nombres de Conrado y Magdalena? ¿Me permite V. M. hacer una prueba para que yo tranquilice mi conciencia antes de referirle ciertas cosas?

—Obrad como gusteis, Barrientos, dijo el Emperador.

El Capitan se levantó y se acercó de puntillas al lecho del enfermo.

En aquel instante abrió éste sus hermosos ojos rasgados, que fijó en Barrientos con cierta melancolía.

—¿Sois vos, Capitan? le dijo.

Barrientos se inclinó hácia él y respondió:

—Sí, soy yo. ¿Necesitais algo?

—Nada, porque me siento bien. Sin embargo, desearía beber.

El Capitan le alargó una pocion dispuesta por el médico, y el jóven tomó la mitad de un vaso con cierta avidez.

Oculto el Emperador detrás de la cortina del lecho, podía ver y escuchar al jóven sin ser notado por él.

Barrientos se aproximó al Emperador con cierto cuidado y le dijo al oido:

—No se mueva de este sitio V. M. Conviene que Juan no se aperciba de que V. M. está aquí. Voy á hacer la prueba.

El Emperador asintió, haciendo un gesto afirmativo.

Entónces volvió Barrientos á la cabecera de Juan y le dijo con gran dulzura:

—¿Como os sentís?

—Mejor, respondió el huérfano con voz débil.

—Así lo creo, exclamó Barrientos, porque veo que adelanta mucho vuestra convalecencia.

—La del cuerpo sí, replicó el huérfano tristemente; pero la del alma...

—¡Animo! exclamó Barrientos oprimiendo débilmente una de las manos del jóven; tengo que comunicaros buenas noticias.

El rostro del enfermo, pálido antes como la azucena, pareció teñirse del vivo carmin de la rosa. Brilló en sus ojos un relámpago de alegría y se dibujó en sus labios la dulce contraccion de una sonrisa.

—¿Ha venido Conrado? preguntó el jóven. ¿Sabe que estoy enfermo? ¿Se interesa por mí?

—Sosegaos, dijo Barrientos. El médico tiene prohibido que se os hable de todo lo que puede causaros fuertes sensaciones; y si os exaltais de esa manera, no podré comunicaros ciertas cosas que deben ser de vuestro agrado.

—Hablad, Sr. Barrientos, hablad por favor, dijo el mancebo con tono suplicante. Vuestro silencio me haría más daño que la enfermedad. ¿No veis con cuánta calma os escucho ya? Todas las medicinas del doctor no tienen para curarme la eficacia de vuestras palabras. ¿Es verdad que ha venido Conrado?

—Sí, dijo Barrientos mintiendo por no contrariar al jóven.

—¡Ha venido Conrado! ¡ha venido Conrado! exclamó Juan con el entusiasmo de la más inocente alegría.

Y volviéndose hácia Barrientos, añadió con voz imperiosa:

—¿Por qué no le he visto? ¿Por qué no me han dicho que ha estado aquí?

—Sosegaos, dijo Barrientos procurando calmarle. Si no moderais vuestro genio, me veré en la precision de sellar mis lábios.

—Hablad, Capitan, dijo el jóven pasando rápidamente del período violento de la exaltacion al estado más completo de calma. ¿No conoceis que recibo mucho bien?

—Hablaré, contestó Barrientos, volviendo á tomar entre las suyas una de las mano del jóven; pero habeis de prometerme tener juicio y oir con calma lo que tengo que deciros.

—Lo prometo.

—Pues bien, siendo así, hablaré. No se os ha dicho que ha estado aquí Conrado por temor de exaltar vuestra imaginacion y de que esto produjera una recaida en vuestra enfermedad. Por lo mismo no se ha permitido á Conrado que os vea.

—Pero ya estoy fuera de peligro, exclamó Juan; ya estoy bueno completamente, y dentro de unos días podré abandonar el lecho; ¿me permitirán que vea á Conrado, Capitan?

—Eso no depende de nosotros, sino del médico.

—¡Hombre maldito! ¿sería capaz de oponerse á ello?

—Por ahora sí.

—¡Ira de Dios! exclamó el huérfano haciendo crujir sus dientes de furor; ¿con que no le ha bastado haberme extraido del cuerpo casi toda mi sangre, que quiere todavía condenarme al tormento de no ver á Conrado? Pero esto es una iniquidad, una tiranía; y me quejaré de ello al Emperador. Ya vereis como no se sale con la suya ese médico homicida.

—¡Pobre hombre! dijo Barrientos; todo lo que hace es inspirándose en vuestro bien. Es preciso obrar con prudencia en enfermeda-

des tan graves como la que habeis pasado. Despues que os cureis de ella, ¿no tendreis tiempo suficiente para ver á Conrado?

—¿Pero qué mal hallais en que le vea desde luégo?

—Yo no lo sé; pero cuando el doctor lo prohibe, sus razones tendrá. Por de pronto, lo que os encargo es que no hableis de esto ni al doctor ni á nadie. La tardanza en ver á Conrado no puede durar arriba de dos ó tres días. ¿Por qué no habeis de tener valor para soportar su ausencia este breve plazo?

—¡Dos ó tres días! Mucho tiempo es, Capitan; pero al fin tendré ese valor.

—Así me gusta, dijo Barrientos, y pensad en que cuanto más juicio tengais y adelante más vuestra convalecencia, más pronto vereis á Conrado.

—Decidme, exclamó el jóven sin poder reprimir su alegría, ¿podrá venir todos los días Conrado al Monasterio?

—Sin duda alguna.

—¡Oh! ¡qué placer! ¿Y se lo permitirá su abuelo?

—¿Por qué no?

—Ya os conté lo que me había pasado. Como el abuelo mostraba tanta repugnancia á que me acompañaran al castillo las

gentes del Monasterio, creía yo que era porque las guardaba rencor, y no acierto á explicarme cómo ha dejado venir á Conrado.

—Es que el abuelo no sabe que ha venido, dijo el Capitan, procurando disimular su embarazo.

—¿Que no lo sabe?

—Nó: Conrado ha venido al Monasterio furtivamente; es decir, de la misma manera que íbais vos al castillo.

El jóven se quedó pensativo un instante.

—¿Sabe Magdalena que estoy enfermo? preguntó después.

—Sí.

—¡Lo sabe! ¿Y qué os ha dicho Conrado de Magdalena?

—Magdalena, exclamó Barrientos muy turbado, reza todos los días por vos en la capilla á la vírgen del Amparo...

—¿Os lo ha dicho Conrado?

—Sí.

—¡Es una santa! exclamó el jóven elevando sus ojos al cielo; yo pediré tambien por ella á Dios para que sea tan feliz como deseo.

Guardó un breve momento de silencio y dijo luégo:

—En cuanto vea á Conrado estoy seguro de que me pondré bueno. Vendrá todos los

días: pasearemos juntos en la hermosa huerta del Monasterio. Volveremos á reanudar las antiguas confianzas sobre nuestros proyectos, sobre nuestros sueños de gloria y sobre nuestras esperanzas en el porvenir. Despues que yo me haya restablecido iré con él al valle, veré á Magdalena y besaré las manos al viejo patriarca. ¿No es verdad, Capitan, que podré hacer todo esto?

—Ya lo creo.

—¿Creeis que se oponga á ello el Emperador?

—Nó, por cierto.

—Me estais dando la vida, dijo el huérfano estrechando las manos del Capitan. ¡Y yo que os miraba con recelo! ¡Yo que creía que vuestra venida á este Monasterio había sido causa de todos mis males! ¿Me perdonareis, Sr. Barrientos, que haya pensado tan mal de vos?

—Calmaos, nada tengo que perdonaros.

—Sí, sí, porque os confieso que os he guardado algo de rencor. Perdonadme, Sr. Barrientos, y permitidme que os bese las manos.

Y sin que el Capitan lo pudiera estorbar, el jóven se las besó, bañándolas además con lágrimas de reconocimiento.

—Basta ya, dijo el Capitan sin poder do-

minar su turbacion; ahora os conviene el reposo. Sed dócil y obediente, que yo me encargaré de apresurar vuestra entrevista con Conrado.

—Gracias, gracias.

—Dormid tranquilo: es ya una hora alta de la noche y el sueño os hará bien.

—Dormiré, Sr. Barientos, y estad seguro de que pasaré una de las noches más felices de mi vida.

—Eso deseo. Hasta mañana.

—Dios os bendiga, Capitan.

Barrientos se separó del lecho, y corrió las cortinillas.

Algunos momentos despues, dormía el jóven tranquilamente con el sueño de un niño reclinado sobre el regazo de su madre.

Cuando Barrientos se despidió de él, hizo una seña el Emperador, y ambos salieron de la estancia de puntillas.

Así que se hallaron solos en la habitacion del segundo, dijo Barrientos:

—Todo lo que ha pasado merece una explicacion, y voy á dársela á V. M.

—Es inútil, contestó el Emperador con voz sorda, cayendo desplomado sobre su sillon. Todo lo he comprendido.

Y al decir esto, dobló la frente como si

tuviera sobre ella el peso de una nube de plomo.

Barrientos observó entónces que su semblante se había cubierto de una palidez cadavérica y que su expresion era de una tristeza desgarradora.

—La promesa que he hecho á Juan, señor, dijo el Capitan, puede acelerar su curacion y es fácil de cumplir.

—¡Fácil! exclamó el Emperador con amargura. ¡Ojalá fuera así!

—¿Qüién puede impedir que se cumpla?

—La fatalidad, exclamó el Emperador con voz ronca.

Barrientos insistió aún.

—Señor, dijo, déme V. M. permiso para ir á buscar á Conrado, y yo le traeré al Monasterio.

—¿No es Conrado nieto de Ruy Gomez de Varela? preguntó el Emperador.

—Sí.

—¿No es Magdalena hermana de Conrado?

—Su hermana es.

—¿Y no es Ruy Gomez de Varela el dueño de ese castillo que en la comarca se llama el *Castillo del Diablo?*

—Precisamente.

—Pues entónces, Barrientos, desiste de tu

empeño de cumplir la promesa que has hecho á Juan.

—Traer á Conrado es traer al enfermo la salud. Con mi promesa, no solo se ha reanimado, sino que casi ha recobrado la vida.

—Con tu promesa le has apresurado la muerte, porque Conrado no puede venir al Monasterio.

—Pues ¿quién lo impide? gritó el Capitan exasperado ante tantos obstáculos.

Y el Emperador volvió á repetir con voz sombría:

—¡La fatalidad!

Barrientos se quedó aterrado.

XVI.

EL ODIO.

Reinó en la cámara silencio sepulcral.

El Emperador parecía abismado en profundas, reflexiones, y Barrientos por su parte se sentía tambien anonadado.

En todo lo que estaba sucediendo entreveía misterios insondables, cuya importancia no podía desconocer.

Las revelaciones de Juan y la desconfianza mostrada por el Emperador á que el nieto

de Ruy Gomez viniera al Monasterio hacían presumir á Barrientos que todo esto debía estar enlazado con un drama terrible, cuyos detalles no conocía ni podía adivinar.

¿Por qué se había negado Ruy Gomez de Varela á tener contacto alguno con las gentes del Monasterio?

¿Por qué desconfiaba el Emperador de que Conrado se prestase á consagrar al jóven enfermo los consuelos de la amistad?

El problema estaba oculto entre estas dos interrogaciones.

Ardía Barrientos en deseos de abordar esta cuestion, que era objeto de todas sus dudas; pero el respeto que le inspiraba el Emperador le obligaba á guardar reserva y prudencia.

Por fin, despues de aquel silencio penoso mantenido por los dos interlocutores durante algun tiempo, el Emperador levantó la frente y dijo al Capitan:

—Una cosa ignoro, Barrientos, y me interesa saberla.

—¿Cuál es, señor?

—Quisiera, dijo el Emperador, que me dijérais qué clase de relaciones son las que mantiene Juan con los huéspedes del Valle.

El Capitan le refirió entónces lo que Juan le había contado.

—Yo no debía haber descubierto su secreto, añadió Barrientos despues que hubo enterado al Emperador de todo, porque le confió á mi honor y le empeñé mi palabra de no revelárselo á nadie; pero estamos viéndole morir, y sería una perversidad ocultar á V. M. todo esto, impidiendo con mi silencio que adoptemos una resolucion para tranquilizar su alma y procurarla una espansion que debe agradecer.

El Emperador elevó al cielo una mirada impregnada de amargura y de desesperacion.

—El hombre es igual siempre, dijo. Un solo precepto impuso Dios á Adam en el Paraiso, y le quebrantó, y el linaje humano fué desgraciado. Un solo precepto impuse á Juan cuando vino á este Monasterio, y le quebrantó, y tambien lo será por ello. ¡Mísera condicion humana!

Se dirigió á Barrientos despues y añadió:

—¿No sabeis, Capitan, por qué Ruy Gomez de Varela ha prohibido á Juan que vaya al castillo acompañado de gentes de este monasterio?

—Lo ignoro, Señor, y ya se lo hubiera

preguntado á V. M. si no me hubiera contenido el respeto.

—Pues vas á saberlo.

El Emperador hizo una pequeña pausa, y dijo:

—La causa de la prohibicion de ese anciano es el ódio.

—¡El ódio! exclamó Barrientos poseido de estupor. ¿Y á quien puede odiar ese pobre viejo que está ya al borde de la tumba?

—A mí, dijo el Emperador con sencilla franqueza.

—¡A V. M.! ¿Pues qué razon puede tener para abrigar contra V. M. unos sentimientos tan atroces?

—Es toda una historia, respondió el Emperador con voz sombría, y una historia que destila sangre.

—¡Oh! señor, pero aunque V. M. le hubiese ofendido, ¿no ha podido olvidar ese hombre su agravio cuando la nieve del tiempo blanquea sus cabellos?

—Nó, Barrientos, no ha olvidado nada. Despues de mi venida á este Monasterio le he suplicado que me escuche y atienda mis descargos para perdonarme; pero su alma es de roble y no me ha querido oir.

—¡Infamia como ella!

—Yo le disculpo. Aunque involuntariamente he sido causa de sus desgracias, y no puedo perdonarme el haber sido parte de que ese viejo haya derramado por mí todas las lágrimas de su vida.

—Pero el criminal es él, exclamó Barrientos impetuosamente; y si el rey nuestro señor supiera el ódio de ese hombre y la villana conducta que ha observado con V. M., estoy seguro de que le mandaría descuartizar.

—¡Nunca! dijo el Emperador; por lo mismo que es mi enemigo es sagrado para mí. Yo le defiendo, yo le protejo, y si el rey mi hijo tratara de castigarle por las ofensas mías, yo me arrojaría á sus pies para obtener su perdon.

—Pero ese ódio implacable, exclamó Barrientos; esa enemistad, esos sentimientos tan ruines que abriga contra V. M. ¿no merecen ser castigados con las penas más terribles?

—Escuchadme, Barrientos, dijo el Emperador, y estoy seguro que disculpareis el ódio de ese anciano cuando sepais la causa que le engendra.

—Nada puede disculpar una pasion tan cruel.

—Nó, el ódio en él, Barrientos, no es una pasion. El ódio en él es un dolor que nunca se extingue.

—¿Un dolor?

—Ese infeliz anciano vió morir á su único hijo, al heredero de sus blasones, que son muchos y bien adquiridos, en el cadalso.

—Ya lo sé. Pero aquella sentencia de muerte ¿no fué pronunciada á consecuencia de los disturbios de las Comunidades? ¿No fué el sentenciado rebelde á su rey? ¿No se levantó en armas contra él y se erigió, como otros tantos, en caudillo de la sedicion?

—Es verdad, y la sentencia además de justa fué pronunciada en debida forma. Pero ese anciano que hoy tiene noventa años, será hoy quizás el único español que queda de los que acompañaron á mi abuela Isabel I en la conquista de Granada. Ese anciano fué el que salvó á aquella gran reina de las llamas cuando se incendió su tienda en Santa Fé; ese anciano, teniendo no más que cuatro lustros, fué el primer soldado que, á las órdenes del marqués de Cádiz, enarboló el santo lábaro de la Cruz en las torres de Alhama y de Granada; é invocando estos nobles títulos, parece ser que apeló á mi clemencia,

viendo que su único hijo estaba condenado á morir degollado en un cadalso.

—¿Y le atendió V. M.?

—La fatalidad impidió que así lo hiciera. Cuando llegó la instancia de Ruy Gomez de Varela á mi córte, implorando el perdon de su desgraciado hijo, había yo partido á Alemania, donde reclamaban mi presencia los asuntos del imperio; y faltando de España el que podía otorgar el perdon, se ejecutó la sentencia.

—¿Y hubiera perdonado V. M. al hijo de Ruy Gomez si hubiera recibido la súplica de su padre?

—Sí, Capitan. Le hubiera perdonado por los méritos del padre, no por los suyos, que éstos demasiado funestos fueron para la pátria.

—Pues si la intencion de V. M. fué esa, y no ejercitó su clemencia porque lo estorbaron causas ajenas á su voluntad, ¿de qué se queja entónces el anciano Ruy Gomez? ¿Por qué mantiene ese funesto rencor?

—Perdió su único hijo, Capitan; vió morir en un cadalso al sér más idolatrado de su corazon, y esta catástrofe es de aquellas que no se borran jamás de la memoria de un padre.

—Sin embargo, despues de tantos años, la razon ha debido sobreponerse á la mezquina pasion del ódio. ¿Hemos de tener los hombres el pecho más duro que las fieras?

—Nada ha hecho Ruy Gomez contra mí despues de la muerte de su hijo, para que yo crea que rinde culto á la espantosa ley de la venganza. Cuando regresé de Alemania, recibí en Valladolid un mensaje suyo á la antigua usanza. En él me decía que había servido á su Dios, á su pátria y á sus reyes, siempre con honor; que el agareno había derramado cien veces su sangre lidiando en defensa de aquellos caros objetos; que Dios le había dado un hijo, que se había extraviado por su propia voluntad, haciéndose reo de muerte; que, como padre, é invocando el recuerdo de haber servido en las banderas de la primera Isabel al lado de Ponce de Leon y de Gonzalo de Córdova, había impetrado del rey el perdon del delincuente, y que no lo había podido conseguir. Y concluía diciendo, que sin que se considerase acto de rebeldía ni menosprecio á la sagrada é inviolable persona del monarca, sino consecuencia natural de su dolor de padre, invocaba los fueros de los antiguos *ricos-homes*, consignados en las leyes de Castilla, y se *desnaturaba* de estos

reinos, conservando sus tierras y señoríos.

—¿Eso hizo? dijo Barrientos.

—Sí: y aunque el Consejo de Castilla declaró que, estando derogadas las antiguas leyes, tan atrevida proposicion hacía á Ruy Gomez reo de desacato y lesa majestad, y como tal le juzgaba incurso en las penas más severas, yo, atento solo á que por Ruy Gomez hablaba el dolor de un padre, mandé sobreseer aquel negocio, y dispuse que por nada ni por nadie fuese perturbado, mientras no se levantase en armas contra estos reinos, ó cometiese delitos de traicion.

—Y ante ese rasgo de soberana generosidad ¿no ha cedido el rencor del orgulloso magnate?

—Hubiera cedido; pero la fatalidad, que parece haberse interpuesto entre ese anciano y yo para separarnos eternamente, lo impidió, renovando sus crueles heridas, y abriéndole otras en el pecho, que, por lo visto, no se pueden cicatrizar.

—Pues ¿qué pasó despues?

—El hijo de Ruy Gomez, degollado en el cadalso, había dejado en el mundo un tierno niño que se criaba al lado del abuelo. Cuando este niño fué hombre, parece ser que enterado del trágico fin de su padre, y achacán-

dome á mí la culpa de aquella sangrienta catástrofe, juró vengarse; y sin oir los consejos de la sabiduría y de la prudencia del anciano; sin escuchar los ruegos de una esposa amante, y sin atender á las caricias de dos tiernos hijos habidos en su matrimonio, que deben ser Conrado y Magdalena, sabiendo que los herejes de Alemania me hacían guerra, voló á Alemania y se unió con los herejes para buscar los caminos de su venganza. Derrotado por mí el duque de Sajonia, á cuyas fuerzas se había agregado, cayó prisionero el nieto de Ruy Gomez y le llevaron á Bruselas, sin que yo tuviera de ello conocimiento. Juzgáronle en Bruselas, y convicto, por ciertas revelaciones que había hecho á algunos que le delataron, de que había ido á Alemania con el objeto de asesinarme, fué condenado á muerte y ejecutado con otros en aquella ciudad, sin que hubiera podido yo intervenir en su contra ni en su favor.

—¡Qué horribles complicaciones! dijo Barrientos.

—¿Comprendeis ahora; exclamó el Emperador, por qué Ruy Gomez exigió á Juan palabra de que no fuera nunca al valle acompañado de gentes del Monasterio? En el Mo-

nasterio habito yo, y ese desgraciado padre no quiere otorgarme su perdon.

—¿No ha venido al Monasterio desde que se ha instalado en él V. M.?

—Nó, dijo el Emperador con amargura. Tres veces he mandado á Luis Quijada á rogarle que me conceda una entrevista: que me permita visitarle: que le haría ver clara como la luz del sol mi inocencia en las catástrofes de su casa, que lloraría con él la muerte de sus hijos, y que si era preciso me arrojaría á sus pies para que me concediera su perdon. De las tres veces que ha ido Luis Quijada, dos no ha querido recibirle, y la tercera salió á la muralla y desde las almenas le dijo: «Decid á vuestro amo que es inútil que se canse, mandándome emisarios; que estoy *desnaturado* de estos reinos; que me deje llorar en paz la muerte de mis hijos; que á nadie ofenden el luto de mi corazon y las lágrimas de mis ojos; que cuando se alza el cadalso, la familia del reo aparta la vista del verdugo; que no soy traidor ni rebelde, y que le pido me deje morir en la gracia del Señor».

—¿Eso dijo?

—Eso; y abandonó la muralla sin querer oir á Quijada.

—¡Hombre inexorable! ¿Pero no habrá fuerzas humanas que ablanden ese corazon empedernido?

El Emperador movió tristemente la cabeza.

—Creo que nó, dijo; y ya veis, Capitan, si no quiso oir á Luis Quijada, ¿cómo había de consentir que el jóven Conrado viniera al Monasterio á ver á Juan?

El Capitan bajo la cabeza y se quedó pensativo.

Despues de una breve pausa, exclamó:

—¡Quién sabe, señor! Lo que Luis Quijada no pudo conseguir en nombre de V. M. quizás lo conseguiría yo en nombre del huérfano.

—¿Por qué?

—¿Se olvida V. M. de que Juan ha salvado la vida á Conrado?

—Ya me lo habeis referido.

—¿Se olvida V. M. del noble juramento que hicieron Juan y Conrado el mismo día en que se conocieron?

—Nó.

—¿Qué extraño sería que pudiendo yo interesar el corazon de Conrado con la noticia de la enfermedad de Juan, lograra vencer la dureza de su abuelo y conseguir que le diera permiso para venir al Monasterio?

—¡Oh! ¡si eso fuera posible!

—¿Me permite V. M. intentarlo?

—Sí, Barrientos, y ojalá guíe vuestros pasos el cielo y podais devolverme la tranquilidad del espíritu, abriendo entre esa noble familia y yo el camino de la reconciliacion.

—Confíe V. M. en Dios, Padre de todos los buenos, dijo el soldado lleno de generosas esperanzas. En cuanto á mí, no omitiré medio por servir á V. M. como cumple á un hombre de bien; y si yo pudiera dar la dicha á V. M. con mi sangre, pronto la derramaría toda sin reservar una gota.

—Gracias, Capitan, dijo el Emperador estrechándole la mano; habeis llenado mi pecho de confianza. Dios os bendiga. ¿Cuándo partireis á desempeñar esa árdua mision?

—Cuanto ántes mejor. No parto ahora mismo porque es de noche, pero al rayar el alba saldré para el valle.

—¡Oh, Barrientos! ¡Cuántos bienes he de deberos si alcanzais el éxito apetecido! Por lo mismo que ese anciano se muestra conmigo tan duro é inflexible, tengo más interés en ablandar su corazon y en gozar del dulce privilegio de su amistad.

—Espero que así suceda.

—¡Partid! ¡partid! alma generosa, y que el

cielo os recompense. Mientras esteis en el valle, permaneceré arrodillado en el santuario, pidiendo al Señor que corone vuestra empresa.

Y concluido esto, el Emperador volvió á estrechar las manos de Barrientos con efusion.

Despues, y estando ya la noche bastante avanzada, se separaron para entregarse algunos momentos al descanso.

XVII.

LA PARTIDA.

Barrientos, fiel á su palabra, se levantó un poco despues de la hora del alba.

Bajó á las caballerizas, ensilló su caballo por su propia mano, y se dirigió hácia el palacio á saber nuevas del enfermo.

En el vestíbulo encontró á Luis Quijada, el cual viéndole tan temprano armado de espada, daga y espuelas, le dijo:

—Mucho ha madrugado hoy el Capitan. ¿A dónde se va tan de mañana?

—Voy á dar un paseo á caballo, respon-

dió Barrientos jovialmente; tengo las piernas cansadas de tanto descanso y voy á propinarlas dos horas de baile sobre los ijares de mi alazan. ¿Cómo ha pasado la noche el enfermo?

—De una manera maravillosa, dijo el mayordomo de buen talante; figuraos que se la ha pasado de un sueño.

—¡Ya me lo figuraba yo! exclamó Barrientos maliciosamente. ¿Con que se la pasó de un tiron?

Quijada hizo un gesto afirmativo.

—Estoy asombrado, añadió, porque ya sabeis, Capitan, que esto no había sucedido hacía tiempo.

—Es verdad; pero lo que es anoche ya sabía yo que tenía que suceder.

—¿Sí?

—¡Vaya! dijo Barientos sonriendo de una manera picaresca; y dentro de poco, si Dios me ayuda, le habeis de ver sano y orondo como una de esas hermosas guindas del jardin que empiezan á colorear.

—¡Hola! ¿Entendeis algo de medicina, Capitan?

—Mucho, contestó Barrientos guiñando los ojos de un modo particular, que hizo sonreir al mayordomo; en Flandes pasaba por

ser un bravo curandero. Y en efecto, os juro por los mismísimos cuernos del demonio, que francés ó tudesco que yo curaba no tenía necesidad jamás de médico ni de boticarios, porque cuidaba siempre de meterle bien tres cuartas de hierro en el gaznate.

Luis Quijada se rió de la ocurrencia y del desenfado del Capitan.

Despues le dijo:

—¿Quereis ver á Juan antes de salir? ¡Ya está despierto!

—Con mucho gusto, contestó Barrientos.

Y dando al mayordomo un apreton de manos, se dirigió á la alcoba del enfermo.

Así que Juan le vió, le saludó con una sonrisa, y le dijo con tono jovial:

—Estoy bien, Capitan. He pasado una noche deliciosa. Creo que hoy me podré levantar.

—No hagais locuras, respondió Barrientos; no seais inobediente. ¿Os acordais del convenio que hicimos anoche?

—Sí.

—Pues bien; si no sois docil, si no sois juicioso, ya sabeis cuál será vuestro castigo. No vereis á Conrado.

—No me digais eso, Capitan, dijo el huérfano. Yo seré dócil; haré todo lo que me

manden; pero ¿verdad que me traereis á Conrado?

—Ya lo creo.

—Pues disponed, mandad, decid qué es lo que debo hacer. ¿Quereis que no me levante en un mes de la cama?

—Yo no quiero que hagais más que lo que mande el médico. El ha dicho que sería peligroso que dejáseis el lecho en unos cuantos días, y ya veis que si le desobedeciérais y hubiera una recaida...

—No la habrá, no la habrá. ¡Si me siento ya completamente bueno! Vos me habeis prometido ver á Conrado. ¿No es verdad?

—Sí.

—Pues ya estoy sano.

Barrientos se estremeció.

Había prometido demasiado. Las revelaciones del Emperador le habían presentado obstáculos rudos que vencer para cumplir su promesa. Si no podía cumplirla; si no podía traer á Conrado al Monasterio, ¿no habría causado al enfermo un daño terrible?

Estas reflexiones brotaron súbitamente del cerebro del Capitan, engendrando en su pecho cierta inquietud, cierto malestar que le hacían daño.

Pero Barrientos tenía á su alcance un recurso supremo para adquirir valor en los momentos más difíciles y peligrosos.

Este recurso era su fé en Dios.

Cuando se le hacía imposible conseguir de los hombres una cosa ó realizar una empresa superior á sus fuerzas, recurría á Dios y elevaba hácia él su mente.

Despues se tranquilizaba.

Su argumento favorito en los trances más fuertes era este:

—Al que tiene razon Dios le ayuda. El que no piense así, que se fastidie.

Y casi siempre se salía con la suya.

—Adios, le dijo al huérfano procurando ocultarle su turbacion y su incertidumbre; tengo que salir del Monasterio.

—¿A dónde vais? le preguntó Juan sonriendo.

—Al valle.

—¿Vais á ver á Conrado?

—Sí.

—¿Le vais á ver?

—Con la ayuda de Dios.

—¿Y le podré yo ver mañana ó pasado?

—Si Dios quiere puede muy bien suceder.

—Me dais la vida.

—Ea, ya ha salido el sol y yo tengo

prisa. Que seais juicioso, y hasta la vuelta.

—Esperad.

—¿Qué quereis?

—Que deis á Conrado un abrazo de mi parte.

El Capitan se lo prometió y salió de la estancia.

Cuando atravesaba el corredor se destacó una sombra, que corrió á su encuentro.

Era el Emperador.

—¿Partís ya, Capitan? le dijo en voz baja.

—En este momento, señor; pero antes he querido ver á nuestro enfermo.

—¿Y cómo está?

—Ha pasado la noche de un sueño y está casi curado.

—¿No os engañareis, Barrientos?

—Creo que nó; porque me engaña rara vez el corazon.

—¡Oigaos el cielo!

—Así lo espero; y si traigo á Conrado, pronto le verá V. M. saltar de su lecho y triscar por esos jardines. Adios, señor, y tenga V. M. confianza en el que todo lo puede.

El Emperador le oprimió la mano en silencio y le dijo:

—Partid, Capitan, y la misericordia divina nos ayude. Vais al valle y tal vez allí os es-

pera un amargo desengaño. Tened valor. Yo rezaré por vos.

Barrientos le besó las manos y salió.

Bajó á la cuadra, montó en su caballo y se lanzó como una flecha por el camino del valle.

Al pasar por frente del vestíbulo, alzó la cabeza y vió al Emperador apoyado en la balaustrada y con la mirada fija en él.

Barrientos se quitó el sombrero y le saludó.

El Emperador le contestó con la mano, sin soltar el libro de devociones que tenía en ella.

—Ayudadme, señor, dijo Barrientos elevando sus ojos al cielo y clavando los acicates á su corcel.

—Protegedle, ¡Dios mío! murmuró el Emperador, sin poder reprimir una lágrima de gratitud.

Despues, Barrientos desapareció de la vista del monarca penitente, y éste se dirigió con lento paso hácia la iglesia.

FIN DEL LIBRO PRIMERO.

LIBRO SEGUNDO.

EL JUEZ DE SU CAUSA.

I.

EL ÁNGEL RUBIO.

El mismo día en que el Capitan Pedro Barrientos salió del Monasterio con direccion al valle, portador de la difícil mision que se había propuesto cumplir, ocurría en el castillo una escena digna de mencion.

Estaba ya avanzada la mañana: brillaba el sol como un espejo de oro sobre el azul cristalino de los cielos: gorjeaban las aves en el bosque: murmuraban los arroyuelos en el valle; y en torno del castillo solitario reinaba la majestad del silencio de la naturaleza.

El pequeño jardin, encerrado dentro de los pardos muros de la altiva morada seño-

rial, ostentábase ya radiante de belleza, presentando á sus dueños las primicias del florido mes.

Las plantas erguían sus tiernas corolas hasta besar las ramas de los árboles, y éstos parecían inclinar sus brazos amorosamente hasta las plantas para recibir sus inocentes caricias, y confundirse con ellas en ósculos de misteriosa ternura.

Junto al albaricoquero, cargado ya con el peso de sus frutos dorados, crecía el gallardo cerezo poblado de racimos de carmin; y cerca de ellos mecían sus verdes coronas en las nubes el naranjo y el limonero, saturando los aires de azahar y de ambrosía.

Brillaba el rojo alelí de hojas de terciopelo cerca de la azucena de albas vestiduras y seno de oro: crecía el clavel de pétalos encendidos cerca de la humilde violeta, que ofrece al hombre su perfume escondiéndose de su vista: inclinaba el lirio su flexible tallo sobre el líquido espejo de las fuentes para verse retratado en sus aguas; y el tierno boton de la rosa salía de sus verdes cárceles para recibir orgulloso los homenajes del pensil, completando la atmósfera balsámica de aquel ófrico panorama.

Poco antes de llegar Barrientos al castillo,

descubríanse en el jardin tres personas gozando los encantos de aquella rica y espléndida naturaleza, que brindaba al hombre un tesoro de goces purísimos, sin someterle á las rudas pruebas de peligros y desengaños que los demás goces mundanos suelen ofrecer.

Aquellas tres personas eran un anciano agobiado por el peso de los años, y dos jóvenes dotados de la agilidad, hermosura é inocencia de la más dichosa edad de la vida.

El anciano era Ruy Gomez de Varela, señor de Pasaron.

Los jóvenes eran Conrado y Magdalena, sus biznietos.

Nada habían cambiado el abuelo y el nieto desde el día en que los presentamos en el valle.

Ruy Gomez con sus noventa años, con su larga y poblada cabellera blanca, con su barba venerable, y su estatura atlética y fornida, participaba á la vez del aspecto de los patriarcas de los tiempos mesiánicos y del aire guerrero de los antiguos reyes francos. Llevaba puestos el casco y la coraza, que no se había quitado en setenta años; y cuando sus nietos le decían que se despojara de aquellos arreos que estorbaban la libertad de sus movimientos y le producían fatiga, contestaba

que contra aquellos arneses se habían embotado los filos de las armas agarenas, asestadas contra su vida; que le habían librado cien veces de la muerte, y que los llevaría siempre encima de su cuerpo por gratitud.

Magnífico era el contraste que ofrecían el viejo y los jóvenes.

Conrado era un doncel bizarro, en cuya altiva frente y atrevida mirada se leían el génio, la intrepidez, el valor y la fuerza.

Magdalena, por el contrario, era el tipo de la debilidad, de la mansedumbre, de la dulzura y de la inocencia.

Su cuerpo, esbelto y flexible como el de la palmera, parecía cimbrearse á cada movimiento, como se cimbrea el tallo del rosal. En su rostro fresco y lozano había puesto el Hacedor Supremo la blancura de la nieve y las tintas del clavel. Sus ojos, de un azul puro y cristalino, que rivalizaba con el del lápiz-lázuli, estereotipaban la bonanza y serenidad de un alma nacida para la ternura, para la pureza y para la generosidad: sus cabellos, de un rubio dorado semejante á la espiga del arroz, servían de marco á aquel rostro encantador, prestándole el aspecto que ofrece la cuajada servida en bandeja de oro.

Pero no era solo la belleza física la que daba realce á Magdalena.

De nada sirve decorar á una imágen con todos los ornamentos materiales de la belleza, si se la roba el alma, ó si el alma que lleva dentro de su sér es un gusano como el que encierran ciertas frutas hermosas á la vista.

Podrá dotarse á la hermosura física de un tesoro de riquezas materiales; podrá llevar perlas en su boca, grana en sus lábios, en sus mejillas rosas y azucenas, en sus ojos azabache y en sus cabellos seda; podrá tener una garganta redonda como una columna de jaspe; podrá tener una mano de alabastro y un pié de sílfide; podrá vestir de púrpura, de terciopelo, de cachemira; podrá cubrirse de encajes, de blondas y de pedrerías, luciendo las perlas más finas de Guzarate ó los diamantes más bellos de Golconda; pero si á esta hermosura material le falta la hermosura del alma, será como las manzanas de Sodoma, cuya corteza es bella y apacible, teniendo la médula de carbon.

En Magdalena, en la hija del valle solitario, la belleza física no era más que un accidente; la belleza moral era el alma de su sér, ó mejor dicho, era su sér entero.

Mansa y casta como una paloma, inocen-

te como un niño, sencilla y dulce como el tierno jilguerillo acostumbrado á comer en las palmas de su dueño, viéndola discurrir por el valle á la hora del crepúsculo vespertino, cualquiera de los poetas paganos la hubiera tomado por una de las divinidades simbólicas de los tiempos fabulosos; viéndola en el jardin de la morada señorial, acariciando los botones de las rosas, cualquiera de los poetas orientales la hubiera bautizado con el pomposo título de hermana de las flores.

Los habitantes del valle y los de aquellas comarcas, sin ser poetas, la habían bautizado con un apodo más en armonía con la belleza de su alma que todos los que han soñado los apologistas de las deidades selváticas y los grandes cantores del sensualismo oriental; llamábanla el *ángel rubio,* y este dulce epíteto de la poesía cristiana parecía acercar más al cielo á aquella criatura, nacida tal vez para alcanzar la inmortalidad de la virtud.

Llamábanla los habitantes de la comarca el *ángel rubio* porque de su seno casto y vírgen brotaban á raudales la piedad, la caridad, la ternura y la beneficencia; y en torno suyo se suavizaban de tal manera los dolores humanos, que no parecía sino que bajo sus

plantas brotaban las flores y se encorvaban las espinas.

Todo lo que en el viejo patriarca y en Conrado había de rudo y de terrible, de sombrío y de salvaje, degeneraba en Magdalena convertido en suavidad, en benevolencia y en caridad, siendo tal su influencia, que hasta la rústica braveza del viejo y el varonil espíritu del jóven deponían su agreste ferocidad cuando resonaba en sus oidos la armoniosa voz de la vírgen del valle, haciendo vibrar como una lira sagrada la cuerda misteriosa de sus nobles sentimientos.

Era, pues, una criatura santa, pacífica, indulgente, pura y bondadosa.

Atesoraba en su alma la dulzura de la esposa de los cantares, el candor y la inocencia de Eva antes de su pecado, y la fortaleza de la mujer fuerte de la Biblia.

Su acento era tan suave como el canto del ruiseñor; y sus palabras salían de su garganta como la melodía de un arpa celeste.

Sus lábios no se abrían más que para pronunciar palabras de consuelo, de perdon, de amor y de caridad.

Aunque en aquel tiempo escaseaban mucho los libros de la enseñanza cristiana, por

no haberse hecho aun la traduccion de la Biblia, se había proporcionado algunos devocionarios manuscritos, debidos á la paciencia de los frailes, que hacían pagar caros aquellos trabajos caligráficos, muchos de ellos de indisputable mérito; y de estos pequeños cuerpos de doctrina sacaba ella como una abeja solícita y laboriosa la dulce miel de la verdad cristiana, perfumada con los suaves aromas que depositó en ella el amor y la divina sabiduría del Salvador de los hombres.

Ni el anciano ni Conrado sabían leer. Educados como se educaban los nobles en aquel tiempo, miraban la instruccion como parte secundaria, cuando no la consideraban como cosa baladí y plebeya: y solo algunas nociones de moral, oidas de viva voz de los lábios de algun clérigo, atemperaba en ellos, aunque de una manera imperfecta, el extravío de las pasiones á que suele conducir la ignorancia. Con estas nociones de moral y con el aprendizaje de las leyes del honor, llevadas hasta el grado máximo de la exageracion, arreglaban su conducta y acciones los antiguos caballeros, y á decir verdad, si entre ellos no floreció la inteligencia, floreció más la virtud que en estos tiempos tan decantados de civilizacion y progreso.

Empero la instruccion es un gran bien, y empleada cuerdamente en la realizacion de sus altos objetos, siempre ha obtenido el respeto y la bendicion de la humanidad. Así Magdalena, instruida por un sacerdote en los conocimientos más familiares, versada en la lectura y en los rudimentos esenciales de la religion, era escuchada por el anciano y por el jóven como se escucha un oráculo.

Quejábase algunas veces el anciano del peso abrumador de la cruz de sus dolores, y Magdalena le acariciaba y le decía:

—Abuelo de mi alma, tened valor y sonreid. La cruz no pesa ya á nadie desde que la llevaron hombros divinos.

Mandaba algunas veces castigar el abuelo á alguno de los criados ó escuderos por faltas más ó menos graves, y Magdalena se interponía entre el juez y el culpable diciendo:

—Querido abuelo mío, perdonadle: yo respondo de que se enmendará.

Iban todos los viernes al castillo un tropel de niños pobres de los pueblos comarcanos á recibir las abundantes limosnas que se daban, y algunas veces armaban entre sí camorras y reyertas que incomodaban al anciano. Entónces solía enfurecerse y gritaba á sus criados:

—Lanzad de aquí á palos á esos tunantes. Soltad contra ellos mis perros de presa.

Pero Magdalena conseguía la revocacion de la órden diciendo al viejo:

—¡Oh! amado abuelo mío; dejad que los niños se acerquen á vos. ¿No recordais el amor que los tenía Jesucristo?

Creía el abuelo en la absurda justicia de la ley de la venganza, cuando se fundaba en causas que tenían alguna apariencia de legítimas, y solía á veces decir:

—Es justo devolver mal por mal: la Escritura dice que el pago de una culpa ha de cobrarse así: ojo por ojo y diente por diente.

—Querido abuelo mío, decía Magdalena, eso no es justo, pero esto es santo: Al que hace mal se le ha de pagar con bien; si tu enemigo te da una bofetada en la mejilla, preséntale la otra: hacer bien al que no nos ha hecho mal, es meritorio y bueno; pero hacer bien al que nos ha hecho mal, es cosa digna del cielo.

Tales eran siempre sus raciocinios.

El anciano la oía con embeleso y cedía á la menor de sus indicaciones con la docilidad de un niño; y hasta el mismo Conrado miraba á su hermana con el respeto que hubiera tributado á una criatura celeste.

Era, pues, Magdalena el ángel bueno de aquella mansion del infortunio; el númen tutelar de la comarca; el regocijo del anciano, y la dispensadora de todos los bienes morales que se gozaban dentro del recinto del castillo solitario.

Un año más jóven que Conrado, ni el uno ni la otra habían conocido á sus padres, que murieron cuando su infancia se mecía en dorada cuna; de manera que el viejo les consagró desde niños toda la ternura de la paternidad, y ellos consagraron al viejo todos los sentimiento del filial amor.

En la historia de su familia había un drama sangriento que ignoraron de niños y descifraron de jóvenes. Aquel drama inspiró á los corazones de los dos hermanos sensaciones diversas. Conrado sintió ira, ódio y sed de venganza contra los matadores de sus padres. Magdalena sintió dolor, abatimiento, tristeza y conmiseracion.

El viejo contemplaba con placer la noble cólera de Conrado contra los verdugos de su familia; pero cuando oía pronunciar á Magdalena sus frases de misericordia y de perdon, sentía en el alma un alivio incomprensible, y experimentaba la alegría de una beatitud casi seráfica.

En el momento en que hemos presentado á estos tres caractéres tan diversos en el jardin de la morada señorial, se desarrollaba entre ellos una conversacion bastante relacionada con el interés de esta leyenda.

Paseaba el anciano, sosteniéndose en los hombros de sus nietos, á quienes miraba como báculos de su vejez, y mientras Conrado cuidaba de separar las ramas de los arbustos que podían molestarle, Magdalena cortaba al paso alguna florecilla olorosa, que solía ofrecerle con la gracia más encantadora.

—Hijos queridos míos, les decía; conozco que la muerte sería para mí un don del cielo, que me proporcionaría grato descanso; pero Dios ha permitido que sea para mí tan bella la vida entre vosotros, que despues de noventa años de amarguras y dolores siento perderla. Y sin embargo, conozco que el momento en que esto ha de suceder se aproxima.

—Abuelo querido, respondió Magdalena dirigiéndole miradas tan suaves como una caricia; no penseis en esas cosas. Pensad en la dicha que nos concede Dios. ¿No os alegra ese sol radiante? ¿no os refrescan estas brisas perfumadas? ¿No os encantan estas dulces flores? ¿No os consuela el amor

de vuestros nietos? Vamos á sentarnos en aquel cenador rodeado de mirtos y laureles y entoldado de verdes parrales. ¿Os sentís fatigado? Pues apoyaos un poco más en mis hombros y en los de Conrado. ¡Es tan dulce para nosotros llevar el peso de vuestros años, que nunca nos contemplamos más felices que cuando sentimos en nuestros hombros el dulce contacto de vuestra ancianidad venerable!

El anciano elevó los ojos al cielo con profundo reconocimiento, y dijo:

—¡Señor! ¿Es la voz de algunos de tus ángeles la suya? ¡Oh! adorada niña, ¡cuán grata me haces la vida con tu amable hermosura y tus virtudes!

Llegaron al cenador señalado por Magdalena, y se sentaron.

Los tibios rayos del sol, penetrando débilmente por los intersticios de un rústico y lozano toldo de verdura, iluminaban la faz del viejo, que estaba radiante de alegría.

Conrado se sentó á su mano derecha y Magdalena se colocó á sus piés en un taburete, descansando sobre sus rodillas su linda cabeza.

El anciano sumergió sus manos rugosas

en la profusa y ensortijada cabellera rubia de la jóven, exclamando:

—Vamos, háblame ahora. Díme esas cosas tan buenas que salen de tus lábios en palabras tan dulces como la miel de un panal.

—¿Estais ya contento, abuelito? dijo Magdalena.

El anciano se sonrió.

—¡Cómo no estarlo! repuso. Pero te has empeñado en que crea que he de ser eterno, añadió acariciándola suavemente; y esto ya sabes, hija mía, que no puede ser.

—Ya lo sé, contestó ella gorjeando como una alondra; pero Dios, que vela por nosotros, prolongará todo lo posible los días de vuestra vida. ¿No os parece, abuelo, que una felicidad tan pura como la nuestra es siempre duradera?

—Sí, contestó el viejo fascinado; pero no hay dicha completa en el mundo, y la nuestra acabará. ¿No es verdad, Conrado?

El jóven, que hasta entónces había guardado silencio, y que al parecer devoraba en secreto un dolor profundo, respondió:

—En efecto, abuelo, no hay dicha completa.

—Este responde á sus pensamientos más que á los nuestros, dijo el anciano. ¡Ah, Con-

rado! ¿Será posible que no te olvides del amigo ausente?

—¡Es tan grata y consoladora la amistad! dijo el jóven tristemente. ¿No es verdad, abuelo, que desde que no viene Juan al valle parece que nos falta algo para completar nuestra dicha?

—No te niego, respondió el abuelo, que ese mancebo contribuía con su noble gentileza á amenizar nuestro destierro. Se habían conformado nuestras voluntades con la suya y había acreditado entre nosotros bizarras prendas y sentimientos generosos. Pero Dios, que le privó del beneficio de la salud, parece que se la restituye, y pronto nos le devolverá para que reciba nuestros plácemes y comparta nuestros afectos.

—Es verdad, abuelo, dijo el jóven; pero yo no puedo desterrar de mi corazon los remordimientos que me afligen.

—¿Tú remordimientos, hijo mío? ¿Y por qué los tienes?

—Ha estado Juan enfermo, abuelo, y yo, su único amigo, el amigo que le debe la vida, no me he hallado un solo momento á su cabecera. Ha pasado un grave peligro, y yo no la he compartido con él. ¿Es esta la amistad? Ahí teneis á Magdalena, que piensa como yo,

y que, oráculo de la verdad divina, dice que no he obrado bien.

—¿Eso dices tú, Magdalena?

Pero Magdalena no contestó.

Desde que Conrado había comenzado á hablar de Juan dobló la niña la gallarda frente para ocultar su turbacion.

El anciano posó en sus nietos su mirada refulgente, y exclamó:

—Perdonadme, hijos míos, el tormento que os hago sufrir. Bien conoceis las causas que han impedido el ir á ver al enfermo. Si el hombre funesto que fué verdugo de nuestra familia no estuviera en ese Monasterio, no solo hubieras ido tú, Conrado, sino todos los moradores de este castillo. Pero estando él allí, ¿tendrías valor para verle y para no recordar las desgracias que llora tu abuelo hace más de treinta años?

—Eso nó, dijo Conrado con voz sombría. Mientras no vea yo delante de mí al verdugo de mi familia podré contenerme; pero ¡guay de él si su estrella le pone al alcance de mi brazo!

—No hables así, Conrado, exclamó Magdalena con voz suplicante. ¿No te has curado todavía de aquella espantosa enfermedad de venganza que te acometió en los tiempos pasados?

—Nó, contestó el jóven con voz ronca; antes bien, cada día que trascurre se acrecienta más. El Emperador y yo no cabemos en la tierra, y como yo soy más fuerte que él, he de concluir por matarle como él mató á mi padre.

—¡Qué horror! dijo Magdalena; sería una vil accion.

—¿Verdad que nó, abuelo? gritó Conrado ferozmente; ¿verdad que no es una vil accion?

—Decid la verdad, abuelo, dijo Magdalena; decid la verdad, como si tuviérais que decirla en presencia de Dios.

—Pues bien, exclamó el anciano, respondiendo al noble llamamiento de la hija del valle, Magdalena tiene razon; sería una accion cobarde y vil que te llenaría de oprobio.

Magdalena acarició las venerables manos del viejo con entusiasmo.

—¿Y por qué me llenaría de oprobio? preguntó Conrado.

El abuelo contestó:

—Porque el Emperador es el ungido con el óleo de David, y las leyes divinas y humanas le declaran inviolable. Esta razon es para el súbdito; para el caballero, para el hijo-dalgo hay otra.

—¿Cuál es, abuelo? exclamó Magdalena.

—El Emperador no lleva hoy espada al cinto: está desarmado: es un monje. ¿Puede un caballero, sin ser felon y cobarde, arremeter contra un hombre de estas condiciones, quitándole la vida como un facineroso?

Conrado bajó la cabeza en silencio, lleno de confusion y de vergüenza.

Magdalena besó las manos al viejo, y le dijo con pasion:

—¡Oh! abuelo del alma, ¡Dios os bendice porque sois bueno!

—¡Oh! adorada mía, respondió el viejo; yo te bendigo á tí porque me has enseñado á serlo.

II.

LA GRATITUD.

A este punto llegaban de su plática el abuelo y los nietos, cuando se presentó á ellos Berenguer de Rotron, mayordomo mayor del castillo y antiguo paje de lanza de Ruy Gomez.

—Señor, dijo el anciano criado despojándose de su gorra de velludo negro; el *flamenco* envía á vuestra señoría un nuevo mensaje.

Berenguer tenía tal ódio al Emperador Cárlos V, que siempre le apellidaba el *flamenco* ó el *austriaco*, recordando su procedencia extranjera.

—¡Un mensaje del Emperador! exclamó Ruy Gomez. Pues ¿qué quiere?

—Lo ignoro, señor, respondió Berenguer. Ahí está en el rastrillo de la poterna un viejo fanfarron, llamado Pedro Barrientos, que se dice capitan de los tercios del rey, y que por lo visto está al servicio del *flamenco*, á quien Dios confunda. Ese botarate está muy empeñado en ver á vuestra señoría.

—¿Y no te ha dicho cuál es el objeto de su venida?

—Nó: solo me ha dicho que viene de parte del pajecillo del *austriaco*, que se halla enfermo de gravedad, y que desea que le escuche vuestra señoría en nombre de Dios.

—¡Díle que es imposible! replicó el anciano con dureza. Corre, Berenguer: díle que ningun morador de ese convento puede atravesar los dinteles de mi casa.

El mayordomo iba á partir, pero le detuvo la voz de Conrado, que dijo al anciano:

—Abuelo, ese hombre viene en nombre de Juan.

—De Juan, que está enfermo de peligro,

añadió Magdalena cruzando las manos en ademan suplicante.

—Y os pide, abuelo, que le escucheis en nombre de Dios, dijo Conrado.

—Y cuando se invoca el nombre de Dios, deben las criaturas abrir las puertas de su pecho á la compasion y á la caridad, añadió Magdalena.

—Y Juan me salvó la vida, abuelo, dijo Conrado.

—Y Juan se halla en peligro de muerte, insistió Magdalena.

El anciano no pudo resistir más, se sintió enternecido, y dijo:

—¿Lo quereis vosotros, hijos míos?

Los dos jóvenes hicieron con la cabeza un signo afirmativo.

—Sea, exclamó el anciano. Por la primera vez de mi vida falto á una de las resoluciones más severas que había tomado; pero vuestros ruegos han despertado en mi corazon la caridad y la gratitud.

Volviéndose hácia el mayordomo, exclamó:

—Berenguer, conduce á ese Capitan al salon grande del castillo. Que todos mis escuderos armados de picas, escolten al forastero y hagan la guardia en el salon, como en las antiguas recepciones.

El mayordomo regruñó como un perro dogo; pero Ruy Gomez le despidió con un gesto imperativo, y al fin dobló la cabeza y partió.

—Gracias, abuelo, dijo Conrado besándole las manos.

—Por este noble sacrificio, dijo Magdalena, os pido un abrazo.

El anciano se sonrió amargamente y contempló á sus nietos con paternal amor.

—¿Os he proporcionado alegría? dijo; ¡venturoso yo que todavía sirvo para ello!

Levantáronse los tres; y apoyado el anciano en los hombros de sus nietos, se dirigieron rápidamente al castillo.

Mientras tanto, Berenguer, al frente de los escuderos de su señor, vestidos con largas dalmáticas de vellori y armados de partesanas, condujo á Pedro Barrientos al salon principal del edificio.

En aquel salon, cuyas paredes estaban vestidas de ricos y antiguos tapices, de colgaduras de damasco y de una porcion de lienzos que representaban retratos de familia, había una especie de trono de terciopelo carmesí, en cuyo fondo se descubrían el blason de los Varelas bordado en oro, un sillon de cuero de Córdoba, con magníficos remates de

plata, y algunas banderas musulmanas colocadas en los extremos del pabellon.

Sentado en el sillon del trono aparecía el anciano con cierta gravedad y majestad, que llenaron de asombro á Pedro Barrientos. A sus lados, de pié, estaban sus nietos, y á lo largo de las paredes del salon se descubrían dos filas de partesaneros, cuya impasibilidad era semejante á la de las estátuas.

El Capitan contemplaba aquel aparato con estupor y figurábasele que todo era efecto de un sueño, ó de una extraordinaria pesadilla.

Saludó gravemente al anciano y esperó su licencia para hablar.

El viejo se levantó de su asiento y dijo al Capitan con voz serena:

—No os extrañeis que os reciba así. Soy señor de horca y cuchillo, y salvé la vida de la gran reina Isabel. Desde entónces tengo privilegio para recibir á los mensajeros y embajadores de los reyes desde un trono.

—Gozad, señor, dilatados años de ese privilegio, contestó Barrientos con humildad é inclinándose profundamente. En él admiro yo las glorias de esta casa, y las celebro por lo justas y lo heróicas. En cuanto á mí, señor, debo declarar á vuestra grandeza que no

soy en este momento embajador ni mensajero de mi rey.

—¿Teneis algo que decirme en secreto? preguntó el anciano.

El Capitan hizo una señal afirmativa.

Entónces el viejo despidió á sus servidores y se quedó solo con sus nietos.

—Estos son mis hijos, exclamó Ruy Gomez presentando al Capitan á Conrado y Magdalena: de todos los secretos de mi vida tienen ambos la llave. ¿Pueden oir lo que teneis que decirme, Capitan, ó los despido?

—¡Despedirlos, señor! dijo Barrientos; de ningun modo. Una persona de ellos querida me ha hablado de estas dos gallardas y bondadosas criaturas; y su presencia me infunde confianza y valor. ¿No son estos dos jóvenes Conrado y Magdalena?

—Mis nietos son, contestó el viejo con orgullo, y por ellos os he recibido en mi casa.

—Ya veis, señor, añadió Barrientos, que estoy acostumbrado á pronunciar su nombre.

El abuelo y los nietos comenzaban á simpatizar con el Capitan.

Su sencillez de soldado, su ingenuidad, su porte respetuoso, tan distante de la baja adulacion como del artificio cortesano, cautivaban á los desterrados del valle.

—Puesto que podeis hablar delante de mis nietos, dijo el abuelo, explicadnos ya cuál es vuestra mision.

—Mi mision es breve, señor, contestó Barrientos. Hay en el monasterio de Yuste un jóven ligado á vuestros nietos por los vínculos de una amistad honesta y acendrada. Ese jóven ha estado gravemente enfermo, lo está quizás aún. En medio de sus amargos sufrimientos solo manifiesta un deseo, y ese deseo es ver á Conrado, estrechar su mano, oir la voz de su amistad. ¿Puede Conrado satisfacer ese noble deseo?

—Nó, contestó el anciano con voz ronca; mi nieto no puede ir al Monasterio.

—Señor, exclamó Pedro Barrientos cruzando las manos en actitud suplicante; abrid vuestro corazon á la piedad. Tened compasion del jóven que salvó la vida á vuestro nieto. Os lo pido por Cristo, redentor de los hombres.

—¿Sabeis lo que me pedís? gritó el anciano con acento sordo. ¿Sabeis que pedís á una familia desgarrada por el dolor, el sacrificio de todos sus recuerdos, de todas sus memorias, enrojecidas con la sangre de sus venas? Mis nietos y yo profesamos al jóven enfermo el afecto más tierno: quisiéramos volar á su ca-

becera: quisiéramos llevarle con nuestra presencia la salud y la alegría; pero nos separa un mar de sangre del Monasterio, y nosotros no podemos salvar ese mar de sangre sin ser infames y mal nacidos.

Barrientos se quedó cortado ante aquella rotunda negativa.

Sin embargo, antes de partir quiso agotar todos los medios, y apelando á la sensibilidad de Conrado, dijo:

—Vos que sois un noble jóven, ¿consentireis que vuestro amigo sucumba sin unir vuestras súplicas á las mías para ablandar el corazon de este anciano?

A Conrado se le saltaron las lágrimas.

—Abuelo, dijo, ¿no podré ir al Monasterio una sola vez?

—¡Imposible! exclamó el viejo con acento inexorable.

—¡Imposible! dijo Magdalena con amargura. Entónces, abuelo, si es imposible el obrar bien, ¿será posible que Dios se apiade de la mísera humanidad? ¡Ay del corazon que se arruga para la gratitud! ¡Ay del que no sabe hacer un sacrificio por el que sufre, huyendo de la cruz del sufrimiento! El que quiera venir conmigo al reino de los cielos tome su cruz y sígame, dijo Jesucristo. El que no es

agradecido no es bien nacido, dicen los hombres de bien. ¿Se ha dicho todo esto en balde, abuelo?

Pedro Barrientos oía á Magdalena como si su voz tuviera el áureo timbre de una música divina.

El abuelo murmuró con acento sombrío:

—No puedo ceder: el sacrificio supera á mis fuerzas. La sangre de mis hijos quema mi corazon como el plomo derretido, y ¡oh fatalidad! en este momento ni siquiera me siento obligado por las leyes de la gratitud.

—Abuelo, Juan me salvó la vida, dijo Conrado.

—Abuelo, Jesús perdonó en la cruz á sus verdugos, dijo Magdalena.

—Nos hemos jurado eterna amistad los dos, exclamó el jóven con vehemencia; ¿quereis, abuelo, que sea perjuro é infame?

—El tigre se venga de sus enemigos, dijo Magdalena; la traicionera serpiente asesina al que la hostiliza. ¿Es el hombre una fiera? ¡Oh, abuelo del alma! acordaos de Jesucristo. Véngate de tu enemigo, dice la letra que mata: ama al que no te ama, dice el Evangelio.

—Además, abuelo, Juan es inocente, exclamó Conrado.

—Además, abuelo, exclamó Magdalena,

Dios nos juzga y la vida es breve. ¿Quién se atreve á comparecer ante Dios con el rostro cárdeno de vergüenza?

Barrientos no se pudo contener, y derramando lágrimas de admiracion, balbuceó:

—Señor, ¿teneis el pecho de roble para no sentirle conmovido por la voz de estas bellas criaturas? ¡Oh nobles corazones, benditos seais de Dios, como lo sois de este rudo soldado!

—Basta, exclamó el anciano levantándose agitado y tendiendo sus brazos á Magdalena; venciste, hermosa y santa niña. Tuyo es el triunfo, como lo será el cielo.

Y volviéndose á Barrientos con los ojos arrasados de lágrimas, añadió:

—Volad, Capitan, al Monasterio: pedid permiso al Emperador para trasportar á Juan á este castillo. Aquí se restablecerá. Las brisas de este valle le devolverán la salud. La amistad de mis nietos le proporcionará dulces sensaciones. Conrado y yo saldremos á recibirle á los confines del valle, y bajo el techo hospitalario de esta casa estará tan seguro como en un lugar sagrado. ¿No os parece, Capitan, que de esta manera se arregla y concilia todo?

Pedro Barrientos cayó á sus pies lleno de alegría y quiso besárselos.

—Alzad, alzad, dijo el anciano al soldado, levantándole en sus brazos; no hagais que me sonroje ofreciéndome el premio del cumplimiento de mi obligacion. ¿Estás ya contento, Conrado? ¿He obrado así bien, Magdalena?

Los dos jóvenes se arrojaron en sus brazos, y aquellos tres corazones se confundieron breves momentos en un abrazo indefinido.

Barrientos presenciaba aquella escena, haciendo esfuerzos supremos por contener su llanto.

—El corazon se me va á salir del pecho, murmuró en voz baja.

Y luégo, alzando los ojos al cielo, añadió:

—Gracias, Dios mío.

Despidióse el Capitan del anciano y se dispuso á partir. Conrado y Magdalena suplicaron á su abuelo les permitiera acompañarle hasta la salida del castillo. Él viejo accedió.

—Dad un abrazo á Juan de mi parte, dijo Conrado á Barrientos, así que estuvieron léjos del anciano.

—¿Y vos, hermosa niña? dijo Barrientos á Magdalena; ¿vos que tanto habeis hecho por el pobre enfermo, vos que habeis recibido de

Dios el don de conmover y persuadir, nada me decís para Juan?

Magdalena bajó los ojos y se puso encarnada como una rosa.

—Dadle esta flor, dijo.

Y entregó á Barrientos una azucena que llevaba en la mano.

El Capitan montó á caballo y se lanzó por el valle á la carrera.

De tiempo en tiempo volvía los ojos hácia el castillo, y hasta que dobló el collado, no dejó de ver á Magdalena y á Conrado, que le saludaban con sus pañuelos.

III.

LA DESPEDIDA.

Al llegar Barrientos al Monasterio, descubrió en el vestíbulo al Emperador.

—Me espera, dijo el Capitan; y le saludó con el sombrero desde léjos.

—El Emperador se levantó de su asiento como si hubiera sido movido por un resorte y salió al encuentro del soldado.

Así que llegó éste á su presencia buscaron los dos la soledad del jardin contíguo, y el

Emperador con voz anhelante le preguntó por el resultado de su mision.

Barrientos le refirió minuciosamente la escena que había tenido lugar en el castillo y la proposicion que le había hecho el viejo patriarca.

El Emperador se llenó de alegría y dijo:

—¡Bendito sea Dios! Eso es el principio de una reconciliacion. ¿Seríamos tan afortunados, Barrientos, que consiguiéramos alcanzarla?

—Señor, sí, contestó el soldado. Aquellos dos jóvenes son dos ángeles buenos, y el anciano no puede negarles nada. ¡Si hubiera presenciado V. M. aquella escena! Corazones más nobles que los de los tres, no es posible que existan en la tierra. Permita V. M. á Juan que vaya á pasar al valle la convalecencia, y Dios hará lo demás.

El Emperador se entristeció de repente.

—¡Ausentarse del Monasterio! exclamó; ¡ausentarse de mi lado y que no me permitan ir á verle! ¡Oh, Barrientos! ¡Grande se me hace ese sacrificio!

—Pero, señor, esto no durará más que una temporada, dijo el Capitan. Así que Juan se restablezca volverá al Monasterio.

—Tambien dura la vida no más que una

temporada, murmuró el Emperador con amargura; ¡y quién sabe, añadió, si durará la mía hasta que vuelva el huérfano!

Se quedó pensativo breves momentos, y luégo dijo:

—¿No será una imprudencia, Capitan, poner la vida de ese pobre niño á merced de un hombre que me odia tan fieramente?

—¡Oh, señor! contestó Barrientos; desconfiad del mundo entero, menos de ese viejo patriarca. Yo he leido en sus palabras que es esclavo de las leyes del honor. «Bajo este techo hospitalario, me dijo, estará su vida tan segura como en un lugar sagrado».—Y así sucederá, porque en España, señor, no se da el ejemplo de que un caballero falte nunca al sagrado de la hospitalidad.

—¿Y consentirá Juan en abandonarme? preguntó el Emperador con voz trémula.

Barrientos no pudo contestar á aquella pregunta.

El Emperador conoció su embarazo, y no insistió.

—Subid, Capitan, le dijo; subid á su cuarto, y noticiadle que consiento en que sea trasladado al castillo, cuando lo permita su estado.

El Capitan, sin poder reprimir su alegría,

obedeció y se marchó á pasos acelerados.

—Todos se alegran y yo solo sufro, murmuró el Emperador con tristeza viéndole alejarse. Recibid, ¡oh Dios mio! con agrado este nuevo homenaje de dolor.

Se dirigió á la iglesia con la frente agobiada por un pesar sombrío, se arrodilló debajo del coro en un rincon oscuro, y allí se enjugó dos lágrimas abrasadoras que le quemaban las pupilas. Despues sacó su devocionario y se puso á orar.

Entre tanto, Barrientos había subido al cuarto del enfermo y le había participado el fausto suceso.

Juan se entregó con toda su alma á un regocijo casi delirante.

—Me siento ya bueno, me siento ya bueno, decía; mañana me trasladarán al valle, ¿no es verdad, Capitan?

—Ni más ni ménos, replicó Barrientos con tono zumbon; eso ha de ser cuando el médico lo disponga, señor mío.

—No me hableis de ese asesino, gritó Juan con furor. ¿No veis que si lo dejais á la eleccion de ese hombre maldito no me levantaría nunca de este lecho de tormentos?

—Por los cuernos del diablo, que tengais más juicio, dijo Barrientos algo amoscado;

mirad que si cometeis locuras, ni habrá valle, ni habrá castillo, ni nada de lo dicho.

El jóven se calmó como por encanto.

—Está bien, señor Barrientos, dijo con humildad; haremos lo que el médico mande, y ya vereis si tengo ó no juicio.

Por fortuna del jóven entró el médico á la sazon, y enterado de todo por el Capitan, asintió á la traslacion del enfermo y hasta aseguró que le sería muy conveniente para acelerar su convalecencia.

Juan se incorporó y le tendió los brazos con infantil entusiasmo.

—Segun lo que habeis dicho, doctor, exclamó Barrientos, ¿podremos llevar á Juan al valle de aquí á ocho días?

—¡De aquí á ocho días! dijo el huérfano haciendo un gesto feroz. ¿No es verdad, querido doctor, que el Capitan no sabe lo que se pesca? Decidle que no lo sabe, decídselo.

El médico se sonrió.

—Si se le trasporta cuidadosamente en una litera, dijo, podrá hacerse el viaje de aquí á dos días.

—¿Lo veis, Capitan, exclamó Juan batiendo las palmas; lo veis como no hace falta esperar vuestros ocho días? Ahora sí que me

he convencido de que el señor doctor es el más sábio de los hombres.

Barrientos se declaró vencido, y la partida quedó fijada para el plazo señalado por el médico.

En efecto, así sucedió.

Se preparó una litera convenientemente, se surtió al enfermo de ropas de abrigo, se buscaron cuatro robustos jayanes para conducirle, y se avisó á los habitantes del castillo, por conducto de Barrientos, el día de la marcha.

En el momento de la partida, que se verificó en una hermosa y templada tarde, el jóven fué al cuarto del Emperador á despedirse de él.

Estaba con el régio huésped D. Luis Quijada, y al ver entrar al jóven, se salió y los dejó solos.

Juan se arrodilló delante del Emperador, y le besó las manos.

El Emperador estaba tan pálido, tan conmovido, que apenas podía articular palabra.

—¿Ya te vas? le dijo por fin con voz balbuciente.

—¡Oh, señor! exclamó el huérfano; jamás olvidaré que debo á V. M. el beneficio de ir

á gozar de la dulce amistad de los moradores del valle.

El rostro del Emperador se contrajo por una expresion de dolor intensa y desgarradora.

Hizo un esfuerzo supremo, y, lo que no había hecho nunca, abrazó al huérfano y le besó en la frente.

—Parte, y sé dichoso, le dijo.

Y cayó sobre su asiento, cubriéndose la cara con las manos.

El jóven partió acompañado de Pedro Barrientos.

Media hora despues de su marcha, el Emperador, montado en la mansa jaquilla que le servía para sus pequeños paseos, y seguido de sus fieles amigos Luis Quijada y Don Luis de Avila, se dirigió tambien hácia el valle por el camino que llevaba Juan.

Durante algun tiempo, pudo el Emperador seguir con la vista desde léjos la litera y la comitiva del huérfano.

Le vió llegar al valle, desde el collado donde el jóven y Barrientos reposaron algunas horas.

Desde aquella altura descubrió á Ruy Gomez y á Conrado, que escoltados por numerosa comitiva de escuderos y de hombres de

armas, salieron al encuentro del jóven y le prodigaron todo género de atenciones cariñosas.

Desde aquella misma altura descubrió tambien en la torre de Alicia el blanco y vaporoso contorno de Magdalena, iluminado por los últimos rayos del sol poniente.

Desde aquel sitio vió tambien desfilar la cabalgata, escoltando á la litera en direccion del castillo, y vió tambien volverse á Pedro Barrientos, que despues de haber entregado á los moradores del valle el precioso depósito, consideró terminada su mision, y emprendió triste y cabizbajo el regreso á Yuste.

El Emperador permaneció sobre la colina hasta que Juan y su comitiva desaparecieron tras de los muros del castillo.

En aquel momento llegó Pedro Barrientos al collado.

Salió á su encuentro, y le dijo:

—¿Ha quedado contento?

—Feliz, como una alondra que tiene libertad.

—¿Y no os ha dicho nada para mí?

—Nada, señor.

El Emperador picó á su jaca bruscamente y tomó el camino del Monasterio.

Despues elevó al cielo una mirada errante y dolorida, y murmuró en voz baja:

—¡Ingrato, ni siquiera me ha consagrado un recuerdo!

IV.

LA PAZ DEL VALLE.

La convalecencia de Juan, á pesar del benigno clima del valle y de la solicitud y tiernos cuidados de los moradores del castillo, fué más larga de lo que todos pensaron.

Trascurrieron algunos meses.

Finalizaba ya el año de 1557, y Juan permanecía todavía en el castillo.

Durante aquel espacio de tiempo ni una sola vez había visto al Emperador.

No tenía más noticias del convento que las que le llevaba el Capitan cada tercer día.

El Capitan era la única persona del Monasterio que podía ir al castillo.

Al principio, el tiempo que empleaba en ver á Juan era tan tasado, que nunca se permitía estar á su lado más que una hora. Creía que su presencia no era del todo grata á los huéspedes de la morada señorial, y no se atrevía á abusar de su condescendencia.

Despues, con su amable franqueza de soldado consiguió merecer la estimacion del anciano patriarca y de sus nietos, y pasaba las tardes enteras en su agradable compañía.

En los primeros días del año de 1558 se encontraba ya Juan completamente restablecido, y á pesar de que el invierno se presentaba con alguna crudeza, volvió á recobrar su primitivo vigor y á sentirse fuerte para soportar todo género de fatigas.

Preguntaba á Barrientos por la salud del Emperador, y el Capitan contestaba que era excelente, en lo cual no decía verdad, porque desde que Juan se trasladó al castillo, no cesaron de molestarle sus achaques, y arrastraba una vida triste y valetudinaria.

Sin embargo, las buenas nuevas de Barrientos tranquilizaban al jóven, que de cuando en cuando sentía misteriosas inquietudes por la salud del Monarca.

Dos ó tres veces había manifestado deseos de ir á verle á Yuste; pero Barrientos juzgaba que no convenía interrumpir un solo momento el sistema de reposo y sosiego que se empleaba en su curacion, y logró disuadirle de su idea.

Al principio del año de 1558, y hallándose el jóven completamente restablecido y sa-

no, comprendió que era llegado el momento de abandonar el castillo y de regresar al Monasterio. Dió parte á Conrado de su resolucion primeramente, y Conrado se entristeció.

—Suspended la partida un poco de tiempo más, le dijo.

Y el huérfano obedeció.

Trascurrieron algunos días y volvió á insistir en la necesidad de abandonar el castillo. Aquella vez estaba delante Magdalena, la la cual le dijo:

—Esperad que cesen los fríos. Ya va á venir el buen tiempo, y entónces volvereis al convento completamente curado.

El jóven tambien obedeció.

Una fuerza misteriosa le retenía involuntariamente en aquellos lugares, tan gratos á su corazon.

¡Qué mansion tan encantadora era aquella para el huérfano!

Apénas había un sitio donde no estuviera sembrado un dulce recuerdo que despertara en su alma las emociones más halagüeñas.

Durante su larga convalecencia, la amistad de Conrado había hecho prodigios para amenizar su cautiverio. El viejo patriarca le había tambien acreditado su bondad de mil maneras; y la tierna Magdalena, gloria y en-

canto de aquella hermosa morada, parecía haber saturado de una alegría divina el ambiente que respiraba.

¡Qué prevision tan feliz la de la inocente niña!

Las flores más hermosas del huerto estaban siempre frescas y lozanas en los búcaros de la habitacion de Juan. Todos los alimentos del enfermo pasaban por sus manos. Cuando estaba triste, le contaba una porcion de cosas bellas y consoladoras. Cuando estaba entregado al reposo, velaba porque nadie interrumpiera su sueño. Cuando se iba á acostar, rezaba con él y con su hermano la última oracion de la noche. Cuando se levantaba, era en su rostro donde descubría la primera sonrisa.

Entreteníanse en el jardin en coger hermosas mariposas en presencia del anciano, que presidía todos sus recreos con la indulgencia y la bondad de sus años; y cuando Juan se fatigaba por efecto de su extremada debilidad, decía ella:

—Sentaos con el abuelo. Los enfermos y los viejos no pueden correr como nosotros. Yo os traeré todas las flores y las mariposas que querais.

Y en efecto, revoloteaba por el jardin co-

mo una abeja, y cuando volvía al lado del anciano y de Juan, traía siempre para los dos un bello presente.

¡Oh, edad dichosa en que la fuente de la ventura está surtida con las aguas de la pureza, y en que no se tiene valor para hacer daño al más despreciable insecto!

Aprisionaban á las pobres mariposas por solo el placer de examinar de cerca sus matizadas alas; pero cuando habían saciado su inocente curiosidad, las soltaban y restituían su amable libertad.

Un día quiso Conrado escalar un frondoso álamo para apoderarse de un nido de tiernos jilguerillos. Magdalena se enfadó, y le dijo:

—No lo hagas. ¿No ves que lloraría su madre?

Agradaban sobremanera al anciano y á Juan los cantos populares, que por entónces solían componerse sobre la letra de los romanceros. Los gitanos, que siempre han abundado en España, y entónces más que ahora, por ser la mayor parte de ellos de procedencia morisca, habían reemplazado á los antiguos bardos y á los cultivadores de las gayas ciencias, y al son de rústicas guitarras solían entonar cántigas de bastante sen-

timiento, impregnadas en el perfume erótico de la poesía arábiga.

Pero los cantos guerreros no agradaban á Magdalena por su rudeza bravía, y las baladas moriscas solían pecar de obscenas casi siempre. Por esto ella, que tenía una voz dulce y argentina, semejante al gorjeo del ruiseñor, compuso varias canciones inspiradas en la musa cristiana, y cuando las entonaba, estremecíase de ventura los moradores del castillo, como si sintieran en sus oidos el roce de las alas de los ángeles.

De las composiciones de aquella sacerdotisa del templo de la poesía mística nos ha quedado el siguiente retazo:

De niña perdí á mi madre,
perdí á mi madre al nacer,
por eso visto de negro
y está pálida mi tez.
A la ermita del castillo
bajé á llorar una vez,
y en el altar de la Vírgen
dos blancos cirios ví arder.
Señora, dije cayendo
de rodillas á sus piés;
vengo buscando á mi madre;
¿sabéis si la encontraré?
Miróme tierna la Vírgen,
y en sus lábios de clavel
pintóse una risa dulce

como el panal de la miel.
Después creí que me hablaba,
y aun me pareció entender
que estas palabras decía,
estas palabras sin hiel:
Soy la Vírgen del Amparo;
ven á mí y te ampararé;
que ser madre es mi delicia
del que la llegó á perder.
Todo el que pierde á su madre
la encuentra si busca bien,
y si no la halla en el mundo,
es que no me viene á ver.
Dejé la ermita llorando,
mas llorando de placer,
y con mi madre querida
aquella noche soñé.
De entónces visto de blanco
y está rosada mi tez,
y cuando bajo á la ermita
y miro á la Vírgen bien,
encuentro en ella una madre
que proteje mi niñez.

Sería imposible reproducir fielmente las dulces sensaciones que producían estos cánticos en aquellos sencillos corazones, que rendían á la virtud un culto apasionado y espontáneo.

Por lo demás, las costumbres de aquella vida tranquila y serena estaban ajustadas á la moral de los tiempos primitivos, y por lo

mismo eran una mezcla de austeridad patriarcal y de rústica confianza.

En la hora de la comida se reunían en un gran salon todos los servidores del castillo, y se sentaban á la mesa de su señor, que presidía la refaccion.

Colocábase un alto sillon tallado y blasonado para Ruy Gomez en uno de los testeros de la mesa, y á sus lados sentábanse Conrado y Magdalena, que servían á su abuelo la copa y la comida. A los dos lados de la mesa se colocaban los criados por el órden de su categoría, y el testero de en frente quedaba siempre sin ocuparse, áun cuando en él se ponía tambien servicio de mesa, porque se destinaba á romeros, peregrinos, y en general á todo el que pedía hospitalidad.

Servíase á Ruy Gomez triple racion que á todos los asistentes, en señal de deferencia por ser el dueño de la casa, y á su heredero primogénito se le ponían dos raciones. Excusado es decir que todo aquello se hacía por ceremonia, y que ni el uno ni el otro usaban de aquel privilegio.

Antes de empezar la comida poníase de pié el anciano y decía en latin el *Benedicite;* todos se levantaban tambien y repetían la oracion con religioso silencio. Despues de la

comida volvía á repetirse la oracion, que se hacía entónces en castellano bajo esta invocacion: «Por los beneficios que Dios nos hace sin merecerlo». Y á continuacion rezaban el *Pater noster*, el Credo y la Salve.

Por la noche, despues de la cena, rezaban el santo Rosario, que unas veces repasaba Conrado y otras Magdalena; y cuando llegaban á la Letanía, poníanse todos de rodillas hasta concluir la devocion.

En la planta baja del castillo había, como ya se ha dicho, una capillita consagrada á la Vírgen del Amparo, y desde la capilla se bajaba á un magnífico panteon subterráneo, donde estaban los sepulcros de aquella ilustre familia.

Como era natural, el cuidado de la capilla corría á cargo de Magdalena, y el del panteon al del anciano. De esta manera, solicitados por gustos diferentes, tenían el placer de hallarse siempre cerca el uno del otro.

Los sepulcros del panteon eran de un mérito nada común. Los antiguos estaban labrados en granito y los más modernos en mármol; pero la riqueza de los modernos no podía competir con el gusto de los otros.

El anciano había conseguido á fuerza de paciencia y de perseverancia rescatar los

cuerpos de sus dos hijos, muertos en el cadalso; y conducidos al castillo en cajas de plomo, ocuparon en el panteon dos suntuosos mausoleos de mármoles y jaspes, en los que no se omitieron dispendios.

Ante estos mausoleos era donde se arrodillaba con frecuencia el anciano, consagrando á la memoria de sus malogrados hijos, con más predileccion que á la de los que dormían el sueño eterno en los otros sepulcros, sus lágrimas y sus oraciones.

Así, la mayor parte de las noches, despues de la cena y de la devocion del Rosario, solía bajar á aquel sitio, que tenía más de agradable que de lóbrego y medroso, y antes de ocupar el lecho del descanso, hallaba complacencias en saludar aquellas tumbas, que guardaban las cenizas de sus antepasados y de sus descendientes.

Tales eran las costumbres domésticas de los moradores del valle.

El huérfano de Yuste se aclimató á ellas sin violencia, tributándolas homenajes de admiracion y respeto; y los meses que vivió á la sombra del techo hospitalario de aquella ilustre y desgraciada familia, parece ser que fueron los más venturosos de la vida.

V.

EL SUPLICIO DEL SILENCIO.

Durante la estancia de Juan en el valle, la salud del Emperador, oscilando siempre entre el peligro y el alivio pasajero, habíase quebrantado mucho, y los monjes, que presenciaban aquella decadencia marcadísima, llegaron á concebir sérios temores por la vida del ilustre solitario.

Las alteraciones de su salud introdujeron tambien alguna alteracion en sus costumbres. De día en día se fué haciendo ménos espansivo; y aunque nunca perdió su dulzura y su benevolencia, hallábanle ménos comunicativo y más sombrío y taciturno.

Aquellas amenas pláticas del vestíbulo, tan llenas de encantos y atractivos para sus amigos y servidores; las excursiones que en los días de sol y de benigna temperatura solía hacer por la huerta y por los pintorescos alrededores del monasterio; todos los recreos, todas las espansiones se suprimieron

por completo, con harto pesar de los que le acompañaban y tenían el alto privilegio de oirle y admirar de cerca las nobles prendas de su corazon.

Hacía mal las digestiones, tenía fiebre muchos días, y la gota le hacía sufrir grandes molestias.

Sin embargo, en medio de sus padecimientos no desatendió dos cosas: sus devociones y el ejercicio de la beneficencia.

Seguía consagrado á las primeras con más celo y fervor que nunca, y á veces redoblaba tanto su actividad por la oracion, que no parecía sino que buscaba en ella distraccion y alivio para algun padecimiento del ánimo, sordo y misterioso.

Ayunaba y se maceraba con frecuencia; comulgaba todos los días y escuchaba con gran placer la lectura de los Padres de la Iglesia.

El médico del convento hubo de manifestarle la necesidad en que se hallaba de moderar los cilicios y reducir las penitencias, á lo que contestaba sonriendo tristemente, que no los moderaba porque eran medicinas del ánima, que tenía en más estima que el cuerpo.

Ya de antiguo era conocida su escrupulo-

sidad para rendir el culto debido á las cosas divinas.

Las crónicas refieren, que terminadas las cosas de Vormes, fué á tener las fiestas del Córpus en Maguncia, y á pesar de ser el 30 de Mayo y de hacer un calor insoportable, acompañó la procesion á pié con un cirio en la mano y la cabeza despojada, contestando á los que le advirtieron que le podía hacer daño el sol, aquel célebre dicho: *A ningun católico ha ofendido nunca el sol de este día, ni el sereno de Jueves Santo.*

Así como los soldados se habían dejado matar por él de buen gusto en toda ocasion, los frailes le tenían tal cariño y apego, que cuando estaba enfermo no podía tener tranquilidad si no se les daban nuevas suyas á cada momento. Los soldados le amaron siempre por su liberalidad y porque decían que «excedió á todos los hombres de á caballo de su tiempo en el manejo de la brida, y era tan sufrido y parecía tan bien armado, que por haber nacido rey perdieron en él el mejor caballo ligero de aquel siglo». Los frailes le amaron porque su sencillez, su piedad y su mansedumbre los tenían edificados.

Durante el período de la ausencia de Juan, en que, como ya se ha dicho, había

puesto tasa á sus recreos, ofreció á la comunidad algunos rasgos de sus generosos desprendimientos.

Hay una anécdota, que la tradiccion refiere así:

Halló un día en el pórtico del convento un viejo menesteroso, que le pidió limosna con estas palabras:

—Señor, tuve cinco hijos y todos murieron en la guerra.

—¿Habeis dado cinco hijos á la pátria y pedís limosna? exclamó. Desde hoy sois mi pupilo.

Y abrazando al viejo, añadió:

—Si yo siento, anciano, no llevar hoy el manto imperial sobre mis hombros, es por no poder cubrir con él vuestra desnudez.

Se recogió al mendigo y se le mantuvo hasta su muerte.

Con estos rasgos de magnanimidad alternaban otros de índole diferente, pero que revelaban siempre, ó la agudeza de su entendimiento, ó la indulgencia de su corazon.

A veces era cáustico en el decir, pero atemperaba los chistes de tal manera á las reglas de la honestidad y de la decencia, que todas sus frases quedaron como proverbiales.

Cuando el autor de este libro examinó en

la iglesia del vecino pueblo de Garganta la Olla parte de la sillería del coro de Yuste, no pudo ménos de mostrarse sorprendido al ver las raras esculturas de aquellas piezas. En muchos de los respaldos de las sillas se observan unos mismos relieves, y consisten en la representacion de varias figuras humanas de rostros alegres, metidas en toneles hasta el pescuezo.

Preguntando el significado de aquellas extravagantes alegorías de la época de la residencia en Yuste del Emperador, se le dijo que cuando éste llegó por primera vez al monasterio pasó la sierra del Salvador en litera, conducido en hombros de robustos jayanes. Parece ser que éstos eran de Cuacos, y deseoso el Emperador de recompensar el trabajo de aquellos hombres, hubo de preguntarles con qué podría pagarles la molestia y la incomodidad que habían tenido. Respondieron con rústica sencillez que *les dieran un poco de vino*. A lo que contestó: «Dadles un pellejo á estos borrachos».

De esta anécdota, pues, se tomó el asunto del relieve de la sillería, y el artista tuvo el capricho de representar á los de Cuacos metidos en toneles hasta la barba, otorgándoles una patente de aficionados á Baco,

que les mortifica hoy un poco, y con razon.

Muchas y buenas son las frases del Emperador que hicieron fortuna, por su causticidad y su agudeza; y de todas ellas, las unas verdaderas y las otras inventadas, hay abundante copia en las historias y en las crónicas posteriores á su muerte; pero algunas deben acogerse con reserva, porque son productos del afecto exagerado de sus amigos ó de la mala fé de sus enemigos.

Dícese que oía una vez en Yuste leer la descripcion del entierro del Gran Saladino, emperador de Oriente, y al saber que había dispuesto que llevaran una mortaja en la punta de una pica y que un heraldo dijese en alta voz: A SALADINO, VENCEDOR DEL ASIA, DE CUANTAS RIQUEZAS HA CONQUISTADO SOLO LE QUEDA ESTA MORTAJA, exclamó:

—¡Ah! bermejo. ¿Y ese hombre no murió cristiano?

Como prueba de su buen juicio sobre las cosas de la muerte, refieren Sandoval y Zúñiga, que muchos años ántes de retirarse á Yuste visitó un famoso convento, donde estaba enterrada con ostentacion una gran señora del reino poco alabada de honesta. Por lo cual dijo al Prior:

—«No le bastan cuatrocientos años de

penitencia. Metedla allá, que aquí la publicidad del sepulcro está acordando lo que allí olvidará el silencio».

Llovieron peticiones sobre él durante su permanencia en Yuste para que influyera en toda clase de asuntos cerca del Rey su hijo y de la córte, que de buen grado le hubieran otorgado todo linaje de favores; pero usó de sus prerogativas con tanta sobriedad y moderacion, que solo pidió dos negocios, «uno en favor de una señora, para quien escribió á la princesa refiriendo tres veces, que el favor fuese si tenía justicia, y para un deudo del comendador mayor D. Luis de Avila pidió un hábito (1)».

Refiérese otra anécdota de un vecino de Tornabacas que tenía un hijo en la cárcel por un delito común, y acudió al Emperador buscando indulgencia y llevando en su descargo un presente de frutas del país.

El Emperador negóse rotundamente á recomendarle por ser mala la causa, y el padre del culpable marchóse, recogiendo de paso el presente que le había llevado. Accion ruin que afearon algunos y que él disculpó añadiendo:

(1) Histórico.

—Si yo hubiera podido hacer lo que me pedía ese hombre sin avergonzarme, habría hoy gozado más en verle ir satisfecho que desesperado.

¡Nobles palabras, con las cuales atenuaba generosamente la torpe y mísera condicion de aquel desgraciado!

Estas y otras cosas semejantes le hacían vivir en la estimacion de los monjes, que le amaban con delirio y sufrían con gusto las privaciones, las penitencias y el trabajo que les daba. Así es que á su muerte enseñaban á todo el mundo los sitios que había frecuentado el grande hombre, con el mismo placer que los macedonios enseñaban las huellas de Alejandro.

Al empezar el invierno de 1558 recrudecieron los males del Emperador.

La estacion se presentaba bastante rigorosa y cogiéndole ya débil de atrás, se rindió más pronto.

Juan seguía en el valle.

Era indudable que su ausencia contribuía á agravar el estado del ilustre solitario, al ménos en la parte moral.

Crueles temores y repentinas inquietudes, presentimientos infaustos y zozobras desoladoras se apoderaban de contínuo de su cora-

zon acerca de la permanencia del jóven en el castillo, habitado por sus inflexibles enemigos; y unas veces se figuraba que podrían vengar en él las afrentas producidas por la cuchilla de la ley; otras le asaltaban cuidados de que el jóven pudiera concebir por la nieta de Ruy Gomez una pasion romancesca y desgraciada; otras se mostraba intranquilo por la duracion de su convalecencia, y otras se lamentaba de no poderle ver, por los impedimentos que la mano implacable del destino había acumulado.

Consolábale Barrientos. Tranquilizábale de contínuo; disipaba sus dudas con las referencias verídicas que le hacía de todo cuanto pasaba en el castillo, y no perdonaba medio para infundir la paz y la esperanza en su pecho desasosegado.

A la presuncion de los peligros que podían rodear á Juan en el castillo, respondía Barrientos haciendo la pintura de los nobles caractéres y de las virtudes que poseían sus dueños; á los temores de que pudiera concebir una pasion exaltada por Magdalena, respondía pintando el idilio de fraternidad de las tres criaturas; á la inquietud por la duracion de su convalecencia, oponía todos los argumentos que sugiere la santa virtud

de la esperanza; y así reflexionaba en todo.

Sin embargo, á pesar del crédito que el Emperador daba á Barrientos, porque le juzgaba adornado con todas las prendas del hombre de bien, no podía tranquilizarse acerca de un punto, sobre el cual no osaba él mismo á veces detener su pensamiento sin experimentar vivos dolores.

Recordaba la facilidad con que el huérfano se había emancipado de su tutela y de la de D. Luis Quijada, que le había servido casi de padre; recordaba la facilidad con que se había separado de ellos, y lo bien que se había acomodado á la ausencia; recordaba, en fin, las dulzuras que había encontrado en aquella separacion y los escasos deseos que le asaltaban de acortarla; y cuando pensaba en esto, cuando venían á su memoria los recuerdos de todo lo que estaba sucediendo, una sospecha cruel, una duda más amarga que todas las dudas, llamaban á las puertas de su corazon y le atribulaban.

Esta sospecha, esta duda, se reducían á pensar si Juan sería desagradecido.

El Emperador sufría extrañas y misteriosas mortificaciones cuando surcaba los caminos de su imaginacion esta idea horrible y martirizadora, y no podía sondear esta cues-

tion sin sentir temblar su corazon en la soledad y en la sombra.

—¡Si fuera un ingrato! decía á veces en presencia de Barrientos. Si su corazon fuera insensible á las dulces sensaciones de la gratitud, ¿no tendría yo motivos para deplorar que el cielo salvara su vida de la reciente enfermedad?

El Capitan lograba expulsar de su cerebro estas ideas.

Algunas tardes, cuando se sentía ménos fatigado por sus achaques, solía ir con Don Luis de Avila y con Luis Quijada al valle, y permanecían en el collado, desde donde se domina el castillo, algunas horas.

Cuando no podía hacer el camino á caballo, lo hacía en una silla de manos, llevada por hombres del país.

Hallaba complacencias en visitar aquel sitio, donde se respiraba un aire tan puro y vivificante, y sobre todo, parecía hallar grande alivio para sus dolencias morales considerándose tan cerca del recinto donde se encontraba el convaleciente.

Muchas veces, en los días en que Barrientos iba á hacer su visita al castillo, aguardaba allí su regreso y le preguntaba con grande anhelo por el estado de su curacion.

Algunas se aventuraba á decir al Capitan tímidamente:

—¿No desea volver á Yuste?

El Capitan, por consolarle, decía que sí; pero él conocía el artificio y se sonreía amargamente.

Era indudable que todo lo que se relacionaba con el jóven hería al Emperador en las más delicadas fibras.

Por él sufría en silencio; por él penaba; por él sentía un dolor misterioso y profundo. ¿De qué procedía este dolor?

Solo dos hombres lo sabían.

Estos dos hombres eran su confesor y Luis Quijada.

Pero su confesor no podía revelar los secretos de la penitencia, y el pecho de Luis Quijada era silencioso como una tumba.

Por aquel tiempo, y hallándose á la sazon el rey D. Felipe II en Madrid, partió Luis Quijada de Yuste con direccion á la corte, llevando un pliego del Emperador de grande importancia.

VI.

UN SUEÑO DESVANECIDO.

Mientras en Yuste reinaba el dolor, en el valle sonreía á sus moradores el ángel invisible, dispensador de la felicidad.

La vida en el castillo era un idilio de pureza, un poema de ternura, una fuente inagotable de dichas celestiales, compañeras inseparables de la inocencia y de la bondad del alma.

El viejo patriarca veía deslizarse los últimos días de su existencia en calma y bonanza, y el sol que alumbraba su felicidad parecía extinguir á cada momento las nubes de melancolía que se habían acumulado sobre su corazon en el espacio de muchos años, llenándole de amarguras sin término.

Eran sus nietos báculos de su vejez cansada y regocijo de su ánimo: era Juan un huésped amable en quien resplandecían los dones de la santa amistad; y eran los tres el alivio más grande de su corazon, atravesado desde antiguo por la espina sangrienta del dolor.

Hay un poder oculto y misterioso, derivado de Dios, que acerca los viejos á los niños, como se acercan las sombras de la noche á la luz rosada de la aurora. Sin los buenos oficios de ese poder santo y providencial que dispone al corazon humano para el ejercicio de la indulgencia más humanitaria y sublime, la ancianidad gemiría en perpétuo desamparo cual si fuera una jerarquía maldita y execrable, y la niñez no gustaría los dulces néctares de una tolerancia perseverante, de una benignidad, de una dulcedumbre como las que se amparan de la blanca diadema de la vejez.

Solo un anciano puede ser constante para tolerar las impertinencias de un niño: solo un niño concede á un anciano la atencion que se hace insoportable para los hombres.

Hallábase, pues, en el castillo noblemente representada esta hermosa relacion de la vida en que lo tierno, lo gracioso y lo venerable se mezclaban gallardamente para ofrecer el más bello conjunto de inocencia y de ventura.

El abuelo buscaba la sociedad de sus nietos con el dulce anhelo que busca el solitario girasol el rayo dorado del astro del día; y los nietos, léjos de huir del abuelo, corrían

siempre á su encuentro con el tierno afan del cervatillo que sigue las huellas de su madre.

Contábales el viejo sus hazañas guerreras, y las hazañas de otras edades, y ellos estaban pendientes de sus lábios como debieron estarlo los griegos de los de Homero cuando revelaba las grandes imaginaciones de la Grecia fabulosa. En cambio cuando ellos referían al anciano los purísimos ensueños de su alma vírgen, sonreía de ventura porque todos aquellos ensueños parecían responder á los pensamientos más bellos del honor y de la virtud.

Presidía sus juegos infantiles, y áun tenía complacencia en disponerlos ó dirigirlos por sí mismo, tomando en ellos una parte, que servía para acrecentar la mútua confianza.

Así, él fué quien le enseñó á Conrado la esgrima; el fué quien le acostumbró á los ejercicios de fuerza y de fatiga, y durante la estancia de Juan en el castillo él era el que disponía y ordenaba los recreos de los jóvenes, procurando que á la vez que los divirtiesen, redundaran en beneficio de su salud, de su agilidad y de su bizarría.

A medida que la convalecencia de Juan iba adelantando, el anciano variaba los ejercicios, marchando de lo fácil á lo difícil y de

ménos á más, para que lo útil no perjudicase; y de esta manera tan cauta y prudente llegó á conseguir que los jóvenes hicieran prodigios de valor, de destreza, de agilidad y de fuerza.

En el hermoso huerto del castillo, bajo los rayos de un sol puro, que siempre alegrabay nunca abrasaba, respirando las auras vivificantes del valle, impregnadas siempre de balsámicas esencias, tenían lugar de ordinario aquellos recreos, aquellos ejercicios físicos, de los cuales solo quedan hoy copia imperfecta en algunos pueblos del país vasco y de la Navarra francesa, cuna de los selváticos reyes del Bearne.

Ejercitábalos el anciano en la carrera, en el salto, en el juego de la barra, en la equitacion y en la ascension á grandes alturas sin más auxilio que una cuerda. Merced á estos ejercicios corrían el uno y el otro como lebreles, cabalgaban como el mejor ginete y hubieran tomado por asalto la más gigantesca fortaleza teniendo solo un cabo para subir á ella.

Algunas veces, para ejercitar sus pulsos y acostumbrarlos al manejo de lanza, mandaba levantar el anciano una especie de andamio, construido al intento, en el cual se co-

locaba un cubo de agua, sostenido por dos travesaños movibles, que le hacían oscilar al menor impulso. Pegada al cubo, se colocaba una tabla lisa con un agujero en el medio. En cualquier punto que se tocara á la tabla, no siendo en el agujero, bastaba para que se derramara el agua del cubo y pusiera como chupa de dómine al que estuviera abajo. Dispuesto así este mecanismo, el anciano hacía pasar á caballo á los jóvenes lanza en ristre debajo del andamio y enfilando el agujero de la tabla. El infeliz que erraba el golpe recibía el cubo de agua si no andaba listo, y el que acertaba recibía como premio un hermoso ramo tejido por Magdalena.

Esta diversion y otras semejantes se repetían con frecuencia y eran del agrado de los jóvenes.

Era tan noble, tan pura la amistad que los dueños del castillo dispensaban á Juan, que desde de que le conocieron y supieron la deuda de gratitud que tenía con el Emperador, por haberle salvado la vida de niño, confiándole á la tutela de su mayordomo, se abstuvieron de hablar en su presencia de sus resentimientos; y cuando sentían la necesidad de invocar los dolorosos recuerdos de su familia, hacíanlo en secreto y procuran-

do que el eco de sus palabras no fuera á herir el corazon del huérfano agradecido.

De esta manera tan generosa se interpretaban antiguamente los deberes de la hospitalidad y se respetaban las afecciones santas y legítimas.

Digamos algo de algunas confidencias íntimas de los jóvenes.

Siendo ya Conrado, como lo era, un doncel bizarro, entrado en la edad de cinco lustros, pensaba, y con razon, que estaba llamado á sobrevivir á su abuelo, y por su vasta fortuna, por sus altas prendas de carácter, por su juventud, y sobre todo por sus aficiones guerreras, sentíase inclinado á otra vida más alborotada y bulliciosa que la que se hacía en el castillo.

Decía él á Juan á solas:

—Yo no podría resignarme á vivir toda la vida como un ermitaño en esta fortaleza, acogotando á los toros que pacen en el valle y rompiendo con mi hacha la testuz á los jabalíes de la montaña. Siento la necesidad de otro mundo, de otras costumbres, de otros ejercicios diferentes á estos. A mí hay dos cosas que me seducen sin conocerlas; y estas dos cosas son la guerrra y el amor. ¿No os seducen á vos tambien?

Juan se sonreía y contestaba:

—No pienso más que en ellas.

Estas confidencias tenían encantos inexplicables.

Un día, poco despues de la partida de Luis Quijada del monasterio de Yuste, y cuando Juan estaba ya completamente restablecido, llegó Barrientos al castillo, y encontrando en el huerto solos á los dos mozos, les dijo:

—Hoy traigo un chaparron de buenas noticias, y os juro por veinte legiones de diablos, que en cuanto las diga vais á bailar de contento.

—¿Sí? exclamó Conrado. Pues buena falta nos hace, porque nos aburrimos como belitres.

—¿Qué nuevas traeis? preguntó Juan.

—¡Una friolera! dijo Barrientos. Parece ser que el Rey nuestro señor ha declarado la guerra á esos malditos franceses, que Dios confunda, y que va á haber una zambra de todos los demonios.

—¡Oh! ¡qué alegría! dijo Juan ¿Con que va á haber guerra?

—Y guerra para días, exclamó Barrientos, porque esos condenados franceses son más testarudos que el mismísimo Barrabás. Pero

lo que es de esta hecha creo que han de quedar más escarmentados que en Pavía, donde se quedaron con un palmo de narices, viendo cómo nos traíamos su rey á Madrid hecho un pobre hombre.

—Sin embargo, dijo Conrado, ya sabeis, Capitan, que ese rey dijo, y con razon, que todo lo había perdido ménos el honor.

—Es verdad, contestó Barrientos con tono de mofa; pero maldito si yo hubiera querido para España el honor de aquella derrota. Sí, voto á Santiago. Quedáronse ellos con el honor, y nosotros nos colgamos la batalla. Para mi santiguada que si todos los rabotazos de la fortuna son como aquél, ya pueden los franceses echar su honor en remojo, porque va á quedar más tundido que la piel de una cabra en manos de un curtidor.

—No es desdoro el ser vencido, dijo Conrado.

—Pero tampoco lo es el ser vencedores, añadió Barrientos con tenacidad implacable; y gloria por gloria, quiero más, voto á cribas, la que hay en aporrear que en la de salir aporreado. Además, la gloria del vencido aumenta la del vencedor, y yo, vive el cielo, estoy por estos aumentos y no por quedar molido como cibera y gritar como una urra-

ca que tengo honor, aunque no me palpe un hueso sano.

—De todos modos, dijo Juan procurando desviar al Capitan de aquella senda en que le salía al encuentro el mal humor de Conrado, siento que hagamos la guerra á los franceses, que son nuestros vecinos, y además cristianos como nosotros.

—¿Pues á quién diablos se la queríais hacer? preguntó Barrientos riendo á carcajadas.

—Pardiez, exclamó Juan, á los turcos.

—¡Qué locura! ¡Bueno sería dejar en paz á los lobos por andar á latigazos con los perros!

—Y sin embargo, exclamó Juan, clavando sobre Barrientos una mirada refulgente, los lobos de Francia no son tan dañinos como los perros de Mahoma. Estos, éstos sí que son bestias feroces, que se alimentan del hurto y de las carnicerías. Estos, éstos sí que son los que devastan la Europa y la siembran de luto con sus rapiñas y latrocinios. ¿No sería mejor que en vez de levantarse cristianos contra cristianos se levantaran todos contra los turcos y no quedara á salvo un turbante, ni áun para adornar la tumba del Profeta? ¡Oh! añadió el jóven con entusiasmo; si yo estuviera cerca del Rey nuestro señor; si él

quisiera oirme, yo le diría todo esto y le convencería de que vencer á los cristianos no es empresa tan alta como acorralar turcos y arrojarlos al desierto para que vivan en compañía de los tigres y de los leones.

Y al concluir estas palabras el rostro de Juan brillaba con los fulgores más vivos del génio, de la intrepidez y del valor.

Barrientos le contemplaba con íntima satisfaccion.

—Decid, Capitan, exclamó Conrado, que había permanecido silencioso y taciturno; ¿ireis vos á la guerra?

—Creo que sí, respondió Barrientos.

—¡Nos abandonais! dijo Juan tristemente.

El Capitan se sonrió.

—Creo que nó, dijo.

—¿Cómo explicareis eso?

—De una manera muy sencilla. El Emperador me ha dicho esta mañana que acaso ireis á la guerra conmigo.

—¡Yo! exclamó Juan poniéndose de pié y oprimiéndose las sienes como si se sintiera acometido por un vértigo de alegría. ¡Ir yo á la guerra! ¡Gran Dios! ¿Sería posible?

Y volviéndose hácia Barrientos, añadió:

—Decid, Capitan, ¿podrá tambien venir Conrado con nosotros?

—¿Por qué nó? contestó Barrientos. Cuando la voz de la patria pregona la guerra, y el hombre que puede blandir la cuchilla no la responde, es que no tiene buena sangre.

Conrado no oía nada de esto.

Abismado en una cavilacion profunda, ni había oido las últimas palabras del Capitan, ni se había apercibido de que éste se había ya marchado del huerto con direccion al castillo para saludar al abuelo.

Habíanse quedado solos Juan y Conrado.

Juan contempló á su amigo, que permanecía con la cabeza baja en actitud meditabunda, y conoció que era víctima de algun profundo y misterioso sufrimiento.

Inclinóse hácia él dulcemente, y le dijo:

—Conrado, ¿no habeis oido al Capitan?

—Sí, todo lo he oido, respondió con acento amargo y melancólico.

—Nuestro sueño dorado era la guerra, exclamó Juan. Y la guerra nos llama ya con su voz ardiente. Nos hemos jurado amistad eterna: tenemos casi la misma edad y los mismos sentimientos. Somos dos hermanos, y ha dicho el Capitan que podremos ir juntos á la guerra. ¿Verdad que iremos juntos, Conrado?

—¡Imposible! contestó el jóven con voz sorda.

Juan se puso más pálido que el alabastro.

—Decís que es imposible, Conrado, exclamó; ¿y por qué?

El jóven castellano levantó los ojos hácia su amigo, enrojecidos por el llanto, y respondió:

—No me lo pregunteis, Juan, porque no puedo decíroslo.

Y como si hubiera conocido el daño que había hecho á su amigo por aquella falta de confianza, añadió:

—¿Cómo quereis que abandone al abuelo en esta soledad?

—¡Oh! no temais por él, dijo el huérfano; á su lado queda Magdalena.

—Es verdad, exclamó Conrado. Pero el pobre anciano se halla ya al borde de la tumba y puede sucumbir. Si esto sucediera, ¿quién se quedaría al lado de Magdalena? ¿Podría abandonarla sin ser una fiera?

—¡Abandonarla! balbuceó Juan con acento que salía de lo íntimo de su corazon. ¡Abandonar á esa hermosa y santa niña! ¡No lo permita Dios!

Y tendiendo sus brazos á Conrado, añadió:

—No vayais á la guerra, no vayais á la guerra. Tampoco yo iré.

Conrado le estrechó contra su corazon y le dijo:

—¡Gracias! Jamás olvidaré vuestro sacrificio.

VII.

LA PREDICCION.

Hacía más de un año que había sucedido á Magdalena una cosa rara, que no pudo explicarse en mucho tiempo.

Apaleaban un día bárbaramente los escuderos del castillo á una gitana vieja, llamada Salomith, la cual traía, como todas las de su raza, una vida errante y vagabunda, y solía presentarse de tiempo en tiempo en la comarca. Acusábala el vulgo ignorante (y en aquellos tiempos el vulgo era la mayoría) de componer filtros maléficos, de practicar hechicerías y de mantener pactos secretos con el diablo para aojar á los niños, descarrilar el juicio á los mozos y pervertir á las doncellas. Contábanse de aquella mujer maldades abominables, y estábala prohibido pa-

sar el dintel de la puerta de las casas, tocar con sus manos los alimentos en el mercado, ni más ni ménos que como se acostumbraba á hacer con el verdugo ó con agotes judíos, y dormir en poblado, bajo la pena de ser azotada y emplumada.

Había cometido aquella infeliz el delito de presentarse un viernes en el patio del castillo á participar de las limosnas que se distribuían á los pobres de los contornos, y descubierta por los servidores y escuderos de la casa, la emprendieron con ella á palos y á golpes, llamándola perra, bruja y embaucadora, y amenazándola con subirla á la sala del tormento para desalojarla *los malos* del cuerpo, haciéndola sufrir dos horas de potro.

Acertó Magdalena á descubir aquella feroz y brutal escena, y llevada de sus inefables sentimientos de caridad, bajó al patio, arrancó á la gitana de los brazos de sus atormentadores, la enjugó el sudor y las lágrimas con su pañuelo, la socorrió con abundantes limosnas y la sacó de la mano hasta la puerta del castillo, diciéndola con su acostumbrada dulzura:

—Idos en paz y perdonad á esos desgraciados, que no saben lo que se hacen.

Besó la gitana con sus lábios ardientes y

calenturientos la generosa mano que la había rescatado de los suplicios y malos tratamientos de aquellas gentes ignorantes y empedernidas, y una lágrima de gratitud, una lágrima pura y cristalina, semejante á una gota de rocío se desprendió de sus ojos enrojecidos y surcó sus aradas mejillas cayendo sobre las manos de la inocente niña que acababa de cicatrizar las heridas de su corazon con el bálsamo de la santa caridad.

—Hermosa niña, dijo la gitana en su gerga morisca, la caridad es un árbol que tiene sus raíces en el cielo y sus ramas en la tierra. Salomith ama la caridad. Salomith es agradecida. Salomith sabe leer en el libro del porvenir, y tú llevas pendiente del nevado cuello el libro de tu destino. Deja leer en él á Salomith.

Magdalena, sin comprender el lenguaje oscuro y enigmático de la gitana, se abandonó inconscientemente á sus observaciones. Salomith tomó su mano derecha, examinó con mucha atencion las rayas que tenía, pronunció palabras incomprensibles para la jóven, y, levantando los ojos al cielo, exclamó:

—Lo que está escrito no puede borrarse. Paloma es y querubin será.

Despues clavó sus ojillos grises y pene-

trantes en Magdalena, pintóse en sus lábios una sonrisa triste y dolorosa, y sin abandonar la mano de marfil que entre las suyas oprimía dijo á la jóven:

—El sol se desprende de uno de sus rayos para enamorarte. Gallarda criatura, no des abrigo en tu seno al rayo del sol. No basta la fiereza del aquilon para arrancar de los hombros una capa de paño, y cuando ríe la dulce primavera basta un rayo de sol para arrancarla. Rosa purísima de Mayo eres, pero si no te guardas del sol del estío, ceniza serás en el otoño. Hijo del sol es el rayo que viene á buscarte; teme al hijo del sol. Del monasterio vecino ha de venir el que esperas; mírale la frente y leerás en ella los misterios de su destino; mírale los cabellos y verás que son rayos del sol; cierra tus ojos para no mirar los suyos, porque te perderás. Eres hermosa y el buen Dios te proteje; cuando venga el peligro á visitarte acuérdate de Salomith.

Huyó la gitana por el valle como pajarillo escapado de la jaula, y Magdalena se quedó abismada en profundas reflexiones, que versaban sobre la conversacion que había tenido con ella.

Esforzábase en vano la pobre niña por buscar en su pensamiento la explicacion de

las palabras misteriosas y enigmáticas de Salomith, y despues de haberse entregado á merced de mil imaginaciones disparatadas, despues de haber levantado en su cerebro una porcion de fantasmagorías que se disipaban tan rápidamente como el polvo que levanta la tempestad, rindió al fin la gentil cabeza declarándose impotente para descifrar el arcano; y como suele suceder cuando los esfuerzos humanos se estrellan contra lo incomprensible, confió á Dios el encargo de darla descifrado aquel extraño jeroglífico.

Trascurrió algun tiempo y Magdalena olvidóse completamente del suceso de la gitana; pero poco despues se presentó Juan en el castillo, bajo la especial investidura de salvador de la vida de su hermano Conrado, y aunque al principio no pudo este suceso traer á su memoria el de la gitana, más tarde comprendió que debían tener entre sí alguna misteriosa relacion.

Juan frecuentó el castillo; vióle Magdalena una, cien veces; admiró sus nobles prendas y sus generosas inclinaciones: conformáronse sus sentimientos y sus voluntades, y al cabo de algun tiempo, cuando llevaron á Juan enfermo, Magdalena pensó con más insistencia que nunca en la gitana, repre-

sentándosela en su imaginacion como en el día en que tuvo con ella por primera y única vez aquella conversacion que no había podido comprender, pero que no podía olvidar.

De todas las palabras oscuras y embrolladas que oyó á la gitana, ningunas estaban en su memoria tan presentes como aquellas que decían: «Del monasterio vecino ha de venir el que esperas». Estas palabras las tenía grabadas en su mente la tierna Magdalena, y á sus solas pensaba en ellas así:

—¿Es posible que aquella pobre mujer supiera leer en el libro de mi destino como lo aseguró? «Del monasterio vecino vendrá el que esperas», me dijo. ¿Será verdad que yo le estaba esperando? ¡Oh! como erró la pobre mujer. ¡Esperarle yo! ¿Y para qué? ¡Sería bueno que aquella gitana vagamunda quisiera elevarse á la misma altura que Dios haciendo creer al vulgo sencillo que se cumplían sus predicciones! No, no; la pobre mujer erró y ya estoy convencida de que su mágia, sus hechicerías y sus adivinaciones son embustes, por lo que no encuentro bien que la maltraten y la hagan padecer.

La inocente niña tranquilizábase con estas reflexiones; pero cada vez que los ojos de

Juan se posaban en los suyos sentía temblar su seno virginal bajo el suave y blanco lino que le velaba, á la manera que tiemblan las aguas de un lago cuando en ellas cae una piedra; y entónces analizaba su corazon en la soledad y en la sombra y se extremecía tambien al percibir el misterioso rumor de sus latidos.

—Esta agitacion que siento, se decía en voz baja, este desasosiego en el espíritu, esta fuerza desconocida que me arrastra hácia donde él está y que no parece sino que me tira de la vista, ¿qué significan? ¡Dios mío! ¿Cómo explicar lo que me sucede? ¡Vírgen Santísima del Amparo! ¿Por qué no me revelais la causa que esparce esta fragancia que hincha mi seno cuando me hallo en la presencia del amable huésped? La gitana me dijo así: «Del monasterio vecino vendrá el que esperas». ¿Tuvo razon la gitana? Vino Juan del monasterio, pero... ¿le esperaba yó? «Cierra tus ojos para no mirar los suyos, porque te perderás», dijo Salomith; y yo á veces los cierro porque tengo miedo, miedo de mí misma, miedo de un poder desconocido que me hace temblar. Mas, ¿cómo no mirarle? ¡La naturaleza le hizo tan amable! ¡Oh! Salomith, razon tuviste. ¡Todas, todas tus predicciones se van cumpliendo!

Así discurría la tierna, la angélica, la dulce paloma del valle solitario, ignorando, en su cándida inocencia, que el misterioso pebetero del amor esparcía dentro de su pecho raudales de perfumes y ambrosías, tan fáciles de convertirse en manantiales de dolores y amarguras.

Desde que estas nociones del más grande de todos los sentimientos empezaron á agitar aquella alma encantadora y sublime, la paz inalterable de su corazon vióse turbada por intervalos, como se turba la calma del desierto cuando pasa por él la bulliciosa caravana. Las divinas inspiraciones del pudor contenían aquel hermoso y naciente sentimiento dentro de los círculos de la más casta reserva, y la azucena del valle buscaba la soledad para confiar á Dios sus pensamientos, juzgando que solo El era el único digno de poseelos.

A veces, la voz armoniosa de Juan la detenía en sus meditaciones, como detiene el plomo del cazador el vuelo del ave que surca el anchuroso firmamento; y cuando aquella voz resonaba en sus oidos, un rubor divino cubría su semblante con sus alas de carmin, expresando el temor de la sorpresa y de la posibilidad de haber revelado su secreto.

Encontrábanla á veces el abuelo y los jóvenes sentada en los ángulos más solitarios del huerto, embebecida en sus dulces pensamientos; y cuando la descubrían á lo léjos por encima de los tallos del rosal y de los capullos de las azucenas, sosteniendo la frente de alabastro con aquellas manos cuyo cútis parecía un tejido de seda y plata, parecíales una tierna pasionaria nacida en las grietas de un muro abandonado, ó el ángel del remordimiento, que llora un crímen no cometido.

La prediccion de la gitana llegó á ser para Magdalena una obsesion abrumadora, y aquellas palabras confusas de Salomith, cuyo significado al principio no comprendía, iban apareciendo cada vez más claras é inteligibles al pensamiento de la jóven, de la misma manera que se comprende á fuerza de estudio un idioma completamente desconocido.

—¡Oh! ¡Señor! decía algunas veces Magdalena levantando al cielo sus ojos cargados de lágrimas: ¿será posible que aquella infeliz mujer no se haya equivocado? Juan ha venido del Monasterio: Juan tiene en sus cabellos los rayos del sol: Juan debe ser el hijo del sol, á quien Salomith me encargó temer. Pero ¿qué quiso decir aquella mujer apellidan-

do á Juan hijo del sol? ¡Desventurada de mí, que no puedo comprenderlo!

Y la vírgen del valle, no pudiendo sondear lo incomprensible, sentíase abrumada por un triste presentimiento.

Entónces solía bajar á la capilla del castillo, y cerca de las tumbas de sus mayores, sobre el ara bendita del altar de la Madre del Amor Hermoso, reposaba la frente dolorida, y algunas veces, mezclado con el llanto consagrado á su amor sin esperanza, oíase salir de su garganta un dulce murmullo, que parecía decir á la vírgen:

—¡Que no se cumpla la prediccion de la gitana! ¡Que no se cumpla!

VIII.

LA TORRE DE ALICIA.

Pero el amor es un contagio.

Todo lo que sentía el corazon de Magdalena, sentíalo á su vez el corazon de Juan, cual si fueran dos cuerpos eléctricos puestos en contacto por una pila de Volta.

Había, sin embargo, una diferencia entre los sentimientos de los dos.

Juan sabía definir y nombrar lo que sentía: Magdalena nó.

La vírgen del valle necesitaba una revelacion más explícita que el oscuro jeroglífico de la gitana, y esta revelacion, que las doncellas suelen escuchar de los lábios de sus madres ó de los amantes, no había herido todavía sus castos oidos. Magdalena no tenía madre ni tenía amante.

Sabía solo que sentía; pero ignoraba que sentir es amar en el valor específico de la palabra.

Sentíase impulsada hácia Juan como se sienten impulsados los ríos hácia el mar, como la flor se siente impulsada hácia la luz, como el perfume se siente impulsado hácia el aire que se le lleva; pero este impulso misterioso, profundo, recóndito y avasallador, era para ella un arcano del que no podía aun tener la llave.

No sucedía lo mismo á Juan.

Juan conocía bien el impulso, sabía su nombre de pila, calculaba todos sus efectos y sus consecuencias, y formaba sobre él esas imaginaciones seductoras de la primera edad, que brindan al corazon humano, en copas de oro, rocíos de frescura y néctares desconocidos, que absorbe el espíritu, con deleitante inocencia.

Muchas veces, al contemplar Juan á Magdalena desde lejos, ora cuando la veía discurrir por las alamedas del huerto, fresca y pura como una náyade recien salida de las aguas, ora cuando la descubría enlazada con su abuelo, como se enlaza la yedra con el álamo de hojas de oro; ya escondida entre las flores del jardin como una deidad silvestre; ya erguida y fantástica sobre una de las torres del viejo castillo, como una estátua de mármol escapada del cincel de Fidias; cuando Juan la contemplaba en estas situaciones ó cuando se la representaba en su mente rodeada de todos los atributos de la belleza y de la bondad, solía exclamar á sus solas:

—¡Oh! perfecta y esquisita obra maestra de la naturaleza; ¡qué dichoso sería poseyendo tu casto amor!

Como se vé, Juan pronunciaba la palabra.

Pero no solo la pronunciaba, sino que á veces descendía de la altura del amor ideal, especie de Olimpo, donde los amantes se juzgan siempre dioses, y bajaba hasta las regiones del amor mundano, donde los amantes tienen que convertirse en hombres, y pensar como tales. Entónces hacía Juan estos ó parecidos honestos raciocinios:

—Si Dios dejara á mi eleccion el negocio de mi felicidad, le realizaría así: conquistaría un nombre ilustre en la guerra; llenaría mi frente de laureles lozanos, y abrumado de gloria, vendría á pedir la mano de Magdalena, y un venerable sacerdote nos uniría ante los altares de Dios para compartir un mismo tálamo y una misma tumba. Ella sería para mí como un ramo de mirra encerrado en mi pecho; yo para ella, como fuente sellada ó jardin cerrado. Dios engrandecería nuestra casa con los aromas de nuestro corazon, y cuando la muerte cerrara nuestros párpados alumbraría nuestra agonía la sonrisa de nuestros hijos.

Se entristecía despues, y exclamaba:

—Pero esto no puede ser: yo soy huérfano y ni siquiera me es dado ofrecer el apellido de mis padres á Magdalena. Ni el Emperador me permitiría ir á la guerra, ni el anciano Ruy Gomez me concedería la mano de su nieta. Y luégo ¿tengo yo seguridad de ser amado de Magdalena?

Así solían acabar de ordinario sus raciocinios.

Una tarde en que Juan halló á Magdalena un poco desviada de su abuelo y de su hermano cortando algunas flores para llevarlas

al altar de la capilla, aproximóse á ella, y la dijo:

—Tengo que haceros una pregunta.

—¿Vos? replicó la doncella poniéndose encendida y bajando sus hermosos ojos.

—Sí; deseo que me digais por qué habeis subido algunas tardes á aquella torre. Y Juan señaló el torreon de Alicia, marcado con el sello fatídico de la leyenda.

El carmín de las mejillas de Magdalena se convirtió en palidez de azucena.

—¿Vos me habeis visto en esa torre? preguntó á Juan.

—Sí.

—¿Cuándo?

—Antes de ponerme enfermo, pocos días despues de haber dejado de venir al valle.

—Pues ¿dónde estábais vos?

—En la cima de aquel collado que se descubre desde aquí.

—¡Ah! ¿Y á qué veníais vos al collado, Juan?

—¡Ah! ¿Y á qué subíais vos á la torre, Magdalena?

La jóven se volvió á poner encarnada como la grana. Inclinó su linda cabeza sobre el seno, y con voz tan suave como una caricia, respondió:

—Desde esa torre se descubre el Monasterio de Yuste.

A Juan le dió el corazon un vuelco de alegría. Ya estuvo por revelar á Magdalena su secreto, pero le faltaron las fuerzas.

—¿Con que veníais algunas veces al collado? preguntó ella con timidez y anhelo.

—Sí, contestó Juan con voz trémula; venía al collado, porque desde el collado se ve esa torre.

Y creyendo ya haber dicho demasiado, se ausentó presurosamente del lado de Magdalena, y se reunió con el abuelo y su nieto.

La jóven se quedó pensativa; pero un rayo de júbilo, una centella de alegría se deslizaron súbitamente en su corazon, y éste absorbió aquellos efluvios con el mismo placer que absorben las flores las gotas del rocío matutino.

—Ha dicho que desde el collado se ve la torre, murmuró con ingenuidad y candor. ¿Vendría por verme?

Desde aquel día, Juan y Magdalena volvieron á hablar algunas veces de la torre.

Conocidos son ya los rumores que circulaban por los pueblos de los contornos acerca de aquel torreon, á quien hacían temible las acusaciones de la leyenda.

Mansion habitada por fantasmas, trasgos, duendes y zahoríes, y en donde se suponía que el mismo diablo en persona tenía su morada: unos aseguraban que las brujas celebraban el *sabaht* todas las semanas en su recinto, y que lo anunciaban ciertas luces; otros decían que las sombras de Zaide el cruel y de la infortunada Alicia visitaban aquel lugar terrible de tiempo en tiempo; algun viejo escudero del castillo juraba por San Jorge, patron de Cáceres, ó por Nuestra Señora de Sopetran, patrona de Jarandilla y de toda la comarca, que él había oido algunas noches de lluvia y de ventisca rumor de hierros y cadenas en el lóbrego hueco de la torre; y por fin, no faltaba entre los servidores de Ruy Gomez quien había oido en las altas horas de la noche ayes lastimeros y gemidos desgarradores en el centro de la torre, y acudiendo despavorido á mirar por una saetera, había visto dos fantasmas envueltos en largos sudarios, de los cuales, el uno se parecía á un moro que blandía ferozmente una cimitarra, y el otro se parecía á una hermosísima y pálida doncella, coronada de verbena y de adelfas silvestres, la cual huía de aquel bárbaro perseguidor, llenándole de improperios y maldiciones.

Hasta el mismo Ruy Gomez participaba de las preocupaciones del vulgo, y ni en sus tiempos ni en los de sus pabres y abuelos, á quienes había conocido, se abrió el torreon una sola vez, ni se tenía noticia de que se hubiera abierto nunca desde que sus antepasados tomaron la fortaleza á la morisma.

Tenía la torre dos puertas, una que abría paso á la muralla y la ponía en comunicacion con el interior del castillo, y otra que daba al jardin y que denunciaba la existencia de alguna escalera en espiral que debía conducir á los departamentos altos.

Estas dos puertas estaban aseguradas por gruesos cerrojos de hierro, y las llaves, de un tamaño descomunal, guardábalas Berenguer, que hacía de mayordomo y alcaide del castillo á la vez, y que no se había atrevido jamás á quitarlas el orin de dos centurias por temor de contaminarse con los terribles secretos que guardaban.

Mirábase, pues, á la torre como á lugar maldito; y aunque algunos de sus flancos acusaban ruina y se desmoronaban periódicamente sus almenas, ni Ruy Gomez se hallaba dispuesto á enmendar los estragos que causaba la accion destructora del tiempo, ni tenía tanta aficion á la arqueología que se de-

cidiera á arrostrar las iras de los trasgos, de los duendes y de los maléficos huéspedes de la torre por mantenerla siempre gallarda y airosa, tal y como salió de manos del alarife.

Pero las preocupaciones que no habían logrado vencer generaciones enteras de guerreros formidables, venciólas una débil y tierna niña conducida por los impulsos soberanos del amor honesto, y Magdalena, que á ella es á quien nos referimos, abrió la torre y tomó posesion de ella con la tranquilidad de ánimo más heróica, destruyendo en un momento las supersticiones que habían acumulado los siglos.

Faltaron las visitas de Juan en el castillo, y Magdalena, que le amaba sin saberlo, fué víctima de todas las inquietudes, de todas las zozobras, de todos los recelos del amor. Su abuelo y su hermano se iban de caza la mayor parte de los días, y ella, encerrada en su cámara, lloraba la ausencia del amigo, y se sentía devorada por el tormento de la incertidumbre.

Cada rumor que oía, figurábase que le traía un eco de Juan. Con los ojos fijos en el valle pasaba días enteros esperando ver cabalgar al ingrato que así los había olvidado; y en su afan de descubrirle aunque fuera de

léjos, buscaba los puntos más altos del castillo para dominar más tierra con su mirada.

Era la mayor altura del edificio la plataforma de la torre maldita.

La vírgen del valle se fijó en ella y raciocinó de esta manera:

—Esa altura debe ofrecer un punto de vista delicioso. Quizás se descubra desde ella el Monasterio. ¿Podría yo descubrir desde esa torre la imágen de Juan? Dicen que en la torre habitan el diablo, las brujas y yo no sé cuántas especies de trasgos y de fantasmas; pero la verdad es que yo soy cristiana: que la religion me dice, que son embusterías todas esas cosas; y yo, creyendo más en la religion que en las preocupaciones del vulgo, voy á subir á esa torre poniéndome ántes en manos de Dios.

Así reflexionó aquella encantadora niña, demostrando tener más valor y más juicio que el que habían tenido los siglos y las generaciones. Aprovechóse, pues, para realizar su proyecto de la ausencia de su abuelo y de su hermano, que se habían partido de caza, y presentándose á Berenguer, le pidió las llaves de la torre.

Espantado el alcaide y pensando que su ama estaría poseída de los malos, cuando

abrigaba tan atrevido proyecto, se santiguo devotamente y se opuso á sus deseos; pero ella perseveró en su resolucion y exigió las llaves con imperio, manifestando que no quería que la acompañase nadie, que solo necesitaba que la ayudaran á abrir la puerta, y que una vez abierta, ella penetraría sola en el misterioso recinto.

El alcaide y otros escuderos que la acompañaban se acordaron entónces de la gitana á quien habían apaleado hacía algun tiempo, y como la vieron hablar con Magdalena y tomarla la mano y trazar sobre ella con sus dedos ciertos signos cabalísticos, lo ménos que pensaron fué que aquella malvada bruja la había hechizado.

Dijeron mil denuestos y maldiciones contra la pobre gitana; pero Magdalena, firme en su propósito, arrancó las llaves al alcaide, y con el auxilio de algunos escuderos se abrió la puerta de la torre y penetró en ella sóla, dando á aquellos hombres toscos y sencillos el mayor ejemplo de valor que se les podía dar en aquellos tiempos.

Así que se abrió la puerta, vieron salir con terror del centro de la torre una porcion de aves nocturnas, que anidaban en ella pacíficamente hacía muchos años; y aquel he-

cho tan sencillo los llenó de admiracion, y le explicaron diciendo: que aquellas aves eran los trasgos y los duendes, que, á la vista de la jóven cristiana, huían del recinto de aquella guisa disfrazados.

En el interior de la torre, desmantelada y llena de ruinas, halló Magdalena un gran salon morisco milagrosamente conservado y decorado con el inimitable gusto del arte bizantino, cortado por el patron que dejaron los árabes en Córdoba y Granada, en donde todavía resplandecía la gloria del génio oriental.

Aquel salon estaba tambien desmantelado como el resto del edificio; pero se conservaban sin detrimento sus molduras graciosas, sus atrevidos calados, sus arabescos y filigranas. Contíguas al salon había otras dos piezas habitables, que no participaban de su mérito; y el resto de los departamentos de la torre no ofrecía nada de notable, como no fueran los escombros, que por todas partes diseminados se encontraban.

Salió Magdalena de la torre contentísima del descubrimiento que había hecho, llenando de asombro á las gentes del castillo, que pensaban la iba á suceder alguna desgracia; y cuando su abuelo y su hermano supieron lo que había hecho, de regreso de su cacería,

se estremecieron de terror y la motejaron de imprudente por haberse expuesto con aquella aventura temeraria á caer en las garras del diablo.

Rióse la jóven de aquellos vanos temores; y hallando que la torre era un sitio agradable, volvió á ella una y cien veces, hasta que convencidos los moradores del castillo de que todo lo que se decía en los contornos de la torre eran falsedades y embusterías, penetraron en ella con la valerosa jóven y adquirieron la evidencia de que los peligros que había dentro eran ilusorios.

Entónces Ruy Gomez dispuso hacer en ella algunas reparaciones: se habilitó el salon morisco, trasladando á él algunos muebles de los buenos que en abundancia había en el castillo; se abrió tambien la puerta que comunicaba con el jardin y que conducía á los departamentos superiores por una ancha y bien labrada escalera de piedra berroqueña, y el lugar maldito quedó pronto convertido en una mansion llena de encantos y atractivos.

La narracion sencilla de estos hechos puso á Juan en conocimiento de lo que había pasado, y así se pudo explicar la primera aparicion de Magdalena en la torre, observa-

da por él la tarde que en compañía de Barrientos fué desde Yuste al collado.

Pero lo que á Juan le encantó más que el valor que había desplegado la hermosa doncella, fué la sincera é inocente confesion que oyó de sus lábios, descubriendo el móvil que la había impulsado á penetrar en el recinto maldito. «He subido á la torre, le dijo Magdalena, porque desde ella se descubre el Monasterio». ¿No era esto equivalente á decir, que le era grata la vista del Monasterio porque le habitaba Juan? Aquel rasgo fué inolvidable para el jóven; y cuando le recordaba se sentía abrumado de ventura.

Durante su convalecencia, Juan subió muchas tardes á la torre en compañía de los moradorados del castillo, y en su ancha plataforma, rodeada de almenas pintorescas, tuvo con Magdalena más de una plática inocente y sabrosa.

El mismo día en que Barrientos anunció á Conrado y á Juan que se iba á encender de nuevo la guerra entre España y Francia, descubrió el huérfano de Yuste á Magdalena en la torre; y como la puerta que comunicaba á ella por el jardin estaba franqueada de ordinario, sin más guarda que el pesado cerrojo, se lanzó el jóven por ella precipitadamente y

subió por la escalera al encuentro de la hermosa castellana.

Hallábase sola Magdalena.

Presentóse á ella Juan como de sorpresa, y según acontecía siempre, la tímida doncella al contemplarse sola con el elegido de su corazon sonrojábase al punto, y la emocion hacía temblar ligeramente su seno virginal como tiembla la cuajada á impulsos del más blando movimiento.

—¿Sabeis, Magdalena, la dijo el huérfano con profundo sentimiento; sabeis las buenas nuevas que nos ha traido hoy el capitan Pedro Barientos?

—¿Buenas nuevas ha traido el Capitan? preguntó la jóven.

—Sí, replicó Juan con dulzura; nos ha anunciado, que se han roto las treguas entre España y Francia, y la voz de la guerra llama á todo español al campo del honor.

—¡La guerra! exclamó Magdalena con cándida sencillez. ¿Y qué interés tenemos nosotros en ella? ¿Os interesa á vos la guerra, Juan?

—Cuando la pátria necesita la sangre de sus hijos, la guerra tiene interés para todo el que se precia de hidalgo y bien nacido.

Magdalena palideció.

—¿Ireis vos á esa guerra, Juan? preguntó.

—Según me ha asegurado el capitan Pedro Barrientos, parece ser que el Emperador ha dicho que iré.

—¿Y vos qué habeis dicho?

—¿Yo, Magdalena? balbuceó Juan inmutándose.

—Sí, ¿qué habeis dicho vos?

—Yo he dicho á Conrado que no iré.

Magdalena elevó al cielo una mirada radiante de gratitud.

—¡No ireis! ¡no ireis! exclamó la jóven sin poder reprimir su alegría. ¿No es esto para vos un gran sacrificio?

—Sí, Magdalena, tartamudeó Juan bajando los ojos y poniéndose encendido; pero este sacrificio tiene una razon que me consuela.

—¿Cuál es? preguntó la jóven.

El huérfano clavó en ella una mirada indefinida de ternura, y sin poder contener la emocion que sentía, balbuceó:

—Que le hago por vos.

Y acabado esto, huyó precipitadamente del lado de Magdalena como si hubiera cometido un crímen.

La vírgen del valle se ruborizó y bajó la vista.

Despues elevó sus ojos al cielo, y sonriendo de una manera inefable, dijo:

—Gracias, Dios mío.

IX.

EL SECRETO DE ESTADO.

Por aquel tiempo se verificó el regreso de Luis Quijada al monasterio de Yuste, despues de haber evacuado su comision cerca del rey D. Felipe II.

Poco despues de la llegada del mayordomo del Emperador empezó á levantarse en el convento un rumor grave, que conmovió profundamente á la Comunidad.

Decíase que la mision de Luis Quijada se había enderezado á obtener del rey D. Felipe una promesa solemne de formal reconocimiento de infante de España para un hijo natural del emperador Cárlos V, llamado D. Juan de Austria.

Decíase que la mision de Luis Quijada había sido coronada con el éxito más lisonjero, puesto que Felipe II se había comprometido solemnemente, por medio de un acta levantada con grandes formalidades y

precauciones, á reconocer á su hermano en el plazo que señalase el Emperador su padre, á no ser que la muerte de éste acaeciese de seguida, en cuyo caso se verificaría el reconocimiento inmediatamente.

Decíanse esta y otras cosas más graves, y hasta se señalaba al hijo natural del Emperador, diciendo que era el pajecillo que habían conocido en el Monasterio, y que á la sazon reponía su salud en el pintoresco valle.

Estos negocios traían á la Comunidad grandemente ocupada y entretenida, y excusado es decir lo agradable que sería el entretenimiento para aquellos padres venerables, que rara vez tenían á su alcance un suceso tan gordo para discurrir sobre política y proporcionar á la crítica sabroso deleite y contentamiento.

Bajo aquellos alegres claustros, llenos siempre de luz y de perfumes, puede decirse que los comentarios del suceso eran una verdadera é intermitente turbonada, que no cesaba de arrojar materiales para arrasar, no una comarca, sino un imperio; y sin la intervencion prudente del prior Angulo, que era un apostólico varon dotado de angelicales virtudes, posible hubiera sido que aquel ru-

mor, tomando más cuerpo, hubiese llegado á los oidos del Emperador sobrecargado de adulteraciones, proporcionándole algunas amarguras.

Sin embargo, el *veto* del padre maestro Jerónimo no atajó tan á tiempo los vuelos atrevidos de aquella cuestion de interés tan palpitante, que impidiese que de la comarca fuera conocida; y en la noble y leal ciudad de Plasencia, en la villa de Jaraiz, en Garganta la Olla y en otros pueblos de los contornos, servía ya de pasto á las conversaciones de los hidalgos y de los pecheros bien acomodados, que bordaban á las mil maravillas el asunto, cambiándole unas veces los flecos, y añadiéndole á placer ribetes y zurcidos.

Era lo posible que ni los monjes, ni los hidalgos de los pueblos comarcanos, ni tampoco los caballeros que al lado del Emperador había de contínuo, tuvieran conocimiento de aquella alta é importante cuestion; que en las cuestiones de Estado, en aquel tiempo, eran muy contados los que intervenían, y por muy aguzada que se tuviera la vista, no era fácil atisbar así como quiera la hora que señalaba el minutero del reloj de la política.

No obstante, si había algo de verdad en lo que se decía, ó si se traía entre manos algun otro negocio importante, era indudable que tres personas por lo ménos sabían y entendían del suceso, á juzgar por las apariencias.

Estas tres personas debían ser el Emperador, Luis Quijada y Pedro Barrientos.

Desde la vuelta del mayordomo al monasterio se habían notado tres cosas, á saber: que el Emperador, Luis Quijada y Pedro Barrientos formaban iglesia aparte, como hoy se dice, esto es, que siempre estaban celebrando concilios y conferencias secretas; que el Emperador estaba más contento qne ántes; que á veces parecía rebosar en satisfacciones, y que á Luis Quijada y á Pedro Barrientos les sucedía otro tanto.

Ignorábase el suceso que había ocasionado aquella trasformacion; pero la trasformacion era conocida, y los frailes, que ya mascullaban algunos rudimentos de esta jerga moderna que se ha dado en llamar filosofía trascedental, decían para su cogulla, que no podía haber humo sin fuego, ó lo que es lo mismo, que no hay efecto sin causa.

Pero la verdad es que si un observador juicioso se hubiera propuesto medir y son-

dear aquella cuestion profunda, buscando la penetrabilidad de los tres caractéres que en ella intervenían, no en el Monasterio, sino en el valle, en el castillo de los Varelas, hubiera hallado más fácilmente la clave.

Observóse por entónces en el castillo un fenómeno que llegó á fijar, aunque de una manera imperfecta, la atencion de sus moradores.

A saber: que Barrientos comenzó á tratar á Juan con cierto encogimiento y embarazo: observóse que abadonó la llaneza y soltura que le eran peculiares y características: observóse, en fin, que perdió una buena parte de la familiaridad que con él tenía, y que sus atenciones eran más reservadas, más cortesanas, y si se quiere, más artificiosas que las que siempre había gastado.

Si este fenómeno hubiera sido notado por los monjes, que fueron los que levantaron primero la caza del infantazgo y del reconocimiento, de seguro que al momento habrían caido en la cuenta, exclamando: Esta es la cuestion. Pero el fenómeno solo había sido observado por Ruy Gomez y sus nietos, y como todavía no tenían antecedentes, como no habían llegado al castillo los rumores que circulaban por las cercanías, la

conducta de Barrientos, si pudo en algo chocarlos, pasó desapercibida.

Solo Juan fué el que en algunas ocasiones halló incomprensibles ciertas oficiosidades de Barrientos, y áun se extrañó de haberle oido pronunciar la palabra «señor» dirigiéndose á él; pero estos deslices del Capitan y otros semejantes no pudieron al jóven ponerle en la pista del secreto que olfateaban los frailes.

Sucedío más.

Magdalena preguntó uno de aquellos días á Barrientos por el estado de las cosas de la guerra, y al responder el Capitan que caminaban viento en popa, hubo la jóven de aventurarse á preguntarle si determinaba el Emperador que Juan se alistase en las banderas.

—¡Es probable! la contestó Barrientos.

Y al ver que la jóven se había puesto pálida como la cera y que su semblante se había contraido por una expresion desgarradora, la contempló con dolor, movió la cabeza tristemente, y la dijo:

—Los días que le restan á Juan en este castillo están ya contados, pobre niña. Separad de él los ojos y figuraos que nunca le habeis visto.

Magdalena se quedó petrificada.

Huyó de la vista de todo el mundo, se refugió en su aposento, y allí, ocultando el rostro entre las manos, vertió lágrimas abrasadoras.

Las palabras de Barrientos parecían encerrar un misterio más terrible todavía que las de la gitana; y sin embargo, Magdalena tuvo un presentimiento de que entre unas y otras había una poderosa relacion.

—«Cierra los ojos para no mirarle, le había dicho la gitana; porque si le miras, te perderás».

Y Barrientos la dijo:

—«Separad los ojos de Juan, y figuraos que nunca le habeis visto».

¿No había una relacion terrible, poderosa, fatal entre las palabras de la gitana y las del Capitan? ¿No era una funesta coincidencia la que existía entre los enigmas de Salomith y las frases misteriosas de Pedro Barrientos?

Magdalena presintió sus desgracias futuras, como había presentido su amor, sin saber definirle, y estas dos presciencias desgarradoras la hicieron derramar copiosas lágrimas.

—Dadme, Dios mío, exclamó; dadme el poder de penetrar su fatal secreto. Sepa yo

por qué he de cerrar los ojos para no mirarle. Sepa yo de una vez por qué los he de separar como si nunca le hubiese visto, y cúmplase despues, Señor, vuestra santa voluntad.

El deseo de Magdalena se realizó muy pronto. Los males siempre llegan á pasos agigantados.

Era el anochecer, y Magdalena bajó al huerto á hacer compañía á su abuelo, que se hallaba solo.

Conrado había ido á Jaraiz á probar unos perros de presa con otros jóvenes hidalgos. Juan había salido á acompañar un poco á Barrientos, que se dirigía al monasterio cruzando el valle.

Magdalena y su abuelo se disponían á regresar al castillo para evitar el rocío de la noche, cuando por la puerta que abría paso al huerto vieron venir á Conrado hácia ellos con desordenada precipitacion.

El aspecto del jóven infundía terror.

Estaba pálido, convulso, trémulo. En sus ojos fulguraba un fuego sombrío, y el ceño de su frente parecía denunciar la tempestad que se agitaba dentro.

—¿Qué tienes? le preguntó Magdalena.

—¿Qué tienes, hijo mío? le preguntó el abuelo.

Conrado los tomó de la mano, los hizo una seña para que se dirigieran en seguida al castillo, y arrastrándolos consigo como si hubieran sido dos plumas, exclamó con voz ronca:

—Venid, venid. Tenemos que hablar.

El rumor de los frailes de Yuste iba á penetrar en el castillo, introducido por Conrado.

X.

LA REVELACION.

No conducidos, arrastrados por el jóven castellano, llegaron el abuelo y Magdalena á un salon del castillo donde Ruy Gomez tenía sus habitaciones particulares. Había en el salon una ancha y espaciosa chimenea, donde ardía el tronco de una encina, y en torno de la chimenea se descubrían tres ó cuatro sillones primorosamente tallados, con las armas de la familia esculpidas en los respaldos.

La oscilante luz de una lámpara de bronce pendiente de la techumbre reflejaba sobre las paredes vestidas de negro, bañándolas de

un tinte fatídico, y á su incierto y pálido brillo descubríanse las terribles siluetas de varias armaduras de acero bruñido, colocadas sobre armazones de madera que las sostenían.

En los cuatro ángulos del salon había cuatro panoplias de armas, donde se veían simétricamente colocados pesados montantes de batalla, espadas de dos filos y estoques de corte; puñales, dagas, alfanjes moriscos, gumías y partesanas.

Por la puerta del dormitorio del anciano, abierta de par en par, se descubría su lecho cubierto por una colcha de damasco recamada de oro, y á la derecha se veían, un reclinatorio adornado con un paño negro de terciopelo de Utrech, y encima del paño un crucifijo de marfil.

El aspecto general de aquella mansion era fúnebre.

Todos los objetos despedían un brillo siniestro; ni una sola tinta suave quebrantaba la terrible entonacion de su opaco colorido.

Lo primero que hizo Conrado cuando entró en el salon con su abuelo y Magdalena fué cerrar las dos hojas de las puertas y correr el pesado cerrojo que las aseguraba por dentro.

Despues se dirigió á la chimenea, y rogó á su abuelo y á su hermana que se sentaran.

Hiciéronlo así, y ocupando él tambien uno de los sitiales, habló en estos términos:

—Abuelo, cien veces me habeis dicho que el verdugo de nuestra familia era inviolable para nosotros, porque está ungido con el oleo santo de David; ¿no es verdad?

—Sí, contestó el anciano gravemente.

—Yo os he creido, abuelo, añadió Conrado, y es mi obligacion creeros siempre y obedeceros. Por eso he respetado la vida del emperador Carlos V; por eso no he ofrecido ya á los manes irritados de mis padres sangrienta venganza. Si no os hubiera creido, si no os hubiera obedecido, abuelo, ¿no habría ya clavado mi puñal en el corazon del Emperador? Sí; le habría espiado como espía el salvaje la hora de su venganza, y su mísera vejez se hubiera roto entre mis manos, como se rompe este frágil vaso de arcilla bajo la presion de mis nervios.

Y al decir esto, Conrado tomó de la cornisa de la chimenea un florero de barro, le estrujó entre sus manos y le hizo pedazos, que arrojó á la chimenea.

El anciano le contemplaba en silencio con cierta gravedad melancólica, y Magdalena

examinaba horrorizada la expresion de ferocidad que se dibujaba en su semblante.

Hizo el jóven una pausa, y añadió:

—Pero si el Emperador ha sido inviolable para mí, porque así lo habeis querido vos, abuelo, tambien me habeis dicho una y cien veces que si el Emperador tuviera un hijo, y ese hijo no estuviera ungido como su padre, me sería lícito matarle en venganza del cadalso de mis mayores. ¿No es verdad, abuelo?

—Sí, contestó el anciano con voz ronca.

—¡Abuelo! exclamó Magdalena tendiendo al anciano sus brazos en actitud suplicante.

—¡Silencio! gritó Conrado imponiéndose á su hermana con un gesto feroz.

Magdalena, poseida de un terror glacial, dobló la frente y calló.

—Pues bien, abuelo, exclamó Conrado con una expresion de furor y de alegría imposible de describir. Lo que me habeis dicho que es lícito, puede ejecutarse. Aquella terrible sentencia de ojo por ojo y diente por diente, se puede cumplir. El que hizo rodar la cabeza de mi padre en un patíbulo puede hoy ver rodar la cabeza de su hijo á mis piés. En una palabra, abuelo, el Emperador tiene un hijo, y ese hijo no está ungido con el óleo santo.

—¡Es posible! exclamó el viejo levantándose con ademan inexorable y ostentando en sus lábios una sonrisa fatídica impregnada de fúnebre gozo.

Magdalena se cubrió el rostro con las manos y rompió á llorar.

—¡Dios mío! ¡Dios mío! murmuró en voz baja; apartad vuestra maldicion de mi familia.

Y como una flor tronchada por el vendabal, inclinó la frente y permaneció así escuchando las terribles palabras de su hermano.

Conrado se enjugó la cara bañada de sudor, y prosiguió despues:

—Sí, exclamó; tiene un hijo, y ese hijo no está ungido con el óleo santo. Tiene un hijo, y ese hijo no es legítimo siquiera, sino bastardo, fruto del crímen. Ved, abuelo, si Dios es justo, y si pone en nuestras manos una venganza superior á la que podíamos desear.

—¡Oh! no invoques el nombre de Dios para asociarle á esas espantosas ideas, dijo Magdalena á su hermano. Todo lo que has dicho es lo más horrible que se puede decir ni pensar.

—Prosigue, Conrado; prosigue, hijo mío, exclamó el anciano con sordo acento. ¿Cómo has averiguado todo eso?

—Ya sabeis que hoy he estado en Jaraiz, contestó el jóven. Ya sabeis que hemos estado de caza algunos hidalgos de aquella villa, y yo. Despues de haber echado algunas batidas descansamos en un soto á media tarde, y en aquellos breves momentos de descanso nos refirió Gil de Toranzo la última aventura que se cuenta del Emperador. Parece que éste ha recabado de su hijo Felipe II la promesa solemne de reconocer como Infante de España á un hijo natural del Emperador, y áun se asegura que el acta del reconocimiento está ya en Yuste, y que su promulgacion se ha dejado á voluntad del monarca penitente. Juzgad, abuelo, si el Emperador querrá á este hijo cuando consiente hacer por él la confesion de sus faltas.

—¿Pero eso es verdad? exclamó el abuelo.

—Es verdad. Luis Quijada, mayordomo del Emperador, ha llevado esta mision á la corte y ya está de regreso, despues de haberla desempeñado con gran fortuna.

—¿Y cómo se ha traslucido tan grave secreto?

—Porque han intervenido en él hombres; los hombres no guardan los secretos tan bien como los sepulcros. A lo que es cuenta, todo se ha sabido por Antonio Perez y por

un tal Escobedo que han mediado en el asunto.

—¿Y esos hombres se han atrevido á violar uno de los secretos de Estado de más importancia?

—Sí. El primero de esos hombres ha revelado el secreto á una cortesana, y ésta lo ha publicado por todas partes ántes de que se promulgue la pragmática del Rey.

—Pero el Rey mandará azotar á esos dos hombres para castigar su cínica osadía.

—El Rey sabrá lo que ha de hacer con ellos.

—¡Ira de Dios! exclamó Ruy Gomez fieramente; si en mis tiempos hubiera cometido un infanzon tan horrible villanía, todos le hubiéramos escupido al rostro. Pero ya veo, añadió con amargura, que la moneda de otras edades va escaseando entre nosotros cada vez más. Prosigue, Conrado, prosigue, hijo mío.

—No se habla en toda la comarca de otra cosa más que de este suceso. Oíle de los lábios de Gil de Toranzo, y sin poder reprimir mi alegría monté á caballo, abuelo, y vine á contároslo para dar á vuestro dolor el regocijo de la venganza.

—¡La venganza! murmuró Magdalena. ¿No te asustas de esa palabra, Conrado?

—Nó; vengar á un padre querido, cobrar en sangre á sus verdugos la que ellos derramaron en un cadalso, es un placer que no puede asustar á un hijo bien nacido.

—¡Que hables así! ¡Ah! Conrado, tú deliras. ¿A quién podría aprovechar ese bárbaro placer?

Conrado se encogió de hombros con una impasibilidad horrorosa. Magdalena rompió de nuevo á llorar.

—Y supongamos que todo lo que has dicho es cierto, dijo el anciano; supongamos que el Emperador tiene ese hijo; ¿quién le conoce?

—¡Yo! contestó Conrado.

—¿Tú?

—Sí: le conozco, le conoceis vos y le conoce Magdalena.

La pobre niña empezó á temblar como la hoja en el árbol.

—¿Con que le conocemos todos? exclamó el abuelo.

—Sí.

—¿Pues quién es?

—¡Juan!

Magdalena y el anciano se pusieron de pié cual si hubieran sido movidos por un resorte.

El rostro de la jóven se tornó lívido; sus labios se tiñeron de un matiz cárdeno: miró á su hermano con ojos desencajados, y como si respondiera más bien que á él á otro acusador invisible que la torturaba el corazon, exclamó con voz terrible:

—Mentira; Juan no puede ser hijo del Emperador. No puede ser.

El anciano oyó estas palabras en silencio y volvió á sentarse de nuevo. La expresion sombría y feroz de su semblante se había trasformado súbitamente en otra más suave y melancólica.

—¿Dices que no puede ser? gritó Conrado; pues yo te daré las pruebas. Juan ha sido criado por D. Luis Quijada. Juan ha vivido bajo la tutela de D. Luis toda su vida. Juan no tiene hoy apellido, porque mil veces le hemos oido contar su historia. Juan, cuando sea reconocido por el rey D. Felipe II, cuando sea Infante de España, se llamará D. Juan de Austria. ¡Estas son las pruebas que cuadran al hijo natural del Emperador! De manera, añadió Conrado con voz lúgubre, que bajo este techo hemos tenido y tenemos al hijo del asesino de nuestros padres.

Magdalena no replicó.

Estaba fría como un espectro.

Oprimióse el corazon con ambas manos cual si temiese que se le iba á escapar del pecho, y elevó al cielo una mirada de desesperacion.

Quiso hablar y no pudo: quiso llorar y el llanto se resistió á brotar de sus ojos: fué á respirar y sintió que tenía en el pecho clavadas una porcion de espinas. ¡Era el primer desengaño que la ofrecía su mísero destino!

—¡Misericordia y perdon! exclamó sin poder ya resistir el dolor que la desgarraba las entrañas.

Y cayó desmayada como una muerta sobre su sitial.

El abuelo se lanzó á socorrerla como el leon que vé caer heridos á sus cachorros, y Conrado se dirigió á abrir las puertas y á pedir auxilio.

A las primeras voces de socorro que salieron de su garganta se presentó en el dintel del aposento un hombre.

Aquel hombre era Juan.

XI.

LOS PRESENTIMIENTOS.

Juan se plantó de cuatro brincos en la chimenea y contempló el espectáculo que tenía delante, poseido de una emocion inexplicable.

El anciano tenía entre las suyas las manos de su nieta y se esforzaba por animar su hielo y restituir á su sangre el perdido calor.

Contemplábala Ruy Gomez con tierna ansiedad; y con la vista clavada en su ebúrnea frente, parecía querer taladrar los pensamientos que de aquel nevado cielo se amparaban.

A las voces de Conrado acudieron en tropel escuderos y doncellas, que rodearon á la hermosa castellana de cuidados y atenciones.

Por fortuna el accidente fué pasajero, y bastó para que Magdalena volviera en sí hacerla respirar un pomo de vinagre.

El anciano y Juan estaban en frente de ella.

Conrado se puso detrás de su sitial, y desde allí observaba á su hermana, ceñudo y silencioso como la estátua de la fatalidad.

El anciano, por el contrario, la contemplaba con el anhelo de un niño, sonriendo melancólicamente, y posando en ella una mirada impregnada de dolor y de cariño.

Juan estaba detrás de Ruy Gomez, y en su semblante, encendido como la grana, se reflejaban todas las incertidumbres de su corazon.

Abrió Magdalena los ojos y los posó en Juan.

Entónces se pintó en su semblante una expresion imposible de reproducir. Clavó en Juan una mirada intensa, profunda, fija, penetrante, llena de terrores y de misterios.

Juan recogió aquella mirada en su alma y se sintió estremecido.

Pero aquel estremecimiento en nada se parecía á las suaves sensaciones de otras veces: aquel temblor era medroso como el que produce un siniestro presagio: aquel estremecimiento era de espanto, de desolacion; aquella sacudida, aquel terremoto interior, nuncios crueles eran del hundimiento de su felicidad.

Juan sintió que la mirada de Magdalena penetró en su corazon como el filo de un cuchillo, y desde aquel momento, un vago temor, una duda infausta, desfilaron delante de

su alma, como desfiia el rayo en la tempestad; y sonámbulo de un sueño desvanecido, cerró los ojos para no ver aquel semblante, donde no leía ya las seductoras promesas de otras veces.

Lleváronse á Magdalena á reposar á su lecho, y quedaron solos Conrado y el jóven.

El abuelo siguió á su nieta, como sigue el avecilla al que le lleva en su nido sus hijuelos.

Conrado estaba frío, impasible, taciturno.

Juan estaba yerto.

Aquella mirada de Magdalena, aquella mirada inexplicable, parecía haber roto todos los hilos de las armonías del castillo; parecía haber cubierto de luto al corazon de Juan, como se cubre de tierra un cadáver.

Clavó sus ojos en Conrado y se sobrecogió de temor.

El aspecto del jóven tenía algo de fatal.

—Conrado, le dijo con dulzura acercándose á él, ¿os ha sucedido alguna desgracia?

—Sí, contestó el jóven con voz ronca; una desgracia terrible, inmensa.

—¿Qué decís? ¡Oh! ¡Dios mío! ¿y esa desgracia ha sido causa del funesto accidente de vuestra hermana?

—Así lo creo.

—Ya sabeis, Conrado, que soy vuestro

amigo; he dicho mal, vuestro hermano. Los dos nos hemos salvado mútuamente la vida. Yo salvé la vuestra librándoos de la furia de una bestia feroz. Vos salvásteis la mía arrancándome de las garras de la enfermedad. No es, pues, el vínculo de la gratitud el que nos liga. Es un vínculo más superior. La deuda que teníais contraida conmigo está suficientemente pagada; pero el juramento que ambos hicimos, aquel juramento de eterna amistad, ni vos ni yo podemos quebrantarle, porque es sagrado. Pues bien, Conrado, ese juramento me dá el derecho de saber vuestra desgracia. ¿Puedo saberla?

—¿Vos? ¿y para qué?

—¡Ah! ¡Conrado, Conrado! ¿Vos me preguntais eso? ¿Para qué puede querer un amigo saber la desgracia de otro, sino para sufrir con él, para compartirla y para ayudarle á sobrellevarla?

—Mi desgracia es de tal suerte, exclamó Conrado, que se halla fuera de ciertas condiciones y no podeis saberla.

Juan palideció.

Las palabras de Conrado eran el mayor desaire, la afrenta mayor que podía recibir de su amigo.

—Es la primera vez, Conrado, le dijo, que

me demostrais que no soy acreedor á vuestra confianza. Ni me quejo de vos, ni desconfío de mí. Pero contestadme á una sola pregunta: ¿Me considerais indigno de vuestra amistad?

—Nó.

—¿Os he hecho algún mal?

Conrado posó en el jóven una mirada relumbrante.

—¡Extraña pregunta! dijo sonriendo de una manera sardónica.

—Responded categóricamente, Conrado, insistió Juan con acento firme. ¿Os he hecho algun mal?

—¿Vos? nó; pero, ¿por qué me preguntais eso?

—Para demostraros despues que si no os he hecho ningun mal, vos me le estais haciendo.

—¿Yo?

—Cuando á un amigo se le retira la confianza, ¿no se le hace mal? Compañero de la amistad no puede ser el recelo. Si vos le abrigais de mí, ¿podría reputaros por amigo?

—Lo que estais diciendo, exclamó Conrado bruscamente, es injusto. Ni abrigo recelo de vos, ni alimento desconfianza; pero hay

secretos de familia que ni al más amigo se pueden á veces revelar.

Juan no insistió.

Comprendió que Conrado le engañaba, comprendió que Conrado le rechazaba.

Aquella mirada de Magdalena, aquella mirada que parecía haberse quedado impresa en el alma de Juan, fué para él como la clave del enigma que le presentaba Conrado en sus palabras.

En un breve momento consideró perdidos el jóven su primer amor y su primera amistad, y estas dos pérdidas eran sobrado poderosas para que no sintiera traspasado de dolor su corazon.

Iba á retirarse para buscar la soledad, que es el refugio de los desgraciados, cuando se presentó en la estancia el abuelo.

El aspecto del viejo infundió más aliento á Juan.

Su frente aparecía serena, su mirada tranquila, su boca risueña.

Al primer golpe de vista conoció que entre los dos jóvenes había pasado algo, y acercándose á Juan, le dijo con bondad:

—Magdalena está bien. Lo que ha sucedido no ha sido nada. Mañana volverá á correr por el huerto como una corza. Me ha encar-

gado que os lo diga á los dos para tranquilizaros.

Juan dió las gracias al anciano con una mirada, y á duras penas pudo pronunciar algunas palabras.

Era tal su emocion, que no pudiendo soportar el ceño de su amigo, se retiró á su habitacion y se arrojó llorando sobre su lecho.

—¡Oh! todo lo he perdido, todo lo he perdido en un instante, balbuceaba el agradecido jóven, dando rienda suelta á sus lágrimas y á sus sollozos; Conrado me desprecia y Magdalena no me ama. ¡Ya no habrá felicidad para mí en el mundo!

Mientras tanto, entre el anciano y Conrado tenía lugar otra escena interesante.

Así que salío Juan del aposento, se acercó Ruy Gomez á su nieto y le dijo:

—¿Has ofendido á Juan?

—No, señor, le contestó el jóven con voz más dulce.

—¿Le has revelado algo de lo que nos has referido?

—Nada sabe.

—Pues bien, exclamó el anciano gravemente, oye mi voluntad.

Conrado tembló.

El acento del viejo era imponente.

Acercóse más al jóven y le dijo en voz baja:

—Tu hermana y yo hemos conocido que abrigas siniestras intenciones. Sí: en tus ojos me parece leer el sangriento deseo que te devora. Serías capaz de olvidarte de que Juan te ha salvado la vida, de que es tu amigo, de que todos le debemos gratitud y reconocimiento. ¿No es verdad?

—Sí, abuelo, contestó el jóven con acento lúgubre; me olvidaría de todo eso, porque es el hijo del asesino de mi padre.

—¿Y serías capaz de matarle?

—Sí.

—Pues bien, escucha lo que voy á decirte, Conrado, y piensa que soy inexorable. Te permito que des al olvido la amistad. Te permito que no ames á ese jóven. Te concedo el derecho de matarle de bueno á bueno cuando tengas libertad para ello. Pero lo que no he de consentir, lo que no has de hacer en mis días es faltar á las leyes de la hospitalidad.

—¡Abuelo!

—El que está bajo mi techo no es mi enemigo. El que se ampara de mi casa tan seguro está como en lugar sagrado. ¡Ay del que se atreva á tocarle una sola hebra de los cabellos! Si fuera mi propio hijo, no se libraría de sufrir el castigo.

—¡Oh! exclamó el jóven rechinando los dientes de furor; !no quereis que tome venganza de la muerte de mi padre!

—Obedeced y salid,—gritó el anciano con voz terrible.

El jóven lanzó un gemido y salió llorando.

XII.

LOS DESHEREDADOS.

Interrumpióse el idilio de felicidad que se había representado en el castillo.

A partir del momento en que Conrado reveló á su abuelo y á su hermana lo que había oido acerca de Juan, cambió por completo la faz de las cosas y tomaron diverso carácter las relaciones de los jóvenes.

Juan comprendió, por el sentimiento de su dignidad, que despues de la escena que tuvo con Conrado, su residencia en el castillo no debía prolongarse un solo momento.

En vano se esforzó por buscar en su imaginacion la clave de la conducta de Conrado: quiso disculpar al jóven: quiso explicar su reserva atribuyéndola á una causa natural: convino en que, en efecto, hay secretos de familia que no se pueden á veces confiar al

mejor amigo; pero á pesar de estas generosas absoluciones que pronunciaba Juan desde el fondo de su conciencia en favor de Conrado, un presentimiento infausto, una duda incomprensible y misteriosa hacíanle presumir que la conducta de su amigo no era sincera y que podía ya dar por fenecidas las dichas que en aquel recinto encantador había encontrado.

Lloró el jóven en la soledad y en el silencio la pérdida de los afectos primeros de su corazon, juzgándose desheredado en el mundo de todos los dones de la felicidad, y, con el pecho desgarrado, se decidió á abandonar el castillo y á buscar en la guerra el olvido de aquel gran desengaño que parecía condenarle á interminables sufrimientos.

Detúvole empero en su resolucion una fuerza misteriosa, la de la esperanza; que no es fácil al corazon renunciar de un golpe á todas las promesas de ventura que en él han germinado sin adquirir convencimiento pleno de que su realizacion es imposible; y aquel vislumbre de esperanza, de que tanto trabajo cuesta siempre desprenderse al hombre más desgraciado, le inspiró la idea de aplazar su vuelta al monasterio por unos pocos días.

Mientras Juan luchaba sordamente con

tantos afectos encontrados como se revolvían en su alma, los moradores del castillo no eran más venturosos que él, ni gozaban de más tranquilidad.

Conrado sufría tormentos indecibles, acrecentados por su genio impetuoso y por los arrebatos de su carácter.

Lleno de juventud y de fuego, y amamantado en aquellas terribles ideas de venganza, que su abuelo, con tan grande inconsciencia había sembrado en su corazon, figurábase que los manes irritados de su familia necesitaban para aplacarse una víctima, que era un deber en él vengar la muerte de su padre, y que si no lo hacía tenía derecho el mundo á reputarle por cobarde, por infame y por desnaturalizado.

Cierto que Juan era su amigo: cierto que sus voluntades se habían de todo punto conformado: cierto que resplandecían en él los sentimientos más nobles, las ideas más elevadas y las prendas de carácter más estimables; pero ¿no era el hijo del verdugo de su familia? ¿Era posible mantener amistad con una persona que le recordaba tan vivamente las desventuras de su casa?

Estas ideas surcaban de contínuo los áridos caminos de la imaginacion de Conrado,

y le condenaban á sufrir los estragos de una desesperacion ardiente y desordenada.

Algunas veces llamaba á las puertas de su conciencia la gratitud, que tiene el privilegio de suavizar la condicion más áspera deteniendo el vuelo de los pensamientos más crueles; pero cuando la gratitud le llamaba dulcemente hácia la senda del perdon y del olvido, su inteligencia, inclinada á las preocupaciones del siglo, le conducía de nuevo á la venganza, sojuzgando sus generosos sentimientos con la sofistería más espantosa.

—El me salvó la vida, pensaba á sus solas, pero como él ha dicho, aquella deuda está ya cobrada. Nada nos debemos. Verdad es que me siento inclinado á él por todos los impulsos de mi corazon; pero ¿cómo he de ser amigo del que trae á mi memoria el deshonor y la vergüenza y las desgracias de los míos?

Estos sombríos raciocinios le llevaban insensiblemente hácia los abismos de la perversidad.

Preciso es conocer el carácter de aquella época, las preocupaciones de la nobleza y el espantoso desarrollo que tomaban los rencores, para disculpar hasta cierto punto las tortuosas reflexiones del infeliz Conrado.

Así es que el jóven se sentía despedazado por los gárfios de sus malas pasiones, envenenado por los pensamientos más atroces, y reducido á la condicion más miserable á que puede verse reducido el hombre.

Luchando entre el bien y el mal, pero cediendo siempre á las violentas sugestiones del segundo; atormentado de contínuo por los sentimientos más abyectos; sin valor y sin fuerzas para ceder á las inspiraciones generosas de la caridad y de la bondad; desesperado, casi loco, insensible y sordo á la voz de los afectos dulces del corazon, el desgraciado inspiraba lástima.

La prohibicion de su abuelo, aquel mandato absoluto y terminante que le obligaba á mirar á Juan como á huésped y á respetar los fueros de la hospitalidad, contribuía á acrecentar sus tormentos, comprimiéndole y avasallándole.

Sombrío, taciturno, avergonzado, retraido, pasaba los días devorando en silencio suplicios sin cuento; y cuando se hallaba en presencia de Juan temblaba como un criminal y á duras penas sabía disfrazar los impulsos de su carácter y reprimir las sombrías resoluciones de sus instintos.

Era una comedia miserable la que estaba

representando, y esto le producía remordimientos.

Tal era su estado, triste y miserable.

¡Cuán diferente por cierto de el de su hermana Magdalena!

Magdalena había perdido más que Conrado en aquella partida; y sin embargo, ¡cuán diversas eran las resoluciones de la paloma del valle!

Ella perdía algo más que la amistad; ella perdía su amor primero; ella perdía todas las esperanzas de un porvenir risueño y feliz; ella perdía todas las revelaciones de un paraíso de delicias inocentes; ella renunciaba á todos los dulces sentimientos que se habían despertado en su seno casto y vírgen; ella se juzgaba desheredada de un tesoro de glorias desconocidas; y sin embargo, ella no podía abrigar rencor contra el elegido de su corazon.

Comprendía, como Conrado, que si Juan era hijo del Emperador, había un abismo que la separaba de él para siempre: abismo abierto por la fatalidad; abismo maldito en cuyo fondo humeaba la sangre de sus mayores; abismo sobre el cual se levantaba la futura jerarquía del huérfano, pues si era declarado Infante de España sería locura levantar hasta él los ojos.

Todo esto lo comprendió Magdalena, y sin embargo, llena de abnegacion, de generosidad y de mansedumbre, se resignó á sufrir su destino, y solo dió abrigo en su corazon á los más piadosos sentimientos.

Al principio experimentó un dolor acerbo, uno de esos dolores que solo pueden tener á Dios por confidente: despues buscó alivio en la religion y se serenó su espíritu, tomando en secreto una de las resoluciones más hermosas, la de retirarse á un convento.

—Cuando el abuelito sucumba, pensaba ella derramando tiernas lágrimas; cuando no le hagan ya falta mis cuidados, ¡oh! ¡Dios mío! yo te consagraré todos los días de mi vida y todas las flores de mi corazon, que se han marchitado en el mezquino mundo.

Adoptada esta resolucion, Magdalena solo pensó ya en salvar á Juan del peligro que le rodeaba.

Conocía el carácter arrebatado de su herno y de su abuelo: sabía que eran buenos: sabía que no eran ni ingratos ni perversos; pero conocía tambien que sus excelentes sentimientos estaban subordinados á las preocupaciones de aquella edad; y que sin ser malos en el fondo, podían cometer una accion

bastarda, inspirados por el ódio y por la pasion cruel de la venganza.

Entónces formó el propósito noble de separarlos del camino de la perdicion, de desarmar su ira y de templar su cólera, interponiéndose entre Juan y ellos como una medianera, como una abogada de la paz, como un íris de perdon, de olvido y de reconciliacion.

La misma noche en que oyendo la revelacion de Conrado fué víctima del penoso accidente que la hizo perder el conocimiento, así que se tranquilizó y quedó sola con el anciano, le dijo:

—¡Abuelo! Conrado y Juan se han quedado solos. Conrado abriga siniestras intenciones contra Juan. Impedid un horrible crímen: os lo pido en nombre de Dios.

Entónces fué cuando Ruy Gomez corrió precipitadamente á su aposento y se interpuso entre los dos de la manera que hemos visto.

¿Llegó á sospechar el anciano el amor de Magdalena, viendo la intercesion constante que ejercitaba en favor de Juan?

Sí; acostumbrado á leer en los ojos de su nieta los pensamientos más recónditos, sorprendió aquel amor purísimo é inocente destinado á morir en su nacimiento ó á vivir sin

esperanza; sorprendió aquel amor que no se podía ocultar á su perspicacia, y tembló por la suerte de la pobre niña, irrevocablemente destinada á presenciar el naufragio de su felicidad.

¡Con cuánto interés, con cuánta ternura, con cuánta perseverancia se consagró el bondadoso anciano á sondear las heridas de Magdalena y á suavizarlas sin martirizarla! Una madre amorosa y previsora, una madre dotada del génio especial, del feliz instinto, de la privilegiada inteligencia de ciertas mujeres delicadas y sensibles, no hubiera desplegado recursos más halagüeños para apoderarse del pesar enterrado en su corazon.

Pero Magdalena no le confió el secreto.

Desde que formó el propósito de retirarse á un convento á la muerte de su abuelo, hizo la siguiente reflexion:

—Mi secreto me pertenece. Sólo Dios le vió nacer: sólo Dios le verá morir.

Inútiles fueron todas las tentativas de Ruy Gomez por descubrir la incógnita de aquel doloroso problema.

Magdalena no le reveló su desgraciado amor.

Y sin embargo, el presentimiento del anciano se convirtió en evidencia.

Veía sufrir á su nieta: comprendía la lucha sorda de sus afectos: siguió con su errante y dolorosa mirada los progresos de aquella triste pasion, condenada al desengaño y á las mortificaciones del silencio, y procuraba inclinar el pensamiento de la jóven á la resignacion, fortaleciendo su espíritu con sus paternales consuelos.

Esforzábase en vano la pobre niña por ocultar á su abuelo las huellas de sus dolores: cuando sus ojos brotaban lágrimas, se presentaba el viejo en seguida á enjugarlas: cuando bajaba á la capilla á confiar á la Vírgen sus sufrimientos, volvía la vista y hallaba á su abuelo detrás: cuando, retirada en su aposento, juzgándose sola, se entregaba al gozo cruel de recordar sus sueños desvanecidos, presentábase el anciano á interrumpir aquella costosa tarea.

Algunas veces estuvo ya á punto de confiárselo todo; pero la idea de que sus cuitas no tenían remedio la contenía dentro de los límites de la reseva que se había impuesto, y la obligaba á exclamar:

—Sólo Dios debe saber mi secreto, sólo Dios.

Aquella lucha incesante, aquel combate contínuo é intermitente no podían sostener-

se sin grandes estragos. La abnegacion es una de las virtudes que más arruinan al cuerpo y al alma.

Magdalena llevaba estampados en su faz los signos característicos de las represiones forzosas del sentimiento.

Las rosas de sus mejillas palidecieron, rebajóse el carmin de sus labios, y presentáronse en su frente algunas nubes.

Aquella frente dulce y tierna como la corola de una margarita, que antes se ostentaba erguida y lozana, acariciada por las más hermosas esperanzas, presentábase ya mustia y encorvada bajo el peso del dolor, como se inclina el lirio bajo la presion del recio vendaval.

—Díme, ángel mío, díme lo que tienes, exclamaba algunas veces el anciano estrechándola en sus brazos y cubriendo su frente de besos.

Y Magdalena con una sonrisa amarga le contestaba:

—No tengo nada, abuelito; soy muy dichosa.

El abuelo elevaba al cielo sus ojos preñados de lágrimas, y la oprimía contra su corazon.

XIII.

EL DESENGAÑO.

Todos eran desgraciados.

A la tierna y amistosa cordialidad que había establecido su imperio en el castillo, reemplazó un comercio reservado y ceremonioso. Ponían todos su conato en presentarse risueños y galantes; pero aquella actitud era forzada. El idilio antiguo se había trasformado.

El génio vivo y arrebatado de Juan se sublevaba á veces contra aquella situacion de fuerza, que parecía desnaturalizar los sentimientos y los caractéres; y en más de una ocasion estuvo tentado por provocar explicaciones categóricas y huir del castillo para no volver más.

Reteníale, empero, un vislumbre de esperanza.

—Ni el abuelo ni Conrado quieren revelarme lo que pasa, se decía á sus solas. Magdalena, que es mejor que todos nosotros, me lo revelará.

Esta idea, la idea de tener una explica-

cion con la jóven, le detenía en el castillo, pues no se podía resignar al pensamiento de abandonar para siempre aquellos lugares sin saber lo que podía prometerse del corazon de Magdalena.

Pero Magdalena huía de él y esquivaba su encuentro con una tenacidad que llegó á inspirarle vivos recelos. Desde la noche en que tuvo lugar el funesto accidente no había podido habrarla á solas, y esta contradiccion le hacía sufrir.

—¡Ella no me ama! pensaba el desconsolado jóven. Si ella me amara ¿huiría de mí?

Un día en que el capitan Pedro Barrientos llegó de Yuste como de costumbre á visitarlos, salióle al encuentro Magdalena, y le dijo con mucho misterio:

—Capitan, ¿cuándo se empieza la guerra?

—Ya han salido de España algunos tercios, contestó Barrientos, mostrándose extrañado de aquella pregunta.

—Y decidme, añadió la jóven con aire distraido: ¿no irá Juan tambien?

—Puede ser que vaya, replicó Barrientos. ¿Lo sentiríais vos, hermosa niña?

—¡Yo! ¿sentirlo yo? De ningun modo; antes iba á suplicaros que le lleveis con vos.

Barrientos se quedó estupefacto.

—Sí, continuó la jóven; es preciso que Juan vaya á la guerra, porque la guerra es su sueño dorado. Tengo el presentimiento de que Juan ha de ser un capitan famoso. ¿Verdad que le llevareis con vos?

—En eso piensa el Emperador, contestó Barrientos.

—¡Oh! yendo con vos, dijo la jóven como si respondiera á un pensamiento oculto; yendo con vos, estoy segura de que tendrá quien vele por él en los momentos más solemnes del peligro. Porque vos amais á Juan, Capitan, ¿no es cierto?

—Le amo como si fuera mi hijo.

—Amadle, Capitan, amadle, porque lo merece. Yo rezaré por él y por vos, mientras esteis en la guerra.

—Gracias, noble criatura.

—Además, exclamó la pobre niña con cierta timidez y haciendo esfuerzos para contener sus lágrimas; además tengo que haceros un encargo, Capitan, por si vais á la guerra. ¿Quereis admitirle?

—Con mil amores.

—Deseo, dijo Magdalena, que cuando Juan haya partido de estos lugares, quizás para no volver á ellos jamás, le entregueis un sencillo presente mío.

—¿Vais á hacerle un regalo?

—Un regalo muy pobre, Capitan; pero que en la guerra puede tener mucho valor. Mi regalo se reduce á este escapulario.

Y diciendo esto, entregó á Barrientos uno, donde se veía estampada en seda amarilla una imágen de la Vírgen del Amparo.

—Como veis, Capitan, dijo Magdalena con voz balbuciente y con los ojos arrasados de lágrimas, el mérito de la prenda no está en los bordados, hechos por mí. El mérito está en que lleva la imágen de la Madre de Dios, que será su protectora en los combates.

Barrientos recibió con grande emocion el escapulario, y exclamó:

—Vuestros deseos serán cumplidos.

—Gracias, Capitan. Yo os pagaré el servicio en oraciones, que es lo que más necesita un soldado. ¿Cuándo partireis á la guerra?

—Dentro de seis días abandonará Juan el castillo: dos pasará en el Monasterio al lado del Emperador, y en seguida nos pondremos en marcha á buscar las banderas de D. Lope de Figueroa.

—Está bien, Capitan.

—¿Teneis algun encargo más que hacerme?

—Sí, dijo la encantadora niña con acento desgarrador; cuando le pongais á Juan el escapulario en el cuello, quisiera que le dijérais algunas palabras.

—¿Qué le he de decir?

—Al huérfano Juan le direis que se acuerde alguna vez de la pobre Magdalena, y al Infante de España D. Juan de Austria le direis que la olvide.

Y acabado esto huyó del lado de Barrientos presurosa como si hubiera cometido un crímen.

El Capitan no hizo esfuerzo alguno por contenerla, porque le embargaba la emocion.

—¡Le amaba! murmuró Barrientos con acento conmovido; le amaba y se resigna al sacrificio de perderle. ¡Noble y generosa niña!

Aquella misma tarde subió Magdalena á la torre.

Desde que tuvo con Pedro Barrientos aquella breve entrevista, parecía que su pecho estaba más desahogado, y que el arpon de los pesares duro no se clavaba tanto en su corazon.

Tranquila en su conciencia y resignada con su suerte parecía un ángel que llora de melancolía.

Tendió la vista por el valle solitario, que se destacaba radiante de luz y de hermosura, y al descubrir á lo léjos en el límite del horizonte la parda silueta del monasterio de Yuste y sus agujas, que parecían tocar en el cielo, brotó un sollozo ardiente de su pecho, y cruzó un recuerdo triste por su mente conturbada.

—Del monasterio vecino vendrá el que esperas, dijo. Estas fueron las palabras de la gitana. «El sol se desprende de uno de sus rayos para enamorarte. Teme al hijo del sol». ¡Oh! ¡Salomith, se ha cumplido tu prediccion!

Sonó un leve ruido á su espalda, y volvió la vista. Era Juan, que subía á la torre.

Al encontrarse los dos solos por primera vez después de algunos días, no pudieron ménos de bajar la vista y de ruborizarse.

Juan fué el primero que rompió el silencio.

—¿Sabeis, Magdalena, la dijo destilando sobre ella una mirada profunda; sabeis que he mudado de pensamienio respecto á la guerra, y que será muy posible que vaya á ella?

—Lo sé, contestó la jóven con tranquilidad aparente.

—¿Lo sabeis vos?

—Sí.

—¿Y de qué medio os habeis valido para averiguarlo?

—De uno muy sencillo. Esta mañana hablé con el Sr. Pedro Barrientos, y me dijo que dentro de ocho días partireis los dos.

—¿Eso os dijo?

—Eso, y añadió que tal era la voluntad del Emperador.

—¿Y vos, qué le dijísteis á él?

—Díjele que me parecía bueno el pensamiento.

—¿Así, pues, Magdalena, vos me vereis partir á la guerra sin disgusto, cuando me aconsejais que obedezca las órdenes del que á ella me envía?

—No solo os veré partir sin disgusto, sino que os aconsejo partais sin él.

Juan palideció.

Llevóse las manos al corazon para comprimirle, porque le hacían daño sus latidos, y con voz trémula dijo:

—Escuchad, Magdalena. Hace pocos días me anunció el capitan Barrientos la posibilidad de ir juntos á la guerra. Me preguntásteis si iría: os prometí que nó, y os alegrásteis. Hoy os anuncio lo contrario, y os alegrais tambien. ¿Es esto un cambio?

—Sí.

—¡Luégo no me amábais! exclamó el jóven con voz desesperada y sin poder contener su dolor.

El semblante de Magdalena se puso blanco como el marmol de Paros, y procurando ensayar una sonrisa amarga, se despidió del jóven diciendo:

—Adios, Juan, y sed dichoso. Acordaos de los días del valle como de un sueño que pasa y se desvanece.

Y sin poder reprimir la ardiente emocion de su alma, huyó de la torre precipitadamente á ocultar su dolor bajo el manto de la Vírgen de la capilla del castillo.

Juan se quedó aterrado, yerto, convulso.

Agolpáronse las lágrimas á sus ojos, y estos se resistían á escanciarlas: subían los suspiros á su garganta, y su garganta no podía exhalarlos. Entónces lanzó un gemido ronco, y corrió á su aposento como un insensato.

—¡Ella no me amaba! ¡Ella no me amaba! fué todo lo que pudo decir.

Y la desesperacion del jóven, tomando un carácter formidable, desarrolló en su cerebro y en su corazon una de las tempestades más aterradoras de la vida.

XIV.

EL RETO.

La reaccion es igual á la accion.

Si la desesperacion de Juan fué formidable, proporcionada á ella fué tambien la resolucion que tomó de ahogar para siempre en su pecho los gérmenes de aquel amor que le había ofrecido el más amargo desengaño.

A los primeros arrebatos sucedió una calma espantosa.

Levantóse el jóven al siguiente día de madrugada, vistióse y aderezóse en silencio: bajó al huerto y empezó á pasearse por las frondosas alamedas, esperando la hora para subir á saludar al anciano, que solía levantarse un poco más tarde.

El aire fresco de la mañana amortiguó un poco la hoguera que ardía en la frente de Juan.

Sería poco ménos la hora de las diez cuando se dirigió lentamente hácia los aposentos de Ruy Gomez.

Su aspecto era severo, grave y un tanto melancólico.

Penetró en la habitacion del anciano y halló ya á su lado á Conrado y á Magdalena.

Los saludó con cierta afabilidad y dijo al anciano:

—Señor, os pido permiso para abandonar esta morada, donde tantos beneficios he recibido.

Conrado bajó la cabeza con aire sombrío, y Magdalena dirigió al huérfano una mirada suplicante, impregnada de dolor y sentimiento.

Ruy Gomez sonrió al jóven con dulzura, y le dijo:

—¡Quereis abandonarnos ya! Segun nos anunció Pedro Barrientos, vuestra partida estaba fijada para de aquí á seis días. ¿Por qué quereis negarnos el placer de teneros en nuestra compañía ese corto plazo?

—¡Oh! señor, contestó el jóven con respeto y benevolencia, jamás olvidaré que en este castillo me habeis colmado de bondades; pero el Emperador ha dispuesto que parta á la guerra con Pedro Barrientos dentro de ocho días, y debiendo al Emperador tanta proteccion y amparo, justo me parece consagrarle las horas que me restan de libertad, antes de seguir á las banderas del Rey.

—Vuestro deseo es noble, exclamó el an-

ciano, pero estoy seguro de que contrista á mis hijos. ¿No es verdad, Conrado? ¿No es verdad, Magdalena?

Los dos jóvenes hicieron con la cabeza un signo afirmativo.

Juan se sonrió con amargura.

—Si á ellos les sucede lo que á mí, exclamó Juan recalcando las palabras, comprendo lo que debe costarles esta separacion; pero todo puede conciliarse. Antes de partir á la guerra vendré á despedirme de todos, y los días que he de permanecer en el monasterio de Yuste serían para mí más gratos si me acompañara Conrado. ¿Quereis permitirle venir conmigo, señor?

—¡Ir él con vos á Yuste! dijo el anciano con cierto espanto.

—¿Por qué no? Estoy seguro de que Conrado tendría mucho placer en que le presentara al Emperador.

—¡Yo! exclamó Conrado con voz sorda; ¡tener yo placer en que me presentárais á ese hombre!

—Sí, contestó Juan con ingénua sinceridad; el Emperador es un sér grande, noble, fuerte, y estoy seguro que os llenaría de admiracion.

—Os engañais, replicó Conrado impetuo-

samente. El Emperador, que á vos os parece un sér noble, grande y fuerte, me parece á mí un asesino vil, y ni puede llenarme de admiracion, ni tengo inquietud por conocerle.

Juan se puso pálido como un cadáver.

El anciano clavó en su nieto una mirada severa, que parecía un mandato de silencio, y en el rostro de Magdalena se dibujó una expresion de angustia indefinible.

La cólera de Juan estuvo á punto de hacer esplosion.

Habían insultado en su presencia al Emperador, al Emperador, á quien se lo debía todo, y era una miserable ingratitud no defenderle.

Una mirada de súplica, de amor, de ternura que le dirigió Magdalena, le contuvo por el momento y guardó silencio.

La conversacion volvió á versar sobre su regreso á Yuste, que quedó aplazado para de allí á tres días, en que debía volver Pedro Barrientos, y volvió á reinar la misma cordialidad aparente que venía reinando.

Pasaron el día juntos en la mayor armonía, como si nada hubiera pasado, y se olvidó al parecer el incidente de la mañana.

Empero no todos estaban tranquilos.

El corazon de las mujeres tiene el privi-

legio feliz de equivocarse rara vez en sus presentimientos, y en el de Magdalena se aposentaba una inquietud cruel, una angustia mortal, una incertidumbre desgarradora.

La calma forzada de Juan, su sonrisa sardónica, la gravedad y la reserva que tanto empeño ponía en ocultar, indicios eran de que en su alma se apacentaba algun designio tenebroso.

Había sido cruel el ultraje y Juan era agradecido.

Esta idea martirizaba á Magdalena.

Trascurrió el día sin novedad, llegó la noche, y cuando fué la hora del descanso, el anciano se retiró á su departamento como tenía de costumbre, y cada uno se dirigió á ocupar el suyo.

Pero Magdalena, á quien no podían sosegar las muestras de reconciliacion y de calma que había dado Juan, se quedó velando como el aguilucho en la soledad, y espió á los dos jóvenes en silencio.

Poco despues de haberse acostado el anciano, y estando ella oculta detrás de unos antiguos tapices, vió salir á Juan de puntillas de su aposento y encaminarse precipitadamente hácia el de su hermano.

Abrió la puerta y entró.

Magdalena oyó crujir la llave por dentro, y comprendió que la habían cerrado.

Aplicó el oido para escuchar, pero nada oyó.

Su corazon temblaba con violencia: su frente ardía: no podía respirar.

Estuvo indecisa si ir ó no á llamar á su abuelo; pero se decidió á esperar algunos instantes para ver si entendía algo de lo que pasaba dentro.

En vano todo. Una gruesa tapicería la impedía oir.

Ya iba á llamar á su abuelo, cuando volvió á sonar la llave en la cerradura.

Se ocultó y observó.

Era Juan que salía.

El jóven se volvió á su habitacion, se acostó y se durmió.

Poco tiempo despues no se oía en la casa el más leve rumor.

Magdalena se retiró entónces á su cuarto y tambien ocupó el lecho; pero en toda la noche pudo conciliar el sueño.

¿Qué había pasado en el cuarto de su hermano?

Ella no lo sabía, pero nosotros sí.

Juan había encontrado á su amigo todavía de pié.

Al verle Conrado entrar en su habitacion, manifestó sorpresa, porque no podía presumir á qué iba.

—Conrado, le dijo el jóven gravemente, vengo á hablaros de cosas serias é importantes.

—Decidlas si gustais, contestó Conrado.

—He cerrado la puerta para que nadie escuche, añadió Juan, porque no quiero tener por confidentes de esta entrevista más que á vos y á Dios.

—Habeis sido dueño de obrar como habeis obrado.

—Gracias. Lo que tengo que deciros, Conrado, es breve. Yo debo al Emperador lo que soy y lo que valgo. Poco es, pero todo se lo debo. Me recogió en mitad de una calle, próximo á ser víctima de una soldadesca desenfrenada. Me puso bajo la tutela de un hombre de bien, cuya esposa me dió crianza y educacion. Me trajo consigo á Yuste y me ha colmado de bondades. Cuanto un padre tierno y cariñoso puede hacer por un hijo, otro tanto ha hecho por mí. ¿Juzgais, Conrado, que yo tengo el deber de ser agradecido?

—Sí.

—Pues bien, Conrado, esta mañana habeis insultado horriblemente á ese hombre,

que ha sido para mí una especie de Providencia. Le habeis llamado asesino vil. ¿Paréceos, Conrado, que debo yo oir eso de él con calma si soy bien nacido?

—Nó, contestó Conrado secamente.

—Pues bien; decidme que os habeis engañado, decidme que no supísteis lo que dijísteis, decidme que estábais loco, trastornado, como noto de algun tiempo á esta parte que lo estais. Decidme que habeis mentido: dadme una explicacion cualquiera de aquellas palabras, Conrado, y las olvido, y os perdono con todo mi corazon.

—Es inútil que pidais esa explicacion, dijo el castellano friamente, porque no puedo dárosla.

—¿Que nó? exclamó Juan con acento de rábia.

—Nó.

—Mirad lo que haceis, Conrado, añadió el jóven sordamente.

Y sus ojos centelleaban como carbunclos.

—Lo que dije, está dicho, exclamó Conrado. Asesino fué el Emperador, y asesino es.

—¡Mentís! gritó Juan, poniéndose lívido.

Conrado se irguió y empuñó su daga con crispada mano.

—La ofensa que me habeis hecho pide

sangre, dijo Juan. Pudiera tolerár que en mi persona me ultrajárais, que me despreciárais, que me abofeteárais; pero ultrajar al hombre que amo y respeto más en el mundo, al hombre en quien, durante muchos años, solo he visto un padre, eso no puedo consentirlo, ¡vive Dios! y teneis que darme satisfaccion con la espada.

—Os la daré, respondió Conrado con cierto gozo cruel; os la daré siempre que me ayudeis á evitar que lo sepa mi abuelo.

—Nada tiene que saber, exclamó Juan. La ocasion del duelo es justa: nuestras condiciones perfectas. El favor que os hice, pagado me le habeis con usura. Así, pues, somos igual para igual, y el mejor testigo Dios.

—Pues bien, fijemos el sitio.

—Fijadlo vos.

—Ninguno encuentro más propio ni menos ocasionado á sorpresas que el panteon del castillo.

—Me place.

—Mañana á la noche, despues de la cena, bajo yo el primero, con dos espadas iguales, al panteon. Así que trascurran algunos instantes, para disimular el intento, bajais vos, y á la luz de la lámpara grande que alumbra los sepulcros, nos acuchillamos.

—Acepto, Conrado, y hasta mañana.

—Hasta mañana.

Los dos amigos se separaron.

Tal fué la escena que no pudo presenciar ni oir Magdalena, pero que presagió temblando.

La pobre niña pasó la noche en un insomnio cruel.

XV.

EL PEREGRINO.

Así que amaneció abandonó Magdalena el lecho del descanso, que para ella había sido lo mismo que el de Procusto, y bajó á la capilla á orar ante la Vírgen y á pedirla inspiraciones.

¿Qué hacer en medio de tantas dudas, de tantos terrores, de tantas zozobras como la mortificaban?

Revelar sus sospechas á su abuelo era lo mejor; pero este medio ofrecía el peligro de irritarle contra su hermano, presentando á éste como desobediente, y exponiéndole por lo tanto á sufrir un castigo terrible.

Magdalena conocía el carácter de su abue-

lo: sabía que era rigoroso, inflexible, y que si juzgaba á su hermano reo del delito de lesa hospitalidad, sería capaz de imponerle un terrible castigo.

Además, como no tenía indicios siquiera del proyecto de los dos jóvenes y solo era una simple duda la que servía de base á sus temores, consideró prudente evitar á su abuelo aquel disgusto.

Así estuvo la pobre niña batallando hasta el medio día sin saber qué hacer para prevenir cualquier suceso que ocurrir pudiera entre los dos jóvenes; pero al fin concibió un medio, que le pareció conciliatorio, y sin perder momento se resolvió á ejecutarlo.

Bajó á buscar al anciano Berenguer, alcaide del castillo, que la había visto nacer y que adoraba en ella, y llamándole aparte, ensayó con él mil caricias y zalamerías, y le dijo:

—Viejecito mío, tú no puedes negarme nada, ¿no es verdad? Hoy necesito de tí.

—Si es cosa que yo puedo hacer, contestó el adusto guerrero, mandad. Y os advierto, querida niña, que por vos puedo yo hacer mucho, aunque sea andar á estocadas con el diablo.

—Ménos que eso es, ménos que eso es. Se trata simplemente de reventar un caballo y

de ir y venir en ménos de dos horas á un convento de frailes.

—En no siendo al convento de Yuste, dijo Berenguer, á todos iré de buen grado, aunque se hallaran clavados en los picachos del Piornal como los nidos de los buitres.

—Pues al convento de Yuste es donde tienes que ir.

—¡A la residencia del *flamenco*! Voto á cien legiones de brujas: primero consentiría que me desollaran vivo como á San Bartolomé.

—Irás, irás, porque te lo pido yo, y me hace mucha falta. ¿Verdad que irás?

—¡Magdalena! querida niña...

—Vamos, que irás. Y si no lo haces, no te volveré á mirar ni á acariciar en mi vida, añadió la jóven dándole palmaditas en el hombro, porque me habrás impedido ejecutar una buena accion.

El viejo se rindió.

—Iré al infierno por vos, dijo.

Magdalena le dió en premio un abrazo.

—Prepara tu caballo, exclamó. Yo voy á poner dos letras en un pergamino. Las llevas. Preguntas por el Sr. Pedro Barrientos, le entregas mi carta y te vienes volando como el viento. ¿Ofrece esto las dificultades de un arco de iglesia?

Magdalena subió á su habitacion, cerró la puerta y escribió sobre un pergamino lo que sigue:

«*Al Sr. Pedro Barrientos, capitan de los tercios.*

»Puede amenazar á Juan algun peligro en el castillo. Venid en mi ayuda esta noche y disponeos á llevarle mañana al Monasterio. Penetrad estas letras y volad en auxilio de vuestra amiga, que queda rogando por vuestra salud.—MAGDALENA».

Cerrado el pliego con cera, bajó de nuevo al patio.

El caballo de Berenguer piafaba ya encaparazonado.

Magdalena entregó el pliego al viejo alcaide, le recomendó que guardara el mayor secreto y le despidió. Berenguer partió al galope, atravesando el valle con la velocidad de una flecha.

Magdalena subió á ver á su abuelo, á quien encontró acompañado tranquilamente de los jóvenes.

Bajaron los cuatro al huerto á pasar la tarde y se entregaron con la cordialidad de siempre á sus recreos.

Magdalena observaba alternativamente á los dos jóvenes; pero en sus rostros no halló más signos que el de su impasibilidad característica.

Ni una mirada de recelo, ni un gesto de odiosidad, ni una palabra dura revelaron á la jóven que entre su hermano y Juan pudiera existir el abismo que ya se había abierto, ni mediar el proyecto de duelo que debía consumarse aquella noche.

—¡Me habré equivocado! pensaba la generosa doncella. Quizás habré ido demasiado lejos avisando al Capitan.

Sin embargo, á pesar de raciocinar así, los presentimientos infaustos no se apartaban de su corazon.

A la caida de la tarde la jóven no podía ya permanecer tranquila en el huerto: esperaba á Berenguer y se la hacía que tardaba demasiado.

Entónces pensó en que no habría encontrado á Pedro Barrientos en el monasterio, y que su tardanza consistiría en que se habría quedado hasta verle y evacuar su comision.

Magdalena se dirigió sola al castillo con el fin de hablar á Berenguer así que llegase.

No se hizo éste aguardar mucho tiempo.

Antes de la puesta del sol se hallaba de vuelta.

Magdalena, que estaba observando desde una ventana alta, bajó presurosa al patio.

—¿Viste al Capitan? preguntó al viejo alcaide.

—Sí, querida niña, y al *flamenco* tambien le ví, contestó Berenguer con voz ronca.

—¿Y le entregaste mi carta?

—Se la entregué.

—¿Y qué te respondió?

—Despues de haberse metido en el palacio del *austriaco* y de haber pasado en él un buen trecho de tiempo, salieron los dos juntos y me habló así: «Decid á Magdalena que he penetrado sus letras y que se hará lo que desea». Despues monté á caballo y volví grupas á aquel endiablado convento con la ligereza de un venablo.

Magdalena estaba radiante de alegría.

—¡Oh! si ha penetrado mis letras, pensó, nada malo sucederá, porque vendrá en mi auxilio.

Y volviéndose hácia el viejo servidor, le acarició y le dijo:

—Gracias, mi fiel Berenguer; gracias, mi buen amigo. Me has hecho un gran servicio y es preciso que acabes de completarle. Es preciso que nadie sepa esto.

—Nadie lo sabrá.

Magdalena se despidió de él y subió de nuevo al castillo.

Su abuelo, su hermano y Juan habían ya regresado del jardín y estaban en el salon que servía de refectorio, esperando la hora de la cena.

Tendió la noche su negro manto, igualando los valles con las montañas, como iguala la muerte todas las categorías.

Cubrióse la mesa con los blancos manteles y se colocó el rubio pan en los canastillos.

Reforzóse el fuego de la chimenea con un grueso tronco de encina, y dando Ruy Gomez el ejemplo, cada uno fué á ocupar su puesto en torno de la mesa.

Ya iba el anciano patriarca á pronunciar el *Benedicite* cuando se presentó Pedro Barrientos en el dintel de la puerta.

Magdalena no pudo contener un movimiento de alegría.

Acompañaba al Capitan un romero de los que con frecuencia pasaban por aquel país haciendo el viaje á Santiago de Compostela.

Venía el peregrino pertrechado con su bordon, con su sombrero de anchas alas lleno de medallas y conchas, con su muceta de

buriel y un ancho ropon de paño burdo, que le cubría de arriba á abajo.

Tapábale el rostro un tupido antifaz negro; pero esta circunstancia no era rara entónces, porque muchos peregrinos formaban votos de no descubrirse el semblante hasta despues de haber visitado el sepulcro del santo Patron de España.

Adelantóse Barrientos con el sombrero en la mano hácia el viejo castellano, que se había levantado para recibirle, y exclamó:

—Vengo, señor, á pediros hospitalidad por esta noche. Siendo indispensable que Juan se halle mañana sin falta en el Monasterio antes del medio día, he venido por él acompañado de un solo criado.

—Esta morada, Capitan, respondió el anciano con amistoso acento, está siempre á disposicion del que invoca el sagrado derecho de la hospitalidad. Siempre que á mi castillo viene un huésped, creo que Dios me le envía. Considerad cuál será mi gozo al ver que esta noche sois vos el enviado de Dios.

—No soy yo solo, replicó Barrientos: antes de llegar al castillo me encontré extraviado en el valle este peregrino que me acompaña, el cual tiene hecho voto de no descubrirse el semblante hasta acabar su romería.

Siendo ya de noche y poco ménos que imposible encaminarle al Monasterio, le ofrecí en vuestro nombre alojamiento en este castillo, comprendiendo que os sería agradable recibirle.

—Alojamiento y mesa tendrá el romero en mi casa, contestó el anciano, y tampoco le faltará un lecho aderezado de blanco lino para el reposo.

El peregrino se acercó á Ruy Gomez y quiso besarle las manos en señal de reconocimiento; pero el anciano no lo consintió, antes bien le tendió los brazos y le dijo:

—No teneis que besarme las manos porque yo os conceda lo que de derecho os corresponde. A mí toca besar las vuestras, porque sois penitente y venís asistido de la gracia de Dios.

Y dicho esto, cogió de la mano á Barrientos y al peregrino, y los llevó al sitio destinado en la mesa á los huéspedes, el cual estaba siempre dispuesto y servido por si alguno llegaba á ocuparle.

—Hé aquí vuestro lugar, exclamó Ruy Gomez señalando dos sitiales á los huéspedes. Antiguamente, cuando ejercían la hospitalidad nuestros mayores, lo hacían con mayor espendidez que hoy, y era costumbre bañar

en agua de rosas al forastero, ponerle una túnica de brocados, rociarle con pomos de esencia y sentarle á la mesa en medio del castellano y de la castellana. Hoy están en desuso aquellas buenas costumbres; pero este sitio aderezado y servido tal como lo encontrais, os demuestra al menos que os esperábamos.

Sentáronse Barrientos y el peregrino, éste sin desplegar sus lábios, aquél cambiando con Magdalena un signo de inteligencia y algunos saludos amistosos con Juan y Conrado.

Pronunció despues el anciano el *Benedicite*, que iba á comenzar cuando llegaron los huéspedes, y en seguida se dió principio á la cena con la sencillez y cordialidad más amables.

Barrientos, que no separaba sus ojos de Magdalena, parecía querer sondear los pensamientos de la podre niña, interrogándola en silencio con su mirada acerca de los motivos que había tenido para llamarle; pero Magdalena no podía explicárselos en aquel momento y se contentaba con dirigirle las más dulces y hermosas sonrisas.

Viendo el Capitan que era imposible hacerse entender de Magdalena, fijó en Juan y

en Conrado su mirada escrutadora; pero nada observó que pudiera hacerle entrar en sospechas acerca del peligro que le anunció la nieta de Ruy Gomez.

En ciertos instantes se le figuró distinguir en el ceño de Conrado los signos de una preocupacion sombría; pero como no tenía antecedentes de lo que había pasado, achacó aquella preocupacion al dolor que experimentaría el jóven al saber que iba á separarse tan pronto de su mejor amigo.

Por las señales exteriores nada pudo adivinar Barrientos. El rostro del anciano aparecía inalterable y tranquilo, y su mirada era serena como la linfa de un río que permite ver las arenas que lleva en su fondo. Magdalena no hacía más que sonreir, y Conrado y Juan conservaban su jovialidad encantadora.

¿Dónde estaba el peligro anunciado por Magdalena? ¿Qué misterio era aquel que Barrientos no podía penetrar?

El Capitan se devanó los sesos durante la cena por congeturar lo que podría ser, y al fin concluyó por aburrirse, esperando el momento en que Magdalena pudiera hablar con él á solas y enterarle de todo lo que supiera.

Habían notado Ruy Gomez y todos, que

el peregrino, cuyo tupido antifaz no permitía descubrir un vislumbre de su rostro, y cuyo silencio no se había quebrantado una sola vez, apenas gustaba los alimentos; pero no le instaron á que perdiera su templanza, porque no era costumbre en aquel tiempo, en en que se ofrecía la mesa á los huéspedes con tan buena voluntad.

Acabada la cena, se levantó el anciano y pronunció la oracion de gracias, que repitieron todos de pié con buen talante, y terminada la oracion, invitó Ruy Gomez á Barrientos y al peregrino á conversar con él al amor de la lumbre.

En aquel momento Conrado cambió con Juan una mirada de inteligencia y salió del aposento.

Magdalena sorprendió aquella mirada, y sintió un vuelco en el corazon.

Disimuló su turbacion y permaneció serena.

Entónces se levantó tambien con aire distraido para no despertar recelos, y salió de la estancia.

XVI.

LA REALIDAD.

Así que Magdalena salió del refectorio, deslizóse á lo largo de los oscuros corredores del castillo y se dirigió hácia la habitacion de Conrado.

Cuando la jóven llegaba, Conrado salía.

El mancebo se presentó embozado en una larga capa negra, que le cubría de pies á cabeza.

Al ver Conrado á su hermana cerca de su aposento, no pudo contener un gesto de disgusto, contrariado por aquel encuentro.

—¿A dónde vas, Magdalena? le preguntó.

—Voy á dar una vuelta por la habitacion de los huéspedes, contestó la doncella.

Aquella habitacion se hallaba contigua á la de Conrado.

El jóven creyó á su hermana.

Despues le preguntó ella á dónde se dirigía tan embozado, y el mancebo la contestó con alguna turbacion:

—Voy á las caballerizas: está malo mi

corcel de caza, y como corre un relente frío, me he puesto esta capa de abrigo para preservarme.

Magdalena hizo como que daba crédito á su hermano, y se dispuso á continuar su camino con el aire más natural.

Conrado se despidió de ella con cierta emocion, y se alejó á pasos precipitados.

La jóven no le perdió de vista, y deslizándose silenciosa á lo largo de los muros, como un fantasma, ocultándose unas veces detrás de los tapices y recatándose otras cuidadosamente, siguió á Conrado sin poder contener los latidos de su corazon.

El mancebo se dirigió hácia la escalera principal del castillo. Al poner el pié en el primer escalon, levantóse un poco el ancho vuelo de su capa, y Magdalena vió á favor de aquel descuido las aguzadas puntas de dos espadas, que debía llevar ocultas bajo sus pliegues.

No se había engañado en sus presagios: Conrado iba á intentar alguna cosa terrible.

Sintió la generosa doncella bañada su frente en sudor frío: apoderóse de su pecho un terror de muerte, y tembló de pies á cabeza al considerar las desgracias que podían sobrevenir.

Persistió, pues, en seguir á Conrado, ocultándose cautelosamente de su vista, y le vió dirigirse hácia la capilla.

Hallábase ésta iluminada por el resplandor de una lámpara de plata, que pendía de la techumbre, y en el altar de la Vírgen ardían dos velas, que Magdalena encendía todas las noches.

El jóven se despojó de su birrete al entrar en la capilla, pasó por delante del altar sin desembozarse, y se dirigió al panteon de la familia, cuya puerta tenía siempre la llave en la cerradura.

—¿Qué irá á hacer en el panteon? murmuró Magdalena. Ha pasado por delante de la Vírgen sin rezar, prueba que no abriga buenos pensamientos.

La doncella se quedó clavada á la puerta de la capilla sin decidirse á avanzar ni á retroceder.

Aterrada, muda, yerta, dominada por los más infaustos presentimientos, dirigió á la Vírgen una mirada suplicante poniéndola por intercesora de lo que pudiera suceder.

Su agonía era mortal.

Cuando aun no sabía qué partido tomar, oyó ruido de pasos y se ocultó detrás de una estátua antigua de piedra que estaba á la

puerta y que representaba un guerrero de su familia.

Las pasos se acercaron, y Magdalena descubrió á Juan al resplandor rojizo de la lámpara, viéndole penetrar en la capilla lentamente con la cabeza despojada.

El jóven se dirigió al altar, se arrodiiló ante la Madre de Dios y estuvo orando fervorosamente algunos momentos.

Magdalena distinguía su semblante de perfil y percibió las señales de dolor y de amargura que en él estaban bosquejadas.

Una lágrima pura, una lágrima ardiente, testimonio desgarrador del primer desengaño, rodó en silencio por las mejillas del huérfano, y cayó sobre su pecho como una gota de fuego, que debía acrecentar el incendio que le devoraba.

Magdalena contempló aquella lágrima con profundo sentimiento, y se la agradeció al doncel desde el fondo de su corazon, porque creyó que se la consagraba.

Despues se levantó Juan con frío y sereno continente, y se dirigió al panteon del mejor talante.

Abrió la puerta y entró.

Al verle desaparecer, Magdalena estuvo á punto de lanzar un grito y de caer desfallecida.

Pidió valor á la Vírgen, elevando hasta ella su pensamiento, y pálida, trémula, convulsa, agarrada á las frías paredes de la capilla se arrastró penosamente hasta la puerta del panteon.

Al pasar por en frente de la Vírgen no pudo menos de dirigirla una mirada dolorosa, desgarradora, impregnada de desesperacion.

—Tened piedad de nosotros, madre mía, murmuró; y cayó de rodillas á la puerta del subterráneo.

Al principio no oyó nada, porque le zumbaban los oidos.

Reinaba en aquel recinto el silencio de las tumbas, y solo se percibía el chasquido de los cirios que ardían en el altar.

Poco despues oyó airada la voz de Juan dentro del panteon, y la de su hermano, que retumbaba como el trueno, profiriendo palabras que debían acrecentar la cólera de Juan.

Aplicó la vista á la cerradura, y por el ojo de la llave descubrió á su hermano, que tenía empuñada una espada, cuya hoja brillaba con el fulgor siniestro de un cometa.

Cerró los ojos para no ver más y se agarró de nuevo al muro para no caer de espaldas.

Entónces pálida, casi muerta, transida de

espanto, con el cabello erizado de horror, conteniendo un grito formidable que se heló en su garganta, se lanzó fuera de la capilla, subió la escalera principal, y jadeante, loca, desmelenada, llegó al aposento donde estaban su abuelo, el Capitan y el peregrino conversando pacíficamente al resplandor de la lumbre, y á duras penas pudo tartamudear:

—Una gran desgracia... bajad... corred... volad al panteon. Juan y Conrado se están acuchillando.

Y rendida por aquel doloroso esfuerzo, cayó sobre un sillon y se cubrió el rostro con las manos para comprimir sus lágrimas.

Tres gritos terribles, espantosos, desgarradores, lanzados por Ruy Gomez, por Barrientos y por el peregrino, que hasta entónces había permanecido silencioso, resonaron á la par en la estancia, y como si las tres personas hubieran sido movidas por un resorte, se lanzaron hácia la puerta en seguimiento de Ruy Gomez, que hacía la guía.

Magdalena se puso de rodillas así que partieron, levantó sus manos al cíelo y exclamó:

—¡Que lleguen á tiempo, Dios mío! ¡Que lleguen á tiempo de salvarlos!

XVII.

EL DUELO.

Mientras tuvo lugar la anterior escena, otra de mayor interés se estaba representando en el panteon.

Ya hemos dicho que aquel sitio más que lúgubre era agradable, y que no infundía ese terror que suelen infundir las pavorosas mansiones de la muerte.

Sus vastas y espaciosas bóvedas, sosteninas por arcos de un corte primoroso, se ostentaban bien conservadas: los sepulcros de piedra, distribuidos con simetría á lo largo de los muros, dejaban ancho espacio en el centro para circular libremente, y los dos mausoleos de mármol que encerraban las cenizas de los últimos malogrados herederos de Ruy Gomez, se destacaban uno en frente de otro en el comedio de la galería, presentando un aspecto gallardo.

Una lámpara grande de alabastro pendía de la bóveda y sostenía doce velas de cera amarilla, que iluminaban el recinto con su

pálido reflejo, bañándole de una media tinta que le prestaba un colorido fantástico.

Así que Conrado bajó al panteon se quitó la capa y depositó sobre el mausoleo de su padre las dos espadas que llevaba ocultas. Despues se arrodilló y murmuró en voz baja estas atroces palabras:

—¡Padre mío! llegó la hora de la venganza. Mirad si amaré y honraré vuestra memoria, cuando no vacilo en sacrificar al mejor de mis amigos.

Dicho esto, se levantó el jóven tranquilamente, inspirado por el fanatismo de sus rancias preocupaciones, y esperó.

Sin embargo, á pesar de su calma aparente, sentía en el corazon un malestar indefinible.

Iba á cruzar su acero con el de un jóven amable, que le había salvado la vida y dispensado la más generosa amistad. Iba á ejecutar una venganza ruin, y desde el fondo de su conciencia, sin comprenderlo él, comenzaba á levantarse ya la voz inexorable de los remordimientos.

Pero amamantado en aquellos funestos sistemas de rencores que habían formado su corazon desde la edad más tierna, desvanecido por las ideas de su tiempo, que todavía se

inclinaban en favor del derecho cruel de la venganza, la generosa voz de su conciencia fué ahogada y reprimida dentro de su pecho por el peso abrumador de los más sombríos raciocinios.

—Las faltas de los padres recaen sobre los hijos hasta la cuarta generacion, decía Conrado, y mi abuelo afirma que dice la Escritura que las ofensas se han de vengar ojo por ojo y diente por diente.

De esta manera procuraba el desdichado fanático justificar una resolucion bárbara y cruel, reprobada de comun acuerdo por las leyes divinas y humanas.

Al cabo de veinte minutos de espera se presentó Juan en el panteon. Dirigióse con seguro paso y serena apostura á Conrado, le saludó con un movimiento de cabeza y esperó.

El jóven castellano tomó las dos espadas del mausoleo y se las presentó á Juan para que eligiera la que tuviera por conveniente. Juan tomó una sin detenerse á mirarla, y bajando la punta hácia el suelo, dijo á su amigo:

—Conrado, permitidme que os dirija algunas palabras antes de emprender el combate. ¿Sereis tan bondadoso que me concedais esta gracia?

Conrado bajó tambien la punta de su acero y contestó con acento sordo:

—Hablad.

—Conrado, exclamó Juan con voz dulce y melancólica, no deben matarse dos amigos sin que su corazon sufra dolor intenso. El mío es tan grande, que me condena al mayor de los martirios. Sí, Conrado; desde anoche en que os escuché hablar en mi daño, ultrajando al hombre que más estimo y venero, soy muy desgraciado; pero vos conoceis que yo tengo que cumplir este deber penoso, porque soy bien nacido.

—Lo conozco.

—Pues bien, Conrado, si lo conoceis, sed generoso. Os lo pido, os lo suplicaré de rodillas si es preciso: evitadme este duelo sacrílego, este duelo sin ejemplo, que á nada conduce. Quitadme la vida si quereis, atravesadme el pecho con vuestra espada si os place; pero retirad las palabras que dijísteis contra el Emperador.

—¡Nunca! exclamó Conrado con ira.

—Pensad con calma, Conrado, añadió Juan, y no seais insensible á los más tiernos afectos del corazon, á la voz de la amistad, que es una virtud santa. ¿Qué os proponeis con este duelo? ¿Es por ventura quitarme

una vida que yo no codicio? Pues aquí la teneis. ¿Quereis que yo mismo me atraviese el pecho con ese acero en vuestra presencia? Pues pronunciad una palabra y vereis si lo hago. Muera yo, muera yo si mi muerte os satisface y agrada; pero muera yo oyéndoos rectificar vuestros juicios sobre el Emperador; muera yo oyéndoos retirar aquellas palabras infames que todavía zumban en mis oidos como pregon escandaloso de ignominia; muera yo, Conrado, sin tener que defenderle batiéndome con vos.

—Ya os he dicho que lo que pedís es imposible.

—¡Imposible! exclamó Juan; ¿por qué ha de ser imposible que reconozcais vuestro yerro y confeseis aquí, delante de mí, sin humillacion ni afrenta, sin testigos que lo presencien, que os habeis equivocado? ¿Qué interés podeis tener en afirmar hasta con la punta de ese hierro que el Emperador es un asesino vil?

—Tengo interés en ello, contestó Conrado. Si no le tuviera, ¿creeis que hubiera consentido que bajáramos á matarnos?

—Por la última vez, Conrado, dijo Juan cayendo de rodillas ante su amigo, vedme á vuestros pies haciendo el postrer esfuerzo

por ablandar vuestro buen corazon. Confesad vuestro pecado. Dadme una disculpa cualquiera. Decidme que habeis insultado al Emperador sin querer, que no supísteis lo que dijísteis. Decidme cualquier cosa para evitarme el lidiar con vos como contra el mayor enemigo en defensa de la honra del Emperador.

—¡Oh! exclamó Conrado con voz sombría, no os canseis en pedirme lo que no puedo hacer.

Y golpeando con el pomo de su espada el mármol frío de los dos mausoleos de sus padres, gritó con voz terrible:

—¿Veis estos dos sepulcros? Este es el de mi padre. Este es el del padre de mi padre. Eran dos bizarros caballeros de estos reinos, eran la gloria de su casa, eran la alegría de su familia. Por leves faltas fueron mandados degollar los dos sobre un cadalso por el Emperador con una ferocidad implacable, viéndose mi pobre abuelo privado del báculo de su vejez, Magdalena y yo huérfanos, y nuestra familia infamada y deshonrada para siempre. ¿Os parece que puedo yo retirar mis palabras sin ser villano y mal nacido? ¿Os parece que puedo perdonar á ese hombre sin que los manes irritados de mis padres

me persigan hasta en sueños y me atormenten con su maldicion? Nó; yo no puedo hacer lo que pretendeis. Asesino dije que fué ese hombre inícuo y miserable: asesino fué y ladron de mi honra: asesino es, y lo mantengo de bueno á bueno.

—¡En guardia! gritó Juan con voz cavernosa, levantándose de un salto como una pantera y blandiendo en sus manos la cuchilla.

Conrado tendió el brazo, y los dos jóvenes cruzaron los aceros.

En aquel momento se abrió la puerta, y oyeron á sus espaldas una voz formidable, que semejaba el rujido de la tempestad, la cual les dijo:

—Deteneos, insensatos, ó temed mi furor.

Juan y Conrado soltaron las espadas y bajaron la cabeza avergonzados.

Habían conocido aquella voz.

Era la de Ruy Gomez, que se precipitó en el panteon seguido de Barrientos y del peregrino.

XVIII.

EL JUEZ DE SU CAUSA.

El aspecto del anciano era imponente.

Temblábale la barba de coraje, brillaban sus ojos como centellas, y descubríase en su ceño una expresion aterradora.

Abarcó con su mirada irritada la escena que ofrecían los dos jóvenes, adelantóse hácia ellos con paso firme y continente majestuoso, tomó á Conrado de la mano, y severo, impasible como la estátua de la fatalidad, le arrastró consigo hasta el sepulcro de su padre.

Barrientos y el peregrino se quedaron de pié á la entrada del panteon.

El anciano se sentó sobre la cornisa del mausoleo, y sin soltar de la mano á su nieto, exclamó:

—De rodillas, mal caballero, que voy á juzgar vuestra conducta desde el sepulcro de vuestro padre.

Conrado cayó de rodillas á los pies de su

abuelo, como cae el roble bajo la segur del leñador.

Barrientos y el peregrino no se atrevieron á intervenir, porque el aspecto del viejo infundía pavor.

Juan, con las manos cruzadas y la frente baja, esperaba temblando el desenlace de aquel drama.

Soltó el anciano la mano de su nieto, que había oprimido como un torniquete, y con una frialdad glacial exclamó:

—Confesad vuestra culpa en voz alta.

De los ojos de Conrado se desprendió una lágrima de fuego.

—Señor, dijo Juan adelantándose para hacer un esfuerzo generoso en favor de su amigo; Conrado es inocente. El culpable soy yo.

—¡Silencio! exclamó el anciano con voz formidable. Yo soy el juez de mi causa, y de puertas adentro de esta fortaleza tengo el derecho de administrar justicia, lo mismo que el rey en sus dominios.

Y volviéndose hácia Conrado, añadió:

—Hablad, rendidme cuentas de vuestra villanía.

—¡Oh! exclamó Juan sin poderse contener, yo no debo, yo no puedo consentir la humillacion de Conrado. El es inocente. Yo

he sido su provocador: yo le he arrastrado á este lance que habeis impedido. Descargad sobre mi cabeza, señor, el peso de vuestra cólera.

El anciano, sin atender las razones de Juan, clavó sus ojos en su nieto, le sacudió el brazo fuertemente y gritó con voz de trueno:

—¿Acabareis de hablar, miserable?

Conrado no contestó.

Con la frente inclinada, con el corazon temblando, esperó su sentencia sin defenderse.

El anciano se levantó con ademan imponente.

Habían llegado ya al pantcon algunos de los servidores del castillo armados con espadas y picas, y detrás de Barrientos y del peregrino se descubría á Berenguer, que armado á la ligera, acaudillaba aquella cohorte.

—Habeis faltado á las leyes de la hospitalidad, dijo Ruy Gomez á su nieto con acento grave; habeis faltado á las leyes del honor, haciendo armas contra vuestro huésped. Es la primera vez que ocurre un caso igual en vuestra familia. La primera y la última será, vive Dios, porque os juro por San Jorge que el escarmiento ha de ser proporcionado á la culpa.

Barrientos y el peregrino trataron de intervenir; pero el anciano los rechazó poniéndose lívido de furor.

—Apartaos de mí, dijo. Ya que habeis presenciado la humillacion de mi casa, dejadme restaurar el honor de mi estirpe en la forma que me corresponde.

Y adelantándose hácia sus servidores, exclamó:

—¡Hola! Berenguer, avanza con mis escuderos.

El alcaide se colocó al lado de su señor sin replicar palabra.

—Conducid á Conrado á la torre del saliente, y ponedle guardias á la puerta del encierro. Interin se resuelve su causa, Conrado es nuestro prisionero, y como tal será tratado.

El jóven se levantó humildemente y se dispuso á partir.

Conocía el carácter inflexible de su abuelo, conocía que una vez resuelto á una cosa no había fuerzas que le hicieran desistir. Por eso no hizo la más ligera observacion.

Barrientos y el peregrino, llenos de admiracion, no sabían qué partido tomar; pero como vieran que iba el jóven á ser conducido á la torre, quisieron interceder por segunda vez.

En vano todo. La dureza del viejo era de roca.

—Obedeced, gritó con imperio.

Y Conrado se puso en marcha, seguido de su escolta.

Al salir del panteon entraba Magdalena.

La jóven comprendió á primera vista lo que había pasado, y lejos de oponerse á la prision de su hermano, se felicitó en su interior de que su abuelo hubiera tomado aquella resolucion.

—Así se conjura ahora el peligro, pensó, y mañana, cuando Juan esté ya lejos del castillo, yo desarmaré la cólera del abuelito.

Adelantóse hácia el anciano, sonriendo, y le prodigó las más tiernas caricias.

—Sosegaos, le dijo; esto no vale la pena. Venid conmigo á vuestro aposento, que yo calmaré vuestro dolor.

—Mi dolor es tan grande, exclamo Ruy Gomez con amargura, que no admite consuelo, hija mía. Por la primera vez de mi vida he sido humillado en presencia de las gentes por una de las faltas más feas que se pueden cometer. Sí, Magdalena; la falta de Conrado es tan negra, que oscurece el brillo de los timbres de nuestra casa, y aunque me

siento inclinado á la indulgencia, no puedo perdonarla.

—Perdonadla, señor, balbuceó Juan conmovido; Conrado no ha faltado á las leyes de la hospitalidad. Yo le provoqué, yo le insulté de tal manera, que se hizo preciso este lance. Poned en libertad á Conrado, señor, ó reducidme tambien á mí á prison. Considerad que no es justo castigar al inocente y dejar impune al culpable.

—Generoso jóven, dijo Ruy Gomez tendiéndole la mano, comprendo bien el noble intento de vuestra honrada mentira; pero mi corazon me dice que Conrado es culpable, y el corazon de un anciano de mis años nunca se engaña. Aunque vos le hubiérais injuriado y provocado, nunca podría justificar haber desnudado la espada contra vos, porque érais nuestro huésped, y el huésped es inviolable. Dejáraos salir del castillo, y si le habíais ofendido, matáraos despues. Pero aquí, bajo este techo, amparado del seguro de la hospitalidad... ¡oh! no á vos, al mayor enemigo no hubiera yo tocado á una sola hebra de sus cabellos.

Hizo una breve pausa, y añadió con profundo sentimiento:

—Perdonad, amable jóven; perdonad esta

felonía, debida, más que á la maldad, á la juventud de Conrado. Perdonad vosotros tambien, dijo volviéndose á Barrientos y al peregrino, este ruin ejemplo que habeis presenciado en mi casa, y que yo no he podido impedir. No reveleis á nadie el delito que aquí se ha cometido; y mirad por el rubor que enrojece mi semblante la vergüenza que sufre ante vosotros este infeliz anciano.

—¡Abuelo de mi alma! exclamó Magdalena llorando y oprimiendo las manos del venerable viejo.

Barrientos y el peregrino acudieron tambien á consolarle, pero en balde. Esclavo de las leyes del honor, era inexorable para cumplirlas.

—Vivid tranquilo, jóven, bajo el techo de mi casa, dijo: nadie volverá á molestaros ni á quebrantar el seguro de la hospitalidad. Lo mismo os digo á vos, Capitan, y á vos, santo peregrino, que por primera vez nos habeis favorecido con vuestra presencia.

Y tomando á su nieta de la mano, añadió:

—Ven, hija mía. Nuestro destino no está entre los dichosos. Ven á llorar conmigo las faltas de tu hermano.

Dijo, y arrastrando consigo á Magdalena, salió del panteon con paso mesurado, llevan-

do la frente baja, como si la agobiara el peso de sus penas.

Barrientos, Juan y el peregrino los siguieron silenciosamente, sin atreverse á turbar aquel hondo dolor, que merecía tan alto respeto.

—¡Es un gran corazon! murmuró el peregrino casi al oido de Barrientos.

El Capitan contestó con un gesto afirmativo, porque le embargaba la emocion y no podía hablar.

Juan permaneció el resto de la noche preocupado, triste y taciturno.

Cuando se separó de Barrientos para dirigirse á su habitacion, díjole el Capitan en tono severo:

—D. Juan, ¿qué aventuras son estas?

El jóven miró de pies á cabeza al Capitan, y le contestó con desenfado:

—Unas aventuras más graves de lo que pensais.

—¿Pero se trataba de un duelo formal? preguntó Barrientos.

—Sí, contestó Juan con voz sombría; de un duelo implacable, encarnizado, á muerte, que empezó anoche y que concluirá en otra ocasion.

—¿Qué decis?

—¡Oh! nada me pregunteis, porque me dejaría hacer pedazos antes que revelarlo. Mas sabed, añadió el mancebo con honda desesperacion, que siendo Conrado el mejor de mis amigos, quiere mi bárbaro destino que tenga que acuchillarle y matarle forzosamente. Adios, Capitan, y pasad buena noche.

Barrientos se quedó estupefacto.

Entre Juan y Conrado debía existir un misterio terrible cuando el jóven se había expresado de aquella manera.

—¡Diablo! pensó Barrientos; esto es más grave de lo que yo creía.

Y sin perder momento se dirigió al aposento de los huéspedes, donde se encerró con el peregrino, que le esperaba.

XIX.

EL VENGADOR DE SU AGRAVIO.

Aquella noche la pasaron todos soñando despiertos.

Ruy Gomez porque creía, en su inocencia y sencillez primitivas, que la falta de su nieto era tan enorme que no merecía perdon.

Magdalena, porque pensaba en el estado de inquietud de su abuelo; y los huéspedes del castillo, por otras causas.

No la pasó Conrado con más tranquilidad.

Encerrado en la torre de Alicia, y tratado como un prisionero por su abuelo, sentíase dominado por dos afectos distintos, por la vergüenza de haber faltado á las leyes de la hospitalidad, tan respetables en aquel tiempo, y á la vez por no haber consumado sus terribles ideas de venganza.

La fealdad de su falta, la generosidad de Juan y el disgusto proporcionado á su abuelo, eran recuerdos que apenas podían contener los desordenados impulsos de aquella pasion de ódio ingerta en su corazon, que le llamaba constantemente á vengar los agravios recibido por su familia.

Cuando se mostraba dispuesto al perdon y al olvido, representábasele el cadalso de su padre con lúgubre colorido, figurábasele oir la voz del verdugo que pregonaba su infamia, recordaba los términos de la sentencia en que se apellidaban traidores y felones á los suyos, y parecíale ver brillar como un cometa el filo del hacha y separar de su tronco una cabeza ilustre, que se colgaba despues de

una escarpia para que sirviera de befa y de ludibrio á la muchedumbre.

Entónces llameaban sus ojos de furor y exclamaba:

—No le perdono, vive Dios, no le perdono. Le buscaré aunque se esconda en el centro de la tierra; le encontraré y morirá á mis manos sin piedad.

Ocupaba Conrado el salon morisco de la torre.

En una especie de antesala se había instalado la guardia, capitaneada por Berenguer, que amaba tiernamente al jóven, á quien había visto nacer, y que por hacerle más llevadero el encierro, se prestó á darle compañía aquella noche.

Pero Conrado, que estaba furioso como un leon, le rechazó y le dijo:

—Salid y dejadme solo: pues que estoy preso y sois vos mi carcelero, ocupemos cada cual nuestro puesto.

Berenguer se instaló en la antesala, y Conrado se encerró por dentro, corriendo el cerrojo de la puerta.

El jóven pasó la noche en vela, sentado unas veces en un sitial y otras paseando por el vasto salon.

Fué para él una noche de fiebre y de vigilia.

Hervía su cabeza como un volcan: levantábanse en ella las ideas como las llamaradas de un incendio cuyos combustibles se renuevan, y germinaban en su corazon los más opuestos y encontrados sentimientos, como si de todos ellos hubieran ingerido en él una semilla.

—¡Juan es tan bueno! decía algunas veces. ¡Es tan noble, tan generoso! Esta misma noche, cuando mi abuelo fulminaba contra mí las más terribles palabras, ¡con qué delicadeza, con qué espontaneidad salió á mi defensa, declarándose culpable y pregonando que yo era inocente! ¿Por qué no le he de perdonar? ¿Por qué no he de abrirle mis brazos? ¿Volveré yo por ventura á encontrar en el mundo un amigo tan bueno como Juan?

Así raciocinaba cuando dormían sus malas pasiones.

Pero cuando éstas revivían, cuando se alborotaban en su pecho en confuso desórden, exclamaba:

—Nó; mi resolucion es irrevocable. La venganza que me exige el padre mío, será irremisiblemente cumplida. Ojo por ojo, diente por diente. ¿Por qué, por qué nació Juan hijo del verdugo de mi familia? ¿Por qué le conocí? ¿Por qué me salvó la vida? ¿Por qué

nos ligamos por un juramento de amistad? Yo le amo: yo le admiro: yo le estoy agradecido, y ¡oh condenacion, condenacion del cielo! tengo que matarle.

Noche cruel, noche de atroces tormentos para el infortunado jóven; que no hay desvelos más dolorosos que aquellos que engendra el fatal consorcio de los malos pensamientos.

Al despuntar la aurora, abrió Conrado una pequeña ventana que había en el grueso muro de la torre, y se puso á respirar con avidez la brisa matutina.

Aquella brisa dulce y aromática parecía como que le refrescaba el alma y el cuerpo.

Serenóse un tanto la borrasca que rugía dentro de su cráneo, y cuando se hallaba más tranquilo oyó dos golpecitos aplicados á una puerta que se comunicaba con una escalera interior de la torre, por la cual se bajaba al jardin del castillo.

Conrado se dirigió á la puerta, la abrió y en su dintel apareció el bulto de un hombre embozado hasta los ojos.

Aquel hombre era Juan.

Bajó un poco el mancebo el embozo de su capa, se dió á conocer á Conrado, y le dijo:

—Hablemos en voz baja para que no nos oigan. Cerremos esta puerta para que nadie pueda venir.

Y acabado esto, corrió él mismo el cerrojo y se adelantó hasta el centro del salon.

Conrado estaba lleno de admiracion.

Aquella sorpresa no la esperaba él ciertamente, y no podía explicarse cuáles serían los intentos de Juan.

Esperó que el jóven hablase, y calló.

—Conrado, dijo Juan sin desembozarse, lo que sucede es muy sencillo. Vos sabeis que esta torre tiene dos puertas: la una está guardada por Berenguer y los escuderos del castillo, la otra da al jardin y ni tiene llave ni está guardada por nadie. Por ella he venido sin hallar la más mínima dificultad. Ahora os diré cuál es el objeto de mi venida.

Quitóse el jóven el embozo, dejó caer al suelo su capa y presentó á la atónita vista de Conrado dos espadas desnudas, que llevaba debajo del brazo y que colocó sobre una mesa.

—Voy á deciros, prosiguió Juan, lo que he hecho esta noche. Cuando todos los moradores del castillo estaban entregados al reposo, me dirigí cautelosamente á la sala de armas y me proveí de esas dos espadas de com-

bate que veis ahí. En seguida tomé mi capa y me bajé al huerto, teniendo la suerte de no ser de nadie sentido. Era todavía de noche, pero calculé que el día empezaría á rayar al cabo de una hora, y esperé á que amaneciera. Cuando ví las primeras luces del alba abrí la puerta de la torre y llegué hasta aquí. ¿Adivinais á lo que vengo?

—Paréceme que sí, respondió Conrado sombriamente.

—No os equivocais, exclamó Juan; el suceso de anoche es de tal magnitud, que al uno y al otro puede traer sérias consecuencias. A mí es posible que, si el Emperador se entera, me aleje de Yuste y me envíe mañana mismo á la guerra. En la guerra nadie tiene asegurada la vida, y bien comprendeis, Conrado, que un hombre agradecido no debe morir sin haber terminado por completo un lance como el de anoche, en que se jugaba la honra del Emperador. Yo he venido aquí á restaurar esa honra ó á batirme con vos. ¿Entendéislo, Conrado?

—¿Es decir que quereis reanudar el duelo?

—Reanudarle ó abriros los brazos. Para esto basta que retireis las palabras que dijísteis contra el Emperador. Para lo otro basta que os negueis á darme tan justa satisfaccion.

—Honrado sois, Juan, dijo el castellano, y os admiro; pero bien comprendeis que este duelo no se puede reanudar. Sois nuestro huésped, y mientras esteis bajo este techo, ya lo dijo mi abuelo, sería un crímen empuñar la espada contra vos.

—La opinion del abuelo sobre la hospitalidad es muy respetable, exclamó Juan friamente; pero la opinion del Emperador, infamado por vos delante de mí, vale más que la de vuestro abuelo. Las circunstancias en que nos encontramos son excepcionales. Nuestro duelo no puede diferirse, porque yo no sé si me dejarán volveros á ver; y pensar que yo he de salir de aquí sin que la fama del Emperador sea restaurada, es pensar en una cosa indigna de vos y de mí.

—¿Creeis que no me bato por miedo?

—Yo no creo nada. Lo que creo es que estais obligado á satisfacerme y que cumplireis con vuestra obligacion.

—Pero sois nuestro huésped, y ya veis que el seguro de la hospitalidad me impide empuñar el hierro.

—Tambien os impedía ese seguro hablar mal del Emperador delante de mí, exclamó Juan con fiereza, y sin embargo, le ultrajásteis. Bueno sería que el seguro sirviese para

impedir unas cosas y otras nó. Y pues habeis faltado una vez á esas leyes que invocais, faltad otra, vive Dios, que si no tuvísteis rubor de faltar á la primera, ménos le tendreis ahora faltando la segunda.

—¡Oh! me estais insultando...

—Os he rogado, os he suplicado ayer, invocando la santa amistad que nos unió, y fuísteis sordo á mis lamentos. Os dije que me atravesárais el pecho y me hiciérais morir dándome el consuelo de rectificar vuestros errores, y no se ablandaron vuestras entrañas. ¿Quereis que os lo vuelva á suplicar otra vez? ¿Quereis concederme la gracia que os pido y os la demandaré de rodillas?

—Nó: yo lo que quiero es que reconozcais que es imposible ahora este lance.

—Imposible era tambien cometer la falta y se cometió.

—Esa antesala está llena de guardias: al oir el choque de las espadas forzarán la puerta é impedirán el duelo.

—Para forzar esa puerta tienen necesidad de derribarla á hachazos, y mientras la derriban habrá ya caido uno de los dos.

—Si os mato aquí no podré sufrir la cólera y la indignacion del abuelo.

—Si me matais huireis por esa otra puerta

que va á dar al huerto, y os librareis del furor de vuestro abuelo, refugiándoos en casa de algún hidalgo amigo de las cercanías.

—Juan, lo que me proponeis es horrible.

—Conrado, lo que habeis hecho es infame.

—Yo he tenido motivos para hablar como hablé del Emperador.

—Yo los tengo para defenderle como le defiendo.

—Aplacemos este duelo. Mañana, pasado, cuando gusteis, iré á buscaros donde me digais.

—Mañana, pasado, quizás hoy mismo, pueden alejarme para siempre de estos lugares.

—Las espadas harán ruido y entrarán en seguida las gentes del castillo.

—Rompamos las espadas por la mitad, batámonos á puñaladas y no se hará ruido.

—En fin, Juan, ¿estais decidido á este lance?

—Tan decidido, que no saldré de aquí sin mataros.

—¿Y no hallais algun medio que nos saque bien de este apuro, sin que yo labre el daño de mi pobre abuelo?

—Un medio hallo.

—¿Cuál es?

—Retractad vuestras palabras; decid que

habeis mentido: dadme alguna excusa y os tiendo los brazos.

—El Emperador ha sido el asesino de mi familia.

—El Emperador me ha servido de padre.

—Al mío le mandó degollar en un cadalso.

—A vuestro padre le mandó degollar la ley.

—Yo no puedo resignarme á pasar por la plaza de desmentido.

—Yo tampoco puedo resignarme á pasar por la de desagradecido.

—Aplacemos este duelo.

—La ofensa no se aplazó.

—¿Es irrevocable vuestra resolucion?

—El sol esparce ya sus rayos por las cumbres de las montañas. Empuñad el hierro, vive Dios, y acabemos cuanto antes.

Y al concluir esto, ofreció Juan á Conrado las dos espadas para que eligiera una.

Conrado empuñó el acero y se puso en guardia. Juan le imitó, y las dos espadas se cruzaron produciendo un choque eléctrico.

Empezó un combate furioso, encarnizado.

Los dos adversarios tenían la misma destreza, la misma agilidad, el mismo vigor en el pulso y en las piernas para atacar y para resistir.

Aun no haría dos minutos que se estaban embistiendo, cuando sonaron fuertes golpes en la puerta.

—Abrid, abrid, gritaba Berenguer con voz de trueno.

Pero los dos jóvenes continuaron impasibles la lucha.

Despues llegó á sus oidos una espantosa gritería. La campana del castillo empezó á tocar á rebato. Percibieron rumor de armas y de gentes que acudían á la antesala de la torre con grande estrépito, y al poco rato se oyó tronar la voz del viejo castellano, que decía desde afuera:

—Abre la puerta, miserable, ó te maldigo.

La puerta permaneció cerrada.

Entónces empezaron á derribarla á hachazos.

Entre tanto, Juan había desarmado á Conrado, obligándole á soltar la espada por medio de un fuerte golpe que le sacudió de plano en la sangría del brazo.

Ninguno de los dos estaba herido.

—Matadme, matadme por piedad, exclamó Conrado cayendo de rodillas delante de Juan; puesto que me habeis vencido, atravesadme el pecho para que no sobreviva á mi deshonra.

Juan soltó su espada.

En aquel momento volaba la puerta hecha astillas, y se presentaron las gentes del castillo en el salon, llevando á Ruy Gomez á la cabeza.

El anciano traía en la mano una pesada hacha de combate, que blandía como si fuera una caña.

Detrás de él venían el Capitan, el peregrino y Magdalena, y cerrando la comitiva Berenguer, que acaudillaba todas las huestes del castillo.

El aspecto de Ruy Gomez era imponente, aterrador.

Llevaba puesto su casco y su coraza, y llameaban sus ojos de furor como si fueran centellas.

Adelantóse rápidamente hasta el centro del salon, encaróse con su nieto, y levantando el hacha, exclamó con voz cavernosa:

—¡Desgraciado! ¡Vas á morir!

Magdalena lanzó un grito de espanto y corrió á interponerse entre su abuelo y Conrado, pero ya era inutil: Pedro Barrientos y el peregrino habían sujetado el brazo del viejo, impidiéndole cometer aquel horroroso crímen.

—Dadme la muerte, abuelo, dadme la

muerte, decía Conrado, porque Juan me ha vencido y aborrezco la vida.

Magdalena se acercó á su hermano para prodigarle consuelos.

El anciano cayó rendido en un sillon.

—Terribles son, señor, los últimos días de mi vejez, exclamó elevando sus ojos al cielo, y ha llegado el momento en que os pida que los abrevieis.

Juan se dirigió al anciano con mesurado paso y gallardo continente, y le dijo con acento solemne:

—Ya veis, señor, que Conrado es inocente. Yo soy el que ha hollado los fueros de la hospitalidad: yo soy el que le provocó ayer, y el que le ha buscado hoy para terminar un duelo inevitable. Declárome culpable á la faz de todos los que me escuchan; pero antes de condenarme, anciano, teneis el deber de oirme en juicio. ¿Me concedeis este derecho?

—¡Hablad! contestó Ruy Gomez con tristeza.

Y apoyando la frente venerable en sus trémulas manos, se dispuso á oir al jóven, devorado por un inmenso dolor.

XX.

EL JUICIO.

Juan se colocó en mitad del salon y con reposado talante habló en estos términos:

—Oidme todos y juzgadme con vuestro corazon.

Los circunstantes comprendieron que iba allí á tener lugar algun grave acontecimiento.

—Conrado y yo hemos procedido á este duelo por causas justas, exclamó Juan, y si hay aquí quien opine lo contrario despues de oirme, será un ente cobarde y mal nacido. Yo le debo al emperador Cárlos V inmensa gratitud. Me salvó la vida de niño, me amparó de huérfano, y me dispensó la proteccion de un padre. Conrado, que atribuye al Emperador las desgracias de su familia, juzgándole autor de la muerte de su padre, que sucumbió en el cadalso, le llamó un día en mi presencia asesino, y yo, que soy agradecido, le pedí satisfaccion de aquellas palabras, rogándole que se retractara de ellas. ¿Cómo lo había de hacer Conrado? El llora la muerte

de su padre. ¿Cómo había yo de consentir que no lo hiciera? Yo recuerdo los beneficios del Emperador. Será un hombre pecador, como todos los hombres: habrá cometido faltas y crímenes; pero el que le ultraje en mi presencia, el que le infame delante de mí, no una vez, ciento, andará conmigo á cuchilladas, y no descansaré hasta arrancarle la lengua y pisotearle el corazon. Este es nuestro pleito. Conrado y yo hemos consumado el duelo que todos habeis interrumpido; pero este duelo no está acabado. Si Conrado retira sus palabras, aquí están mis brazos dispuestos á estrecharle contra mi pecho. Si Conrado no las retira... si no las retira, entónces, oidlo bien, caballeros, yo pido de nuevo plaza al dueño de este castillo para reanudar el combate, y si no me la concede, pregonaré por todo el mundo que en esta ilustre mansion, cuna de tantos héroes, se ha negado á un hombre agradecido, el desagravio de las afrentas hechas á su bienhechor.

Calló el generoso mancebo y reinó en la estancia un silencio solemne.

Todos los corazones estaban temblando. Todas las miradas estaban clavadas en Ruy Gomez, que, con la frente inclinada, parecía estar entregado á una dolorosa meditacion.

Por fin levantó el anciano la cabeza, se puso de pié, y con acento amargo, exclamó:

—Estais en vuestro derecho, noble mancebo, y sentencio el pleito en vuestro favor. Como bueno habeis obrado; y yo, juez de mi causa, en nombre de mi nieto retiro las palabras que ofendieron á vuestro bienhechor.

—¡Oh! ¡Nunca! gritó Conrado llorando. Juan me ha humillado, Juan me ha vencido y es suya mi vida. Tómela en buen hora: aquí está mi cabeza; pero en este recinto, fuera de él, y á la faz del mundo entero, siempre diré que el Emperador fué el asesino de mi padre.

—¡Mentís! exclamó una voz detrás del viejo castellano.

Todos se volvieron para ver quién era el que había pronunciado aquella terrible palabra.

Entónces avanzó el peregrino hasta el centro del salon.

Juan, que al oir á Conrado había empuñado de nuevo su acero, lívido de coraje, se estremeció cuando oyó la voz del peregrino, y soltó maquinalmente la espada.

—¡Jóven! exclamó el peregrino acercándose á Conrado y poniéndose en frente de él; os he desmentido y estoy dispuesto á daros

probanza de mi razon. El humilde monje de Yuste no fué el asesino de vuestro padre.

—¡Probadlo! dijo Conrado sordamente.

—Os lo probaré, dijo el peregrino con sereno acento. ¿Sería bastante prueba para vos que el emperador Cárlos V jurara sobre la tumba de vuestros padres que no pudo perdonarlos, porque cuando supo que habían sido condenados á muerte estaba ya ejecutada la sentencia?

—Sí, contestó el jóven.

El peregrino, que hasta este momento había permanecido cubierto, se quitó el sombrero y el antifaz, y abarcando la escena con su poderosa mirada, extendiendo los brazos como si tratara de dominar el mundo, exclamó con indescriptible arrogancia:

—¡Oidme todos! ¡Yo soy el emperador Cárlos V!

Esta declaracion arrancó al concurso un grito unánime de asombro.

Ruy Gomez tuvo que apoyarse sobre el respaldo de su sitial para no caer: Conrado se puso pálido como un cadáver: Magdalena cruzó las manos sobre el pecho y bajó la frente; y los servidores del castillo doblaron la cabeza, abrumados por el peso de la majestad de aquel hombre.

En cuanto á Juan, bajó tambien la vista, y al recibir una mirada de gratitud del Emperador, se ruborizó como un niño.

El Emperador conservó por algunos momentos su dominio moral sobre las gentes allí congregadas, y modificando poco á poco su expresion augusta, se acercó sonriendo á Magdalena y la dijo con dulzura:

—Amable niña, á vos se os debe que yo haya venido á este castillo para evitar grandes desgracias. Vuestro aviso me inspiró la resolucion de venir disfrazado. Congratulaos de vuestra buena obra, porque la gloria de la jornada de este día os pertenece.

Dirigióse despues á Juan, le puso cariñosamente una mano en el hombro y le dijo:

—¡Ah! gentil rapaz, ¡qué contento me tienes! Hoy te he juzgado hombre de bien: tú serás grande.

Volvió á ocupar el centro del salon, revistióse súbitamente de aquel grandioso y sublime aspecto de majestad que le acarreó las admiraciones del mundo, y con acento pausado y tranquilo exclamó:

—Señores ricos-homes é hijos-dalgos de la casa de los Varelas, seguidnos al panteon de vuestra familia, que vamos á ofreceros la pro-

banza que os hemos otorgado. Venid á recibir nuestro juramento.

Y con la frente altiva é inhiesta como si llevara sobre ella la corona de la monarquía universal, erguido y rozagante cual si pendiera de sus hombros el manto imperial, salió de la torre lentamente, escoltado por los guardias del castillo y por todas las personas que allí había.

Ruy Gomez, llevando de las manos á Conrado y á Magdalena, le siguió maquinalmente, dominado por aquella dignidad, por aquella grandeza de espíritu que sabía mostrar el que, como valiente, fué apellidado *Rayo de la guerra*, y el que como hidalgo y generoso adquirió el famoso nombre de *Rey caballero*.

Pedro Barrientos y Juan, con las espadas desnudas, caminaban detrás de él, dándole guardia de honor: los partesaneros y hombres de armas del castillo marchaban delante, poseidos de temor y respeto, franqueándole el camino; y por último cerraban la comitiva el patriarca del valle y sus nietos, formando una trinidad venerable, graciosa y encantadora.

Todos se sentían arrastrados por su grandeza: todos se sentían dominados por su magnanimidad.

Aquella grave é imponente comitiva atravesó con el mayor silencio los departamentos del castillo, ofreciendo un espectáculo que tenía algo de augusto y de conmovedor.

Así llegaron al panteon.

XXI.

EL PERDON.

Al pasar el Emperador por la capilla arrodillóse breves momentos ante la Vírgen y la hizo una corta oracion.

Despues se levantó y se dirigió al subterráneo.

El silencio del recinto de la muerte se interrumpió de nuevo para servir de escenario á los misterios que allí se iban á representar.

Acercóse el Emperador á los mausoleos que encerraban las cenizas de los dos últimos y malogrados vástagos de aquella noble familia, y con voz segura y firme dijo:

—¡Ruy Gomez! ¿son estos los sepulcros de vuestros hijos?

—Esos son, señor, contestó el anciano aproximándose al Emperador con sus nietos.

—Pues bien, exclamó el Emperador ha-

ciendo la señal de la cruz: Nos, Cárlos de Augsburgo, emperador que hemos sido de Alemania y rey de España, juramos por Jesucristo crucificado, que no hemos podido impedir con nuestra autoridad la ejecucion de las sentencias de las dos víctimas de esta ilustre casa, y declaramos á la vez en presencia de sus cenizas, poniendo por testimonio de verdad la salvacion de nuestra alma, que si hubiéramos recibido á tiempo la invocacion á nuestra clemencia que nos hizo Ruy Gomez, recordándonos sus altos merecimientos, entre los cuales figuraban los de haber salvado la vida á nuestra noble abuela la católica Isabel I, y los de haber sido el primer soldado español que tremoló el santo lábaro de la cruz sobre las almenas de Granada, hubiéramos perdonado á sus hijos por más rebeldes y traidores que hubieran sido. Y en fé de esta declaracion afirmo, que si es cierta, Dios me salve, y si no lo es, me confunda.

Ruy Gomez y sus nietos cayeron á los piés del grande hombre vertiendo abundantes lágrimas.

—¡Oh! señor, señor, exclamó el patriarca del valle sin poder contener sus sollozos, lo que V. M. acaba de hacer es superior á lo que nosotros teníamos derecho á esperar. Du-

rante muchos años estas tiernas criaturas y yo hemos sido desgraciados, porque hemos aborrecido sin razon á V. M. Ahora V. M. nos restituye la paz y la calma perdidas, y haciendo resplandecer su inocencia, nos confunde. ¡Ah! somos indignos de que V. M. nos perdone.

El Emperador se acercó á Ruy Gomez, le tendió los brazos y le dijo:

—Anciano, yo sabía vuestro ódio y pude castigarle; pude arrasar vuestro castillo y sembrarle de sal. Pero vos llorábais por vuestros hijos, y el llanto de un padre es cosa grande y respetable.

—Sabía V. M. mis ódios y ha sabido vencerse...

—¡Oh! anciano, exclamó el Emperador, vencí al feroz Barbaroja, vencí á Dragut, vencí á Francisco I, vencí á los duques de Cleves y de Güeldres, y ¡no había de haber sabido vencerme á mí mismo! Bendecid á Dios, que es autor de todo, y prosternaos conmigo ante su Providencia. En cuanto á mí, permitid por un solo momento que vuelva á ser aquí ante vosotros el emperador Cárlos V.

Dijo, y sacando de su escarcela un pergamino sellado con las armas reales, añadió:

—En nombre del Rey mi hijo os devuelvo,

anciano, para vos y para vuestros sucesores los bienes y los títulos de nobleza confiscados é inutilizados á virtud de las sentencias fulminadas contra vuestros primogénitos por rebeldía y traicion. Luis Quijada me ha traido de Madrid las cédulas reales, y el que se llamó el emperador Cárlos V os las entrega.

El anciano y sus nietos bañaron sus piés con lágrimas de gratitud.

Todos los que presenciaban aquella escena conmovedora lloraban tambien.

—¡Cárlos V! ¡Cárlos V! exclamó el viejo patriarca, trémulo de emocion. ¿Por qué no he sentido yo antes el placer de admirar vuestra inmortal grandeza?

El Emperador los levantó y los abrazó.

Tomó á Conrado de la mano, le señaló á Juan y le dijo:

—Noble y valeroso jóven, vuestro enemigo os espera allí.

Conrado se lanzó veloz como una flecha á buscar á Juan, y los dos mancebos se confundieron en un abrazo indefinido.

—¡Hermanos! ¡seremos hermanos! exclamaron á la vez.

El Emperador y el anciano presenciaron conmovidos aquella escena.

Salieron todos del panteon, hicieron

oracion en la capilla y subieron al castillo.

. . . . . .

. . . . . .

. . . . . .

En la tarde de aquel mismo día una numerosa cabalgata atravesaba el valle con direccion al monasterio de Yuste, escoltando al Emperador.

Ruy Gomez y Pedro Barrientos cabalgaban á los lados del monarca penitente, que montado en su mansa jaquilla, y contento de sí mismo por haberse acarreado el perdon y la amistad de un enemigo, juzgábase quizás más feliz que cuando dictaba leyes al Universo.

Juan y Conrado, cabalgando en sobérbios bridones, iban al frente de los hombres de armas que formaban la escolta, entregados á dulces y sabrosas pláticas, que versaban sobre su reconciliacion.

Conrado aparecia radiante de júbilo; Juan, por el contrario, se mostraba triste y melancólico.

Era natural: pensaba en Magdalena.

Al doblar el collado, volvióse para mirar por última vez hácia el castillo, donde se dejaba los más dulces recuerdos de su vida, las

ilusiones más halagüeñas y las promesas más encantadoras.

Allí, sobre la torre del saliente, se destacaba como en otro tiempo el contorno vaporoso de la vírgen del valle, y flotaba su blanco ropaje á merced de la brisa, cual si fuera la vestidura de una hada maravillosa.

Juan se oprimió el corazon y lanzó un gemido.

—¡Pobre Magdalena! murmuró.

Y una lágrima ardiente, cristalina, pura, rodó por sus mejillas en silencio, sin que nadie se apercibiera de ella, como nadie se apercibia del amor oculto en la urna de su corazon, cual se oculta el perfume en el cáliz de una flor.

Luego dobló el collado y se perdió de la vista de la vírgen del valle, que había seguido á la comitiva con su dulce mirada.

Media hora despues llegaron al monasterio.

Ruy Gomez y los suyos debían regresar en el momento, pero antes de que esto sucediera el Emperador le llamó aparte y le dijo:

—Puesto que podeis cabalgar, os espero con frecuencia en el monasterio. Traed á vuestro nieto, que gusto mucho de él; y por lo que hace á Magdalena, no me olvidaré

nunca de su amable sencillez, de su hermosura y de sus virtudes.

El anciano besó las manos al Emperador y le dijo en voz baja:

—Señor, concédame V. M. un favor.

—Decid cuál es.

—Señor, balbuceó Ruy Gomez sollozando, Juan y Magdalena se aman. Apresure V. M. la partida de Juan.

El Emperador se conmovió, apretó la mano al viejo y le dijo:

—Partirá.

Acabado esto se separaron.

El Emperador y Juan entraron en el monasterio, y Conrado y su abuelo tomaron el camino del valle.

La separacion fué triste.

Cuando Ruy Gomez y su nieto llegaron al castillo, el anciano preguntó por Magdalena y le dijeron que estaba en la capilla.

Se dirigió sólo á buscarla, y la halló rezando.

Llamóla por su nombre y se volvió.

Tenía los ojos hinchados: había llorado.

El anciano la abrió los brazos y la vírgen del valle se refugió en ellos sollozando.

Ruy Gomez la estrechó contra su corazon, y comprendiendo la causa de los sollo-

zos de aquella paloma herida, que llevaba en su pecho sembrada la amarga flor de un amor sin esperanza, cubrióla de besos y de caricias, y murmuró estas dulces palabras:

—¡Pobre querida mía! ¡Pobre querida!

FIN DEL LIBRO SEGUNDO.

LIBRO TERCERO.

MUERTE DEL EMPERADOR.

I.

ÚLTIMO ADIOS AL VALLE.

El Emperador se dispuso á cumplir la palabra empeñada á Ruy Gomez de Varela, haciendo partir á Juan del monasterio tres días después de su reconciliacion con los moradores del valle.

En los tres días que el bizarro mancebo permaneció al lado del Emperador, ocurrieron en Yuste cosas notables, que llenaron de curiosidad y de admiracion á los monjes.

El día antes de la partida de Juan, las campanas del convento, echadas á vuelo, anunciaban una gran fiesta.

Cubrióse la iglesia de ricos paños y col-

gaduras como en los días de gala, y se avisó á la comunidad, en nombre del Emperador, para que asistiera á la misa.

Tratábase de armar á Juan caballero, y parecía que había un grande interés en que aquella ceremonia se realizara con la mayor solemnidad.

Antes de empezarse la misa, que debía oficiar el prior Angulo, se colocó en el altar mayor una mesa cubierta de brocado, en la cual resplandecían una espada de costoso trabajo, un casco de acero bruñido con adornos de plata y oro, unas espuelas doradas de mucho valor y otras piezas magníficas, que completaban la armadura de un guerrero.

Cuando el prior estaba ya revestido con los ornamentos del culto y la comunidad ocupaba el coro, dispuesta á comenzar los oficios divinos, se presentó el Emperador en el presbiterio acompañado de Juan, de Conrado, de D. Luis de Avila, de D. Fernando Alvarez de Toledo, de D. Luis Quijada y de otros caballeros é hidalgos que á la sazon se hallaban en Yuste.

Sonaron los acordes del órgano, se esparció por el templo el olor del incienso y se oyó la misa con gran fervor.

Fray Juan de Regla subió al púlpito y pre-

dicó una breve y hermosa plática, recordando las glorias inmarcesibles de la cruz, que por espacio de setecientos años había sido la única empresa estampada en el escudo de los guerreros españoles.

Acabada la misa, bendijo el prior las armas, y después que se apagaron las luces, levantóse el Emperador con gallardo continente y tomó de la mesa la espada.

Hizo señas á Juan para que se acercara, y el gentil mancebo, envanecido con su lujoso traje de seda carmesí recamado de oro, se levantó con gentil talante y bizarra apostura, ostentando en sus mejillas ruborizadas el carmin de la alegría y el pudor de la modestia.

Hermoso estaba el doncel aquel día, y todos los presentes le contemplaban con íntima satisfaccion.

Aproximóse al Emperador y cayó á sus pies de rodillas.

Entónces el monarca le dió el espaldarazo y pronunció las palabras de fórmula, diciendo en voz alta:

—D. Juan, yo os armo caballero.

Conrado le ciñó las espuelas: Pedro Barrientos le ajustó la coraza: Luis Quijada le aseguró la gola y los brazales, y el comenda-

dor D. Luis de Avila le puso el dorado yelmo.

Armado ya así, díjole el Emperador:

—Esta espada, que fué mía, os regalo, Don Juan: no tiene más méritos que el de haber sido empuñada siempre con razon y el de no haber vuelto nunca á la vaina sin honor. Conservadla en memoria mía, y que os recuerde siempre la cruz de la empuñadura que sois cristiano, y la hoja, que sois caballero.

Despues se cantó el *Te-Deum*, y luégo recibió el jóven los plácemes, las felicitaciones y algun bello presente de los caballeros que habían presenciado la ceremonia.

Aquella tarde fué Juan al valle armado de todas armas por primera vez, á despedirse de los dueños del castillo, con quienes le ligaban tantos vínculos de amistad y de gratitud.

Acompañábanle Conrado y Pedro Barrientos.

La despedida fué cordial, espansiva, sincera y tierna.

Todos hicieron prodigios de valor para reprimir los afectos diversos de sus corazones. El anciano patriarca le bendijo, y Magdalena se elevó á la altura de una resignacion heróica.

Juan debía partir al día siguiente en compañía de Barrientos para unirse á las bande-

ras de D. Lope de Figueroa, que estaba acampado en los tercios reales cerca de Valladolid.

Conrado quiso todavía volverá despedirle, y acordaron que iría muy de mañana al monasterio, y que acompañaría á Juan y á Barrientos hasta el vecino pueblo de Garganta.

En el momento de partir Juan del castillo, el anciano patriarca le tendió los brazos y exclamó:

—Ya no os volveré á ver más, noble jóven, porque mis días están contados; pero os llevais mi afecto y mi bendicion. ¡Sed dichoso y rezad porque lo sean tambien los desterrados del valle!

Juan se enjugó una lágrima y abrazó al anciano.

Cuando le tocó á Magdalena el turno de despedida, creyó el jóven que el corazon se le iba á saltar del pecho y desconfió de su valor.

La vírgen del valle estaba pálida, blanca, transida de pena, como aquellas víctimas que llevaban los gentiles al sacrificio coronadas de rosas.

—Adios, Magdalena, balbuceó el jóven llorando.

Y ella, sonriendo de dolor, disfrazando

su pesar, con el pecho herido por el torcedor de una agonía desgarradora, levantó sus ojos al cielo con la sublime resignacion de los que aman y esperan, cual si hubiera querido decirle:

—¡Os aguardo allá arriba!

Huyó Juan del castillo con el corazon atravesado por las espinas de aquella despedida cruel, y cruzó el valle á galope y sin volver la vista, porque no podía resistir la emocion que le abrumaba y el deseo insaciable de verter lágrimas que le oprimía.

—¡Huyamos! huyamos de estos sitios que me recuerdan mis ilusiones perdidas, mis sueños de amor desvanecidos y mis esperanzas malogradas, decía en silencio clavando las aceradas espuelas á su corcel.

Y Barrientos y él atravesaron el valle con la velocidad de dos visiones fantásticas.

Al doblar el collado no pudo menos, como la mujer de Lot, de volver la vista hácia los lugares de donde le separaba la fuerza del destino, y como aquella pecadora, castigada por su delincuente curiosidad, sintió petrificado su corazon.

Allí, sobre la torre, en el sitio más dominante de la morada señorial, estaba ocupando su puesto la vírgen solitaria del valle, la tór-

tola herida, la paloma viuda y huérfana que lloraba en silencio la muerte de la primera, de la única é ignorada pasion de su juventud.

Desde aquella altura, en donde se ostentaba más cerca del cielo que de la tierra, blanca y pura como una misteriosa sacerdotisa del dolor, con la cerviz inclinada como la azucena tronchada en su tallo, vaporosa, angélica, triste, como una de esas flores que nacen en las grietas de los muros antiguos, seguía prodigando á Juan su dulce mirada, los perfumes invisibles emanados de su alma, y los tiernos y melancólicos murmullos encerrados dentro de la urna de su corazon.

—¡Magdalena! ¡Magdalena! ¡Magdalena! exclamó Juan por tres veces. Adios para siempre.

Y deshecho en llanto, se alejó presuroro del collado, ahogando los sollozos que se levantaban de su pecho y le abrasaban la garganta.

Cuando después de haber andado algún tiempo volvió hácia atrás la vista, ni el valle ni el castillo volvieron á presentarse ante sus ojos. Aquellas visiones encantadoras habían desaparecido para siempre. Solo quedaba de ellas el recuerdo imperecedero, que el huérfano debía conservar siempre en su fantasía.

II.

HASTA EL CIELO.

La partida de Juan estaba fijada para las diez del día siguiente.

Así que nació el sol en la cuna de rosa de la aurora, llegó al convento el fiel amigo del Valle, que llevaba á Juan las últimas impresiones de una dicha fenecida.

Conrado le dió un tierno abrazo y ambos á dos se sonrieron tristemente.

Los breves momentos que el viajero debía permanecer en Yuste se los consagró al amigo de quien iba á separarse, y los dos jóvene departieron á solas, poseidos de hondo sentimiento acerca del porvenir.

—Si el abuelo fallece, Juan, le dijo Conrado, estoy seguro que mi hermana se hará religiosa, porque creo que esta es su vocacion. Entónces, y dejándola amparada de la sombra protectora del claustro, no lo dudeis, volaré á la guerra á buscaros, y Dios me concederá el placer de acreditaros cuán grande y sincera es en mi corazon la amistad jurada.

—Yo os miraré siempre como á un hermano, le contestó Juan llorando.

—Os buscaré, Juan, os buscaré, dijo el castellano haciendo un esfuerzo por contener sus lágrimas; el corazon me dice que no ha de tardar mucho tiempo en que nos hemos de reunir en la guerra para compartir sus fatigas y sus glorias como compañeros de armas.

—Así lo espero, respondió Juan, y creed que el día en que nos volvamos á reunir será bendecido por mí.

Acercóce el momento fatal de la partida.

En el pórtico del monasterio esperaban á los viajeros criados y cabalgaduras para conducirlos á ellos y á sus equipajes.

Conocíase desde luégo que no se habían omitido gastos ni dispendios para que el huérfano fuera servido con decoro y esplendidez.

Los monjes rodeaban á Juan en el momento de la separacion, esforzándose á porfía en colmarle de cariño y de tiernas atenciones.

Los servidores del Emperador no quitaban de él los ojos, demostrando en silencio el hondo pesar que tenían de la ausencia de tan amable criatura.

Poco antes de emprender el jóven la jornada fué conducido por su tutor D. Luis Quijada á la presencia del Rey monje.

Estaba el Emperador de pié esperándole, y al verle entrar palideció de repente como si el corazon se le hubiera sobrecogido.

Se repuso y dijo al mancebo con dulzura:

—Ven acá, hijo mío, y por última vez oye mi palabra.

Juan se arrodilló á sus pies vertiendo abundantes lágrimas.

—Hasta esta fecha, exclamó el Emperador, ni omití medio ni economicé recurso para educar bien tu corazon. Eres noble, sé honrado. Mucho bien podrás hacer en el mundo: aprovecha todos los momentos que la fortuna te presente para hacerlo. ¡Ay del que no aprovecha el tiempo y consagra al mal los momentos que deben emplearse en el ejercicio del bien y de la virtud! Mucho espera de tí mi corazon. ¡Ojalá que mi corazon no se engañe! Te aconsejo que nunca se debilite en tu alma el amor y temor de Dios, orígen de las más grandes y generosas acciones. Piensa en Dios siempre en todos los peligros de tu vida, y te sentirás fortalecido por su divino espíritu. ¿Serás buen cristiano, Juan?

—Se lo juro á V. M. por la salvacion de mi alma.

—Tú serás grande, añadió el Emperador.

Le miró un poco de tiempo con amor y repuso:

—Cuando viniste á acompañarme á este monasterio, formé el propósito de que nunca te habías de separar de mí; pero lo he meditado mejor y no me he juzgado con derecho á imponerte este sacrificio.

—¡Oh! señor, exclamó el jóven con fuego; no es sacrificio para mí vivir y morir al lado de un héroe tan grande como V. M.

—Sí, Juan, era un gran sacrificio, replicó el Emperador con amargura. Yo soy un cadáver enterrado en vida, de quien el mundo ya no se acuerda, y si te conservara á mi lado, vivirías más tarde pobre y oscurecido. Por eso te lanzo á la guerra, para que cuando llegue el momento en que la fortuna te brinde sus favores, te hayas hecho digno de ellos y puedas brillar más que los que pretendan eclipsarte. Algún día podrás comprender la prevision que encierra esta determinacion, y estoy seguro que apreciarás mi sacrificio y bendecirás mi memoria. ¿Te acordarás de mí, Juan?

—¡Oh! exclamó el jóven sollozando; la

memoria de V. M. será siempre sagrada para mí.

—Dios te lo pague, Juan, balbuceó el Emperador conmovido. Y ahora, hijo mío, toma mi bendicion, que te doy con mis lágrimas.

El jóven inclinó la frente, y el grande hombre le bendijo en nombre de Dios.

Después le levantó en sus brazos y le estrechó tiernamente contra su pecho.

Aquella escena ignorada del mundo, y presenciada solo por Dios, tenía una sublimidad imposible de describir.

¡Aquel hombre, que había hecho temblar la tierra; aquel coloso, que había tenido en sus manos el dominio del mundo; aquel espíritu superior, cuya fortaleza se había acarreado la admiracion universal, ofrecíase allí en medio de una habitacion lóbrega y reducida estrechando con sus trémulos brazos el cuello ebúrneo de un jóven, derramando sobre su graciosa y gentil cabeza las lágrimas de un afecto desconocido...!

—¡Oh, Juan! ¡Oh, Juan!—exclamó el Emperador por última vez. Acordaos de mí y rogad á Dios por mis pecados. ¡Conducíos siempre con honor en memoria mía y... sed venturoso!

Y acabado esto, le despidió.

El jóven salió llorando y se refugió en los brazos de Conrado para ocultar su turbacion.

Barrientos y Luis Quijada penetraron en la cámara del Emperador así que salió Juan.

Hallaron al Emperador de rodillas, apoyada la frente en su reclinatorio y llorando sobre los pies de un crucifijo.

Los dos fieles servidores respetaron su dolor.

Cuando levantó la cabeza y volvió los ojos para mirarlos, notaron que los tenía enrojecidos y que un pesar oculto, intenso, devorador, le impedía el uso de la palabra.

—Valor, señor, valor, dijeron á la par aquellas dos leales y sensibles personas, acudiendo á fortalecerle y á levantarle.

—¡Cómo quereis que le tenga, fieles amigos, respondió con grande amargura, cuando me separo de una prenda que era el regocijo de mi vejez cansada y me hacía tan grata la vida!

Hizo una breve pausa, tomó la mano de Barrientos, se la oprimió y le dijo:

—A vos os le encomiendo, Capitan. Velad por él como si velárais por vuestro hijo. A vos y á Luis Quijada confio esa noble criatura, resignando en vuestras manos su destino, tan incierto en el presente como en el porve-

nir. Vos partís con él, Barrientos, y Luis Quijada se queda á mi lado hasta mi muerte, que no tardará en llegar. Despues se reunirá con vos y con él, y los dos cumplireis mis instrucciones.

—Vivid tranquilo, señor, exclamó Pedro Barrientos. Vuestras órdenes serán cumplidas y tambien vuestras esperanzas.

El Emperador se enjugó una lágrima de gratitud, tendió los brazos al Capitan y le dijo:

—¡Amigo del alma! Nunca os olvidaré. Ahora tomad este abrazo. ¡Es lo único que os puede dar el Emperador Cárlos V!

Barrientos y Quijada abandonaron la estancia precipitadamente porque no podían contener el llanto.

A la puerta del monasterio se habían agolpado ya los monjes y los servidores del palacio y del convento para despedir á Juan.

Todos le bendecían: todos lloraban: todos le dirigían las más dulces y hermosas palabras.

Montaron al fin á caballo los viajeros y se dispusieron á emprender la jornada.

Antes de partir volvió Juan la cabeza hácia el palacio donde quedaba el hombre á

quien debía tantos beneficios, y lanzó un gemido.

Volvierónse todos y descubrieron al Emperador, que estaba de pié en el vestíbulo, presenciando la partida con el alma destrozada.

Juan y Pedro Barrientos le saludaron por última vez, y él levantó la mano derecha hácia el firmamento y murmuró en voz que nadie más que Dios pudo escuchar.

—¡Hasta el cielo! ¡Hasta el cielo!

La comitiva se puso en marcha, y pronto se perdieron de vista los viajeros internándose en el corazon de la sierra.

Entónces el monarca penitente, transido de dolor y abrumado por un formidable sentimiento, se refugió en el santuario, inclinó la frente sobre el ara santa y recitó en voz baja aquellas sublimes palabras del ardiente arrepentimiento de David, que dicen:

—«¡Dios mio! ¡oh! ¡Dios mío! á tí aspiro y me dirijo á tí al despuntar la aurora.

»¡De tí está sedienta el alma mía! ¡De cuántas maneras lo está tambien mi cuerpo!»

Algunos monjes le vieron durante largo tiempo permanecer arrodillado ante el altar, gimiendo y sollozando en silencio; pero ninguno se atrevió á perturbar aquella fervorosa

y augusta contricion, que había elegido á Dios por confidente.

III.

EL PRINCIPIO DEL FIN.

Trascurrieron tres meses.

Hallámonos en el de Agosto de 1558.

Durante este tiempo las dolencias del Emperador, léjos de disminuir, habíanse acrecentado, y era tal la ruina de su cuerpo, que los ménos perspicaces adivinaban y presagiaban el prematuro fin de aquella naturaleza, dotada en otro tiempo de tan altos privilegios.

Empero las ruinas exteriores de su cuerpo tal vez no eran tan considerables como las de su espíritu, el cual, si no había perdido del todo su fortaleza, presentábase en un estado tal de decadencia, que se resistía á todos los sistemas de restauracion que pudieran ensayarse con él para conducirle á un eficaz convalecimiento.

La ausencia de Juan, llorada por él en la

soledad y en el silencio, entristecía mucho sus horas; y para nadie era un misterio que desde la partida del mancebo el estado del Emperador se había empeorado.

Arrastraba, pues, una existencia lánguida, doliente, valetudinaria; aunque la oracion y la meditacion eran para su alma inefables medicinas, rendíase á veces su cuerpo, estenuado por los cilicios y por las maceraciones, y hallábase imposibilitado de sostener *conversaciones con Dios*, que así las apellidaba.

Su anhelo incesante, su aspiracion contínua y vehemente, reducíanse á consagrar á Dios todos los momentos de su vida, porque decía á los que disfrutaban de su intimidad, que cuando separaba los ojos de Dios tenía que fijarlos en el mundo, y el mundo le recordaba su vida pasada, sembrada de dolores.

Era su tristeza dulce y melancólica; y en medio de los padecimientos de su ánimo y de su cuerpo pudo observarse que su indulgencia y su benignidad se acrecentaron á impulsos del aura vivificante de la religion, que le refrescaba el alma y le cicatrizaba las heridas.

A la exquisita penetracion de los monjes no pudo ocultarse la grandeza de su conformidad cristiana y valerosa, que en los últimos momentos de su vida resplandeció más,

cual si estuviera mantenida por un fuego divino. Así es, que si antes se ofreció á la vista de los monjes severo y taciturno, en sus postrimeros instantes se mostró indulgente y resignado, y aunque nunca salvó los límites de una reserva sombría, aquella reserva estaba ya llena de dulcedumbre y de benevolencia.

Amábanle más á medida que comprendían que su fin estaba más cercano: y él, que lo presagiaba tambien, con valerosa calma esmerábase en atraerse todas las voluntades para hacerse acompañar de ellas en su última jornada, porque decía que en la hora de la muerte se necesitan muchos y buenos intercesores para que no naufrague el alma en los golfos desconocidos de la salvacion.

Luis Quijada fué siempre su único confidente, y con él pasaba á solas gran parte del día, trasmitiéndole instrucciones, que se cumplían y ejecutaban de una manera que nadie pudo nunca averiguar.

Sabíase, no obstante, que el Emperador mantenía estrechas relaciones con el rey Don Felipe, con las princesas y con otros altos dignatarios de la córte, y aunque no se ocupaba en las cosas del reino ni en los negocios ajenos, es indudable que se ocupó en los

propios, y que antes de su muerte quedó asegurado el reconocimiento de D. Juan de Austria, misterio del cual nadie más que Luis Quijada y otras personas importantes y adictas tenían entónces la llave.

Impidiéronle completamente sus dolencias salir á paseo y discurrir por los huertos y jardines del monasterio, y á lo más, lo que hacía era salir por las tardes algunos momentos al vestíbulo, cuando caía el sol, porque durante el día era tan alta la temperatura que no podía resistirla.

Respecto á sus devociones, no las descuidaba en cuanto podía, y lamentábase con mucha tristeza de no poder hacer lo que otras veces, rogando á Dios con gran fervor le conservara las fuerzas hasta la hora de su muerte para asistir á la iglesia y regocijar su espíritu con los adorables misterios de la religion.

Gustaba sobremanera de conversar con todas las personas que le recordaban á Juan; y no se hallaba más contento que cuando los moradores del valle, que le visitaban dos veces por semana, estaban á su lado.

Retenía cerca de sí á Conrado muchas horas, y cuando iba Ruy Gomez, que solía hacer sus visitas más de tarde en tarde, mandaba colocar un sillon en el vestíbulo cerca

del suyo, hacía retirar á todos sus criados y amigos y conversaba á solas con él, demostrando que hallaba en esto solaz y deleite.

Algunas veces acariciaba á Conrado, y le decía:

—Gentil mancebo, pronto tendremos nuevas de Juan. Yo espero que han de ser buenas, porque Juan está llamado á hacer grandes cosas; pero siento que no esteis á su lado. Verdad es que en su día lo estareis, pues yo le ordenaré que os busque y no dudo que os encontrará, porque es agradecido.

Conrado le besaba las manos, y en alguna ocasion dejaba caer en ellas alguna lágrima de reconocimiento.

Las escenas que tenía con su abuelo eran de otro género y versaban sobre otros asuntos.

—¡Ah! Ruy Gomez, le decía algunas veces con amable sencillez. ¡Quién había de creer que con el peso de noventa años encima sois vos el que me visita, y que yo, que aún no soy sexagenario, ni espero llegar á serlo, no puedo cabalgar hasta vuestro castillo! Verdad es que yo tomé á Tánger, arrasé la Goleta y domé á Dragut y á Barbaroja, que eran dos lobos del desierto; pero ¿no fuísteis vos el soldado de Alhama y de las Alpujarras, que

venció á la morisma y la echó de España á cintarazos?

—¡Oh! señor, respondía el viejo patriarca, V. M. ha hecho más solo que todos los monarcas de España juntos. ¿Cómo no ha de estar rendido V. M. si sus empresas fueron, no de hombre, sino de gigante?

—¡Anciano! le contestaba, mirad este cuerpo flaco y estenuado y compadeced á este gigante de cincuenta y ocho años que temblaría hoy delante de un niño. Redúcense á esto las glorias del mundo. En seis piés de tierra se nivelan todos los cuerpos. Por eso yo si en otra edad hubiera pensado con la madurez que hoy, todas las coronas del Universo las hubiera trocado por esa blanca diadema que llevais en la cabeza, y que se me antoja la más hermosa, porque está labrada por Dios.

Otras veces hacía recaer la conversacion sobre las pasadas diferencias que le habían enajenado la estimacion de aquella ilustre familia, y decía á Ruy Gomez:

—Ninguna cosa me lastimaba y mortificaba más en este monasterio que saber vivíais á dos pasos de mí y no podía veros porque alimentábais un injusto resentimiento. Ya en diversas ocasiones os envié á Luis Quijada

para satisfaceros, porque vuestra enemistad me traía con grandes cuidados, y sabiendo quién érais y lo mucho que valíais, deseaba más vuestra amistad que el cetro de todos los imperios del mundo. Pero Dios, que es justo y providente, nos ha proporcionado á los dos la dicha inapreciable de esta reconciliacion, que ha descargado y aliviado á mi alma de penas opresoras, y mi gratitud morirá conmigo. ¿Pudísteis nunca creer, anciano, que hubiera consentido en que se degollara á vuestros hijos, sabiendo que su padre fué uno de los soldados más bizarros de Ponce de Leon y de mi abuela Isabel?

El patriarca del valle oía con júbilo estos descargos, referidos por el grande hombre con la sencillez é ingenuidad de un niño, y en muchas ocasiones no podía contener sus lágrimas.

Un día le preguntó el Emperador.

—¿Y Magdalena?

El anciano palidecío y le respondió con voz triste:

—¡Ah! señor, ¡Magdalena sufre mucho, pero es un ángel y está resuelta á consagrarse á Dios!

El Emperador lanzó un suspiro y dijo:

—¡Noble y hermosa criatura! Dejemos á

esa encantadora flor que se ampare del místico jardin de la Iglesia. Yo hubiera realizado los sueños de su alma vírgen y casta; pero una prevision superior me ha obligado á renunciar á ello para que no sea desgraciada.

No se habló más sobre este punto.

El viejo patriarca respetó los misteriosos motivos que impulsaban al Emperador á obrar como le había dicho y se resignó con la suerte reservada á la pobre Magdalena.

En los fines del mes de Agosto, las dolencias del Emperador se agravaron considerablemente, complicándose con unas calenturas perniciosas.

Reconocido por los médicos, manifestaron que no había esperanzas de salvarle.

Entónces fué cuando en aquel solitario y humilde monasterio, antes tan alegre y tan envanecido con la presencia del régio huésped que á tan grande altura ha elevado su memoria, se pasaron días tristes y azarosos, precursores de la catástrofe que conmovió despues al mundo católico.

IV.

MAGDALENA.

Mientras se acercaba la hora tremenda, la hora temida por los monjes y por los amigos del ilustre personaje que debía pagar á la tierra su tributo, en el valle pintoresco, en el solitario castillo, templo un día de las glorias de la infancia de Juan, había tambien quien gemía y sollozaba. había un alma que encerraba dolorosos misterios, y que, elevada á Dios de contínuo, pedíale en la soledad y en el silencio consuelos que solo él podía dar, rayos de luz que solo del cielo podían bajar, y rocíos de esperanza que solo podían venir por el ministerio de una fé pura y santa.

Aquel sér que gemía, aquella alma que suspiraba y elevaba á Dios su pensamiento, era Magdalena.

La abnegacion es el poema más tierno é interesante que se conoce, porque es el poema del dolor.

La gloria divina de Jesús tuvo su pasion humana; y desde que las aberraciones y el pecado llevaron á la cumbre del calvario á un

Dios y se solazaron con su inocente sangre, la abnegacion es una virtud que no puede ejercitarse sin que las almas se crucifiquen.

Magdalena llevaba dentro de su sér un alma crucificada y condenada á los martirios de un amor sin esperanza; y aunque su cruz y su martirio estaban ocultos, Dios los veía y justipreciaba sus quilates en el crisol donde se ensaya la ley de las virtudes.

Solo una persona había conocido su malhadado amor, y esta persona era su abuelo; pero Ruy Gomez le había conocido por intuicion, y por intuicion conocía tambien los grandes sufrimientos de aquella inconsolable criatura.

Nunca es más acerbo el dolor que cuando se reprime y disfraza para ocultarle de la vista de las gentes. Gemir con entera libertad, derramar el llanto delante de los que pueden enjugarle, es ser desgraciados á medias. Reprimir el llanto y los gemidos, disfrazar el dolor de modo que sonrían los lábios cuando se llevan las entrañas despedazadas, es un género de suplicio que no pudieron jamás inventar los hombres para atormentar á sus semejantes.

Tenía Magdalena su resolucion formada y esperaba el día de su cumplimiento; pero

mientras aquel día llegaba, mientras un voto irrevocable interponía entre ella y el mundo un valladar inaccesible, como el que se interpone entre un cadáver y la losa que le cubre en el sepulcro, ¿cómo lanzar sin lucha de su corazon un amor que había trasmitido á su alma las primeras revelaciones de una ventura ilimitada y desconocida?

Partió Juan del castillo y partió para siempre: esta era la idea que llevaba en la mente de contínuo. La estirpe de Juan le elevaba en lo futuro á una altura que ella nunca podía escalar: tales eran los raciocinios demoledores de sus esperanzas.

Juzgando imposible volver á sentir como había sentido, volver á soñar como había soñado, volver á fabricar en su fantasía un porvenir tan lisonjero y risueño como el que la fatalidad había desvanecido de un soplo, el alma de la vírgen del valle se recogió en sí misma como la claridad de una lámpara, y se ofreció á Dios en secreto para no volver á sufrir un desengaño tan amargo.

Desde que Juan abandonó el castillo puede decirse que la pobre niña no volvió á pertenecer al mundo. Consagrada á su abuelo y á la religion, llevando en su corazon el luto y el cilicio de su pasion malograda, parecía la

musa desoladora del dolor que había descendido del cielo á recordar á los mortales la caducidad de todas la grandezas de la vida.

Todos los lugares que descubrían sus ojos, la tierra que pisaban sus piés, los objetos que tocaban sus manos, estaban sembrados de recuerdos para ella, y á cada uno de aquellos recuerdos se asociaba la imágen de Juan, como se asocia al beneficio la imágen del bienhechor.

Si bajaba al huerto, aquellas hermosas y fragantes flores le recordaban á Juan: si paseaba por el valle, aquellas auras dulces y aromáticas susurraban el nombre de Juan en sus oidos: si subía á la torre del saliente y fijaba la vista en las agujas del monasterio, aquellas agujas la recordaban que allí había vivido: si oraba á la Vírgen en la capilla del castillo, recordaba que allí había tambien orado Juan: si contemplaba de noche la pedrería del cielo, donde escribe Dios sus pensamientos con letras de diamantes, aquellas letras se la figuraban á ella que componían el nombre de Juan.

El anciano, dotado de esa perspicacia que es privilegio de los grandes y sublimes afectos de la naturaleza, contemplaba en silencio los accidentes de aquel dolor mudo y solita-

rio, que solo vibraba hácia Dios, padre de todos los desgraciados, y con una dulzura superior y santa, procuraba inclinar al cielo el pensamiento de Magdalena, comprendiendo que era la senda que la ofrecía ménos espinas.

Pretender distraerla de aquel dolor augusto en que cifraba ella sus castas complacencias, hubiera sido atormentarla: querer ahogar con sofismas y promesas necias los latidos de aquel pesar, que se derivaba del naufragio del amor primero, que es la sensacion, que es la palpitacion más pura de la vida, hubiera sido engañarla. El anciano, que era un hombre recto, venerable, lleno de probidad y de bondad, no tenía valor para atormentarla ni para engañarla, y tomó el partido de respetar su desgracia y de fortalecerla en las resoluciones del heroismo, que son las que más se identifican con la virtud.

Esmerábase la candorosa jóven por distraer la mente de su abuelo de sus pesares, y se le presentaba siempre tranquila y sonriente, colmándole de caricias y prodigándole los tesoros de su ternura; pero el viejo patriarca sondeaba con su dulce mirada las sinuosidades abiertas en aquel corazon puro y juvenil, y leía en aquella frente mústia y pálida, como

una flor sumergida en aguas amargas, el doloroso secreto que se amparaba de ella, y que nadie más que Dios y él podían penetrar.

Callábase entónces y recibía sus tiernas atenciones con paternal solicitud, pero movía la cabeza melancólicamente y decía para sí:

—Hé aquí una enferma que ya no tiene cura.

Una tarde, en que, como de costumbre, se hallaba con Magdalena en el huerto, entreteniendo sus pesares con la experiencia de sus años, y gozando de la frescura y de los perfumes del valle, vieron llegar á Conrado, que venía del monasterio y que corrió presuroso á encontrarles.

—Traigo dos noticias importantes, dijo sentándose en frente de su abuelo; la una triste y la otra agradable.

—¿Se ha agravado la enfermedad del Emperador? preguntó Ruy Gomez sobresaltado.

—Sí, abuelo, contestó el jóven con hondo sentimiento; hemos conocido para poco tiempo ese noble corazon, cuya grandeza apenas si ha cabido en la tierra.

El anciano y Magdalena se entristecieron.

—Hánse agravado sus padecimientos, prosiguió Conrado: los médicos desesperan de salvarle. Los monjes están inconsolables.

—¡Oh! que gran desgracia para la pátria! exclamó Ruy Gomez sin poder reprimir su emocion. La muerte del Emperador dejará un vacío difícil de llenar; y esta será una pérdida que hará vestir á España de luto. Mañana mismo cabalgaremos hácia el monasterio y nos pondremos á disposicion del ilustre penitente.

—La otra noticia es mejor, dijo Conrado. Se ha sabido de Juan.

—¿Ha escrito Juan? preguntó Magdalena tímidamente.

—No; quien ha escrito es el capitan Pedro Barrientos, el cual dice que Juan se porta en la milicia como un soldado bizarro, y que D. Lope de Figueroa le ha nombrado alférez de los tercios. Esto es todo lo que se ha sabido.

—¿Y nada más? dijo Magdalena.

—Nada más, replicó el jóven. A mí me ha comunicado estas nuevas el Sr. Luis Quijada, pero como está inconsolable por el peligro de la vida del Emperador, á quien ama con delirio, no ha podido darme más explicaciones.

Reinó un corto espacio de silencio entre los tres.

El anciano estaba caviloso y meditabun-

do, como si se sintiese abrumado por el peso de reflexiones dolorosas.

Al fin rompió el silencio y dijo con voz solemne:

—Hijos mios, dadme vuestras manos. La nueva del próximo fin del Emperador, á quien aborrecí mucho tiempo, y á quien he llegado á amar con gran sinceridad, me ha impresionado fuertemente. Esta desgracia me recuerda que nadie tiene asegurados los días de su vida, y mucho ménos el que ha alcanzado mi edad. Hablemos de vuestro porvenir, hijos mios, que la muerte nunca llega tarde.

—¡Oh! abuelo, murmuró Magdalena llorando, no penseis así.

—Fuerza es pensar, querida niña, replicó el anciano sonriendo y acariciándola. Hoy se va el Emperador; mañana me iré yo. Es esta una jornada que todos tenemos que hacer, y al fin llega la hora. Oid, pues, mis consejos.

Los dos jóvenes se aproximaron al viejo patriarca y se sentaron á sus piés.

—Tú, Conrado, exclamó Ruy Gomez, no te perteneces. Tienes un nombre glorioso que debes ilustrar de nuevo para borrar las faltas de tus padres. A tí te llama la guerra, que es la inclinacion más noble de un pecho hidalgo. Yo deseo que despues de mi muer-

te sirvas al rey y dés á la patria el tributo de sangre que deben darla todos sus hijos. ¿Serás leal al rey y á la pátria, Conrado? ¿Los servirás fielmente?

—Sí, abuelo, os lo juro.

—Tú, Magdalena, prosiguió el anciano, quedarás sin amparo á mi muerte, porque tu hermano no se pertenece; yo he creido notar, hija mia, que tu vocacion te llama al claustro, y lejos de contrariarla, me consideraría dichoso sabiendo que estabas decidida á pronunciar los votos y á consagrarte á Dios. ¿Me habré engañado?

—No, abuelo, contestó Magdalena con voz firme; si vos faltais, yo me encerraré gustosa en un convento.

—¡Oh! no puedes figurarte, exclamó Ruy Gomez, lo que me agrada tu resolucion y lo cuerda que me parece. Yo no hubiera tenido nunca valor para imponértela; pero siendo de tu gusto no puedo ménos de aplaudirla. Gozando de la calma y del silencio del claustro serás feliz, porque tú, hija mía, te has educado para ser una buena esposa del Señor, y en esta santa vocacion hay alegrías divinas para el alma, que pueden recompensarla de los goces caducos y pasajeros del mundo. En el convento de la Coria de la ciudad de Tru-

jillo tenemos una parienta cercana que ha llegado á alcanzar la dignidad de abadesa de aquella ilustre casa. En ella tendrás una madre cariñosa, que te dispensará afecto íntimo y te franqueará los caminos de la virtud y de la santidad. Tú cerrarás sus ojos cuando la muerte corte el hilo de su vida, y cerca de su modesta sepultura se abrirá la tuya tambien cuando Dios te llame á sí para coronar tu inocencia. Conrado te llevará al convento despues de que hayais depositado mis cenizas en el panteon de este castillo, al lado de las de mis mayores; y desde el cielo, hijos mios, yos os miraré con paternal contento, y pediré al Señor que á todos nos reuna en la pátria celestial. ¿Cumplireis estas disposiciones?

Los dos jóvenes se lo prometieron llorando.

Despues se dirigieron al castillo.

Cuando la noche tendió su denso velo y los cielos se tachonaron de estrellas, y la luna, reina del silencio, empezó á surcar el azulado espacio derramando sus luces de plata, la vírgen del valle, la futura esposa del Señor, bajó á la capilla del castillo y, postrada á los piés de la Madre del Amor Hermoso, exclamó:

—¡Oh! dulce Madre mía, todo es engañador

en el mezquino mundo. Ha habido nuevas de Juan, y en ellas no ha venido un solo recuerdo para mí. Yo en cambio, no borraré jamás el suyo de mi pecho, y solo vos, Señora, lo sabreis.

Despues no se oyó más que un débil sollozo y el dulce murmullo que produce una persona que reza y llora.

V.

EL CODICILO.

En los primeros días del mes de Setiembre el estado de la salud de Emperador era tan grave, que ya no podía abandonar el lecho.

Despacháronse correos á toda prisa para notificar al rey D. Felipe el peligro que corría la vida de su padre, y al mismo tiempo se envió un emisario á Valladolid, donde estaba la princesa doña Juana, á fin de que ésta habilitase al secretario D. Martin Gatzelu para que otorgara un codicilo que el Emperador quería hacer, modificando algunas cláusulas del testamento que hizo en Bruselas en 6 de

Junio de 1554, legalizado por el secretario D. Francisco de Cesajo.

Una fiebre maligna y obstinada minaba á pasos agigantados aquella organizacion vigorosa, que se apagaba lenta y gradualmente como una lámpara falta de combustible; y sin embargo de los sufrimientos que le ocasionaba, no le abandonó un solo momento la fortaleza de su ánimo, dando altos ejemplos de resignacion y de conformidad.

Su rostro, surcado de venerables arrugas, estereotipaba esa melancolía sublime de las almas llenas de confianza: sus ojos irradiaban una luz serena como la de una antorcha encendida dentro de un fanal: su boca exprimía sonrisas de bondad, y su frente, elevada de contínuo al Dios de la misericordia y del amor, brillaba con cierto matiz radiante parecido á una misteriosa aureola.

El distintivo de la conformidad cristiana resaltaba admirablemente en su noble fisonomía, y no parecía sino que esperaba el trance funesto animado de santa alegría, como aquellos valerosos mártires que salían de sus prisiones sonriendo á los verdugos y enseñando su palma con regocijo.

Como un día viera llorar á Luis Quijada en silencio, le dijo:

—Amigo Luis, no turbes con tu llanto estos momentos, que son de alegría. Llorara yo si en esta jornada no me acompañase la gracia de Dios; pero acompañado de esta gracia, ¿puede nadie sentir dejar este valle de dolores?

Hizo en aquellos días el codicilo, y despues de reformar algunas de las cláusulas del instrumento antiguo, ordenó lo que había de hacerse para su enterramiento de la manera siguiente:

«Digo y declaro: que si yo muriese antes y primero que el Rey mi hijo y yo *nos veamos*, se deposite mi cuerpo en este monasterio, donde querría y es mi voluntad fuese mi enterramiento; y que se trajese de Granada el cuerpo de la Emperatriz, mi muy amada mujer, para que los dos estén juntos. Pero, sin embargo, tengo por bien remitillo á la voluntad del Rey mi hijo para que él haga y ordene lo que sobre ello le pareciere, con tanto que el cuerpo de la Emperatriz y el mío estén juntos, conforme á lo que acordamos en vida, por cuya causa mandé que estuviera en el entretanto en depósito y no de otra manera en la ciudad de Granada».

Como se vé por esta cláusula del codicilo y por la que á continuacion vamos á trascri-

bir, el Emperador tenía la esperanza de ver á su hijo el rey D. Felipe antes de su muerte; pero esta esperanza no se realizó.

El codicilo contiene las siguientes cláusulas:

«Otrosí: ordeno y mando que si yo *muriese antes de verme con el Rey mi hijo* y si acordare y le pareciere que mi enterramiento y el de la Emperatriz sea en este dicho monasterio; que en tal caso se haga una fundacion por las ánimas de ambos y de mis difuntos, con los cargos y beneficios que al Rey mi hijo y á mis testamentarios, á quienes lo remito, les pareciere».

«Y asímismo ordeno y mando, que en caso de que mi enterramiento haya de ser en este dicho monasterio, se haga mi sepultura en el altar mayor de la dicha iglesia y monasterio, en esta forma: *Que la mitad de los pechos á la cabeza fuera dél: de manera que cualquier sacerdote que dijese misa ponga los piés sobre mis pechos y cabeza*».

Más adelante encarga en el mismo codicilo, que si su entierro fuera en Yuste se colocara un cuadro en el altar mayor de la iglesia, que estaba en poder de su guarda-joyas Juan Martin de Esteur, recomendando además que se construyera un altar de alabastro

y un nicho de mármol para la custodia, con dos figuras blancas, arrodilladas y envueltas en largos sudarios, que le representaran á él y á la Emperatriz.

El resto del codicilo abraza grandes mandas para el Santísimo Sacramento, de quien era ardentísimo devoto, y otras de beneficencia para los pobres y para sus criados y servidores.

Arregladas, pues, con tanto órden las cosas de la tierra, principió á disponerse para ganar la bienaventuranza.

Hallábanse constantemente en su cámara sirviéndole y consolándole algunos amigos buenos, que manifestaban su dolor vertiendo copioso llanto; pero aunque le era grato morir rodeado de aquellas personas agradecidas, oyéronle exclamar algunas veces con cierta amargura:

—«¿No ha venido mi hijo D. Felipe?»

Mandó llevar á su presencia un retrato de la Emperatriz, hecho por Ticiano, y segun dice el cronista Vera y Zúñiga, *le estuvo contemplando un poco movido por un misterioso impulso,* ordenando después que le colgaran en un testero de la habitacion.

Después le llevaron un cuadro de la *Oracion del Huerto*, y ante éste *fué mayor su*

contemplacion, pidiendo que le sostuvieran para adorarle de rodillas.

Luego pidió otro lienzo de Ticiano, *el Juicio final*, donde su grande autor exprimió todos los afectos del temor y de la esperanza, y ante aquella sublime imaginacion del Apocalipsis, cayó en una meditacion profunda, que adormeció su espíritu en brazos de un rapto admirable.

Hízole entónces presente el médico sus temores de que causaría daño en sus potencias una suspension tan larga de sus facultades, á lo que contestó:

—«*Malo me siento*».

Pulsáronle y le hallaron con fuerte calentura, á pesar de estar sereno á la simple observacion.

Luis Quijada le importunaba llorando á que tomase algun alimento, porque hacía algunos días que solo tomaba un poco de caldo.

—«*No me seas molesto, Luis Quijada*, contestó; *yo veo que me vá la vida en ello, y con todo no puedo comer*».

Al siguiente día confesó y comulgó con gran fervor, repitiendo con suma devocion estas palabras: «*in me manes ego in te maneam. Estás en mí, yo estaré en tí*».

Despues le sangraron dos veces y pidió

la Extremauncion con ahinco, porque creía llegado su fin.

La recibió con veneracion y amor aquella noche, recitando las letanías y el salmo en que el justo, desengañado y fortalecido por la gracia, suspira por la patria celestial.

Así preparado esperó tranquilo su último instante.

VI.

¡AY JESUS!

En la noche del 20 de Setiembre de 1558 presentaba la cámara imperial de Yuste un aspecto triste y desgarrador.

Hallábanse al lado del César D. Fernando Alvarez de Toledo, conde de Oropesa, su hermano D. Francisco, su tío D. Diego, D. Luis de Avila y el fiel Luis Quijada.

Los dos castellanos del valle, el abuelo y el nieto, formaban tambien parte de aquel atribulado cortejo.

Habían llegado algunos días antes el doctor Cornelio, célebre médico de la princesa doña Juana, y D. Bartolomé de Carranza, ar-

zobispo de Toledo, esperando con ánsia por el Emperador para hablarle de sus opiniones, el cual, dicho sea de paso, se justificó ante el penitente de Yuste de las cosas que se le imputaban, mostrándose digno del alto juicio que hizo de él el doctor Navarro.

A eso de la media noche mostró deseos de hablar á solas con Luis Quijada, y pasó con él corto rato dándole instrucciones y haciéndole encargos, hasta que sintiéndose empeorado, mandó llamar al monje fray Francisco de Villalua, hombre doctísimo, que recibió por segunda vez su confesion.

Dispuso que le tuvieran á la mano el crucifijo y la vela que habían servido para la muerte de su abuelo Maximiliano y de la emratriz Isabel, y abrazado al crucifijo hizo actos de contricion ardiente y derramó lágrimas abundantes por la redencion de sus pecados.

Volvió á recibir el Santísimo Sacramento de la Eucaristía con aquella veneracion y amor que siempre tuvo á la inefable institucion del Hijo de Dios encarnado, y luego que se terminó la ceremonia dijo:

—«Me siento tranquilo».

—«Señor, contestó fray Francisco de Villalua, V. M. se alegre cuando con tantas de-

mostraciones le llama el cielo: sus obras son fundadas en gran misterio; y así no carece de él haber entrado V. M. en este mundo día de San Matías, á quien tocó por suerte el apostolado, como á V. M. el imperio, y salir de él día de San Mateo, á quien ha imitado dejando sus imperios por Cristo, como aquél su caudal».

Oyó esto el Emperador con gran consuelo y esperanza, animado de un vivísimo deseo de volar á la mansion celestial.

Como se acrecentaran las congojas, entraron algunos en el aposento, juzgando que todo estaba concluido; pero aún se conservaba con pleno conocimiento, bien que no le perdió hasta que rindió su espíritu al Criador.

Sacaron á Luis Quijada de la cámara porque su dolor era tan impetuoso, que mortificaba al enfermo, y quedaron con él fray Francisco de Villalua, Carranza y el prior Angulo, para recitarle oraciones y ayudarle á bien morir.

Durante su agonía siguió hablando con ellos del negocio de su salvacion en términos admirables, discurriendo con tal serenidad y buena presencia de espíritu, que abrigaron algunas esperanzas de que no sobrevendría tan pronto su muerte.

Pero un poco antes de amanecer le volvieron las congojas y le vieron incorporarse un tanto.

Entónces pidió una vela encendida y el crucifijo, y mirándole con amor inefable, lanzó un grito y exclamó con voz récia:

—«¡Ay, *Jesús, Jesús, Jesús!*»

Y entregó su alma al Criador.

El prior Angulo se separó del lecho mortuorio y salió llorando para anunciar la triste nueva á las personas que estaban congregadas en la pieza inmediata. Al verle, todos prorumpieron en sollozos y gemidos. Entónces el venerable monje exclamó con acento solemne:

—El emperador Cárlos V. ha dejado de existir. Oremos por él.

Todos cayeron de rodillas y elevaron al cielo sus preces por el que había ya comparecido ante Dios.

Eran las cuatro de la mañana y ya estaba amaneciendo.

Las campanas del monasterio saludaron aquel día á la aurora con el doble de difuntos, y el ruiseñor de Sierra Jaranda consagró tambien á aquella catástrofe sus cantos lastimeros.

VII.

LOS FUNERALES.

Empleáronse los días 21 y 22 de Setiembre en colocar el cadáver en un ataud de plomo, que, como atrás se ha dicho, fué el mismo que sirvió para su abuelo Maximiliano; y soldaron el ataud, introduciéndole en un ancho féretro de roble incorruptible.

Los tres días siguientes á su muerte se le hicieron honras fúnebres en el monasterio, oficiando el arzobispo Carranza, al que sirvieron de diáconos el prior Angulo y otro que había llegado de Granada.

Hiciéronsele honras tambien en San Benito el Real de Valladolid, predicando en ellas el Padre Francisco de Borja, antiguo duque de Gandía y amigo íntimo del Emperador.

Hiciéronle honras tambien en la iglesia de Santa Gudula en Bruselas, presidiéndolas Felipe II: en Bolonia por el colegio español, y en Roma por Ascanio Caracciolo, caballero napolitano. Estas honras se celebraron con acompañamiento de diez y nueve cardenales y muchos embajadores y obispos, pronun-

ciando la oracion fúnebre Paulo Flavio, lector público de las escuelas de Roma y familiar del Papa.

Por último, segun afirman todos los cronistas, su muerte fué llorada por todas las provincias de Europa, Asia, Africa y América, y hasta el mismo Selim, sultan de los turcos, mandó en Constantinopla hacerle honras á su manera.

Aseguran los cronistas que hubo fenómenos extraordinarios que anunciaron la muerte del Emperador, y hasta se extienden á afirmar que hubo santos varones que tuvieron revelaciones acerca de su eterno destino.

Vera y Zúñiga en su *Epítome de la vida de Cárlos V*, dice que predijo su muerte un cometa que al principio de su enfermedad se inclinó al Septentrion, fijándose despues sobre el monasterio y desapareciendo á la muerte del Emperador.

El prior de Yuste refiere que en el huerto del César había un pié de azucena que al principio de la primavera arrojó dos tallos juntos. Uno rompió la túnica cerca del Corpus-Christi, manifestó su flor, exhaló fragancia y últimamente murió. El otro tallo, aunque de igual edad, se fué deteniendo en su boton con maravilla de todos, porque ni le

faltaba sol ni agua; y la misma noche que desató los mortales vínculos el alma del César, rompió su túnica aquella bellísima flor, símbolo conocido de la esperanza, por lo que fué cortada con respeto y puesta en el altar mayor prendida del velo que cubría á la custodia.

Sandoval refiere tambien que el padre Fray Gonzalo Mendez, provincial de frailes menores del Perú, tuvo una revelacion la noche del 21 de Setiembre, que reservó hasta el día de su muerte, en que le ordenó su prelado la manifestara. Obedeció y dijo: «*Que en el juicio de Dios se había dado por buena la causa del Emperador Cárlos V, y colocado su alma entre los bienaventurados que gozan de la vista dulcísima del Criador*».

Dos días despues del enterramiento del Emperador, se presentó el corregidor de Plasencia con magistrados y letrados diciendo que, habiendo muerto en su jurisdiccion, le correspondía el derecho de recobrar su cadáver, hasta que el Rey D. Felipe dispusiera lo que se había de hacer con él. El prior le rogó que no le llevara, que él le tendría en depósito, alegando que tal fué la voluntad del finado, según constaba en el codicilo. Accedió por fin el corregidor á los deseos del prior y

de los monjes, si bien mandó descubrirle el rostro para que diera fé un escribano.

Felipe II no se conformó con la voluntad de su padre, y mandó trasladar al régio panteon del Escorial sus restos mortales, otorgando al monasterio de Yuste, como un insigne privilegio, la posesion de la caja de roble en que se hizo la traslacion del cadáver, siendo aquella reliquia la única que se conserva hoy en el derruido y olvidado convento, sin duda porque su valor era tan exíguo que sus dueños no podían prometerse gran cosa de su enajenacion.

En el año de 1870 un ministro revolucionario, el Sr. Figuerola, acompañado de otros dos altos empleados de la administracion liberal, proyectaron un día de gira al Escorial, y para celebrar aquel día de fiesta con un rasgo de autoridad soberana, mandaron levantar la tapa del sepulcro del Emperador Cárlos V.

El administrador del Patrimonio, dependiente á la sazon del ministro de Hacienda, obedeció la órden de su jefe, y colocando un andamio proporcionado á la altura del nicho, se abrió el sepulcro para satisfacer la curiosidad del ministro liberal y de sus acompañantes, entusiastas admiradores de las glorias pátrias, según lo dejaron testimoniado.

Parece ser que el Sr. Figuerola y sus dos amigos pasaron á reconocer la urna cineraria despues de haber hecho los honores á un almuerzo fuerte y suculento, según se nos ha referido, y con este motivo el acto fué, si no solemne, cordial y espansivo en alto grado, tanto cuanto era de esperar de la llaneza democrática de tan insignes personajes.

Admiraron, como no podía menos de suceder, la perfecta conservacion del cadáver, que, como hemos dicho en el principio de este libro, se mantiene en un estado de momificacion que no le ha hecho perder el parecido; y uno de los amigos del Sr. Figuerola llevó sus indagaciones hasta el punto de tocarle en las manos, que las tiene cruzadas empuñando una rama de olivo, con un bastoncillo, ocasionando su rompimiento por la muñeca.

Despues de aquella ruptura, que en las edades pasadas, cuando floreció el coloso que hoy está reducido á polvo por el terrible ministerio de la muerte, no tuvieron la fortuna de hacer pueblos enteros coaligados y guerreros formidables conjurados para vencerle, el ministro de la revolucion y los alegres *touristes* que le acompañaban, regresaron á la entónces ex-coronada villa satisfechos de tan

agradable gira, que deben contar como un honroso timbre, digno de ser esculpido en su alta ejecutoria.

Posterior á esta revista revolucionaria, exornada con los interesantes detalles que se nos han trasmitido, la administracion patrimonial con autorizacion competente enseñó el cadáver del Emperador á todo el que lo solicitó, y el autor de estas líneas participó del feliz privilegio de verle y de derramar una lágrima sobre aquella ilustre mano, que el viento manso de la revolucion había tronchado jugueteando.

¡Tú, alma sublime, objeto de las predilecciones de la mía y de la admiracion generosa de la pátria y de la humanidad, debiste recoger el tributo de veneracion que yo. hombre oscuro y sin ingenio, te ofrecí, cabe tu sepulcro, y mis oraciones ferventísimas debieron subir ondeando hasta el trono de tu gloria, levantado por tus virtudes en el alcázar de la inmortalidad!

EPÍLOGO.

Tres años despues de la muerte del Emperador, las campanas del convento de la Coria de la ciudad de Trujillo anunciaban con sus ruidosas lenguas que iba á tomar el velo una vírgen, destinada para esposa del Cordero sin mancilla.

Aquella vírgen era Magdalena.

Hacía un mes que había muerto el anciano Ruy Gomez, y sus nietos, fieles á sus promesas, iban á cumplir su última voluntad.

Conrado, aderezado de córte, con ricas telas de seda y de brocado, llevaba de la mano á su hermana, que, coronada de rosas, luciendo blancas vestiduras y costosas preseas, seguía á su hermano con paso firme y dulce sonrisa, llevando en el herido corazon los gérmenes de una consoladora esperanza.

Acompañábales lucida comitiva de amigos y deudos, como gente principal que eran, y algunos escuderos repartían al pueblo limosnas.

Al poner el pié en el dintel de la puerta la cándida vírgen del valle, una mujer hara-

pienta, una mendiga, una desgraciada que se arrastraba sobre sus rodillas cubierta de andrajos, la tendió la mano implorando su caridad.

Magdalena la miró y lanzó un débil gemido, semejante al murmullo de un arroyuelo.

Había conocido á aquella mujer.

Era Salomith.

—Paloma eras y querubin serás, dijo la gitana. ¿Te acuerdas de mí, hermosa niña?

—¡Oh Salomith! exclamó Magdalena. No te engañaste. ¡Cumplido se ha tu prediccion!

Mandó socorrerla, se despidió de ella y penetró en el templo vertiendo una lágrima.

Aquel mismo día se cerraron para siempre las puertas del claustro detrás de Magdalena.

Conrado, fiel á su palabra, tambien se despidió de su hermana y se fué á la guerra en busca de Juan.

Cuando corría el año de 1571 empeñóse el emperador Selim en conquistar la isla de Chipre, que poseían los venecianos, y ocupó las ciudades de Nicosia y Famagusta.

Entónces hicieron alianza contra él el Pontífice Pío V, la república de Venecia y el rey de España D. Felipe II, confiando el

mando de una escuadra compuesta de doscientas velas al esforzado capitan D. Juan de Austria.

La escuadra cristiana avistó á la enemiga en el golfo de Lepanto ó de Corinto, próximo á la isla de Cefalonia, y trabada la batalla en 7 de Octubre de 1571, fué tan completa la victoria para los aliados, que apresaron y echaron á pique doscientas galeras turcas: los muertos y prisioneros pasaron de veinticinco mil, incluso su general, que pereció en el combate, abordado por la nave Capitana, y los cristianos que recobraron pasaron de veinte mil. Y aun todavía hubieran llevado la victoria más allá, aun hubieran podido ocupar el estrecho de Galípolis ó Helesponto para sorprender á Constantinopla, si no se retiran inopinadamente á Mesina.

Así y todo salvaron á la Europa de una segunda irrupcion mahometana, haciéndose acreedores á las bendiciones de la posteridad.

El héroe de aquella grande empresa, el valeroso D. Juan de Austria, llevaba en su bandera una cruz, y por bajo se leía el siguiente lema:

«*Con esta señal venceré turcos y con esta venceré herejes*».

El lector habrá adivinado ya que D. Juan de Austria era el pajecillo de Yuste, hijo del emperador Cárlos V y de Bárbara de Blomberg.

FIN.

ÍNDICE.

Páginas.

Dos palabras del autor para la segunda edicion de este libro..... 5
PRÓLOGO..... 7

LIBRO PRIMERO.

EL ALMA DESTERRADA.

I.—El capitan Pedro Barrientos..... 13
II.—Leon y cordero..... 21
III.—El funeral en vida..... 26
IV.—Misterios..... 33
V.—La reconciliacion..... 41
VI.—Solaces de un desterrado..... 52
VII.—La carta..... 60
VIII.—La soldadesca..... 70
IX.—El castigo..... 78
X.—La vida monástica..... 84
XI.—El castillo del diablo..... 93
XII.—Ruy Gomez de Varela..... 112
XIII.—El secreto de Juan..... 121
XIV.—La enfermedad..... 139
XV.—Recuerdos y esperanzas..... 147
XVI.—El ódio..... 159
XVII.—La partida..... 172

LIBRO II.

EL JUEZ DE SU CAUSA.

I.—El ángel rubio..... 179
II.—La gratitud..... 196
III.—La despedida..... 207
IV.—La paz del valle 215
V.—El suplicio del silencio..... 225
VI.—Un sueño desvanecido..... 237
VII.—La prediccion..... 249
VIII.—La torre de Alicia..... 258
IX.—El secreto de Estado..... 274
X.—La revelacion..... 282
XI.—Los presentimientos..... 292
XII.—Los desheredados..... 300
XIII.—El desengaño..... 311
XIV.—El reto..... 319
XV.—El peregrino..... 328
XVI.—La realidad..... 340
XVII.—El duelo..... 346
XVIII.—El juez de su causa..... 353
XIX.—El vengador de su agravio..... 361
XX.—El juicio..... 375
XXI.—El perdon..... 381

LIBRO III.

MUERTE DEL EMPERADOR.

I.—Ultimo adios al valle..... 389
II.—Hasta el cielo..... 396
III.—El principio del fin..... 404
IV.—Magdalena..... 412
V.—El codicilo..... 422
VI.—¡Ay Jesus!..... 428
VII.—Los funerales..... 432
Epílogo..... 439

BINDING LIST DEC 15 1934

LS
H 5656
mo

monasterio de Yuste. Ed. 2.

NAME OF BORROWER.

DATE.

University of Toronto
Library

DO NOT
REMOVE
THE
CARD
FROM
THIS
POCKET

Acme Library Card Pocket
LOWE-MARTIN CO. LIMITED